

CUENTOS DE HADAS DE LOS HERMANOS GRIMM

Volumen II

Coleccionados por
Jacob y Whilhelm Grimm

Publicación en Internet:
www.cuentosdegrimm.com

E-book gratuito.
Copyright www.cuentosdegrimm.com ©
Prohibida su venta o lucro con él.

Num. Nombre

Página



051-El Ladrón Maestro 16



052-Las Novias a Prueba 22



053-El Viejo Sultán 23



054-Pobreza y Humildad llevan al Cielo 26



055-El Músico Maravilloso 28



056-La Novia Clara y La Oscura 32



057-El Pequeño Vaso de Nuestra Señora 38



058-El Hermano Lustig 39



059-Los Seis Cisnes 52



060-El Ratón y el Gato Asociados 57



061-Las Tres Hojas de la Serpiente 61



062-La Boda de Hans 65



063-Hans con Suerte 67



064-La Luna 73



065-Ocio y Labor 76



066-Los Tres Hermanos 77



067-Pichoncito 79



068-La Zorra y el Gato 83



069-La astuta hija del campesino 85



070-Compartiendo dicha y tristeza 89



071-Nieve Blanca y Rosa Roja 91



072-El par de pilluelos 97



073-Los tres aprendices

..... 100



074-Lobos y Cabras, Dios y el Diablo

..... 106



075-El Hada del estanque del molino

..... 108



076-La mazorca del maíz

..... 113



077-El espíritu en la botella

..... 114

078-El Ratón, el Pájaro y la Salchicha

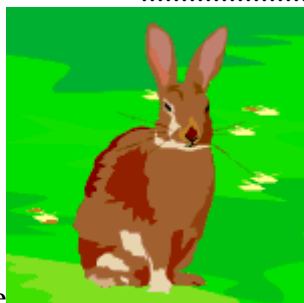


..... 120



079-El ganso de oro

..... 122



080-La novia del señor Liebre

..... 126



081-La rama de avellana

..... 129



082-El tamborilero

..... 130



083-Dulce Potaje 140



084-La Hilandera Perezosa 142



085-El Joven Gigante 145



086-Amigos Sabios 154



087-Juan Fierro 159



088-El Árbol de Enebro 168



089-Un Buen Negocio 177



090-El Huso, la Lanzadera y la Aguja 183

091-La Mesa de Deseos, el Asno de Oro y la Porra en el Saco



..... 186



092-Historias Sobre Serpientes 197



093-La Joven sin Manos 199



094-El Regalo de los Duendes 206



095-El Pájaro de Oro 209



096-El Gigante y el Sastre 216



097-El Lobo y el Hombre 219



098-Juan Fiel 221



099-Los Seis Sirvientes 230



100-Los Tres Holgazanes 238



101-Madre Nieve 239



102-El campesino en el cielo 243



103-Los dos hermanos gemelos 244



104-La Niña de Nuestra Dama 268



105-El viejo RinkRank 273



106-El hada de las aguas 276

107-Los Tres Pajaritos



..... 278



108-Linda Katrinelje 283



109-La LLave de Oro 286



110-El Campesino Hildebrand 287
 111-Los Tres Lenguajes..... 290



..... 290



112-La Doncella de Brakel 293



113-La Muchacha de los Gansos 294



114-Los Mensajeros de la Muerte 303



115-El Piojo y la Pulga 305



116-El ingenuo Hans 308



117-El Joven que no sabía asustarse 316



118-La Señora Trude 328



119-El amado Rolando 330



120-El abuelo y su nieto 334



121-La niña desobediente 335



122-Federico y Catalina 336



123-La estufa de hierro 345



124-El hueso cantante 351



125-La anciana mendigante 354



051-El Ladrón Maestro

Un día un anciano y su esposa estaban sentados en el frente de su casa miserable descansando un rato de su trabajo. De repente un carro espléndido con cuatro caballos negros vino llegando, y un hombre lujosamente vestido se bajó de él. El campesino se levantó, fue hacia el gran hombre, y le preguntó qué quería, y de qué modo él podría ayudarlo. El forastero estiró su mano al anciano, y dijo, "quiero solamente disfrutar por una vez de un plato campesino: cocíneme algunas patatas, al modo que usted siempre las hace, y luego me sentaré en su mesa y las comeré con placer."

El campesino sonrió y dijo, "Usted es un conde o un príncipe, o quizás hasta un duque; los señores nobles a menudo tienen tales fantasías, pero usted tendrá su deseo." La esposa entró en la cocina, y comenzó a lavar y frotar las patatas, y hacerlas en pelotas, a como acostumbran los campesinos. Mientras ella estaba ocupada de este trabajo, el anciano dijo al forastero, "Venga a mi jardín conmigo un rato, pues tengo todavía algo para hacer allí." Él había excavado algunos agujeros en el jardín, y ahora quería plantar algunos árboles en ellos.

¿"No tienen ustedes hijos?," preguntó el forastero, "quienes podrían ayudarles con su trabajo." "No," contestó el campesino, "yo tenía a un hijo, es cierto, pero hace mucho tiempo que él salió de aquí. Él era hábil, minucioso e inteligente, pero nunca aprendió ningún oficio y conocía muchos malos trucos, hasta que por fin él se alejó de mí yéndose a recorrer mundo, y desde entonces no he oído nada de él."

El anciano tomó un árbol joven, lo puso en un agujero, colocó una estaca al lado de él, y cuando había movido con la pala alguna tierra y la había pisoteado firmemente, ató el tallo del árbol a la estaca, abajo, y al medio, con una cuerda.

¿"Pero dígame," dijo el forastero, "por qué usted no ata aquel árbol anudado y torcido, que está en la esquina allí, inclinado hacia la tierra, a un poste, para que también pueda ponerse erecto, como éstos?"

El anciano sonrió y dijo, "Señor, usted habla según su conocimiento, es fácil ver que usted no es familiar con la horticultura. Aquel árbol allí es viejo y deforme, nadie puede hacerlo enderezar ahora. Los árboles deben ser formados mientras son jóvenes." "Así es

como estaba con su hijo," dijo el forastero, "si usted lo hubiera entrenado mientras él era todavía joven, él no se habría escapado; ahora él también debe haberse puesto difícil y deforme."

"Realmente ya hace mucho tiempo que él se marchó," contestó el anciano, "él debe haber cambiado. " "¿Lo conocería usted otra vez si él viniera acá?" preguntó el forastero. "Apenas por su cara," contestó el campesino, "pero él tiene una señal única, una marca de nacimiento en su hombro, que parece a una alubia." Cuando él lo terminó de decir, el forastero se quitó su abrigo, expuso su hombro, y mostró al campesino la alubia. ¡"Dios bueno! ¡" gritó el anciano, "Tú eres realmente mi hijo!" y el amor por su hijo agitó a su corazón.

¿"Pero," añadió él, "cómo puedes ser mi hijo, tú que eres un gran señor y vives en la riqueza y el lujo? ¿De qué forma has logrado hacer esto?" "Ah, padre," contestó el hijo, "el árbol joven no estuvo ligado a ningún poste y se ha puesto torcido, ahora es demasiado viejo, nunca será erecto otra vez. ¿Cómo he conseguido todo esto? Me he hecho un ladrón, pero no te alarmes, soy un ladrón-maestro. Para mí no hay ni cerraduras, ni cerrojos, lo que yo desee es mío. No te imagines que robo como un vulgar ladrón, sólo tomo un poco de la superfluidad del rico.

La gente pobre está segura, yo prefiero darles que tomar algo de ellos. Todo aquello que pudiera obtener sin problema, astucia y destreza nunca lo toco. ""Ay, mi hijo," dijo el padre, "esto todavía no me complace a mí, un ladrón es todavía un ladrón, te digo que esto se terminará mal." Él lo llevó a donde su madre, y cuando ella oyó que era su hijo, lloró de alegría, pero cuando él le dijo que se había hecho un ladrón-maestro, dos lágrimas fluyeron abajo sobre su rostro. Con mucho detalle ella dijo, "incluso si él se ha hecho un ladrón, él es todavía mi hijo, y mis ojos lo han contemplado una vez más." Ellos se sentaron a la mesa, y otra vez él comió con sus padres el humilde alimento que no había comido por tanto tiempo. El padre dijo, "Si nuestro patrón, el conde de allá arriba en el castillo, sabe de tus artes y sabe cuales son tus negocios, él no te tomará en sus brazos para balancearte en ellos como cuando lo hizo en la fuente bautismal, sino que lo hará para balancearte de un cabestro."

"Tranquilo, padre, él no me hará daño, yo sé como tratarlo. Iré donde él este mismo día." Al final de la tarde, el ladrón-maestro se asentó en su carro, y lo condujo al castillo. El conde lo recibió cortésmente, ya que él lo tomó por un hombre distinguido. Cuando sin embargo, el forastero se presentó tal como realmente era, el conde se puso pálido y estuvo completamente silencioso durante algún tiempo. Al rato, con mucho detalle él le dijo, "eres mi ahijado, y tomando eso en cuenta, te tendré piedad a la hora de hacer justicia, y te trataré con poca severidad. Puesto que te enorgulleces de ser un ladrón-maestro, pondré tu arte a prueba, pero si no pasas la prueba, debes casarte con la hija del fabricante de cuerdas, y el graznido del cuervo deberá ser la única música para esa ocasión."

"Señor Conde," contestó el ladrón-maestro, "Piense tres cosas, tan difíciles como usted quiera, y si no realizo sus tareas, haga conmigo lo que usted desee." El conde reflexionó

durante algunos minutos, y luego dijo, "Bien. Entonces, en primer lugar, robarás el caballo que guardo para mi propia equitación, sacándolo del establo; seguidamente, deberás robar las sábanas que están debajo de los cuerpos de mi esposa y míos cuando estamos dormidos, sin que nos demos cuenta de ello, más el anillo de bodas de mi esposa también; y en tercer lugar y finalmente, deberás poner lejos de la iglesia, al cura y al oficinista. Anota bien lo que he dicho, pues tu vida futura depende de ello."

El ladrón-maestro fue a la ciudad más cercana; allí él le compró la ropa a una vieja mujer campesina, y se la puso. Se manchó su cara marrón, y se pintó arrugas también, de modo que nadie pudiera haberlo reconocido. Entonces él llenó un pequeño barril con viejo vino de Hungría, y al cual le fue mezclado una bebida poderosa para dormir. Él puso el barril en una cesta, la echó a su espalda, y se dirigió con pasos lentos y tambaleantes al castillo del conde. Ya estaba oscuro cuando él llegó. Se sentó en una piedra en el patio y comenzó a toser, como una anciana asmática, y a frotar sus manos como si tuviera frío. Delante de la puerta del estable algunos soldados estaban alrededor de un fuego; y uno de ellos observó a la mujer, y la llamó, "Venga más cerca, vieja madre, y caliéntese al lado de nosotros. Después de todo, no tienes ninguna cama para la noche, y debes tomar lo primero que se te presente."

"La anciana se tambaleó hasta ellos, y les pidió que levantaran la cesta de su espalda, y se sentó al lado de ellos junto al fuego. ¿"Qué llevas en ese pequeño barril, vieja señora?" preguntó uno de los guardianes. "Un muy buen vino," contestó ella. "Vivo del comercio, y por dinero y palabras justas estoy completamente lista a darle un trago." "Entonces tomémoslo," dijo el soldado, y cuando él lo hubo probado dijo, "Cuando el vino está bueno, me gusta repetirlo," y se sirvió otro para él, y el resto siguió su ejemplo.

"¡Hola, compañeros!," gritó uno de ellos a aquellos que estaban en dentro del establo, "aquí está una buena anciana quién tiene un vino que es tan viejo como ella misma; tomen un trago que les calentará sus estómagos mucho mejor que nuestro fuego." La anciana llevó su barril al establo. Uno de los soldados se había asentado en el caballo de equitación ensillado, el otro sostuvo su brida en su mano, un tercero había puesto el asimiento de su cola. Ella les sirvió tanto como ellos quisieron hasta que se vació el barril. Pasó poco tiempo antes de que la brida se cayó de la mano del que la sostenía, y cayendo al suelo comenzó a roncar. El otro soltó el asimiento de la cola, se acostó y roncó todavía más alto.

Y el que estaba sentado en la silla, permaneció realmente sentado, pero dobló su cabeza abajo casi al cuello del caballo, y durmió y sopló con su boca como el fuelle de una forja. Los soldados de a fuera habían estado dormidos ya desde hace rato, y yacían en la tierra inmóviles, como muertos. Cuando el ladrón-maestro vio que había tenido éxito, le dio al primero una cuerda en su mano en vez de la brida, y al otro quién había estado sosteniendo la cola, una brizna de paja, pero ¿qué debía hacer con el que se sentaba en el caballo? Él no quiso lanzarlo abajo, ya que podría despertarlo y hacerlo pronunciar un grito.

Entonces tuvo una idea buena, desabrochó los amarres de la silla, ató a la silla fuertemente un par de cuerdas que colgaban de un anillo en la pared, y preparó al jinete durmiente en el aire, y enroscó con fuerza la cuerda alrededor de unos postes. Pronto soltó al caballo de la cadena, pero si él hubiera montado al caballo sobre el pavimento pedregoso del patio, se habría oído el ruido en el castillo. Entonces forró los cascos del caballo en viejos harapos, lo condujo con cuidado, saltó sobre él, y galopó lejos.

Cuando despuntó el día, el maestro galopó al castillo sobre el caballo robado. El conde acababa de despertar, y miraba fuera de la ventana. ¡"Buenos días, Señor Conde," le gritó él, "aquí está el caballo, que saqué sin daño del establo! Sólo mire como maravillosamente sus soldados yacen allí durmiendo; y si usted gusta ir al establo, verá cuan cómodos están sus cuidadores." El conde no podía menos que reírse, entonces él dijo, "Por una vez lo has logrado, pero no irá así de bien la segunda vez, y te advierto que si vienes a mi como un ladrón, no dudaré de tratarte como lo hago con un ladrón."



Cuando la condesa se acostó esa noche, ella cerró fuertemente su mano con el anillo de bodas, y el conde dijo, "Todas las puertas están cerradas con llave y asegurado el cerrojo, me mantendré despierto y esperaré al ladrón, pero si él entra por la ventana, le pegaré un tiro." El ladrón-maestro, sin embargo, fue en la oscuridad a la horca, descolgó a un pobre ajusticiado que colgaba allí abajo del cabestro, y lo llevó en su espalda al castillo. Una vez allí puso una escala hasta el dormitorio, se echó el cadáver sobre sus hombros, y comenzó a subir. Cuando ya estuvo tan alto que la cabeza del muerto se asomaba en la ventana, el conde, quién miraba desde su cama, le disparó, e inmediatamente el maestro dejó al muerto caerse, y se escondió él mismo en una esquina.

La noche estaba suficientemente iluminada por la luna, con lo que el maestro podía ver claramente como el conde salió por la ventana a la escala, bajó, llevó el cadáver al jardín, y comenzó a excavar un agujero para ponerlo. "Ahora", pensaba el ladrón, "el momento oportuno ha llegado," salió con agilidad de su esquina, y subió la escala directamente al dormitorio de la condesa. "Querida esposa," comenzó él imitando la voz del conde, "el ladrón está muerto, pero, después de todo, él es mi ahijado, y ha sido más un artista del escape que un bandido. No lo pondré en vergüenza pública; además, lo siento por los padres.

Lo sepultaré yo mismo antes del amanecer, en el jardín de modo que nadie lo sepa, dame la sábana y envolveré el cuerpo en ella, y lo sepultaré como un perro entierra las cosas rasguñando. "La condesa le dio la sábana. "Te digo que," siguió el ladrón, "tengo un

ataque de magnanimidad en mí, dame el anillo también, pues el infeliz hombre arriesgó su vida para ello, así que puede llevarlo con él a su tumba." Ella no contradujo al conde, y aunque lo hiciera de mala gana ella se quitó el anillo de su dedo, y se lo dio. El ladrón se largó lejos con ambas cosas, y llegó a casa sin peligro antes de que el conde en el jardín hubiera terminado su trabajo del entierro.

Qué cara tan larga puso el conde cuando el maestro vino a la mañana siguiente, y le trajo la sábana y el anillo. ¿"Eres un mago?" dijo él, "¿Quién te ha sacado de la tumba en la cual yo mismo te puse, y te trajo a la vida otra vez?" "Usted no me sepultó," dijo el ladrón, "pero sí al ajusticiado en la horca," y él le dijo exactamente como todo había pasado, y obligó a que el conde le reconociera que él era un ladrón inteligente, mañoso. "Pero aún no has llegado al final," añadió él, "tienes todavía que realizar la tercera tarea, y si no tienes éxito, todo habrá sido inútil." El maestro sonrió y no devolvió ninguna respuesta.

Cuando llegó la noche él salió con un gran saco en su espalda, un bulto bajo sus brazos, y una linterna en su mano y se dirigió a la iglesia de pueblo. En el saco él tenía algunos cangrejos, y en el bulto velas cortas. Se sentó en el cementerio que estaba contiguo a la iglesia, sacó un cangrejo, y le pegó una vela en su espalda. Entonces él encendió la vela, puso el cangrejo sobre la tierra, y lo dejó arrastrarse. Él tomó un segundo cangrejo del saco, y lo trató del mismo modo, y así hasta que el último estuviera fuera del saco. En ese momento él se puso una ropa negra larga que parecía la capucha de un monje, y se pegó una barba gris en su barbilla. Cuando por fin él estuvo completamente irreconocible, tomó el saco en el cual los cangrejos habían estado, entró a la iglesia, y subió al púlpito.

El reloj en la torre daba las doce; y cuando el último golpe había sonado, él gritó con una voz fuerte y penetrante, "¡Despierten, hombres pecadores, el final de todas las cosas ha llegado! ¡El último día está aquí! ¡Despierten! ¡Despierten! ¡ Quienquiera desee ir al cielo conmigo debe meterse en el saco. Soy Pedro, que abre y cierra la puerta de cielo. Contemplan como la muerte allí en el cementerio deambula recogiendo huesos! ¡Vengan, vengan, y agrúpanse en el saco! ¡El mundo está a punto de ser destruido!" El grito resonó por el pueblo entero.

El cura y el oficinista que vivían más cerca de la iglesia, lo oyeron primero, y cuando vieron las luces que se movían en el cementerio, se dieron cuenta de que algo extraño sucedía, y entraron a la iglesia. Ellos escucharon el sermón un rato, y luego el oficinista dio un codazo al cura y le dijo, "no estaría mal si debiéramos aprovechar la oportunidad juntos, y antes del amanecer del último día, encontrar un modo fácil de llegar al cielo." "Para decir verdad," contestó el cura, "es lo que yo mismo he estado pensando, y si te sientes preparado, nos pondremos camino." "Sí", contestó el oficinista, "pero usted, el pastor, tiene la precedencia, yo le seguiré."

Entonces el cura fue adelante, y subió al púlpito donde el maestro abrió su saco. El cura entró sigilosamente de primero, y luego el oficinista. El maestro inmediatamente amarró el saco fuertemente, lo agarró al medio, y los arrastró gradas abajo del púlpito. Y siempre

que las cabezas de los dos tontos chocaban contra las gradas, él gritaba "vamos por las montañas." Y así los llevó a través del pueblo del mismo modo, y cuando pasaban por charcos, él gritaba "Ahora pasamos por nubes mojadas." Y cuando por fin llegaron a las gradas del castillo, él gritó, "¡Ahora estamos en las gradas del cielo, y pronto estaremos en el tribunal externo!" Cuando llegaron arriba, empujó el saco en el palomar, y cuando las palomas revolotearon sobre ellos, él dijo, "Escuche que alegre están los ángeles, y como ellos agitan sus alas!" Entonces echó el cerrojo sobre la puerta, y se marchó.

A la mañana siguiente el maestro fue donde el conde, y le dijo que ya había realizado la tercera tarea también, y había sacado al cura y al oficinista de la iglesia. ¿"Dónde los abandonaste?" preguntó el señor. "Ellos yacen arriba en un saco en el palomar, y se imaginan que están en el cielo." El conde subió él mismo, y se convenció que el maestro había dicho la verdad. Una vez que hubo librado al cura y al oficinista de su cautiverio, él dijo, "Eres un ladrón-maestro pleno de arte, y has ganado la apuesta. Por esta ocasión has salvado tu piel, pero abandona mi tierra, ya que si alguna vez vuelves a poner pie en ella, correrías el riesgo de ir a la horca." El ladrón-maestro se despidió de sus padres, y una vez más partió hacia el amplio mundo, y nadie volvió a oír de él desde entonces.

Enseñanza:

Por más arte que se ponga en la ejecución de un delito, nunca dejará de ser incorrecto.





052-Las Novias a Prueba

Había una vez un pastor joven que deseaba mucho casarse, y conoció a tres hermanas que eran todas igualmente bonitas, de modo que le era muy difícil a él hacer una opción, y no podía decidir dar la preferencia a cualquiera de ellas.

Entonces él pidió a su madre el consejo, y ella le dijo,

- "Invita a las tres a casa, sírveles un poco de queso y observa como cada una de ellas lo comen." -

El joven lo hizo así, y llegado el día; la primera ingirió el queso con todo y la corteza.

La segunda cortó tan de prisa la corteza del queso, que dejó mucho queso bueno pegado, y lo tiró a la basura.

La tercera peló la corteza con cuidado, y no cortó, ni mucho, ni demasiado poco, aprovechando el máximo del queso.

El pastor contó todo esto a su madre, quien dijo,

- "Toma a la tercera para ser tu esposa." -

El pastor la seleccionó, y vivió felizmente con ella.





053-El Viejo Sultán

Un agricultor una vez tenía un perro fiel llamado Sultán, que había envejecido y perdido todos sus dientes, de modo que ya no podía sostener nada firmemente. Un día el agricultor estaba de pie con su esposa en la puerta de la casa, y le dijo,

- "Mañana tengo la intención de pegar un tiro al Viejo Sultán, ya que no sirve para nada." -

Su esposa, que sintió compasión para la bestia fiel, contestó,

- "Él nos ha servido por tanto tiempo, y sido tan fiel, que bien podríamos conservarlo." -

- "¡Eh! ¿qué?" - dijo el hombre. - "No lo has analizado bien. Él no tiene un solo diente en su boca, y ningún ladrón le tiene miedo; por lo que podemos deshacernos de él. Si él nos ha servido, ya ha tenido buena alimentación y buen trato por ello." -

El pobre perro, quién yacía estirado en el sol no muy lejos, había oído todo, y sintió tristeza de que mañana debía ser su último día. Él tenía a un buen amigo, el lobo, y salió sigilosamente a buscarlo por la tarde al bosque, y se quejó ante él del destino que le esperaba.

- "Escúchame, amigo," - dijo el lobo, - "levanta tu ánimo, te ayudaré con tu problema. He pensado en algo. Mañana, al amanecer, tu patrón va con su esposa a recoger el heno, y ellos llevarán a su pequeño niño con ellos, ya que nadie queda en la casa. Ellos suelen, durante el tiempo de trabajo, poner al niño bajo el seto en la sombra; y tú te pones allí también, justo como si desearas cuidarlo. Entonces saldré de entre los arbustos y me llevaré al niño. Tú te precipitas rápidamente detrás de mí, como si estuvieras tratando de agarrarme. Yo dejaré caer al niño, y tú lo recogerás y lo llevarás de nuevo a sus padres, que pensarán que lo has salvado, y quedarán demasiado agradecidos para hacerte daño; al contrario, te pondrán muy en alto, y ellos nunca pensarán en maltratarte de nuevo." -

El plan complació el perro, y fue realizado como se planeó. El padre gritó cuando vio al lobo correr por el campo con su niño, pero cuando el Viejo Sultán lo devolvió, entonces se llenó de alegría, y lo acarició y le dijo,

- "No se le hará daño ni a un pelo tuyo, comerás de mi pan libremente mientras vivas." -

Y a su esposa le dijo,

- "Vete a casa inmediatamente y hazle al Viejo Sultán una sopa de pan que él no tenga que morder, y tráele la almohada de mi cama, que se la daré para que repose sobre ella." -

De aquí en adelante el viejo Sultán estuvo de lo mejor que él podía desear estar.

Poco después el lobo lo visitó, y estuvo contento de que todo había tenido tan buen éxito.

- "Pero oye amigo," - dijo el lobo, - "guñame un ojo cuando haya una posibilidad de llevarme a una de las ovejas gordas de tu patrón." -

- "No pienses así," - contestó el perro; - "yo permaneceré fiel a mi patrón; por lo que no puedo estar de acuerdo con eso." -

El lobo, que pensó que esto no podía ser dicho de veras, vino arrastrándose sigilosamente por la noche para llevarse a las ovejas. Pero el agricultor, a quien el Sultán fiel había dicho el plan del lobo, lo agarró y abatió su cuerpo fuertemente con el látigo. El lobo tuvo que huir, pero le lanzó un grito al perro,

- "Espera un poco, sinvergüenza, vas a pagar por esto."

A la mañana siguiente el lobo envió a un jabalí para desafiar al perro a entrar en el bosque de modo que ellos pudieran dilucidar el asunto.



El Viejo Sultán no podría encontrar nadie que lo apoyara en ese momento, excepto un gato con sólo tres patas, y cuando ellos salieron juntos, el pobre gato cojeaba a lo largo del camino, y al mismo tiempo estiraba su cola en el aire con dolor.

El lobo y el jabalí estaban ya sobre el terreno designado, pero cuando vieron a su adversario venir, pensaron que traía un sable con él, ya que confundieron la cola extendida del gato con eso. Y cuando la pobre bestia saltaba en sus tres piernas, ellos sólo podrían pensar que recogía una piedra para lanzarla contra ellos. Entonces estaban ambos llenos de miedo; y el jabalí se arrastró bajo un tronco, y el lobo saltó subiéndose a un árbol.

El perro y el gato, cuando llegaron al sitio, se preguntaron por qué no había nadie a la vista. El jabalí, sin embargo, no había sido capaz de esconderse totalmente; y una de sus orejas todavía podía ser vista. Mientras el gato miraba con cuidado a su alrededor, el

jabalí movió su oreja; y el gato, que pensó que era un ratón que se movía, brincó sobre ella y la mordió con fuerza. El jabalí hizo un ruido temeroso y se escapó, gritando,

- "¡El culpable está arriba en el árbol." -

El perro y el gato buscaron y encontraron al lobo, quien estaba avergonzado de haberse mostrado tan tímido, pidió disculpas y renovó su amistad con el perro.

Enseñanza:

La mútua, honesta y sincera fidelidad entre servidor y patrón, siempre provee magníficos y sanos frutos para ambos.





054-Pobreza y Humildad llevan al Cielo

Había una vez el hijo de un rey que salió a recorrer mundo, y estaba lleno de pensamientos y de tristeza. Él miraba al cielo, que era tan maravillosamente puro y azul. Entonces suspiró, y dijo,

- "¡Qué bien estaría todo si uno estuviera allá arriba en el cielo!" -

Entonces vio a un hombre pobre y canoso que venía por el camino hacia él, y le preguntó,

- "¿Cómo puedo llegar al cielo?" -

El hombre contestó,

- "Con pobreza y humildad. Póngase mi ropa harapienta, deambule por el mundo durante siete años, y llegue a conocer cómo es la miseria, no tome ningún dinero, pero si llega a sentirse hambriento, pida a corazones compasivos un poco del pan; de esta manera tendrá a su alcance el cielo."

Entonces el hijo del Rey se quitó su magnífico abrigo, y se puso en su lugar la ropa del mendigo, y salió a recorrer el amplio mundo, sufriendo gran miseria. Él tomaba muy poco alimento, casi nada, pero rezaba al Señor para que lo llevara a su cielo. Cuando habían terminado los siete años, volvió al palacio de su padre, pero nadie lo reconoció. Él dijo a los criados,

- "Vayan y digan a mis padres que he vuelto otra vez." -

Pero los criados no le creyeron, y se rieron y lo abandonaron dejándolo de pie allí mismo.

Entonces dijo,

- "Vayan y le dicen a mis hermanos que pueden bajar, ya que me mucho me gustaría verlos otra vez."

Los criados no harían eso tampoco, pero al fin uno de ellos fue, y le dijo a los hijos del rey su mensaje, pero éstos no lo creyeron, y no se preocuparon por ello. Entonces él escribió una carta a su madre, y describió toda su miseria, pero él no le dijo que era su

hijo. De este modo, compadeciéndose la reina, le otorgó un lugar bajo la escalera, y ordenó a dos criados darle alimento diariamente.



Pero uno de ellos era malévolo y se dijo,

- "¿Por qué debería el mendigo tener buen alimento?" -

y en vez de dárselo, se lo dejaba para él mismo, o lo daba a los perros, y le daba al débil y desgastado mendigo solamente agua; el otro criado, sin embargo, era honesto, y entregaba al mendigo lo que le era enviado. Era poco, pero con aquello podía vivir un rato, y todo el tiempo él era completamente paciente, pero se puso continuamente más débil.

Como sin embargo, su enfermedad aumentó, él deseó recibir el último sacramento. En la misa, cuando el cáliz estaba siendo elevado y bajado, todas las campanas en la ciudad y vecindad comenzaron a sonar. Después de la misa el sacerdote fue a ver al hombre pobre bajo la escalera, y allí ya estaba muerto. En una mano él tenía una rosa, en la otra un lirio, y al lado de él estaba un papel en el cual describía su historia.

Cuando él fue sepultado, una rosa creció en un lado de su tumba, y un lirio en el otro.

Enseñanza:

Cuando se persigue un objetivo con total firmeza, no hay barrera que detenga su propósito.





055-El Músico Maravilloso

Había una vez un maravilloso músico, que andaba completamente solo por un bosque y pensaba en montones de cosas, y cuando ya no tuvo en que más pensar, se dijo a sí mismo,

- "El tiempo y la soledad comienzan a pasar pesadamente conmigo aquí en el bosque, necesitaré hacerme de una buena compañía para mí." -

Entonces él tomó su violín de su espalda, y lo empezó a tocar de modo que resonara por entre los árboles. No pasó mucho rato antes de que un lobo viniera trotando por la espesura hacia él.

- "¡Ah, aquí viene un lobo! ¡Él no es de mi complacencia!" - dijo el músico.

Pero el lobo vino más cerca y le dijo,

- "Ah, querido músico, qué maravillosamente tocas. Me gustaría aprender a hacerlo yo también." -

- "Eso se aprende rápido," - contestó el músico, - "solamente debes de hacer todo lo que yo te pida." -

- "¡Ah, músico!" - dijo el lobo, - "te obedeceré como un alumno obedece a su maestro." -

El músico lo pidió que lo siguiera, y cuando ya habían caminado parte del camino juntos, llegaron a un viejo roble que estaba hueco por dentro, y partido al medio.

- "Mira," - dijo el músico, - "si vas a aprender a tocar violín, pon las patas delanteras en esta grieta." -

El lobo obedeció, pero el músico rápidamente recogió una piedra y con un rápido golpe acuñó sus dos patas tan firmemente que el lobo quedó obligado a quedarse allí preso.

- "Permanece allí hasta que yo vuelva," - dijo el músico, y se alejó por el camino.

Al cabo de un rato, otra vez se dijo él mismo,

- "El tiempo y la soledad comienzan a pasar pesadamente conmigo aquí en el bosque, atraeré aquí a otro compañero," - y tomó su violín y otra vez lo tocó en el bosque.

No pasó mayor tiempo antes de que un zorro viniera caminando entre los árboles hacia él.

- "¡Ah, está llegando un zorro!" dijo el músico. - "¡Tampoco lo deseo de compañero!" -



El zorro se le acercó y le dijo,

- "¡Ah, querido músico! ¡En que forma maravillosa tocas ese violín! Me gustaría aprender a hacerlo yo también." -

- "Eso se aprende rápido," - contestó el músico, - "solamente debes de hacer todo lo que yo te pida." -

- "¡Ah, músico!" - dijo el zorro, - "te obedeceré como un alumno obedece a su maestro." -

- "Sígueme," - dijo el músico." -

Y cuando ya habían andado una parte del camino, llegaron a un angosto sendero, con arbustos altos a ambos lados. Allí el músico se paró, y de un lado inclinó un joven arbusto color de avellana hacia la tierra, y lo sostuvo poniéndole su pie por encima, y del otro lado también inclinó un árbol joven, y dijo,

- "Ahora zorrito, si vas a aprender a tocar violín, dame la pata izquierda delantera."

El zorro obedeció, y el músico sujetó su pata a la rama izquierda. - "Ahora zorrito," - dijo él, - "me alcanzas tu pata derecha", - y la ató a la rama derecha.

Cuando el músico había examinado que ambas patas del zorro estaban bien sujetas, soltó las ramas de sus pies y los arbustos se enderezaron de nuevo, dejando al pobre zorro suspendido en el aire.

- "Espera aquí hasta que yo vuelva otra vez," - dijo el músico, y siguió su camino.

Al cabo de un rato, otra vez se dijo él mismo,

- "El tiempo y la soledad comienzan a pasar pesadamente conmigo aquí en el bosque, así que atraeré aquí a otro compañero,"- y tomó su violín y otra vez lo tocó en el bosque.

Entonces una pequeña liebre vino saltando hacia él. -

- "¿Por qué viene una liebre?,"- dijo el músico, - "no la quiero."-

- "¡Ah, querido músico! ¡Qué manera tan maravillosa de tocar ese violín! Me gustaría aprender a hacerlo yo también,"- le dijo la liebre.

- "Eso se aprende rápido,"- contestó el músico, - "solamente debes de hacer todo lo que yo te pida."-

- "¡Ah, músico!"- respondió la liebre, - "te obedeceré como un alumno obedece a su maestro."-

- "Sígueme,"- dijo el músico."-

Y así siguieron una parte del camino juntos hasta que llegaron a un espacio abierto en el bosque, donde había un árbol de álamo. El músico ató una cuerda larga alrededor del cuello de la pequeña liebre y el otro final lo sujetó al árbol.

- "¡Ahora, rápidamente, liebrequita, gira veinte veces alrededor del árbol!"- gritó el músico.

La pequeña liebre obedeció, y cuando ya había girado las veinte veces, la cuerda se había enroscado totalmente alrededor del tronco del árbol, y la pequeña liebre quedó atrapada. Y la dejó que se moviera lo que quisiera, pero eso sólo hizo que se le maltratara su sensible cuello.

- "Espérame aquí hasta que yo vuelva,"- dijo el músico, y se fue por el camino.

El lobo, mientras tanto, había empujado, tirado y mordido la piedra, y había trabajado con empeño y por tanto tiempo que logró poner sus pies en libertad y los sacó de la hendidura del tronco. Lleno de cólera y rabia se apresuró a ir detrás del músico para tratar de despedazarlo.

Cuándo el zorro vio al lobo correr, comenzó a lamentarse, y gritó con toda su fuerza,

- "Lobo hermano, ven en mi ayuda, que el músico me ha engañado!"-

El lobo dobló hacia abajo el pequeño árbol y mordió la cuerda, liberando así al zorro quien fue con él para tomar parte en la venganza contra el músico.

En seguida encontraron a la liebre atada, a quien igualmente ellos liberaron, y luego todos juntos fueron a buscar al traidor.

El músico había tocado una vez más su violín más adelante en su camino, y esta vez había sido más afortunado. El sonido alcanzó los oídos de un pobre leñador, que al instante, sin pensarlo dos veces, dejó su trabajo y vino con su hacha bajo el brazo para escuchar la música.

- "Por fin viene el compañero adecuado,"- dijo el músico, - "ya que yo buscaba a un ser humano, y no a una bestia salvaje."-

Y él comenzó a tocar tan maravillosamente y deliciosamente que el pobre hombre estuvo de pie allí como encantado, y su corazón saltaba con alegría.

Y mientras él estaba así de pie, el lobo, el zorro, y la liebre llegaron, y él vio muy bien que ellos traían alguna mala intención. Entonces levantó su hacha brillante y se colocó delante del músico, como queriendo decir,

- "¡A quienquiera que busque tocarlo, le advierto, tendrá que vérselas conmigo!"-

Entonces las bestias se aterrorizaron y retrocedieron corriendo hacia el bosque. El músico, sin embargo, tocó una vez más al hombre en agradecimiento, y luego siguió adelante su camino.

Enseñanza:

Nunca deben de traicionarse las promesas hechas, como hizo el músico con los animalitos. Lo correcto es ser sincero y decir francamente si no se está en capacidad de dar o hacer algo, pero jamás, jamás, ofrecer falsamente y luego incumplir o causar daño.





056-La Novia Clara y La Oscura

Una mujer estaba con su hija y su hijastra cortando el forraje en un terreno, cuando el Señor Dios se les acercó en la forma de un hombre pobre, y les preguntó,

- "¿Cuál es el camino hacia el pueblo?" -

- "Si usted quiere saber," - dijo groseramente la madre, - "búsquelo usted mismo." -

Y la hija añadió,

- "Si usted teme no encontrarlo, busque un guía que lo lleve." -

Pero la hijastra dijo,

- "Pobre hombre, yo lo llevaré, venga conmigo." -

Entonces Dios se molestó con la madre y su hija, y les volvió la espalda, y pidió que su piel se les pusiera tan oscura como la noche, y además que tomaran una horrible apariencia. Con respecto a la hijastra, sin embargo, Dios fue cortés y siguió con ella, y cuando estaban cerca del pueblo, ofreció una bendición para ella diciendo,

- "Elige tres cosas para ti, y te las concederé." -

Entonces dijo la doncella,

- "Me gustaría ser tan hermosa y clara como el sol y agradable como el día." -

y al instante ella quedó hermosa y clara como el sol y agradable como el día.

- "Luego me gustaría tener un monedero de dinero que nunca se quede vacío." -

Y el Señor se lo concedió también, y además le dijo,

- "No olvides lo que es el mejor deseo de todos." -

Y dijo ella,

- "Para mi tercer deseo, quiero que después de mi muerte, habite en el reino eterno del Cielo." -

Esto también le fue concedido, y luego el Señor Dios se retiró. Cuando la madrastra vino a la casa con su hija, y vieron que ellas dos ahora estaban tan oscuras como la noche y con sus apariencias muy feas, pero que la hijastra tenía radiante claridad y hermosura, la maldad aumentó todavía más en sus corazones, y no pensaron en nada más, sino en como podrían ellas hacerle algún daño.

La hijastra, sin embargo, tenía un hermano llamado Reginer, a quien ella quería mucho, y ella le contó todo lo que había pasado. Un día, Reginer le dijo,

- "Querida hermana, haré un retrato tuyo, para poder tenerte continuamente antes mis ojos, ya que mi fraternal amor por ti es tan grande, que me gustaría siempre poder mirarte." -

Ella contestó,

- "Pero te pido por favor, que no dejes a nadie ver el cuadro." -

Entonces él pintó a su hermana y colgó el cuadro en su cuarto. Él, moraba en el palacio del Rey, ya que era su cochero.

Cada día él se quedaba un rato de pie frente al cuadro, y agradecía a Dios por la felicidad de tener una tan querida hermana. Ahora resulta que el rey, a quien él servía, acababa de perder a su esposa, quien había sido tan hermosa que no podía encontrarse a nadie que pudiera compararse con ella, y por este motivo el rey estaba con una profunda pena. Los asistentes de la corte, sin embargo, comentaban que el cochero se paraba diariamente frente a este cuadro hermoso, y como eso los ponía celosos, le informaron al rey.

Entonces el rey ordenó que le trajeran el cuadro, y cuando él vio lo parecida que era a su finada esposa en todo sentido, salvo que era todavía más hermosa, cayó mortalmente enamorado de ella. Él hizo que el cochero fuera traído a su presencia, y le preguntó a quién representaba el retrato.

El cochero dijo que era su hermana, y entonces el rey resolvió que no tomaría a nadie, sino a esta muchacha, como su esposa, y le dio al cochero un carro y caballos y ropas espléndidas de tela de oro, y lo envió adelante para que trajera a su novia elegida.

Cuando Reginer llegó en esa diligencia, su hermana se alegró, pero la doncella oscura estaba celosa de la fortuna de su hermanastra, y se puso enojada sin control alguno, y le dijo a su madre,

- "¿De que sirven todas tus artes para nosotras ahora, si no puedes conseguir ni siquiera un golpe de suerte para mí?" -

- "Tranquila," - dijo la madre, - "pronto te daré algo." -

Y por sus artes de brujería, ella entorpeció los ojos del cochero dejándolo medio ciego, y a la doncella blanca le obstaculizó los oídos, de modo que quedara medio sorda.

Entonces entraron en el carro, primero la novia blanca en su indumentaria real noble, y luego la madrastra con su hija, y Reginer sentado al frente listo para conducir.

Después de recorrer el camino durante algún tiempo, el cochero gritó,

"Cúbrete bien, mi hermana querida,
Que la lluvia no te moje,
Que el viento no te cargue de polvo,
Pues debes estar agraciada y hermosa
Cuando te presentes ante el rey. "



La novia preguntó,

- "¿Qué dice mi querido hermano?" -

- "Ah," - dijo la anciana, - "él dice que debes quitarte tu vestido de oro y darlo a tu hermana." Entonces ella se lo quitó, y lo puso sobre la doncella oscura, quien a cambio le dio su lamentable vestido gris.

Siguieron adelante, y un corto tiempo después, el hermano otra vez gritó,

"Cúbrete bien, mi hermana querida,
Que la lluvia no te moje,
Que el viento no te cargue de polvo,
Pues debes estar agraciada y hermosa
Cuando te presentes ante el rey. "

La novia preguntó,

- "¿Qué dice mi querido hermano?" -

- "Ah," - dijo la anciana, - "él dice que debes de quitarte la capucha de oro y darla a tu hermana." -

Entonces ella se quitó la capucha y la puso sobre su hermana, y se sentó con su cabeza descubierta. Y siguieron aún más lejos. Al ratito, el hermano una vez más gritó,

"Cúbrete bien, mi hermana querida,
Que la lluvia no te moje,
Que el viento no te cargue de polvo,
Pues debes estar agraciada y hermosa
Cuando te presentes ante el rey. "

La novia preguntó,

- "¿Qué dice mi querido hermano?" -

- "Ah," - dijo la anciana, - "él dice que debes de mirar hacia afuera del carro." -

Ellos estaban, en ese momento, sobre un puente, que cruzaba aguas profundas. Cuando la novia se levantó de su asiento y se inclinó para mirar, madre e hija la empujaron, haciéndola caer en medio del agua.

Al mismo momento en que la novia se hundía, un pato blanco como la nieve emergió de las brillantes aguas, y nadó río abajo. El hermano no había observado nada de aquello, y condujo el carro hasta llegar a la corte. Entonces él llevó a la doncella oscura al rey creyendo realmente que era su hermana, porque sus ojos estaban débiles, y lo deslumbraba el brillar del oro del traje. Cuando el rey vio la fealdad ilimitada de su supuesta novia, se enojó muchísimo, y ordenó que el cochero fuera lanzado en un hoyo que estaba rodeado de víboras y nidos de serpientes.

La vieja bruja, sin embargo, sabía tan bien como adular al Rey y engañar a sus ojos con sus artes, que él las dejó quedarse, a ella y a su hija, hasta que ésta le pareciera completamente soportable, y él realmente se casó con ella.

Una tarde, cuando la novia oscura estaba sentada junto al rey, un pato blanco vino nadando por el canal hasta la cocina, y dijo al muchacho a cargo de la cocina,

- "Joven, por favor enciende un fuego, para que pueda calentar mis plumas." -

El muchacho de la cocina lo hizo, y encendió un fuego en el hogar. Entonces vino el pato y se sentó allí cerca, se sacudió y alisó sus plumas finamente. Mientras el pato estaba sentado y disfrutando del momento, preguntó al muchacho,

- "¿Qué hace mi hermano Reginer?" -

El muchacho de la cocina contestó,

- "Él está encarcelado en un hoyo que está rodeado de víboras y serpientes." -

Entonces ella preguntó,

- "¿Qué hace la bruja oscura en la casa?" -

El muchacho contestó,

- "Ella es amada por el Rey y está feliz."

"¡Que Dios se apiade de él!" - dijo el pato, y salió nadando por el fregadero.

A la segunda y tercera noche vino de nuevo el pato e hizo las mismas preguntas. Entonces el muchacho de la cocina ya no pudo soportar más aquello y fue donde el rey a contarle lo sucedido. El Rey, sin embargo, quiso verlo por él mismo, y a la siguiente tarde fue a la cocina, y cuando el pato sacó su cabeza por el fregadero, él tomó su espada y le cortó su cuello, y de repente el pato se transformó en la doncella más hermosa nunca vista antes, exactamente como se veía en la pintura que su hermano había hecho de ella. El Rey se llenó de alegría, y como estaba de pie completamente mojada, él hizo que le fuera traída indumentaria espléndida y que fuera vestida con ella.

Entonces la joven contó cómo había sido engañada con astucia y falsedad, y por fin lanzada abajo al agua al pasar por el puente.

Su primera petición al rey fue que deberían sacar a su hermano del hoyo rodeado de serpientes, y cuando el rey hubo realizado esta petición, él entró en la cámara donde estaba la vieja bruja y le preguntó a la bruja,

- "¿Qué se merece quién hace esto y aquello?" - relatando los hechos sucedidos.

Ella tan ciega en su mente, y la crueldad tan enraizada en su corazón, que no era consciente de nada dijo,

- "Esa persona merece ser desnudada completamente, y puesta en un barril con clavos, y que un caballo sea enjaezado al barril, y el caballo enviado a correr por todo el mundo." -

Ese castigo pudo haberles sido hecho a ella y a su hija oscura. Pero no teniendo el rey tanta crueldad, en su lugar le fue dada una bebida para que olvidara sus malas artes, y fue expulsada para siempre del reino y a tener que trabajar muy duramente para ganarse su vida en adelante.

El Rey se casó con la novia clara y hermosa, y recompensó a su hermano fiel, y lo hizo un hombre rico y distinguido.

Enseñanza:

La bondad y la caridad con el necesitado, son siempre agradables al Creador, y tarde o temprano rinden sus buenos frutos.





057-El Pequeño Vaso de Nuestra Señora

Hubo una vez un vagón que tan cargado estaba de vino que se atoró en un hueco en el camino tan fuertemente, que por más esfuerzo que se hiciera, no podía ser puesto en movimiento.

Entonces sucedió que pasó por allí Nuestra Señora, y cuando vio al pobre carretero con su problema, le dijo:

- "Estoy cansada y con sed. Dame un vasito de vino y desatacaré tu carreta." -

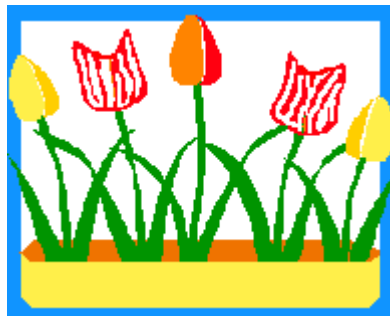
- "Encantado," - replicó el carretero, - "pero no tengo ningún vaso en el cual servirte el vino" -

Entonces Nuestra Señora cortó una pequeña flor blanca con rayas rojas, llamada originalmente *enredadera del campo*, que tiene una forma muy similar a un vaso y se la dio al hombre. Él la llenó con vino e inmediatamente el carruaje quedó totalmente libre, pudiendo entonces continuar su camino.

La pequeña flor es aún hoy llamada *El pequeño vaso de Nuestra Señora*.

Enseñanza:

Ayudar a quien tiene hambre o sed, siempre trae su bendición .





058-El Hermano Lustig

Hubo una vez durante un largo tiempo una gran guerra, y cuando esta llegó a su final, muchos soldados fueron despedidos. Entonces el Hermano Lustig también recibió su salida, y además de eso, solamente un pequeño bollo de pan del diariamente asignado, más cuatro monedas en dinero, con lo cual él se marchó. Sin embargo, San Pedro se había puesto en su camino en forma de un pobre mendigo, y cuando el Hermano Lustig lo topó, el mendigo pidió una limosna. El Hermano Lustig contestó,

- "Querido mendigo, ¿qué puedo darle? He sido un soldado, y he recibido mi despido, y tengo solamente este pequeño bollo de pan del diariamente asignado, más cuatro monedas en dinero. Cuando esto se me acabe, tendré que pedir limosna como usted. Pero de todos modos le daré algo."

Así que él dividió el pan en cuatro partes, y dio al apóstol una de ellas, y también una de las monedas. San Pedro le agradeció, y se fue adelante, y se presentó de nuevo ante el soldado también como un mendigo, pero bajo otra presentación, y cuando lo encontró le pidió de nuevo una limosna como lo hizo antes. El Hermano Lustig habló tal como lo había hecho antes, y otra vez le dio un cuarto del pan y otra de las monedas. San Pedro se lo agradeció, y se fue adelante, y por tercera vez se colocó como mendigo bajo otra apariencia y lo esperó, y le habló al Hermano Lustig. El Hermano Lustig le dio también el tercer cuarto del pan y la tercera moneda. San Pedro se lo agradeció, y el Hermano Lustig siguió adelante, quedándose solamente con un cuarto del pan, y una sola moneda.

Con esto él entró en una posada, comió su pan, y pidió una cerveza por el valor de su moneda. Una vez terminado, siguió adelante, y luego San Pedro, asumiendo el aspecto de otro soldado despedido, lo encontró y le habló así:

- "Buenos días colega, ¿no podrías darme un pedazo de pan y una moneda para una bebida?" -

- "¿Y cómo podría conseguir todo eso?" - contestó el Hermano Lustig, - "He sido despedido y solamente me dieron un bollo de pan y cuatro monedas. Me encontré con tres mendigos en el camino y le di a cada uno un cuarto del pan y una moneda. Y el último cuarto del pan lo comí en la posada y con la última moneda pagué una cerveza." -

Ahora mis bolsillos están vacíos, y si tú tampoco tienes nada, podemos ir pidiendo limosna juntos." -

- "No"-, contestó San Pedro, -"no tenemos que hacer eso en este momento. Sé un poco sobre medicina, y ganaré pronto tanto como requiero por ese medio."-

- "¡Que bueno!"-, dijo el Hermano Lustig , -"y puesto que yo no sé nada de eso, entonces iré a pedir limosna solo."-

- "¡Oh no!, simplemente ven conmigo,"- dijo San Pedro, -"y si gano algo, compartiré contigo la mitad."-

- "Bien,"- dijo el Hermano Lustig , y se marcharon juntos.

Pronto llegaron a la casa de un campesino donde ellos oyeron gritos y lamentaciones fuertes adentro; entonces ellos entraron, y allí el marido yacía enfermo de muerte muy cerca de su final, y su esposa gritaba y lloraba en voz muy alta.

- "Pare esos aullidos y llantos,"- dijo San Pedro, -"pondré a su marido bien otra vez,"-

y tomó un bálsamo de su bolsillo, y curó al hombre enfermo en un momento, de modo que pudo levantarse y estar con salud perfecta. Con gran complacencia el hombre y su esposa dijeron,

- "¿Cómo podemos recompensarle? ¿Qué le daremos?"-

Pero San Pedro no tomaría nada, y entre más le ofrecían los campesinos, más se negaba. El Hermano Lustig , sin embargo, dio un codazo a San Pedro, y le dijo, "Toma algo; bastante seguro que lo necesitamos."

Con mucho cuidado la mujer trajo un cordero y le dijo a San Pedro que él realmente debería tomarlo, pero él insistió en que no. Entonces el Hermano Lustig le empujó el costado, y le dijo,

- "Tómelo ya, no sea tonto estúpido; ¡estamos en gran necesidad de él!"-

Y San Pedro, cediendo, dijo por fin,

- "Bien, tomaré el cordero, pero no lo cargaré. Si tú insistes en quererlo, deberás cargarlo."-

- "No es nada,"- dijo el Hermano Lustig . -"Lo cargaré fácilmente,"- y lo tomó en su hombro.

Entonces ellos se marcharon y llegaron a un bosque, pero el Hermano Lustig había comenzado a sentir el cordero pesado, y tenía hambre, por lo que le dijo a San Pedro,

- "Mira, este parece un buen lugar, aquí podríamos cocinar el cordero, y comerlo."

- "Como quieras," - contestó San Pedro, - "pero no sé nada de cocina; si quieres lo cocinas tú, ahí hay una caldera para ti, y yo mientras tanto me pasearé un poco hasta que todo esté listo. Sin embargo, no debes comenzar a comer hasta que yo haya vuelto, yo vendré en el tiempo correcto." -

- "Bien, ve, entonces," - dijo el Hermano Lustig, - "entiendo de cocina y lo manejaré."

Entonces San Pedro se marchó, y el Hermano Lustig mató al cordero, encendió un fuego, lanzó la carne en la caldera, y la hirvió. El cordero estaba ya completamente listo y el apóstol Pedro no había vuelto, entonces el Hermano Lustig lo sacó de la caldera, lo cortó, y le buscó el corazón.

- "Se dice que esta es la mejor parte," - dijo él, y la probó, pero por fin él se comió todo aquello por completo.

Segundos después San Pedro volvió y dijo,

- "Puedes comerte todo el cordero tú solo, yo solamente tendré el corazón, pásamelo por favor." -

Entonces el Hermano Lustig tomó un cuchillo y el tenedor, y fingió mirar ansiosamente entre la carne del cordero, pero sin ser capaz de encontrar el corazón, hasta que por fin dijo repentinamente,

- "¡No hay ninguno aquí!" -

- "¿Pero cómo puede ser?" - dijo el apóstol.

- "¡No lo sé!," - contestó el Hermano Lustig, - "¡pero mira!, ¡que tontos que somos, buscándole el corazón al cordero, y ninguno de nosotros recordaba que un cordero no tiene ningún corazón!"

- "¡Ah!," - dijo San Pedro, - "¡eso es algo completamente nuevo! Si cada animal tiene un corazón, ¿por qué un cordero va a estar sin él?" -

- "No, no. Ten por seguro, mi hermano," - dijo el Hermano Lustig, - "que un cordero no tiene ningún corazón; sólo considéralo seriamente, y luego verás que realmente no tiene ninguno." -

- "Bien, está correcto," - dijo San Pedro, - "si no hay ningún corazón, entonces no quiero ninguna parte del cordero; y puedes comértelo todo tú solo." -

- "Lo que no pueda comer ahora, lo llevaré en mi mochila," - dijo el Hermano Lustig, y se comió la mitad del cordero, y puso el resto en su mochila.

Siguieron adelante, y luego San Pedro hizo que una gran corriente de agua viniera directamente a travésáseles en su camino, quedando obligados a pasar por en medio de ella. San Pedro dijo,

- "Pasa tu primero." -

- "No," - contestó el Hermano Lustig , - "tu debes ir primero," y él pensó, - "si el agua es demasiado profunda me quedaré aquí."

Y así San Pedro se internó a caminar entre las aguas, las cuales sólo le llegaron a su rodilla. El Hermano Lustig comenzó a pasar también, pero las aguas se hicieron más profundas y rápidamente le llegaron hasta su garganta. Entonces él gritó,

- "¡Hermano, ayúdame!" -

San Pedro dijo,

- "¿Entonces confesarás que tú te comiste el corazón del cordero?" -

- "No," - dijo él, - "no lo he comido." -

Entonces la corriente de agua se puso más profunda y se elevó hasta su boca.

- "¡Ayúdame hermano!," - gritaba el soldado.

San Pedro dijo,

- "¿Entonces admites que te has comido el corazón del cordero?" -

- "No" -, contestó él, - "no lo he comido." -

San Pedro, sin embargo, no lo dejaría ahogarse, bajó las aguas y le ayudó con eso.

Y siguieron adelante, hasta llegar a un reino donde oyeron que la hija del rey estaba enferma de muerte.

- "¡Mira, hermano!" - dijo el soldado a San Pedro, - "esta es una oportunidad para nosotros; ¡si podemos curarla tendremos provisiones para toda la vida!" -

Pero San Pedro no caminaba ni a la mitad de la velocidad que lo hacía el Hermano Lustig.

- "Vamos, mueva sus piernas, mi querido hermano," - dijo él, - "que podemos ponernos allí a tiempo." -

Y San Pedro mas bien andaba más despacio y más despacio, aunque el Hermano Lustig hiciera todo que podía para apurarlo. Por fin ellos oyeron que la princesa había muerto.

- "¡Ahora sí que la hicimos bien!" - dijo el Hermano Lustig ; - "¡esto resulta del modo tan lento de tu andar!" -

- "Mantente tranquilo," - contestó San Pedro, - "puedo hacer más que curar a la gente enferma; puedo traer muertos a la vida otra vez." -

- "Bien. Si tu puedes hacer eso," - dijo el Hermano Lustig, - "está muy bien, pero tu deberías ganar al menos la mitad del reino para nosotros por ello."

Entonces fueron al palacio real, donde todos estaban en gran pena, y San Pedro le dijo al Rey que él restauraría a su hija a la vida. Él fue llevado donde ella yacía, y dijo,

- "Tráigame una caldera y un poco de agua," y cuando esto fue hecho, él pidió a todos salir, y no permitió a nadie más permanecer con él, excepto al Hermano Lustig . Entonces él cortó en piezas el cuerpo de la muchacha muerta, las puso en el agua, encendió un fuego bajo la caldera, y las hirvió. Y cuando la carne había desaparecido de los huesos, él sacó los hermosos huesos blancos, y los puso en una mesa, y los juntó en su orden natural. Cuando hubo hecho esto, dio un paso adelante y dijo tres veces,

- "En nombre de la Trinidad Santa, mujer muerta, levántate." -

Y a la tercera vez, la princesa se levantó, viva, sana y hermosa. Entonces el rey no cabía de la alegría, y dijo a San Pedro,

- "Pide la recompensa que quieras; aun si fuera la mitad mi reino, yo te lo daría." -

Pero San Pedro dijo,

- "No quiero nada por ello." -

- "¡Ah, tontito!" - pensó el Hermano Lustig, y dio un codazo en el costado a su camarada, y le dijo,

- "¡No seas tan estúpido! Si tú no tienes ninguna necesidad de algo, yo si la tengo." -



San Pedro, en realidad, no tendría necesidad de nada, pero cuando el rey vio que al otro le gustaría tener algo, ordenó a su tesorero que llenara la mochila del Hermano Lustig con oro. Entonces ellos continuaron su camino, y cuando llegaron a un bosque, San Pedro dijo al Hermano Lustig,

- "Ahora, dividiremos el oro." -

- "Sí", claro" - contestó él.

Así que San Pedro dividió el oro, y lo repartió en tres montones. El Hermano Lustig pensó,

- "¿Qué locura le ha entrado a él en su cabeza ahora? ¡Hace tres partes, y sólo hay dos de nosotros!" -

Pero San Pedro dijo,

- "Lo he dividido correctamente; hay una parte para mí, una para ti, y una para el que comió el corazón del cordero." -

- "¡Ah, yo lo comí!" - contestó el Hermano Lustig, y de prisa recogió el oro. - "Usted puede confiar en lo que digo." -

- "¿Pero cómo puede ser eso posible," - dijo San Pedro, - "cuando un cordero no tiene ningún corazón?" -

- "¿Eh, qué, hermano, en qué estás pensando? Los corderos tienen corazones como los otros animales, ¿por qué deberían sólo ellos no tener ninguno?" -

- "Bien, así sea," - dijo San Pedro, - "guárdate el oro, pero ya no seguiré contigo; iré por mi camino solo." -

- "Como quieras, querido hermano," - contestó el Hermano Lustig. - "Adiós." -

San Pedro tomó un camino diferente, y el Hermano Lustig pensó,

- "Es una cosa buena que él se haya retirado por su propia voluntad. Es realmente un santo extraño, después de todo." -

El tuvo bastante dinero, pero no sabía manejarlo, lo malgastó, lo regaló, y pasado algún tiempo ya no tenía nada. Y andando llegó a un cierto país donde él oyó de nuevo que la hija de un rey había recién muerto.

- "¡Ah, já!" - pensó él, - "eso puede ser muy bueno para mí; le traeré a la vida otra vez, y veré que me sean bien pagados mis servicios." -

Entonces fue a la corte donde el rey, y ofreció levantar de nuevo a la vida a la muchacha muerta.

Ya el rey había oído que un soldado desempleado viajaba por el mundo y traía a personas muertas a la vida otra vez, y pensó que el Hermano Lustig era ese hombre; pero como no tenía mucha confianza en él, consultó a sus concejales primero, quienes dijeron que debería de darle una oportunidad, ya que su hija estaba muerta, y la situación no empeoraría por ello. Entonces el Hermano Lustig pidió que le fuera traída una caldera y agua, y solicitó a todos salir de la habitación. Ya solo, cortó en piezas el cuerpo de la muchacha muerta, las puso en el agua, encendió un fuego bajo la caldera, y las hirvió, como él había visto a San Pedro hacerlo. Y cuando la carne había desaparecido de los huesos, él sacó los hermosos huesos blancos, y los puso en una mesa, pero como no sabía el orden en que había que ponerlos, colocó a todos ellos en posiciones incorrectas, en una total confusión.

Entonces poniéndose de pie frente a ellos dijo,

- "En nombre de la Trinidad más santa, doncella muerta, te pido que te levantes," - y él dijo eso tres veces, pero los huesos no se movieron.

Y lo volvió a decir tres veces más, pero también fue en vano:

- "¡Muchacha confundida, levántate!" - gritó él, "¡Levántate, o será peor para ti!" -

No más había dicho eso, cuando San Pedro de repente apareció con su anterior forma, como un soldado desempleado; entró por la ventana y dijo,

- "Hombre sin Dios, ¿qué estás haciendo? ¿Cómo puede la doncella muerta levantarse, cuando has esparcido sus huesos en tal confusión?" -

- "Querido hermano, he hecho todo a lo mejor de mi capacidad," - contestó él.

- "¡Por esta vez, te ayudaré a salir de la dificultad, pero una cosa te digo, y esto es que si alguna vez vuelves a intentar lo mismo, será peor para ti, y además no vas ahora a pedir ni a aceptar nada del rey por lo hecho!" -

Dicho eso, San Pedro puso los huesos en su orden correcto, y dijo a la doncella tres veces,

- "En Nombre de la Trinidad más santa, doncella muerta, levántate," - y la hija del rey se levantó, sana y hermosa como había sido.

Entonces San Pedro se marchó otra vez por la ventana, y el Hermano Lustig se alegró de que todo finalizó tan bien, pero estaba muy fastidiado de pensar que después de todo él no debía tomar nada por ello.

- "Solamente me gustaría saber," - pensó él, - "que es lo que tiene en su cabeza este compañero, que lo que me da con una mano, me lo quita con la otra. ¡Eso no tiene ningún sentido en absoluto!" -

Entonces el Rey ofreció al Hermano Lustig darle lo que deseara obtener, pero él no se atrevió a pedir nada; sin embargo, por indirectas y astucias, él encontró la forma de hacer que el Rey ordenara que su mochila quedara llena de oro, y así con ella se marchó. Cuando él salió, San Pedro estaba en la puerta, y le dijo,

- "Mira que clase de hombre eres; ¿no te prohibí tomar recompensa, y sin embargo sales con la mochila llena de oro?"

"¿Cómo puedo impedir eso," - contestó el Hermano Lustig , - "si la gente me lo pone allí?" -

- "Bien, te diré que si de nuevo tratas de regresar un difunto a la vida, vas a sufrir por eso." -

- "Hey, hermano, no tengas ningún temor, ahora tengo dinero, ¿por qué debería yo preocuparme con estar limpiando huesos?" -

- "¡Tengamos fe," - dijo San Pedro, - "de que el oro durará mucho tiempo! A fin de que después de esto ya nunca pongas los pies en caminos prohibidos, le otorgaré a tu mochila esta propiedad, a saber, que cualquier cosa que desees que ingrese en ella, allí estará. Adiós, ya nunca más me verás." -

- "Hasta la vista", dijo el Hermano Lustig, y pensó para sí mismo,

- "Estoy muy contento de que te alejes, compañero extraño; y por cierto no te seguiré" -

Pero sobre el poder mágico que le había sido otorgado a su mochila, no pensó más.

El Hermano Lustig viajó con su dinero, y despilfarró y malgastó lo que tenía como lo había hecho antes. Cuando por fin no le quedaban más que cuatro monedas, pasó por una posada y pensó,

- "El dinero tendrá que irse,"- y pidió el valor de tres monedas en vino y el valor de una moneda en pan.

Cuando estaba sentado con lo pedido, un olor a ganso asado hizo camino a su nariz. El Hermano Lustig miró a su alrededor a hurtadillas, y vio que el anfitrión tenía dos gansos listos en el horno. Inmediatamente él recordó que su camarada había dicho que cualquier cosa que él deseara tener en su mochila debería llegar allí, y se dijo,

- "¡Ah, já! Debo intentar eso con los gansos."-

Entonces él salió, y cuando estaba fuera de la puerta, dijo,

- "Deseo aquellos dos gansos asados del horno en mi mochila,"-

y no más terminando de decirlo, lo desabrochó y miró hacia adentro, y encontró que ya estaban ahí.

- "¡Ah, funcionó",- dijo, -"ahora soy un hombre realizado!"- y se marchó a un prado y sacó la carne asada.

Cuando estaba en medio de su comida, dos jornaleros llegaron y miraron con ojos hambrientos al segundo ganso, que aún no había sido tocado. El Hermano Lustig pensó,

- "Uno es bastante para mí,"- y llamó a los dos hombres y les dijo,

- "Tomen el ganso, y cómanlo a mi salud."-

Ellos se lo agradecieron, y se fueron con el ganso a la posada, ordenaron media botella de vino y un pan, sacaron al ganso que les habían regalado, y comenzaron a comer. La anfitriona los vio y dijo a su marido,

- "Aquellos dos comen a un ganso; sólo asómate y ve si no es uno de los nuestros del horno."-

El propietario corrió al horno y comprobó que estaba vacío.

- "¡Qué!"- gritó él, -"¡ustedes par de ladrones!, ¿quieren comer ganso tan barato como esto? ¡Paguén por él en este momento; o los lavaré bien con savia de avellana verde!"-

Ellos contestaron,

- "No somos ningunos ladrones, un soldado desempleado nos dio el ganso, allí afuera en el prado." -

- "¡No tapan mis ojos con polvo de esa manera!, el soldado estuvo aquí, pero salió por la puerta, como un cliente honesto. Cuidé de él yo mismo; ¡ustedes lo robaron y deberán pagarlo!" Pero como ellos no podían pagar, tomó un palo, y a golpes los echó de la casa.

El Hermano Lustig siguió su camino y llegó a un lugar donde había un castillo magnífico, y no lejos de él una posada desgraciada. Él fue a la posada y pidió el alojamiento por una noche, pero el propietario se lo negó diciendo,

- "No hay más cuartos aquí, la casa está llena de invitados nobles." -

- "Me sorprende tanto que ellos vengan aquí en vez de ir a aquel espléndido castillo", dijo el Hermano Lustig .

- "Ah, en efecto," - contestó el anfitrión, - "pero no es nada bonito dormir allí una noche; nadie que lo haya intentado hasta ahora, ha salido de allí vivo." -

- "Bien, si otros lo han intentado," - dijo el Hermano Lustig, - "lo intentaré yo también." -

- "Mejor olvídelo," - dijo el anfitrión, - "eso le costará su cuello." -

- "Eso no me matará inmediatamente," - dijo el Hermano Lustig , - "sólo deme la llave, y algún alimento bueno y vino." -

Entonces el anfitrión le dio la llave, alimento y vino, y con todo eso en mano, el Hermano Lustig entró en el castillo, disfrutó de su cena, y al final, cuando tuvo sueño, se acostó en la tierra, pues no había ninguna cama. Pronto se durmió, pero avanzada la noche fue molestado por un gran ruido, y cuando despertó, vio a nueve horribles diablos en el cuarto, quienes formando un círculo, bailaban alrededor de él. El Hermano Lustig dijo,

- "Bien, bailen lo que gusten, pero ninguno de ustedes deberá venir demasiado cerca de mí." -

Pero los diablos lo acorralaban continuamente más cerca, y casi le daban en su cara con sus horribles pies.

- "¡Ya paren, fantasmas de los diablos!" - dijo él, pero ellos se comportaron todavía peor.

Entonces el Hermano Lustig se puso enojado, y gritó,

- "¡Ya verán, pronto los haré calmarse!" -

y cogió la pata de una silla y golpeó en medio de ellos. Pero nueve diablos contra un soldado era todavía demasiado, y cuando él golpeaba a aquellos que tenía delante de él, los demás lo agarraban por atrás por el pelo, y lo rasgaban despiadadamente.

- "¡Equipo de los diablos,"- gritó él, -"se están sobrepasando, pero esperen!"-.

- "¡A mi mochila, todos los nueve de ustedes!"-

En un instante todos cayeron adentro, y abrochó la mochila y la lanzó en una esquina. Enseguida todo quedó de repente tranquilo, y el Hermano Lustig se arrecostó otra vez, y quedó dormido hasta la llegada del nuevo día.

Entonces llegaron el posadero y el noble a quien pertenecía el castillo, a ver como le había ido; pero cuándo percibieron que él estaba alegre y muy bien, se sorprendieron, y preguntaron,

- "¿No le han hecho daño los espíritus, entonces?"-

- "La razón por la que no me dañaron,"- contestó el Hermano Lustig , -"es porque tengo a todos los nueve en mi mochila. Ya usted puede habitar una vez más en su castillo completamente tranquilo, ninguno de ellos lo frecuentará nunca más.-"

El noble se lo agradeció, le hizo ricos regalos, y le pidió que permaneciera en su servicio, y él lo aseguraría mientras viviera.

- "No, gracias,"- contestó el Hermano Lustig , -"estoy acostumbrado a deambular, viajaré más lejos."-

Entonces se marchó, y llegó a una herrería, puso la mochila que contenía a los nueve diablos en el yunque, y pidió al herrero y a sus aprendices golpearla. Y ellos la golpearon con sus grandes martillos con toda su fuerza, y los diablos pronunciaban aullidos que eran completamente lastimosos. Cuando él abrió la mochila después de la golpiza, ocho de ellos estaban muertos, pero uno que se había guardado dentro de un pliegue de la mochila, estaba todavía vivo, y escapándose volvió otra vez al infierno. Así el Hermano Lustig viajó mucho tiempo por todo el mundo, y aquellos que lo conocieron pueden contar muchas historias sobre él, pero pasados los años, por fin envejeció, y pensando en su final fue donde un ermitaño que era conocido ser un hombre piadoso, y le dijo,

- "Estoy cansado de deambular, y quiero ahora comportarme de tal manera que pueda entrar al reino del Cielo."-

El ermitaño le aconsejó,

- "Hay dos caminos, uno es amplio y agradable, y conduce al infierno, el otro es estrecho y áspero, y conduce al cielo."-

- "Yo sería un tonto," - pensó el Hermano Lustig , "si tomara el camino estrecho y áspero." -

Y dispuso tomar el camino amplio y agradable, y al fin vino a dar a una gran puerta negra, que era la puerta del infierno. El Hermano Lustig llamó, y el portero se asomó para ver quién estaba allí. Pero cuando él vio al Hermano Lustig , se aterrorizó, ya que ese portero era el mismo noveno diablo que había sido encerrado en la mochila, y que se había escapado de ella con solamente un ojo morado. Entonces este portero empujó el cerrojo otra vez tan rápidamente como pudo, corrió donde el teniente superior, y le dijo,

- "Está ahí afuera el mismo tipo de la mochila, que quiere entrar, pero si usted valora nuestras vidas y nuestra tranquilidad no permita que entre, o él deseará tener a todo el infierno dentro de su mochila." - "Él me tuvo una vez dentro de ella y me dio un martilleo espantoso." -

Entonces le dijeron al Hermano Lustig que debía marcharse a otra parte, ya que no debería entrar allí.

- "Si ellos no me quieren tener aquí," - pensó él, - "veré si puedo encontrar un lugar para mí en el Cielo, ya que debo quedar en algún sitio." -

El Hermano Lustig dio media vuelta y avanzó hasta llegar a la puerta de Cielo, donde él llamó. San Pedro estaba allí como un estricto portero. El Hermano Lustig lo reconoció inmediatamente, y pensó,

- "Aquí encuentro un viejo amigo, esto estará mejor." -

Pero San Pedro dijo,

- "Realmente creo que quieres entrar al Cielo." -

- "Déjame entrar, hermano, pues debo estar en algún sitio. Si en el Infierno me hubieran aceptado, no hubiera venido acá." -

- "No," - dijo San Pedro - "no debes entrar" -

- "Entonces, si no puedo entrar, toma la mochila, ya que no tendré en adelante nada tuyo." -

- "Dámela entonces." - dijo San Pedro.

Y el Hermano Lustig le dio la mochila a través de las barras del portón, y San Pedro la colocó al lado de su asiento. Inmediatamente el Hermano Lustig dijo,

- "Deseo que yo esté dentro de la mochila." -

Y en un instante quedó dentro de ella y dentro del Cielo, y a San Pedro no le quedó más remedio que dejarlo permanecer allí.

Enseñanza:

Hay muchas personas, que siendo sencillas y sin tener mucho conocimiento, son a la vez bondadosas y perspicaces, y gracias a su astucia innata, se ganan su vida sin maltratar a nadie y son apreciados por quienes llegan a conocerles.





059-Los Seis Cisnes

Hace mucho tiempo, un rey cazaba en un gran bosque, y persiguió a una bestia salvaje con tanta impaciencia que ninguno de sus asistentes podía seguirlo. Cuando la tarde finalizaba, él se paró y miró alrededor, y se dio cuenta de que había perdido su camino. Buscó una salida, pero no podía encontrar ninguna. Entonces se topó con una mujer anciana con una cabeza que se movía permanentemente, la que vino hacia él, pero no sabía que era una bruja.

- "Buena mujer," - le dijo él, - "¿podría usted mostrarme el camino por el bosque?"

- "Ah, sí, señor rey," - contestó ella, - "seguramente que puedo, pero con una condición, y si usted no la cumple, usted nunca saldrá del bosque, y morirá de hambre dentro de él."

- "¿Qué tipo de condición es esa?" - preguntó el rey.

- "Tengo a una hija," - dijo la anciana, - "quien es tan hermosa como nada en el mundo, y bien merece ser su consorte, y si usted la hace su reina, le mostraré la salida del bosque." -

En la angustia de su corazón el rey consintió, y la anciana lo condujo a su pequeña choza, donde su hija se sentaba al lado del fuego. Ella recibió al rey como si ella hubiera estado esperándolo, y él vio que ella era muy hermosa, pero de todos modos ella no fue de su complacencia, y él no podía mirarla sin sentir un horror secreto. Después de que él había montado a la doncella en su caballo, la anciana le mostró el camino, y el rey alcanzó su palacio real otra vez, donde la boda fue celebrada.

El rey era viudo, había estado casado ya una vez, y tenía con su primera esposa, siete hijos, seis muchachos y una muchacha, que él amaba más que cualquier cosa en el mundo. Cuando él ahora temió que la nueva madrastra no pudiera tratarlos bien, y hasta hacerles algún daño, los llevó a un castillo solitario que estaba asentado en medio de un bosque. Estaba tan oculto, y el camino era tan difícil de encontrar que él mismo no lo habría encontrado, si una mujer sabia no le hubiera dado un ovillo de hilo con maravillosas propiedades. Cuando lo lanzaba hacia abajo delante de él, el ovillo se desenrollaba y le mostraba el camino.

El rey, sin embargo, se alejaba con tanta frecuencia a ver a sus queridos hijos que la reina observó su ausencia. Ella era curiosa y quiso saber que era lo que él hacía cuando andaba completamente solo en el bosque. Ella les ofreció mucho dinero a sus criados, y ellos, faltando a su fidelidad al rey, le dijeron el secreto, y le comentaron además igualmente sobre el ovillo que podía indicar el camino. Y ahora no descansó hasta que averiguó

donde el rey guardaba el ovillo de hilo. Luego hizo pequeñas camisas de seda blanca, y como ella había aprendido el arte de brujería de su madre, cosió un encanto dentro de ellas. Y un día, cuando el Rey había salido de caza en su caballo, ella tomó las pequeñas camisas y entró en el bosque, y el ovillo le mostró el camino.

Los jóvenes, que vieron a la distancia que alguien se acercaba, pensaron que su querido padre venía, y llenos de alegría, corrieron para encontrarlo. Entonces ella lanzó las pequeñas camisas sobre cada uno de ellos, y apenas las camisas tocaron sus cuerpos, fueron convertidos en cisnes, y se fueron volando sobre el bosque. La reina se fue a casa completamente satisfecha, y pensó que ella se había librado de sus hijastros, pero la muchacha no había salido corriendo con sus hermanos, y la reina no sabía nada sobre ella. Al día siguiente el rey fue a visitar a sus hijos, pero él no encontró a nadie, excepto a la joven.

"¿Dónde están tus hermanos?",- preguntó el rey

"¡Ay, querido padre,"- contestó ella, -"ellos se han marchado y me han dejado sola!"

Y ella le dijo que había visto desde su pequeña ventana como sus hermanos se habían ido volando sobre el bosque en forma de cisnes, y le mostró las plumas que ellos habían dejado caer en el patio, y que ella había recogido. El rey se afligió, y no se imaginó que la reina había hecho toda esta maldad, y cuando él temió que la muchacha también fuera robada y alejada de él, quiso llevársela consigo. Pero ella tuvo miedo de su madrastra, y suplicó al rey que la dejara permanecer solamente esta noche más en el castillo forestal.

La pobre muchacha pensó,

-"Ya no puedo quedarme aquí. Iré y buscaré a mis hermanos."-

Y cuando llegó la noche, salió y fue directamente hacia el bosque. Ella anduvo la noche entera, y el día siguiente también sin parar, hasta que ya no pudo ir más lejos por el cansancio.



Entonces vio una choza en el bosque, y entrando en ella encontró un cuarto con seis pequeñas camas, pero ella no se aventuró a meterse en una de ellas, sino que se arrastró debajo de una, y se acostó en la dura tierra, teniendo la intención de pasar la noche allí.

Justo antes de la puesta del sol, ella oyó un crujido, y vio seis cisnes que venían llegando volando hacia la choza.

Ellos se posaron en la tierra y se soplaron el uno al otro, y se quitaron todas las plumas y las pieles de su forma de cisne como quien se quita una camisa. Entonces la joven los miró y reconoció a todos sus hermanos, se alegró y se arrastró hacia adelante desde debajo de la cama hacia donde estaban ellos. Los hermanos no estuvieron menos encantados de ver a su hermana, pero su alegría sería de corta duración.

- "Aquí no puedes permanecer," - le dijeron ellos. - "Este es un refugio de ladrones, si ellos vienen y te encuentran, te matarán."

- "¿Pero no pueden ustedes protegerme?" - preguntó la hermana.

- "No," - contestaron, - "sólo durante un cuarto de hora cada tarde podemos dejar a un lado las pieles de cisne y tener durante ese tiempo nuestra forma humana; después de eso, somos una vez más convertidos en cisnes." -

La hermana lloró y dijo,

- "¿Y no podrían ser puestos en libertad?" -

- "¡Ay, no," - contestaron ellos, - "las condiciones son demasiado difíciles! Durante seis años tú no debes ni hablar ni reír, y durante ese tiempo debes coser seis pequeñas camisas de paja del bosque para nosotros. Y si una simple palabra sale de tus labios, todo el trabajo se habrá perdido." -

Y cuando los hermanos habían dicho esto, el cuarto de hora terminó, y ellos volaron por la ventana otra vez como cisnes. La doncella, sin embargo, firmemente resolvió salvar a sus hermanos, aun si esto le costara su vida. Ella dejó la choza, entró en el medio del bosque, se acomodó en un árbol, y allí pasó la noche.

A la mañana siguiente ella salió y juntó paja del bosque y comenzó a coser. Ella no podía hablarle a nadie, y no tenía ninguna inclinación de reírse; se sentó y miró solamente a su trabajo. Cuando ya había pasado mucho tiempo allí, acertó a pasar el rey de ese territorio que andaba de caza en el bosque, y sus cazadores vinieron al árbol en el cual se encontraba la doncella. Ellos la llamaron y dijeron,

- "¿Quién eres tú?" - Pero ella no dio ninguna respuesta.

- "Baja y ven con nosotros," - dijeron ellos. - "no te haremos daño." -

Pero sólo sacudió su cabeza. Cuando ellos la presionaron con más preguntas, les lanzó su collar de oro, y pensó que así los contentaría.

Ellos, sin embargo, no cesaron, y luego ella les lanzó su faja, y como esto tampoco no era ningún objetivo, siguió con sus ligas, y poco a poco todo lo que ella tenía, hasta quedar únicamente con su vestido. Los cazadores, no se dejaron ser desmotivados por eso, y subieron el árbol y trajeron a la doncella abajo y la condujeron ante el rey. El rey preguntó,

- "¿Quién eres tú? ¿Qué estás haciendo subida en el árbol?" -

Pero ella no contestó. Él hizo la pregunta en cada lengua que él sabía, pero ella permaneció tan muda como un pescado.

Como era tan hermosa, el corazón del rey fue tocado, y un gran amor nació por ella. Él puso su capa sobre ella, la montó en su caballo, y la llevó a su castillo. Entonces él hizo que fuera vestida en ricas ropas, y brilló en su belleza como la luz del día, pero ninguna palabra podría ser sacada de ella. Él la colocó a su lado en la mesa, y su porte modesto y su cortesía lo complacieron tanto que él dijo, - "Es con ella con quien deseo casarme, y no con ninguna otra mujer en el mundo." -

Y después de algunos días él la tomó en matrimonio.

Este rey, tenía a una malvada madrastra que estuvo descontenta con el matrimonio y habló mal de la joven reina.

- "¿Quién sabe," - dijo ella, - "de dónde viene esa criatura que no puede hablar? ¿Ella no es digna de un rey!" -

Después de que había pasado un año, cuando la reina trajo a su primer niño al mundo, la anciana madrastra del rey, mientras la joven dormía, tomó al niño, y le untó su boca con sangre. Entonces ella fue al rey y acusó a la Reina de ser una caníbal. El rey no lo creería, y no permitiría que fuera maltratada.

La reina, continuamente seguía con la costura de las camisas, y no se preocupaba por nada más. La siguiente vez, cuando ella trajo al mundo otro niño hermoso, la vieja madrastra del rey usó la misma artimaña, pero el rey no dio crédito a sus palabras. Él dijo,

- "Mi esposa es demasiado piadosa y buena para hacer algo de esa clase; y si ella no fuera muda, podría defenderse, y su inocencia saldría a luz." -

Pero cuando la anciana hizo lo mismo con el tercer niño, y acusó a la reina, quien no pronunció una palabra en su propia defensa, el rey no pudo hacer más que la entregasen a la justicia, y ella fue condenada a sufrir la muerte en la hoguera.

Cuando llegó el día de ser ejecutada la sentencia, era el mismo día en que se cumplían los seis años durante los cuales ella no debía hablar o reír, y así ella había logrado librar a sus queridos hermanos del poder del encanto. Las seis camisas estaban listas, sólo la manga

izquierda del sexto faltaba. Cuando ella era conducida al poste de la hoguera, puso las camisas en su brazo, y cuando estaba de pie en lo alto y el fuego ya iba a ser encendido, ella miró a su alrededor y vio a los seis cisnes volando por el aire hacia ella. Entonces supo que su liberación estaba cerca, y su corazón saltó con alegría.

Los cisnes volaron hacia ella y se colocaron abajo, de modo que ella pudiera lanzar las camisas sobre ellos, y cuando fueron tocados por las camisas, las pieles de cisne cayeron, y sus hermanos quedaron de pie en su propia forma corporal frente a ella, y eran vigorosos y hermosos. El más joven sólo careció de su brazo izquierdo, y tenía en su lugar el ala de un cisne en su hombro. Ellos se abrazaron y besaron el uno al otro, y la reina fue donde el rey, quien estaba enormemente emocionado, y comenzando a hablar ella le dijo,

- "Mi muy amado esposo, ahora ya puedo decirte y declarar a ti que soy inocente, y falsamente acusada." -

Y ella le contó de la artimaña de la anciana quien se había llevado a sus tres niños y los había escondido. Entonces para gran alegría del rey los trajeron allí, y como castigo, la mala madrastra pasó a ser juzgada y condenada según las leyes del reino.

Y el rey y la reina con sus seis hermanos y sus hijos, vivieron muchos años en felicidad y paz.

Enseñanza:

La firme decisión de realizar una tarea, y la perseverancia para llevarla a cabo a pesar de las adversidades, conducen al éxito.



060-El Ratón y el Gato Asociados



Cierto gato conoció una vez a un ratón, y le habló tanto sobre el gran amor y amistad que él le sentía, que por fin el ratón aceptó que podrían vivir y manejar la casa juntos.

- "Pero debemos hacer una provisión para el invierno, o si no sufriremos hambre,"- dijo el gato, - "y tú, ratoncito, no debes arriesgarte en todo lado, pues puedes ser agarrado por una trampa algún día"-

El buen consejo fue aceptado, y compraron una vasija de grasa, pero no sabían donde ponerla.

Al fin, después de mucha consideración, el gato dijo,

- "No sé de ningún otro lugar donde sería mejor almacenado que en la iglesia, ya que nadie se atrevería a llevarse nada de allí. Lo pondremos bajo el altar, y no lo tocaremos hasta que realmente lo necesitemos."-

Así la vasija fue colocada en lugar seguro. Pero no pasó mucho tiempo para que el gato sintiera gran ansiedad por la grasa, y dijo al ratón,

- "Quiero decirte algo, ratoncito; mi primo ha traído un pequeño hijo al mundo, y me ha pedido ser su padrino; él es blanco con puntos marrones, y debo sostenerlo sobre la fuente en el bautizo. Permíteme salir hoy, y tu te encargas del cuidado de la casa".-

- "Sí, sí,"- contestó el ratón - "por supuesto, ve, y si consigues algo bueno, piensa en mí, me gustaría una gota de vino bautismal rojo y dulce."-



Todo lo que dijo el gato, sin embargo, era falso. No había tal primo, y no había tal bautizo. Salió el gato de la casa hacia la iglesia, tomo la vasija de grasa y comenzó a lamerla y lamió la cumbre de la grasa. Y luego se dio un paseo por las azoteas de la ciudad, visitó amistades, tomó un rato de sol, y lamió sus labios siempre pensando en la vasija de grasa y regresó a casa antes del final de la tarde.

- "¡Oh, ya regresaste!" - dijo el ratón - "sin duda tuviste un día alegre." -

- "Todo salió muy bien." - contestó el gato.

- "¿Y que nombre le pusieron?" -

- "Rica Cumbre." - dijo el gato tranquilamente.

- "¿Rica Cumbre?" - gritó el ratón - "es un nombre muy raro y poco común, ¿es eso habitual en tu familia?"

- "¿Y que significa eso?" - dijo el gato - "no es peor que Roba Migas, como llaman a tus ahijados." -

A los pocos días el gato fue atacado por el antojo otra vez. Y le dijo al ratón,

- "Podrías hacerme un favor, y una vez más hacerte cargo de manejar tú solo la casa durante un día. Me piden otra vez ser el padrino, y, como el bebé tiene un aro blanco por su cuello, no puedo negarme." -

El buen ratón consintió, pero el gato se arrastró detrás de las paredes de la ciudad hasta llegar a la iglesia, y devoró la mitad de la vasija de grasa.

- "Nada es nunca tan bueno como lo que uno guarda para uno," - dijo, y estuvo completamente satisfecho por el trabajo de ese día.

Cuándo llegó a casa el ratón preguntó,

- "¿Y con qué nombre lo bautizaron?"

- "Por La Mitad," - contestó el gato.

- "¡Por La Mitad! ¿Qué estás diciendo? ¡Nunca oí ese nombre en mi vida, apostaré algo a que no existe en el calendario!" -

Unos días después el gato tuvo de nuevo el antojo, y dijo:

- "Todo lo bueno viene de tres en tres. Me piden de nuevo ser padrino. El recién nacido es completamente negro, sólo tiene blancas las blancas, pero con esa excepción, no tiene ni

un solo pelo blanco en su cuerpo entero; esto sólo pasa una vez cada pocos años, ¿me dejarás ir, verdad?

- "¡Rica Cumbre, ¡ Por La Mitad!" - contestó el ratón, - "ellos son raros nombres, y me ponen muy pensativo." -

- "Tú te sientas en casa," - dijo el gato, - "en tu abrigo de piel oscuro gris y larga cola, y estás lleno de fantasías, eso es porque no sales en el día." -

Durante la ausencia del gato el ratón limpió la casa, y puso todo en orden, pero el gato avaro en cambio, vació completamente la vasija de grasa.

- "Cuando todo está comido por completo uno tiene un poco de paz," - se dijo, y bien lleno y gordito no volvió a casa hasta la noche.

Al llegar, el ratón inmediatamente preguntó que nombre había sido dado al tercer bebé.

- "De seguro no te complacerá más que los demás," dijo el gato - "Lo llamaron Todo Comido." -

- "¡Todo Comido!" - gritó el ratón, - "¡es el nombre más sospechoso de todos! Nunca lo he visto en ningún libro. Todo Comido; ¿qué puede eso significar?" - y el gato sacudió su cabeza, se lamió, y se fue a dormir sin decir más palabras.

A partir de ese día nadie invitó al gato a ser padrino, pero cuando llegó el invierno y ya no se encontraba qué comer afuera, el ratón pensó en la provisión, y dijo,

- "Ven gato, vamos a nuestra vasija de grasa que tenemos almacenada para nosotros, la disfrutaremos." -

- "Sí, claro" - contestó el gato, - "vas a disfrutar tanto como cuando pegas esa lengua fina tuya por la ventana." -

Y salieron hacia la iglesia, pero cuando llegaron, la vasija de grasa estaba todavía en su lugar, pero estaba vacío.

- "¡Ay!" - dijo el ratón, - "ahora veo lo que ha pasado, ahora esto sale a luz! ¡Verdaderamente eres un mal amigo! Has devorado todo cada vez que venías de padrino. Primero Rica Cumbre, luego Por La Mitad, y por último..." -

- "Ya, ¡cállate la boca!" - gritó el gato - "una palabra más y te comeré también." -

- "...Todo Comido" - terminó de salir de los labios del pobre ratón.

Y no más terminaron de escucharse aquellas palabras, cuando el gato saltó sobre él, lo agarró y se lo tragó.

Desdichadamente, así son atrapados los inocentes.

Enseñanza:

Nunca hay que asociarse con quien acostumbra ser nuestro gratuito enemigo.



061-Las Tres Hojas de la Serpiente



Había una vez un hombre pobre, que ya no podía apoyar más a su único hijo. Entonces dijo el hijo,

- "Querido padre, las cosas van tan mal con nuestra economía, que soy una carga para usted. Yo prefiero marcharme y ver como puedo ganarme mi pan." -

Entonces el padre le dio su bendición, y con gran pena se despidió de él. En este tiempo el rey del país estaba en guerra, y el joven tomó el servicio con el rey, por lo que se inscribió para luchar.

Y cuándo se presentaron frente al enemigo, hubo una gran batalla, y mucho peligro, y llovió tanto fuego que sus compañeros caían por todos lados, y cuando el líder también fue matado, aquellos que quedaban estuvieron a punto de darse a la fuga, pero el joven se puso adelante, les habló vigorosamente, y gritó,

- "¡No dejaremos a nuestra patria ser arruinada!" -

Entonces los demás lo siguieron, y él siguió adelante y al fin triunfó frente al enemigo. Cuando el rey oyó que a él sólo le debía la victoria, el rey lo levantó sobre todos los demás, le dio grandes tesoros, y lo hizo el primero en el reino.

El Rey tenía a una hija que era muy hermosa, pero también era muy extraña. Ella había hecho un voto de no tomar a nadie como su señor y marido si no prometía dejarse ser sepultado vivo con ella si ella muriera primero.

- "¿Si él me amara con todo su corazón," - dijo ella, - "de qué le servirá la vida a él después?" -

Por su parte ella haría lo mismo, si él muriera primero, bajaría a la tumba con él. Este juramento extraño había espantado hasta este tiempo a todo pretendiente, pero el joven se encantó tanto con su belleza que no le importaba ninguna otra cosa, y la pidió a su padre como esposa.

- "¿Pero ya sabes bien que es lo que debes prometer?" - preguntó el rey.

- "Debo ser sepultado con ella," - contestó él, - "si la sobrevivo, pero mi amor es tan grande que no me importa el riesgo."

Entonces el rey consintió, y la boda fue solemnizada con gran esplendor.

Ellos vivieron un tiempo muy felices y contentos el uno con el otro, pero luego aconteció que la joven reina fue atacada por una enfermedad severa, y ningún médico pudo salvarla. Y cuando ella yacía allí muerta, el rey joven recordó lo que él había prometido, y se horrorizó al pensar en la obligación de acostarse vivo en la tumba, pero no cabía

ninguna fuga. El rey padre había colocado a centinelas en todas las puertas, y no era posible evitar su destino. Cuando vino el día en que el cadáver debía ser sepultado, él fue bajado a la bóveda real con ella, y luego la puerta fue cerrada y echado el cerrojo.

Cerca del ataúd estaba una mesa en la cual había cuatro velas, cuatro bollos de pan, y cuatro botellas de vino, y cuando esta provisión llegara a su final, él tendría que morir de hambre. Y él se sentó allí lleno de dolor y de pena, comió cada día sólo un trocito del pan, bebió sólo un traguito de vino, y vio la muerte diariamente acercándose cada vez más cerca. Mientras él estaba así miró fijamente una esquina, y vio que por un hueco venía saliendo una serpiente con intenciones de acercarse al cadáver. Y cuando él pensó que venía para morderla, él sacó su espada y dijo,

- "¡Mientras yo viva, no la tocarás!" - y cortó a la serpiente en tres pedazos.

Al poco rato, una segunda serpiente se arrastró por el agujero, y cuando vio a la otra serpiente muerta y cortada en pedazos, se devolvió, pero pronto regresó con tres hojas verdes en su boca. Entonces ella tomó los tres pedazos de la serpiente muerta, los puso juntos, justo donde deberían ir, y colocó una de las hojas en cada herida. Inmediatamente las partes cortadas se juntaron, la serpiente se movió, volvió a la vida otra vez, y ambas apresuradamente se alejaron juntas. Las hojas fueron dejadas en la tierra, y un deseo entró en la mente del infeliz hombre que había estado mirando todo esto: saber si el poder maravilloso de las hojas que habían traído a la serpiente a la vida otra vez, no podrían servir igualmente a un ser humano.



Entonces él recogió las hojas y puso a una de ellas en la boca de su esposa muerta, y los otros dos en sus ojos. Y apenas había él hecho eso, cuando la sangre se movió en sus venas, se elevó a su cara pálida, y se llenó de color otra vez. Entonces ella recuperó el aliento, abrió sus ojos, y dijo,

- "Oh, Dios, ¿dónde estoy yo?"

- "Estás conmigo, querida esposa," - contestó él, y le dijo como había pasado todo, y como él la había devuelto otra vez a la vida. Entonces él le dio un poco de su vino y del pan, y cuando ella había recobrado su fuerza, él la levantó y fueron a la puerta y llamaron, y llamaron en voz tan alta que los centinelas los oyeron, y se lo dijeron al rey. El rey bajó y abrió la puerta, y allí los encontró tanto fuertes como bien en todo, y se alegró con ellos que ahora toda la pena había terminado. El rey joven tomó las tres hojas de serpiente con él, se las dio a un criado fiel y le dijo,

- "Guárdalas para mí con cuidado, y llévalas constantemente contigo; ¡quién sabe de que problema ellas podrían sacarnos aún!" -

Sin embargo, un cambio había tenido lugar en su esposa. Después de haber sido restablecida a la vida, parecía que todo su amor por su esposo había desaparecido de su corazón. Tiempo más tarde, una vez que el joven quiso hacer un viaje por mar para visitar a sus padres, después de abordar la nave, ella fue indiferente al gran amor y fidelidad que él le había mostrado a ella, y que fueron los motivos para rescatarla de la muerte, contrayendo una malévolamente inclinación hacia el capitán del navío. Y una vez, cuando el rey joven estaba dormido, ella llamó al capitán y ella agarró al joven por la cabeza, y el capitán lo tomó por los pies, y lo lanzaron hacia abajo al mar.

Cuando el vergonzoso hecho fue ejecutado, ella dijo,

- "Ahora déjanos volver a casa, y diremos que él murió durante el viaje. Te alabaré y elogiaré tanto ante mi padre que él te casará conmigo, y te hará el heredero de su corona." -

Pero el criado fiel que, sin que lo notaran, había visto todo lo que ellos hicieron, desató un pequeño bote del barco, entró en él, y salió en el bote en busca de su patrón, y dejó a los traidores continuar su camino. Él alcanzó y sacó el cadáver, y por la ayuda de las tres hojas de la serpiente, las cuales él llevó siempre consigo, las que puso en los ojos y boca del joven, devolviendo afortunadamente al joven rey a la vida.

Ambos remaron con toda su fuerza de día de y noche, y su pequeño bote navegó tan rápidamente que ellos llegaron donde el viejo rey antes de que los demás lo hicieran. Él se sorprendió cuando los vio venir solos, y preguntó qué les había pasado. Cuando él supo de la maldad de su hija dijo,

- "No puedo creer que ella se haya comportado tan malvadamente, pero la verdad saldrá a luz muy pronto," - y pidió a ambos entrar en una cámara secreta para mantenerse debidamente escondidos de toda persona.

Poco después el gran barco llegó, y la mujer descarriada apareció ante su padre fingiendo un semblante preocupado. Él preguntó,

- "¿Por qué regresas sola? ¿Dónde está tu marido?"

- "Ay, querido padre," - contestó ella, - "vengo a casa otra vez con una gran pena; durante el viaje, mi marido enfermó de repente y murió, y si el buen capitán no me hubiera dado su ayuda, todo habría ido el mal conmigo. Él estuvo presente en su muerte, y lo puede atestiguar a todos ustedes." -

El rey entonces dijo,

- "Traeré a los muertos a la vida otra vez," - y abrió la cámara, y pidió a los dos salir.

Cuando la mujer vio a su marido, quedó atónita, y cayó en sus rodillas y pidió piedad. El rey dijo,

- "No habrá ninguna piedad. Él estaba dispuesto a morir contigo y te restauró a la vida otra vez, pero tú lo asesinaste mientras dormía, y deben recibir la recompensa que eso genera." -

Entonces ella fue colocada junto con su cómplice en un bote y enviados al mar, de donde nunca más se volvió a saber de ellos.

Enseñanza:

La respuesta a una gran fidelidad, debe ser siempre otra gran fidelidad recíproca, nunca la traición.





062-La Boda de Hans

Había una vez un joven campesino llamado a Hans, cuyo tío quiso encontrarle una esposa rica. Él por lo tanto sentó a Hans detrás de la estufa, la que estaba muy caliente. Entonces le trajo un vaso de leche y mucho pan blanco, le dio una brillante recién acuñada moneda en su mano, y le dijo,

- "Hans, sostén esa moneda fuertemente, desmiga el pan blanco en la leche, y permanece donde estás, y no te muevas de este sitio antes de que yo vuelva." -

- "Sí,"- dijo Hans, -"haré todo eso"-

Entonces el tío se puso un viejo pantalón remendado con parches, fue a donde la hija de un campesino rico en el pueblo vecino, y le dijo,

- "¿No se casaría usted con mi sobrino Hans?, usted conseguiría a un hombre honesto y sensible que le satisfaría."

El padre codicioso preguntó,

- "¿Cómo está el en cuanto a sus medios? ¿Tiene pan para compartir?" -

- "Querido amigo,"- contestó el tío, -"mi sobrino joven tiene un asiento cómodo, un trozo agradable de dinero en la mano, y mucho pan para compartir, además él tiene completamente tantos parches como tengo yo," (y al hablar, daba palmadas a los parches en su pantalón, pero en aquellos caseríos, las parcelas de tierra eran también llamados "parches".) "Si usted sacara el rato para ir a casa conmigo, usted verá inmediatamente que todo es como le he dicho." -



Entonces el avaro padre no quiso perder esta buena oportunidad, y dijo,

- "Si así es el caso, no tengo nada más que hablar para contradecir el matrimonio." -

Así la boda fue celebrada durante el día designado, y cuando la joven esposa salió al aire libre para ver la propiedad del novio, Hans se quitó su abrigo de domingo y se puso su vestido de trabajo remendado con parches y dijo,

- "Se me podría estropear mi abrigo bueno." -

Entonces ellos salieron juntos y dondequiera que una división viniera a la vista, o los campos y los prados se vieran separados el uno del otro, Hans señalaba con su dedo y luego daba palmadas a un parche grande o a uno pequeño que hubiera en su remiendo en su vestido de trabajo, y decía,

"Este parche es mío, y ese otro también, mi muy querida esposa, sólo míralo," - suponiendo así que su esposa no debería contemplar la amplia tierra, sino su ropa, la que sí era realmente de su propiedad.

Y tú lector, me preguntas:

- "¿De veras estuviste en la boda?",

- "Sí, por supuesto que estuve, y con traje completo. Mi sombrero era de nieve (por decir blanco), pero vino el sol y lo derritió. Mi abrigo era de telas de araña (por decir de finos hilos), pero tuve que pasar entre unas espinas y me lo rasgaron. Mi zapatos eran de cristal (por decir muy brillantes), y cuando tropecé con una piedra, hicieron "clic" y se quebraron en dos." -

Enseñanza:

Nunca debe de hablarse con doble significado o doble sentido en las frases y palabras. Es mejor dejar siempre bien claro lo que se dice, sin tratar de engañar a nadie.





063-Hans con Suerte

Hans había servido a su patrón durante siete años, entonces fue donde él y le dijo,

- "Patrón, he decidido terminar mis trabajos acá; ahora yo quiero tener la dicha de ir a casa a mi madre; por favor deme mi parte correspondiente." -

El patrón contestó,

- "Usted me ha servido fielmente y con honestidad; cuando el servicio es así, igual debe ser la recompensa." - Y le dio a Hans una pieza de oro tan grande como su cabeza.

Hans sacó su pañuelo de su bolsillo, envolvió la pieza, la puso sobre su hombro, y salió por el camino hacia su casa.

Mientras iba de camino, siempre poniendo un pie antes del otro, vio a un jinete trotar rápida y alegremente en un caballo.

- "¡Ah!" - dijo Hans en voz alta, - "¡Qué cosa más fina es montar a caballo! Allí uno se sienta en una silla; no tropieza con piedras, protege sus zapatos, y uno avanza, sin preocuparse de cómo lo hace." -

El jinete, que lo había oído, se paró y lo llamó,

- "¡Hey! ¿Hans, por qué va usted a pie, entonces?" -

- "Debo hacerlo," - contestó él, - "ya que tengo que llevar esta pieza a casa; que en verdad es una pieza de oro, pero no puedo sostener mi cabeza derecha por causa de ella, y eso hace daño a mi hombro." -

- "Le diré que haremos," - dijo el jinete, - "intercambiemos: yo le daré mi caballo, y usted me da su pieza."

- "Con toda mi dicha," - dijo Hans, - "pero permítame decirle que usted tendrá que avanzar lentamente con esa carga." -

El jinete se bajó, tomó el oro, y ayudó a Hans a subir; entonces le dio la brida firmemente en sus manos y le dijo,

- "Si usted quiere ir en con paso realmente bueno, usted debe hacer *chut chut* con su lengua y gritar: "*¡Arre! ¡Arre!*"

Hans estuvo felizmente encantado cuando se sentó sobre el caballo y anduvo a caballo lejos, orgullosa y libremente. Al ratito él pensó que debería ir más rápido, y comenzó a hacer *chut chut* con su lengua y a gritar: "*¡Arre! ¡Arre!*" El caballo se puso en un agudo trote, y antes de que Hans supiera donde se encontraba, fue lanzado abajo, cayendo en una zanja de desagüe que separaba al campo del camino. El caballo se habría marchado lejos también si no hubiera sido parado por un campesino, que venía por camino conduciendo a una vaca delante de él.

Hans acomodó su cuerpo y se levantó en sus piernas otra vez, pero sintiéndose fastidiado, le dijo al campesino,

"Qué mal chasco, esta equitación, sobre todo cuando uno se adhiere a una yegua como ésta, que da una patada y lo bota a uno, de modo que cualquiera podría romperse el cuello así de fácil. Nunca voy a yo montarla otra vez. Ahora bien, me gusta su vaca, porque uno puede andar silenciosamente detrás de ella, y tener, además, algo de leche, mantequilla y queso cada día sin falta. Lo que daría yo para tener a semejante vaca."

- "Bien,"- dijo el campesino, - "si eso le daría tanto placer, no me opongo a cambiar la vaca por el caballo."

Con gran placer, Hans estuvo de acuerdo, el campesino brincó sobre el caballo, y galopando se alejó rápidamente.

Hans condujo a su vaca silenciosamente delante de él, y meditó su trato afortunado.

- "Si sólo tengo un bocado de pan, - lo cual difícilmente me fallaría - puedo comer mantequilla y queso tan a menudo como me gusta; y si tengo sed, puedo ordeñar a mi vaca y beber la leche. ¿Corazón bueno, qué más puedo querer?"-

Al llegar a una posada él hizo una parada, y en su gran alegría comió por completo lo que traía con él - su almuerzo y cena - y cuanto cosa encontró que tenía, y con sus últimas monedas adquirió media jarra de cerveza. Entonces él condujo a su vaca por delante a lo largo del camino al pueblo de su madre.

Cuando el mediodía estaba en su máximo punto y el calor era más opresivo, Hans se encontró sobre un páramo que tomaría aproximadamente una hora para cruzarlo. Él lo sintió muy caliente y su lengua se reseca con la sed.

- "Puedo encontrar una cura para esto,"- pensó Hans; "ordeñaré a la vaca ahora y me refrescaré con la leche."

Él la ató a un árbol seco, y como no tenía ningún balde, puso su gorra de cuero debajo; pero por más que lo intentó, ni una gota de leche salió. Y como él se puso a trabajar de un

modo torpe, la bestia se impacientó y por fin le dio tal golpe en su cabeza con su pie trasero, que él cayó en la tierra, y durante mucho rato no pudo pensar donde era que estaba.

Por fortuna en ese momento venía un carnicero por el camino con una carretilla, en la cual traía atado a un cerdo joven.

- "¿Qué está pasando aquí?" - gritó él, y ayudó al bueno de Hans.

Hans le dijo lo que había pasado. El carnicero le dio su matraz y le dijo,

- "Tome de la bebida y refréscuese. La vaca no dará seguramente ninguna leche, es una vieja bestia; en el mejor de los casos es sólo adecuada para el arado, o para el carnicero." -

- "¿Bien, pues" - dijo Hans, mientras se acariciaba su pelo en su cabeza, - "quién lo habría pensado? Ciertamente es una cosa fina cuando uno puede matar a una bestia así en casa; ¡qué carne obtiene uno! Pero no se me antoja mucho la carne de vaca, no es bastante jugosa para mí. Un cerdo joven como ese es lo que me gustaría tener, sabe completamente diferente; ¡y luego hay salchichas!" -

- "Oye Hans," dijo el carnicero, - "por el precio que le tengo, aceptaré el cambio, y le dejaré tener al cerdo por la vaca." -

- "¡Que el cielo le reembolse su bondad!" - dijo Hans cuando le dejaba a la vaca, mientras el cerdo era desatado de la carretilla, y la cuerda por la cual estaba atado, fue puesta en su mano.



Hans continuó su camino, y pensaba como todo iba saliendo como él deseaba; cómo cada vez que se encontraba realmente con algo inconveniente, era inmediatamente puesto a derecho. En ese momento se encontró con un joven que llevaba un ganso blanco fino bajo su brazo. Ellos se dijeron buenos días el uno al otro, y Hans comenzó a contar de su buena suerte, y como él siempre hacía tales buenos tratos. El muchacho le dijo que él llevaba al ganso a un banquete de bautizo.

- "Sólo levántelo," - añadió él, y lo sostuvo por las alas; - "vea como pesa, pues ha sido engordado durante las ocho semanas pasadas. Quienquiera que pruebe un poco de él cuando esté asado, tendrá que limpiar la grasa de ambos lados de su boca." -

- "Sí,"- dijo Hans, cuando él sintió su peso en una mano, - "es un peso muy bueno, pero mi cerdo no es nada malo."-

Mientras tanto el joven miró con recelo de un lado al otro, y sacudió su cabeza.

- "Mire Ud.,"- dijo con mucho detalle, - "puede que no todo esté bien con su cerdo. En el pueblo por el cual pasé, el Alcalde mismo acababa de tener un robo en su pocilga. Temo, temo que usted llegue a ser sospechoso del acto allí. Ellos han enviado a algunas personas y sería un mal negocio si ellos lo agarraran con el cerdo; por lo menos, usted sería encerrado en el agujero oscuro."-

El bueno de Hans se aterrorizó. ¡"Oh, Dios!", dijo, - "ayúdeme Ud. a arreglar todo esto; usted que sabe más sobre este lugar que yo, tome a mi cerdo y déjeme su ganso."-

- "Arriesgaré algo en este asunto,"- contestó el muchacho, - "pero no seré la causa de que a Ud. lo metan en el problema."-

Entonces él tomó la cuerda del cerdo en su mano, y corrió con el cerdo rápidamente a lo largo del camino.

El buen Hans, ya despreocupado, siguió adelante con el ganso bajo su brazo. -

"Cuando lo medito correctamente,"- se dijo él mismo, - "me ha ido muy bien con este cambio; primero habrá buena carne asada, luego la cantidad de grasa que goteará de ella, y que me dará para mi pan durante un cuarto de año, y finalmente las plumas blancas hermosas; que servirán para llenar mi almohada, y por ello en efecto iré a dormir plácidamente. ¡Qué alegre se pondrá mi madre!"-

Cuando Hans pasaba por el último pueblo, allí estaba un afilador de tijeras con su carretilla; y mientras éste hacía girar a su rueda de afilar, cantaba:

- "Afilo tijeras y rápido afilo con mi piedra,
Mi abrigo se levanta con el viento de atrás."

Hans se estuvo quieto y lo miró; y cuando por fin le habló le dijo,

- "Todo se ve muy bien con usted, al estar tan alegre con su trabajo."-

- "Sí,"- contestó el afilador de tijeras, - "el comercio es una fuente de oro. Un verdadero afilador es un hombre que en cuanto pone su mano en el bolsillo encuentra allí el oro. ¿Pero dónde compró usted a ese ganso tan fino?"

- "Yo no lo compré, lo cambié por mi cerdo."-

- "Y el cerdo?"-

- "Lo conseguí por una vaca."-

- "¿Y la vaca?" -

- "La obtuve en lugar de un caballo." -

- "¿Y el caballo?" -

- "Por él di una piedra de oro del tamaño de mi cabeza." -

- "¿Y el oro?" -

- "Bueno, esa fue mi remuneración por siete años de trabajo." -

- "Usted ha sabido cuidar de sus transacciones cada vez," - dijo el afilador. - "Si usted sólo pudiera avanzar a fin de oír el tintineo de dinero en su bolsillo cada vez que usted se levante, habrá hecho una fortuna."

- "¿Y cómo podría llegar a eso?" - dijo Hans.

- "Usted tiene que ser un afilador, como lo soy yo;" - contestó el afilador - "y no es necesario nada más que una piedra de afilar, el resto llega solo. Yo tengo una aquí; cierto que está un poco gastada, pero no tendría que darme dinero por ella, no más que su ganso; ¿lo haría usted?"

- "¿Cómo puede dudarlo?" - contestó Hans. - "Seré el tipo más afortunado en la tierra si tengo el dinero cada vez que yo ponga mi mano en el bolsillo, ¿qué necesidad hay de que yo me preocupe por más tiempo?" - y él le dio el ganso y recibió la piedra a cambio.

- "Ahora" -, dijo el afilador, mientras tomaba una piedra pesada ordinaria que estaba en el suelo cerca de él, - "aquí tiene otra piedra fuerte, de gran oportunidad para usted, con la que podrá afilar muy bien con ella, y hasta enderezar clavos doblados. Llévesela y guárdela con cuidado." -

Hans cargó con las piedras, y siguió con su corazón contento y sus ojos brillaban con alegría.

- "Debo haber nacido con un gran amuleto," - se decía a sí mismo; - "todo lo que quiero me pasa justo como si yo fuera un niño consentido." -

Mientras tanto, como él había estado caminando desde el amanecer, comenzó a sentirse cansado. El hambre también lo atormentó, ya que en su alegría cuando hizo el trato por el cual él consiguió a la vaca, se había comido por completo toda la reserva del alimento que llevaba. Por último, ya sólo podía seguir con gran dificultad, y se sentía obligado a pararse cada minuto; además, las piedras lo sobrecargaban terriblemente. Entonces solamente podía pensar que agradable sería si él no tuviera que llevarlas en ese momento.

Ya muy cansado, él se arrastró como un caracol a un pozo de agua en un terreno, y allí él pensó que descansaría y se refrescaría con el agua fresca, pero a fin de que él no pudiera perjudicar a las piedras al sentarse, las puso con cuidado a su lado en el borde del pozo. Entonces él se sentó, y cuando debía inclinarse para beber, tubo un resbalón, golpeándose contra las piedras, y haciendo que ambas cayeran en el fondo del pozo. Cuando Hans vio con sus propios ojos que se iban al fondo, brincó de alegría, y luego se arrodilló, y con lágrimas en sus ojos agradeció a Dios por haberle dado este favor también, y haberlo puesto en tan buen camino, y no tuvo necesidad de reprocharse a sí mismo por nada de lo ocurrido, ya que aquellas piedras pesadas habían sido las únicas cosas que lo preocuparon.

- "¡No hay ningún hombre bajo el sol tan afortunado como yo!" - grito con fuerza.

Con un corazón aliviado y libre de toda carga, ahora él pudo correr felizmente hasta estar en casa con su madre.

Enseñanza:

- 1- Cuando de transacciones se trata, primero debe de estarse informado de los valores relativos de las cosas, de lo contrario, se llegará a pérdidas irreparables.
- 2- La ingenuidad e inocencia, por lo general son fuente de felicidad de quien las posee.





064-La Luna

Hace mucho tiempo, había una tierra donde las noches eran siempre oscuras, y la extensión del cielo sobre ella era como una tela negra, allí la luna nunca salió, y ninguna estrella brillaba en la oscuridad. En la creación del mundo, la luz por la noche no fue tomada en cuenta.

Tres jóvenes compañeros salieron una vez de este país en una expedición de aventura, y llegaron a otro reino, donde a la tarde, cuando el sol había desaparecido detrás de las montañas, un globo iluminado se veía colocado en un roble, el cual emitía una luz suave, lejana y amplia.

Por medio de este globo, todo podría ser muy bien visto y reconocido, aunque su luz no fuera tan brillante como la del sol. Los viajeros pararon y preguntaron a un campesino que conducía por delante su carro, que tipo de luz era esa.

- "Es la luna," - contestó él; - "nuestro alcalde la compró con tres monedas de oro, y la sujetó al roble. Él tiene que verterle aceite diariamente, y mantenerla limpia, de modo que siempre pueda brillar claramente. Él recibe de nosotros una moneda por semana por hacerlo." -

Cuando el campesino se había ido, uno de ellos dijo,

- "Nosotros podríamos hacer muy buen uso de esta lámpara. Tenemos un roble en casa, que es tan grande como este, y podríamos colgarla en él. ¡Qué placer sería no sentir por la noche la total oscuridad!" -

- "Te diré lo que haremos," - dijo el segundo; - "traeremos un carro y caballos y nos llevaremos la luna. La gente de aquí puede comprarse otra." -

- "Yo soy un buen trepador," - dijo el tercero, - "la bajaré." -

El cuarto trajo un carro y caballos, y el tercero subió al árbol, hizo un agujero en la luna, pasó una cuerda por ella, y la bajó.



Cuando el globo brillante estuvo en el carro, la cubrieron con una tela, de modo que nadie pudiera observar el robo. Ellos regresaron sin peligro a su propio país, y la colocaron en un roble alto. Viejos y jóvenes se alegraron cuando la nueva lámpara emitió su ligero brillo sobre todo el territorio, y dormitorios y salones se llenaron de su brillo. Los enanos salieron de sus cuevas en las rocas, y los diminutos duendes con sus pequeños abrigos rojos bailaban en rondas en los prados.

Los cuatro tuvieron cuidado de que la luna fuera proveída de aceite, y la limpiaban adecuadamente, y recibían su moneda semanal. Pero ellos se hicieron ancianos, y cuando uno de ellos se puso enfermo, y vio que estaba a punto de morir, designó que un cuarto de la luna, como parte su propiedad, debiera ser puesto en la tumba con él. Cuando él murió, el alcalde subió al árbol, y le cortó un cuarto con la cizalla para setos, y este fue colocado en su ataúd.

La luz de la luna disminuyó, pero todavía era visible. Cuando el segundo murió, el segundo cuarto fue sepultado con él, y la luz disminuyó más. Se puso más débil todavía después de la muerte del tercero, quién igualmente se llevó su parte de ella con él; y cuando el cuarto llegó a su tumba, el viejo estado de oscuridad se reanudó, y siempre que la gente salía por la noche sin sus linternas, se golpeaban sus cabezas unos con otros.

Sin embargo, como los pedazos de la luna se habían unido juntos otra vez en el mundo inferior, donde la oscuridad siempre prevalecía, vino a hacer que los muertos se agitaran y despertaran de su sueño. Y se sorprendieron cuando se sintieron capaces de ver otra vez. La luz de la luna era completamente suficiente para ellos, ya que sus ojos se habían hecho tan débiles que no podrían haber aguantado la brillantez del sol. Ellos se levantaron y se pusieron contentos, y regresaron a sus antiguos modos de vivir. Algunos iban a los juegos y a bailar, otros se fueron a los comercios, donde pidieron vino, se emborracharon, se pelearon, y por fin tomaron porras y se apalearon unos a otros. El ruido se hizo mayor y mayor, hasta que por fin llegó al cielo.

San Pedro, que guarda la puerta de cielo, pensó que el mundo inferior había estallado en rebelión y reunió a las tropas divinas, que deben hacer retroceder a Satanás cuando él y sus socios asaltan el domicilio del cielo. Como éstos no llegaron, subió a su caballo y saliendo por la puerta de cielo, descendió al mundo de abajo. Allí él redujo a los muertos al sometimiento, les pidió que se acostaran en sus tumbas otra vez, y se llevó la luna con él y la colgó en el cielo, donde quedó desde entonces.

Enseñanza:

Cada cosa debe de usarse con el propósito para el cual fue creado.





065-Ocio y Labor

Había una vez una joven doncella quien era muy linda, pero ociosa y negligente. Cuando ella tenía que hilar, se ponía de tan mal genio que si topaba con un pequeño nudo en el lino, inmediatamente sacaba toda la carrucha y lo tiraba al suelo al lado de ella. Pero ella tenía a una criada que era muy laboriosa, y recogía las carruchas y los trozos de lino que eran tirados por la doncella, los limpiaba y los afinaba, y con ellos se había hecho un hermoso vestido para sí misma.

Había también un hombre joven que cortejaba a la muchacha perezosa, y la boda estaba a punto de efectuarse. En vísperas de la boda, la laboriosa criada bailaba alegremente con su vestido bonito, y la novia dijo,-

-";Hey, como brinca aquella muchacha, vestida con mis desperdicios.!"-

El novio oyó aquella expresión, y preguntó a la novia qué quiso ella decir con eso. Entonces le dijo que esa muchacha estaba usando un vestido hecho del lino que ella había tirado al suelo como sobras y desperdicios. Cuando el novio oyó eso, y vio lo ociosa que ella era, y cuan laboriosa era la muchacha pobre, él la dejó y fue donde la criada, a la que eligió como su esposa.

Enseñanza:

La laboriosidad es siempre mil veces más bella que la ociosidad.





066-Los Tres Hermanos

Había una vez un hombre que tenía tres hijos, y nada más en el mundo excepto la casa en la cual él vivía. Ahora cada uno de los hijos deseaba tener la casa después de la muerte de su padre; pero el padre amaba a todos ellos por igual, y no sabía que hacer; él no deseaba vender la casa, porque había pertenecido a sus antepasados, más él podría haber dividido el dinero entre ellos. Por fin un plan entró en su cabeza, y dijo a sus hijos:

- "Recorran el mundo, e intenten cada uno de ustedes aprender un oficio, y, cuando todos ustedes vuelvan, él que haga la mejor obra maestra tendrá la casa." -

Los hijos estaban bien contentos por esto, y el mayor determinó ser un herrero, el segundo un barbero, y el tercero un maestro de cercados. Ellos fijaron una fecha en la cual deberían venir a casa todos otra vez, e inmediatamente cada uno se fue por su camino. Fue una gran suerte que todos ellos encontraron maestros hábiles que les enseñaron sus oficios muy bien.

El herrero tenía que confeccionar las herraduras a los caballos del Rey, y pensó, - "la casa será mía, sin duda." -

El barbero sólo afeitaba a gente importante, y también ya consideraba a la casa como de su propiedad.

El maestro de cercado recibía muchos golpes, pero él sólo se mordía su labio, y no dejaba que nada lo fastidiara; - "porque" -, se decía sí mismo, - "si yo le tengo miedo a un golpe, nunca ganaré la casa." -

Cuando el tiempo designado había llegado, los tres hermanos regresaron a la casa de su padre; pero ellos no sabían cómo encontrar la mejor oportunidad de mostrar su habilidad, entonces se sentaron a consultar juntos. Estaban ellos sentados en eso, cuando de repente una liebre vino corriendo por el campo.

- "¡Ah, ja, justo a tiempo!" - dijo el barbero.

Entonces tomó su palangana y jabón, y alejándose hizo espuma, esperando hasta que la liebre subiera; y al llegar ella, la enjabonó y le afeitó las patillas a la liebre mientras corría a lo máximo de su velocidad, y no cortó su piel ni perjudicó un pelo en su cuerpo.

- "¡Bien hecho!" -, dijo el anciano. - "sus hermanos tendrán que ejercerse maravillosamente, o la casa será suya." -

Poco después, venía un noble en su coche corriendo a muy alta velocidad.

- "Ahora usted verá lo que yo puedo hacer, padre" -, dijo el herrero.

Y se fue tras el coche y quitó las cuatro herraduras de las patas de uno de los caballos mientras galopaba, y le puso cuatro nuevas herraduras sin pararlo.

- "Eres un excelente muchacho, y tan inteligente como tu hermano" -, dijo su padre; - "no sé a quien yo debería dar la casa." -

Entonces el tercer hijo dijo,

- "Padre, permítame tener mi prueba, por favor;" -

Y como comenzaba a llover, él sacó su espada, y la batió de acá para allá encima de su cabeza tan rápido que ni una gota cayó sobre él. Llovió todavía más fuerte y más fuerte, hasta llover en torrentes; pero él sólo abatía su espada más rápido y más rápido, y permaneció tan seco como si estuviera sentado bajo techo en una casa. Cuando su padre vio todo aquello quedó asombrado, y dijo:

- "¡Esta es la obra maestra, la casa es tuya!" -

Sus hermanos estuvieron satisfechos por la decisión, tal como fue acordado de antemano; y, como ellos realmente se querían el uno al otro muchísimo, los tres se quedaron juntos en la casa y siguieron en sus oficios, y, como ellos los habían aprendido tan bien y eran tan inteligentes, ganaron mucho dinero. Así vivieron juntos felizmente hasta que envejecieron; y por fin, cuando uno de ellos cayó enfermo y murió, los otros dos se apenaron tan profundamente por ello que también cayeron enfermos, y pronto después murieron también. Y porque ellos habían sido tan inteligentes, y se habían amado el uno al otro tanto, fueron todos puestos en la misma tumba.

Enseñanza:

Reconocer y aceptar las mejores capacidades y virtudes ajenas es la mejor muestra de grandeza de espíritu.





067-Pichoncito

Había una vez un cazador que entró en el bosque para cazar, y cuando él se internó oyó un sonido de grito como si un pequeño niño estuviera allí. Él siguió el sonido, y por fin llegó a un gran árbol, y en lo alto de éste estaba un pequeño niño sentado, ya que la madre había fallecido bajo el árbol con el niño, y una ave de rapiña que lo había visto en sus brazos, había volado hacia abajo, y arrebatándolo, lo había puesto en su nido en lo alto del árbol.

El cazador subió al nido, y bajó al niño, y pensó para él:

- "Lo llevaré a casa conmigo, y lo criaré junto con mi Lina." -

Él lo llevó a su casa, y por lo tanto, los dos niños crecieron juntos. Sin embargo, el que había sido encontrado en un árbol fue llamado Pichoncito, ya que inicialmente una ave se lo había llevado a su nido. Pichoncito y Lina se querían tanto el uno al otro que cuando uno de ellos no veía cerca a su compañero se ponía triste.

El cazador, sin embargo, tenía a una vieja cocinera, que sin él saberlo era una bruja, y ella una tarde tomó dos baldes y comenzó a traer agua, y no fue sólo una vez, sino muchas veces, a la fuente por el agua. Lina la vio y le dijo:

- "Escuche usted, vieja Sanna, ¿por qué trae tanta agua?" -

- "Si tú nunca se lo repites a otra persona, te diré por qué." -

Entonces Lina dijo:

- "Sí, nunca se lo repetiré a nadie" -

,Entonces la cocinera dijo:

- "Temprano mañana por la mañana, cuando el cazador salga a su labor, calentaré el agua, y cuando hierva en la caldera, lanzaré allí a Pichoncito, y lo herviré en ella." -

A la mañana siguiente el cazador despertó y salió a cazar, y cuando él ya se había ido los niños estaban todavía en la cama. Entonces Lina dijo a Pichoncito:

- "Si tú nunca me abandonas, yo nunca te abandonaré a ti." -

Pichoncito contestó:

- "Ni ahora ni nunca te dejaré." -

Lina entonces dijo:

- "Entonces te contaré. Anoche, el viejo Sanna llevó tantos cubos de agua a la casa que le pregunté por qué hacía esto, y ella me dijo que si yo prometía no decírselo a nadie ella me lo diría, y yo le dije que yo estaría segura de no decirlo a nadie, y entonces ella me dijo que temprano mañana por la mañana mientras mi padre cazaba, ella pondría a hervir la caldera llena de agua, y te lanzaría en ella y te herviría a ti; pero nos levantaremos rápidamente, nos vestiremos, y nos marcharemos juntos."

Los dos niños por lo tanto se levantaron, se vistieron rápidamente, y se marcharon. Cuando el agua en la caldera ya hervía, la cocinera entró en el dormitorio para traer a Pichoncito y lanzarlo en la caldera. Pero cuando ella entró, y fue a las camas, ambos niños ya no estaban. Entonces ella se alarmó terriblemente, y se dijo:

- "¿Qué diré ahora cuándo el cazador llegue a casa y vea que los niños se han ido? Debo ir tras ellos al instante para regresarlos de nuevo." -

Entonces la cocinera envió a tres criados tras ellos, que debían correr y alcanzar a los niños. Los niños, sin embargo, estaban sentados fuera del bosque, y cuando vieron desde lejos correr a los tres criados, Lina dijo a Pichoncito:

- "Nunca me abandones y nunca te dejaré." -

Pichoncito dijo:

- "Ni ahora, ni nunca yo te dejaré." -

Lina entonces dijo:

- "Conviértete en un rosal, y yo seré la rosa sobre ti." -



Cuando los tres criados llegaron, no había nada allí, excepto un rosal con una rosa, pero no vieron a los niños por ninguna parte. Entonces dijeron ellos:

- "No hay nada que hacer aquí." -

Y regresaron a casa y le dijeron a la cocinera que ellos no habían visto nada en el bosque excepto un pequeño rosal con una rosa. Entonces la vieja cocinera los reprendió diciéndoles:

- "Ustedes, simplones, debieron haber cortado el rosal en dos y separado la rosa y traerlo a casa con ustedes; ahora vayan ya y háganlo de una vez." -

Por lo tanto ellos tuvieron que salir y buscar por segunda vez. Los niños, sin embargo, los vieron venir a la distancia. Entonces Lina dijo:

- "Nunca me abandones y nunca te dejaré." -

Pichoncito dijo:

- "Ni ahora, ni nunca te dejaré." -

Lina entonces dijo:

- "Conviértete en una iglesia, y yo seré la araña de luces dentro de ella" -

Cuando los criados llegaron, no vieron nada más que una iglesia con su araña de luces. Y se dijeron entre sí:

- "Nada podemos hacer aquí, regresemos a casa" -

Cuando ellos llegaron a casa, la cocinera preguntó si no los habían encontrado; entonces ellos dijeron que no, que sólo habían encontrado una iglesia, y que había una araña de luces en ella.

Y la cocinera los reprendió y les dijo:

- "¡Ustedes tontos! ¿Por qué no tiraron la iglesia a pedazos, y trajeron la araña de luces a casa con ustedes?" -

Y ahora la vieja cocinera, ella misma se puso a caminar, y fue con los tres criados en la búsqueda de los niños. Los niños, sin embargo, vieron desde lejos que los tres criados venían, y a la cocinera caminando atrás de ellos.

Lina dijo:

- "Nunca me abandones y nunca te dejaré." -

Pichoncito dijo:

- "Ni ahora, ni nunca te dejaré." -

Lina entonces dijo:

- "Conviértete en un estanque, y yo seré el pato sobre ella" -

Al llegar la cocinera, ésta vio el estanque y se agachó para beberlo, y estaba en eso cuando el pato nadó rápidamente, se subió sobre la cabeza de la vieja y le picoteó la cabeza con su pico y la vieja bruja resbaló, se golpeó y se ahogó en el estanque. Entonces los niños tomaron su forma normal y se fueron a casa juntos, y en adelante vivieron tranquilos por no tener ya en casa a la malvada vieja bruja.

Enseñanza:

Una firme unión provee una inmensa fortaleza contra los enemigos.





068-La Zorra y el Gato

Sucedió que un gato encontró a una zorra en un bosque, y él pensó sobre ella:

- "Ella es inteligente y llena de experiencia, y muy estimada en el mundo" -

por lo que le habló de un modo amistoso:

- "Buen día, querida Sra. Zorra, ¿Cómo está usted? ¿Cómo está todo con usted? ¿Cómo está pasando usted esta linda temporada?" -

La zorra, llena de todas las clases de arrogancia, miró al gato de pies a cabeza, y durante mucho tiempo no sabía si darle alguna respuesta o no.

Por fin ella contestó:

- "Ah, tú, infeliz limpia barbas, tú, tonto ignorante, tú, cazador hambriento de ratones, ¿qué puedes tú pensar? ¿Te atreves a preguntarme cómo me está yendo? ¿Qué has aprendido? ¿Cuántas artes tú conoces?" -

- "Sólo conozco una" -, contestó el gato, modestamente.

- "¿Y cuál arte es esa?" -, preguntó la zorra.

- "Cuando los sabuesos me siguen, yo puedo saltar a un árbol y salvarme." -

- "¿Y eso es todo?" -, dijo la zorra. - "Yo soy maestra de cien artes, y tengo además un saco lleno de astucias. ¡Qué lástima te tengo!, ven conmigo y te enseñaré como se escapa de los sabuesos" -.

En ese momento vino un cazador con cuatro perros. El gato reaccionó con agilidad subiéndose a un árbol, y se sentó en lo alto, donde las ramas y el follaje completamente lo ocultaron.

- "Abra su saco Sra. zorra, abra su saco de astucias" -, le gritó el gato.

Pero los perros la habían agarrado ya y la sostenían y mordían fuertemente.

- "Ah, Sra. zorra"-, gritó el gato. -¡"Le abandonaron sus cien artes en la escapada! Si usted hubiera sido capaz de subir como yo, no habría perdido su vida."-

Enseñanza:

Nunca hay que burlarse y menospreciar lo que parecieran ser insignificantes cualidades.





069-La astuta hija del campesino

Había una vez un campesino pobre que no tenía ninguna tierra, solamente una cabaña y una hija. Un día dijo la hija:

- "Deberíamos pedir a nuestro señor el Rey un poco de la tierra recién limpiada." -

Cuando el Rey oyó de su pobreza, él les ofreció unas tierras, que ella y su padre araron, y tuvieron la intención de sembrar con un poco de maíz y otros granos similares. Cuando ellos habían arado casi el todo el campo, encontraron en la tierra un mortero, pero sin su manubrio, hecho de oro puro.

- "Escucha" -, dijo el padre a la muchacha, - "como nuestro señor el Rey ha sido tan cortés y nos ha dado el campo, deberíamos darle este mortero a cambio de ello." -

La hija, sin embargo, no estaba de acuerdo con ello, y le dijo:

- "Padre, si tenemos el mortero sin tener el manubrio también, tendremos que conseguir el manubrio, entonces no debería decir nada sobre eso." -

Sin embargo él no obedeció, tomó el mortero y se lo llevó al Rey, diciéndole que lo había encontrado en la tierra otorgada, y le preguntó si lo aceptaría como un presente. El Rey tomó el mortero, y preguntó si no había encontrado nada además de eso.

- "No" -, contestó el campesino.

Entonces el Rey dijo que debe traerle ahora el manubrio. El campesino dijo que ellos no lo habían encontrado, pero eso fue como haberle hablado al viento y él fue puesto en prisión, y debía quedarse allí hasta que él produjera el manubrio. Los criados tuvieron que llevarle diariamente pan y agua, que es lo que le dan a la gente que entra en la prisión, y ellos oían como el hombre lanzaba un grito continuamente:

- "¡Ay! ¡si yo sólo hubiera escuchado a mi hija!" -

- "¡Ay, ay, si tan sólo hubiera escuchado a mi hija!" -, y ni comía ni bebía.

Entonces él Rey mandó que los criados le trajeran al preso ante él, y preguntó al campesino por qué él siempre gritaba:

- "¡Ay! ¡si yo sólo hubiera escuchado a mi hija!" -

y que era lo que su hija había dicho.

- "Ella me dijo que yo no debería traerle el mortero, ya que debería traerle el manubrio también." -

- "Si usted tiene a una hija que es tan sabia, que me la traigan aquí." -

Ella fue por lo tanto obligada a aparecer ante el Rey, quien le preguntó que si ella realmente era tan sabia, él le pondría un acertijo, y si ella pudiera resolverlo, él se casaría con ella. Ella inmediatamente dijo que sí, que ella lo adivinaría. Entonces dijo el Rey:

- "Ven aquí sin vestido, pero no desnuda, no montada, no caminando, no por el camino, y no fuera del camino, y si puedes hacer eso me casaré contigo."

Entonces ella se marchó, aplazó toda otra actividad, y luego alquiló un asno, se desvistió, tomó una gran red de pesca, y se sentó en ella y se cubrió completamente una y otra vez alrededor de ella, de modo que no quedó desnuda ni vestida, y ató la red del pescador a la cola del asno de modo que fuera obligado a arrastrarla a lo largo, y así no iba montada a caballo, ni andando. El asno también tuvo que arrastrarla por los espaldones del camino, de modo que ella sólo tocaba la tierra con su dedo gordo del pie, y así no estaba ni en el camino, ni fuera del camino. Y cuando ella llegó de aquella manera, el Rey dijo que había resuelto el acertijo y había realizado todas las condiciones. Entonces él ordenó que su padre fuera liberado de la prisión, la tomó como esposa, y dio a su cuidado todas las posesiones reales.

Ahora, después de que algunos años habían pasado, el Rey preparaba una vez sus tropas para un desfile, cuando sucedió que algunos campesinos que habían estado vendiendo madera pararon con sus carretas frente al palacio; y algunos de ellos tenían bueyes atados a las carretas, y otros les ataban a las carretas caballos. Había un campesino que tenía tres caballos, uno de los cuales era un recién nacido potro joven, y éste se escapó y fue a posarse entre dos bueyes que estaban delante de la carreta. Cuando los campesinos se encontraron, comenzaron a disputar y golpearse el uno al otro y hacer una perturbación, y el campesino con los bueyes quiso quedarse con el potro diciendo que uno de los bueyes le había dado a luz, y el otro dijo que fue su yegua quien lo había tenido, y que por eso era de su propiedad.



La pelea llegó ante el Rey, y él dio el veredicto de que el potro debería quedarse donde había sido encontrado, y así el campesino con los bueyes, a quien no le pertenecía, lo consiguió. Entonces el otro se fue lejos, y lloró y se lamentó de su potro. Ahora, él había oído que su señora la Reina era muy cortés, porque ella misma había salido de gente campesina pobre, así que él fue y le pidió que ella viera si podía ayudarle a recuperar a su potro otra vez. Dijo ella:

- "Sí, le diré que hacer, si me promete no decir que yo se lo dije. Temprano mañana por la mañana, cuando el Rey revise la guardia, párese allí en medio del camino por el cual él debe pasar, tome una gran red de pesca y finja ser un pescador; empieza a imitar que pesca, y vacíe la red como si la hubiera sacado llena" -.

Y luego ella le dijo también lo que él debería decir si fuera interrogado por el Rey.

Al día siguiente, por lo tanto, el campesino estuvo de pie allí, y simuló pescar en la tierra seca. Cuando el Rey pasó, y lo vio, envió a su mensajero para preguntar sobre qué estaba haciendo ese hombre estúpido. Él contestó:

- "Soy pescador" -.

El mensajero le preguntó cómo él podría pescar cuando no había ninguna agua allí.

El campesino dijo:

- "Es tan fácil para mí pescar en la tierra firme como es para un buey dar a luz a un potro" - .

El mensajero volvió y le dio la respuesta al Rey, que ordenó que el campesino le fuera traído y le dijo que esa no era su propia idea, y que quería saber de quien era.

El campesino debe confesarlo inmediatamente. El campesino, sin embargo, no lo hizo, y dijo siempre:

- "Dios prohíbe hacerlo, la idea es mía" -.

Entonces lo pusieron, en un montón de paja, y lo golpearon y lo atormentaron por tanto rato que por fin él confesó que la idea fue de la Reina.

Cuando el Rey llegó a casa otra vez, dijo a su esposa:

- "¿Por qué te has comportado tan falsamente conmigo? No te tendré más tiempo por esposa; el tiempo tuyo terminó, vuelve al lugar de donde viniste, a tu choza campesina" -.

Un favor, sin embargo, él le concedió: que podría tomar con ella una cosa que fuera la más querida y la mejor a sus ojos; y así fue ella despedida. Ella dijo:

- "Sí, mi querido marido, si usted manda esto, así lo haré" -, y ella lo abrazó y lo besó, y dijo que ella se despediría de él.

Entonces ella ordenó que le fuera traída una poderosa pócima adormecedora, he hizo una bebida para decirle adiós a él y que la bebiera; el Rey tomó una buena cantidad, pero ella tomó sólo un poco. Él pronto cayó en un sueño profundo, y cuando ella percibió eso, llamó a un criado y tomó una tela de lino blanca justa y abrigó al Rey en ella, y el criado fue obligado a llevarlo en un carro que estaba listo al frente de la puerta, y entonces lo condujo con él a su propia pequeña casa campesina.

Ella lo puso en su pequeña cama, y él durmió un día y una noche sin despertar, y cuándo él despertó, miró alrededor y dijo:

- "Dios bueno! ¿dónde estoy?" -

Él llamó sus asistentes, pero ninguno de ellos estaba allí. Con mucho cariño su esposa vino al lado de la cama y dijo:

- "Mi querido señor y Rey, usted me dijo que yo podría traer conmigo del palacio lo que fuera más querido y lo más precioso a mis ojos. No tengo nada más precioso y querido que usted, entonces por eso le he traído conmigo" -.

Las lágrimas brotaron a los ojos del Rey y él dijo:

- "Querida esposa, tu serás para mí y yo seré para tí" -.

Y él la regresó consigo al palacio real, siempre como su esposa. Y en este momento ellos todavía viven muy felizmente.

Enseñanza:

La sabiduría bien aplicada es fuente de inmensos beneficios.





070-Compartiendo dicha y tristeza

Había una vez un sastre, que era un compañero peleón, y su esposa, que era buena, laboriosa, y piadosa, nunca podía complacerlo. Independientemente de lo que ella hiciera, él nunca estaba satisfecho, y se quejaba y la reprendía, y le pegaba y la golpeaba. Era un violentador doméstico. Cuando las autoridades por fin oyeron de ello, lo llamaron a cuentas, y lo pusieron en la prisión a fin de hacerlo mejor. Él fue guardado por un tiempo a solo pan y agua, y luego fue puesto en libertad otra vez. Él fue obligado, sin embargo, a prometer no golpear más a su esposa, y a vivir con ella en paz, y a compartir con ella dichas y tristezas, como la gente casada debe de hacer.

Todo continuó bien durante un tiempo, pero llegó un momento en que él cayó en sus viejos caminos, y de nuevo se puso hosco y peleón. Y como él no se atrevía a golpearla, intentó agarrarla por el pelo y arrancárselo. La mujer se escapó de él, y saltó al jardín, pero él corrió tras ella llevando su regla de medidas y tijeras, y la persiguió lanzando la regla de medidas y las tijeras hacia ella y lo que hubiera interpuesto en el trayecto. Cuando él la golpeaba él se reía, y cuando no lo lograba, se enfurecía y blasfemaba. Esto continuó por un buen rato hasta que los vecinos vinieron en ayuda de la esposa. El sastre fue otra vez convocado antes de los magistrados, y recordado de su promesa.

- "Queridos señores"-, dijo él, - "he guardado mi palabra, no la he golpeado, pero he compartido la dicha y la tristeza con ella." -

- "¿Cómo puede ser"-, dijo el juez, - "cuando ella continuamente trae tales quejas pesadas contra usted?" -

- "No la he golpeado, sino que ella me pareció tan extraña que quise peinar su pelo con mis manos; pero ella, sin embargo, se escapó de mí, y me abandonó completamente y rencorosamente. Entonces corrí tras ella a fin de devolverla a su deber, y lo que le lancé a ella fue sólo una advertencia hecha con buena intención con lo primero que encontré a mano. He compartido la alegría y la pena con ella también, ya que siempre que yo la alcanzaba, yo me llenaba de dicha y ella de tristeza, y si yo no la alcanzaba, entonces ella se sentía dichosa y yo triste." - dijo burlonamente.

Los jueces no estuvieron satisfechos por esta respuesta, pero le dieron la recompensa que él mereció, y de nuevo fue a dar a la celda por muchísimo largo tiempo a pan y agua y trabajos forzados.

Enseñanza:

Siempre debe haber absoluto respeto y cariño entre los esposos. Cualquier divergencia debe conversarse amablemente y llegar a acuerdos llenos de amor y paz. La violencia doméstica es un **gran crimen** y debe ser castigado con firmeza.





071-Nieve Blanca y Rosa Roja

Había una vez una viuda pobre que vivía en una casita de campo sola. Delante de la casita de campo tenía un jardín en donde había dos rosales, uno de los cuales daba rosas blancas y el otro rosas rojas. Ella tenía dos hijas jóvenes que se parecían a los dos rosales, y a una la llamó Nieve Blanca, y a la otra Rosa Roja. Ellas estaban tan bien y eran tan felices, tan ocupadas y alegres como alguna vez dos muchachas en el mundo lo fueran. Nieve Blanca era más tranquila y gentil que Rosa Roja. Rosa Roja gustaba más correr en los prados y campos buscando flores y cogiendo mariposas; Blanca Nieve se sentaba en casa con su madre, y le ayudaba a ella con su trabajo de la casa, o le leía cuando no había otra cosa para hacer.

Las dos jóvenes eran tan aferradas cada una a la otra, que ellas siempre iban de la mano cuando salían juntas, y cuando Nieve Blanca decía,

- "No nos abandonaremos la una a la otra," -

Rosa Roja contestaba,

- "Nunca mientras vivamos," -

y su madre añadía,

- "Lo que una tiene lo comparte siempre con la otra." -

Ellas a menudo corrían por el bosque solas y juntaban bayas rojas, y ninguna bestia les hacía daño, y éstas se acercaban a ellas confiadamente. La pequeña liebre comía hojas de col de sus manos, el corzo pastaba a su lado, el venado saltaba alegremente cerca de ellas, y las aves se quedaban quietas sobre las ramas cantando sus trinos. Ninguna desgracia las alcanzó; si ellas se quedaban demasiado tarde en el bosque, y la noche llegaba, ellas se recostaban cerca una de la otra sobre el musgo, y dormían hasta que la mañana viniera, y su madre sabía esto y no tenía ninguna angustia al respecto.

Una vez cuando ellas habían pasado la noche en la foresta y el alba las había despertado, vieron a un niño hermoso con un vestido blanco brillante sentado cerca de sus lechos. Él se levantó y miró amablemente hacia ellas, pero no dijo nada y se marchó en el bosque. Cuando ellas miraron alrededor, encontraron que habían estado durmiendo cerca de un precipicio, y habrían caído seguramente en él en la oscuridad si hubieran avanzado sólo unos pasos más adelante. Y su madre les dijo que debe haber sido el ángel que protege a las muchachas buenas.

Nieve Blanca y Rosa Roja mantenían la pequeña casita de campo de su madre tan ordenada que era un gran placer mirar dentro de ella. En el verano Rosa Roja estaba al cuidado de la casa, y cada mañana ponía una corona de flores por la cama de su madre antes de que ella despertara, en la que había flores de ambos rosales. En el invierno Nieve Blanca encendía el fuego y colgaba la caldera sobre el fogón. La caldera era de cobre y brillaba como el oro, de lo tan finamente que la pulían. Por la tarde, cuando los copos de nieve caían, la madre decía,

- "Ve, Nieve Blanca, y échale el cerrojo a la puerta," -

y luego ellas se sentaban alrededor del hogar, y la madre tomaba sus gafas y leía en voz alta de un libro grande, y las dos muchachas escuchaban atentas tranquilamente sentadas. Y cerca de ellas había un cordero sobre el suelo, y detrás de ellas, sobre una percha, estaba una paloma con su cabeza escondida bajo sus alas.

Una tarde, cuando ellas se sentaban así cómodamente juntas, alguien llamó a la puerta como si deseara ser dejado entrar. La madre dijo,

- "Rápido, Rosa Roja, abre la puerta, debe ser un viajero que busca refugio." -

Rosa Roja se levantó, fue y empujó atrás el cerrojo, pensando que era un hombre pobre, pero no, era un oso que estiró su amplia cabeza negra dentro de la puerta.

Rosa Roja gritó y saltó hacia atrás, el cordero baló, la paloma revoloteó, y Nieve Blanca se escondió detrás de la cama de su madre. Pero el oso comenzó a hablar y dijo,

- "¡No tengan miedo, no les haré daño! Tengo mucho frío, y sólo quiero calentarme un poco al lado de ustedes."

- "Pobre oso," - dijo la madre, - "acércate al lado del fuego, sólo ten cuidado de no quemar tu piel." -

Entonces ella dijo en voz alta,

- "Nieve Blanca, Rosa Roja, salgan, el oso no les hará daño, él es bueno." -

Ambas salieron, y con el tiempo el cordero y la paloma también se acercaron y no tuvieron miedo de él. El oso dijo,

- "Aquí, muchachas, por favor sacúdanme la nieve que tengo sobre mi piel;" -

Ellas trajeron la escoba y barrieron la nieve, dejando al oso limpio; y él se estiró al lado del fuego y gruñó contentamente y cómodamente.

Y ellas pasaron tranquilamente en su casa, y gastaban bromas y jugaban con su invitado especial. Ellas tiraban de su pelo con sus manos, ponían sus pies sobre su espalda y lo hacían rodar, o tomaban una suave rama de avellana y lo golpeaban cariñosamente, y cuando él gruñía ellas se reían.

Pero el oso tomó todo esto de buen modo, y sólo cuando ellas eran demasiado ásperas él les decía,

- "Por favor, déjenme vivir, muchachas.
Nevita Blanca, Rosita Roja:
¿Golpearían ustedes a quien las ama muerto?" -

Cuando ya era la hora de acostarse, y las jóvenes se habían ido a dormir, la madre dijo al oso,

- "Usted puede dormir allí por el hogar, y así estará protegido del frío y del mal tiempo." -

Tan pronto como el día llegó, las dos jóvenes le abrieron la puerta, y él se internó a través de la nieve en el bosque.

De aquí en adelante el oso vino cada tarde a la misma hora, se posaba por el hogar, y dejaba a las jóvenes divertirse con él tanto como quisieran; y ellas se hicieron tan allegadas a él que las puertas nunca fueron sujetadas hasta tanto su amigo negro no hubiera llegado.

Cuando la primavera llegó y todo el exterior era verde, el oso dijo una mañana a Nieve Blanca,

- "Ahora debo marcharme, y no puedo volver por todo el verano." -

- "¿ Y adónde irá usted, entonces, querido oso?" - preguntó Nieve Blanca.

- "Debo entrar en el bosque y proteger mis tesoros de los duendes malos. En el invierno, cuando la tierra está congelada con fuerza, ellos están obligados a quedarse en sus cuevas y no pueden trabajar a su manera; pero ahora, cuando el sol ha descongelado y calentado la tierra, ellos salen para curiosear y robar; y lo que una vez entra en sus manos y en sus cuevas, no vuelve a ver la luz del día otra vez fácilmente." -

Nieve Blanca se entristeció mucho de que su amigo se marchara, y cuando ella desatancó la puerta para él, y el oso, al ir apresurado, se prensó contra el cerrojo y un pedazo de su piel peluda se le arrancó, y a Nieve Blanca le pareció como si hubiera visto brillar oro por ello, pero ella no estaba del todo segura. El oso se corrió rápidamente, y pronto estuvo fuera de la vista detrás de los árboles.

Poco tiempo después la madre envió a sus hijas al bosque para conseguir leña. Allí ellas encontraron un árbol grande talado en la tierra, y cerca del tronco algo brincaba de acá para allá en la hierba, pero no podían distinguir qué era. Cuando miraron más de cerca vieron a un duende con una vieja cara malhumorada y una barba como de un metro de largo, y blanca también como la nieve. El final de la barba estaba prensado en una grieta del árbol, y el pequeño compañero brincaba de acá para allá como un perro atado a una cuerda, y no sabía que hacer.



Él fulminó con la mirada a las muchachas con sus ojos rojos encendidos y gritó,

- "¿Qué hacen ustedes allí de pie?, ¿No pueden venir a ayudarme?" -

- "¿Y que hace usted allí, pequeño hombre?" -, preguntó Rosa Roja.

- "¡Ah, ustedes gansas estúpidas, entrometidas!" -, contestó el duende; - "Yo iba a talar el árbol para conseguir un poco de madera para cocinar. El poco alimento que uno de nosotros necesita es quemado directamente con troncos gruesos; no tragamos tanto como ustedes, torpes, avaras. Yo acababa de poner la cuña sin peligro, y todo iba como deseé; pero la desgraciada madera era demasiado lisa y de repente saltó el trozo, y el árbol cayó tan rápidamente que yo no pude sacar mi hermosa barba blanca; ¡ahora está tan prensada que no puedo escaparme, y ustedes cara de leche, sudorosas, riéndose! ¡Puf! ¡qué detestables son!" -

Las muchachas intentaron con fuerza, pero no pudieron sacar la barba, que estaba sujeta muy fuertemente.

- "Iré a buscar a alguien más," - dijo Rosa Roja.

- "¡Usted gansa insensata!" - gruñó el duende; - "¿por qué debería traer a alguien más?".

Ustedes dos ya son demasiado para mí; ¿no puede pensar en algo mejor?" -

- "No sea impaciente," - dijo Nieve Blanca, - "le ayudaré," - y sacó sus tijeras de su bolsillo, y cortó el final de la barba.

Tan pronto como el enano se sintió libre, se acercó a un bolso que estaba entre las raíces del árbol, y que estaba lleno de oro, y levantándolo se quejaba diciéndose a sí mismo:

- "¡Gente grosera, cortar un pedazo de mi fina barba! ¡Que tengan mala suerte!" y luego balanceó el bolso sobre su espalda, y se marchó sin volver a mirar para atrás.

Algún tiempo después Nieve Blanca y Rosa Roja fueron a pescar. Cuando llegaron cerca del arroyo vieron algo como un saltamontes grande que brincaba en dirección al agua y retornaba. Ellas corrieron y encontraron que era el mismo enano.

- "¿Hacia dónde va usted?" - preguntó Rosa Roja; - "¿Seguramente que no quiere entrar en el agua?" -

- "¡No soy tan tonto!" - gritó el enano; - "¿No ve usted que el maldito pescado quiere llevarme?" -

El pequeño hombre había estado sentado allí tratando de pescar, y desgraciadamente el viento había enroscado su barba con el sedal; en ese momento un pez grande mordió el anzuelo, pero la débil criatura no tenía la fuerza para sacar al pez; el pescado llevaba la ventaja y tiraba al enano hacia él. Él se agarró a todas las cañas y juncos, pero no le ayudaban y fue obligado a seguir los movimientos del pez, y estaba en peligro inminente de ser arrastrado al torrente.

Las muchachas vinieron justo a tiempo; ellas lo sostuvieron rápido y trataron de liberar su barba de la cuerda, pero todo era en vano, barba y cuerda fueron enredadas rápidamente. Nada quedaba por hacer sino sacar las tijeras y cortar la barba, por lo cual un pedazo de ella se perdió. Cuando el enano vio aquello gritó,

- "¿Es eso civilizado?, usted hongo venenoso, desfigurar la cara de alguien ¿No era bastante para anteriormente cortar el final de mi barba? Ahora usted ha cortado la mejor parte de ella. No puedo dejarme ser visto por mi gente. ¡Desearía que usted hubiera sido hecha sólo para gastar las suelas de sus zapatos!" -

Entonces él agarró un saco de perlas que estaba entre los juncos, y sin decir una palabra más lo alzó y desapareció detrás de una piedra. Resulta que otro día la madre las envió a la ciudad para comprar agujas e hilo, y cordones y cintas. El camino las condujo a través de un brezal sobre el cual había pedazos enormes de roca esparcidos por aquí y allá. En eso ellas notaron a una ave grande que se cernía en el aire, volando despacio una y otra vez alrededor de donde estaban ellas; y el ave volaba más abajo y más abajo, y por fin se posó cerca de una roca no muy lejos. Inmediatamente ellas oyeron un grito fuerte, lastimoso. Corrieron y vieron con horror que el águila había agarrado a su viejo conocido, el duende, e iba a llevárselo. Las muchachas, todas piadosas, inmediatamente agarraron al pequeño hombre, y tiraron contra el águila tanto rato, que por fin ella abandonó a su presa. Tan pronto como el enano se había repuesto del impacto, gritó con su voz chillona,

- "¡Debieron haberlo hecho con más cuidado! ¡Ustedes arrastraron mi abrigo marrón de modo que quedó todo rasgado y lleno de agujeros, ustedes criaturas torpes, insensatas!" -

Entonces él tomó un saco lleno de gemas, y se escabulló otra vez bajo la roca en su agujero. Las muchachas, que para estas fechas ya se habían acostumbrado a aquel ingrato enano, continuaron su camino e hicieron su mandado en la ciudad. Cuando ellas cruzaban el brezal otra vez de regreso en su camino a casa, sorprendieron al duende, que había vaciado su bolso de gemas en un punto limpio, y no había pensado que alguien pasaría por allí tan tarde. El sol de la tarde resplandecía sobre las piedras

brillantes; y brillaban y centelleaban con colores tan maravillosos que ellas se quedaron quietas mirándolas.

- "¿Por qué están ahora de pie quietas allí?"-, gritó el duende, y su cara pálida gris se puso toda roja con la rabia.

Él seguía con sus malas palabras e insultos, cuando de pronto se oyeron unos gruñidos fuertes, y un oso negro vino trotando hacia ellos desde el bosque. El enano se asustó terriblemente, y no podía ponerse a salvo en su cueva, ya que el oso le había bloqueado la entrada. Entonces apoderado por el terror, gritó,

- "Querido Sr. Oso, sálveme, le daré todos mis tesoros; ¡mira las hermosas joyas que están allí! Concédame la vida; ¿qué disfrutaría usted con un pequeño compañero tan delgado como yo? al mordirme usted no me sentiría entre sus dientes. Venga, tome a estas dos feas muchachas, ellas son bocados muy gratos para usted, tienen grasa como codornices jóvenes; ¡por piedad, cómelas a ellas!"-

El oso no puso atención a sus palabras, y golpeando a la mala criatura con su pata, el duende fue a golpearse su cabeza contra una roca y no se movió nunca más. Las muchachas habían corrido asustadas, pero el oso las llamó:

- "Nieve Blanca, Rosa Roja, no tengan miedo; esperen, iré con ustedes."-

Entonces ellas reconocieron su voz y lo esperaron, y cuando él las alcanzó, de repente su piel cayó, y apareció de pie allí, un hermoso joven, vestido con trajes de oro.

- "Soy el hijo de un Rey,"- dijo él, -"y fui encantado por aquel malo duende que había robado mis tesoros; he tenido que correr todo el bosque como un oso salvaje hasta que fui liberado por su muerte. Ahora él recibió su propio castigo bien merecido."-

Nieve Blanca se casó con el príncipe, y Rosa Roja con el hermano de él, y entre ellos dividieron el gran tesoro que el duende había recogido en su cueva. La señora madre vivió pacífica y felizmente con sus hijas durante muchos años más. Ella cuidó los dos rosales con mucho cariño y los mantuvo al frente de su ventana, y continuamente le brindaban las rosas más hermosas, blancas y rojas.

Enseñanza:

El buen trato siempre da buenos frutos.



072-El par de pilluelos



Dijo una vez un gallo a una gallina,

- "Esta es la época en que nuestras nueces están maduras, vamos a la colina juntos y nos hartamos antes de que la ardilla se las lleve todas." -

- "Sí," - contestó la gallina, - "vamos y tendremos un poco de placer juntos." -

Entonces se marcharon a la colina, y fue un día tan brillante que ellos se quedaron hasta la tarde. Ahora no sé si era que ellos habían comido tanto que se engordaron, o si por causa de las nueces se habían hecho orgullosos, pero el caso es que no querían irse a casa a pie, y el gallo tuvo que construir un pequeño carro de cáscaras de nuez. Cuando estuvo listo, la pequeña gallina se sentó en él y le dijo al gallo,

- "Ahora sólo ponte las amarras" -

- "¡Me gusta como estoy ahora!" - dijo el gallo, "prefiero irme a casa a pie a dejarme ser enjaezado; no, así no es nuestro trato. No me opongo a ser el cochero y sentarme en la caja de mando, pero arrastrarlo yo mismo, eso no."

Mientras discutían así, una pata llegó a ellos diciendo,

- "Ustedes ladrones, ¿quién les dijo que vinieran a mi colina de nueces? ¡Pues van a sufrir por ello!" -, y con el pico abierto corrió hacia el gallo.

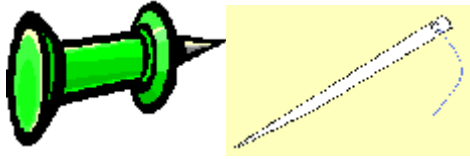
Pero el gallo no estaba descuidado, y como buen luchador cayó vigorosamente sobre la pata, y golpeándola con sus espuelas hizo que tuviera que pedirle piedad y que aceptara con mucho gusto dejarse ser enjaezada al carro como reprimenda. El gallo entonces se sentó en la caja de mando y fue el cochero, y así se marcharon al galope, diciéndole a la pata:

- "¡Corre tan rápido como puedas!" -

Cuando habían conducido una parte del camino, encontraron a dos pasajeros de un solo pie: un alfiler y una aguja. Ellos gritaron,

- "¡Paren, por favor! ¡paren!" -

y les dijeron que pronto estaría tan oscuro que no podrían dar un paso adelante, y que el camino estaba muy polvoriento, y preguntaron si no podrían viajar en el carro por un rato.



Ellos habían estado en la puerta del taller del sastre, y se habían quedado demasiado tiempo junto a la cerveza. Como ellos eran gente delgada, que no necesitaban mucho espacio, el gallo los dejó entrar, pero tuvieron que prometerle a él y a la gallina que no se posaran en sus pies. Ya al atardecer llegaron a una posada, y como no les gustaba seguir adelante de noche, y además que la pata tenía ya cansados sus pies, se bajaron del carro y entraron. El anfitrión al principio hizo muchas objeciones, su casa ya estaba llena, además él pensó que podrían no ser muy distinguidas personas; pero por fin, como ellos se presentaron en forma muy agradable, y le dijeron que él podría dejarse el huevo que la gallina había puesto por el camino, y que también podría quedarse igualmente con la pata, que pone un huevo cada día, él por fin dijo que podrían permanecer durante la noche.

Y ahora ellos se sentían muy bien, y se habían banquetado y alegrado. De madrugada, cuando el día rompía, y todos dormían, el gallo despertó a la gallina, trajo el huevo, lo picoteó y lo abrió, y lo comieron juntos, y ellos lanzaron la cáscara en el hogar. Entonces fueron donde la aguja que estaba todavía dormida, la tomaron por la cabeza y la pegaron en el cojín de la silla del propietario, y pusieron al alfiler en su toalla, y por último, sin más preámbulos, se fueron volando sobre el brezal. La pata, que gustaba dormir al aire libre y se había quedado en el jardín, los oyó marcharse, se puso contenta y caminando encontró un arroyo, en el que nadó, ya que era un modo mucho más rápido de viajar que ser enjaezada a un carro.

El anfitrión no salió de la cama sino hasta dos horas después de todo aquello; él se lavó y quiso secarse, entonces el alfiler rasgó su cara e hizo una raya roja a lo largo de un oído al otro. Luego él entró en la cocina y quiso encender un leño, pero cuando llegó al hogar la cáscara de huevo saltó como una flecha hacia sus ojos.

- "Esta mañana todo ataca a mi cabeza," - dijo él,

y furiosamente se sentó en la silla de su abuelo, pero rápidamente brincó otra vez y gritó,

- "El Infortunio soy yo," - pues la aguja lo había pinchado todavía peor que el alfiler, y no en la cabeza.

Ahora él estaba totalmente enojado, y sospechó de los invitados que habían llegado tarde la noche anterior, pero cuando fue a buscarlos, ya no estaban. Entonces él hizo un voto de

no aceptar a más pilluelos en su casa, ya que ellos consumen mucho, no pagan, y gastan bromas pesadas como su forma de agradecer.

Enseñanza:

A la hora de hacer un negocio, es mejor garantizarse la paga antes de realizarlo.



073-Los tres aprendices



Había una vez tres aprendices, que habían consentido en mantenerse siempre juntos viajando, y trabajar siempre en la misma ciudad. Llegó un tiempo, sin embargo, en que sus maestros no tenían más trabajo para darles, de modo que al fin se vieron en dificultades económicas, y no tenían casi nada con que vivir. Entonces uno de ellos dijo,

- "¿Qué haremos? No podemos quedarnos aquí más tiempo, viajemos una vez más, y si no encontramos ningún trabajo en la ciudad, vamos a arreglarnos con el posadero allí, y acordaremos con él que nosotros vamos a escribirle y decirle donde nos encontramos cada uno, de modo que siempre podamos tener noticias el uno del otro, y luego nos separaremos." -

Y les pareció muy bien a los otros también.

Entonces se pusieron a andar, y en el camino se toparon con un hombre lujosamente vestido que les preguntó quiénes eran ellos.

- "Somos aprendices que buscamos trabajo; hasta este tiempo nos hemos mantenido juntos, pero si no podemos encontrar nada que hacer, vamos a separarnos." -

- "No hay ninguna necesidad de eso," - dijo el hombre, - "si ustedes hacen lo que les diré, no tendrán que buscar oro o trabajo; ¡no!, ustedes serán grandes señores, y conducirán sus propios carros!" -

Uno de ellos dijo,

- "Si nuestras almas y salvación no son puestas en peligro, lo haremos seguramente." -

- "No estarán en peligro," - contestó el hombre, - "no tengo ninguna reclamación al respecto." -

Uno de ellos le había mirado, sin embargo, a sus pies, y cuando vio que tenía un pie de caballo y un pie de hombre, no quiso que tuvieran algo que ver con él, adivinando la presencia del Diablo.

El Diablo, sin embargo, dijo,

"Tranquilos, no ando en busca de ustedes, sino en la de otra alma, cuya mitad ya es mía, y cuya totalidad va a llegar a serlo pronto." -

Y ahora que se sentían seguros, consintieron, y el Diablo les dijo qué era lo que quería: Cada vez que les preguntaran algo, a cada pregunta el primero debía contestar,

- "Los tres," -

y el segundo debía decir,

- "Por dinero," -

y el tercero reafirmar,

- "Es correcto" -

Ellos siempre debían decir exactamente todo eso, uno tras otro, pero no debían decir una sola palabra más, y si ellos desobedecían esa orden, todo su dinero desaparecería inmediatamente, pero mientras que si la observaban, sus bolsillos siempre estarían llenos. Como un adelanto, el Diablo inmediatamente les dio tanto como ellos podrían llevar, y les dijo ir a tal y cual posada cuando ya estuvieran en la ciudad.

Ellos fueron a la dirección indicada, y el posadero vino a encontrarlos, y les preguntó si alguno deseaba algo para comer. El primero contestó,

- "Los tres," -

- "Sí," - dijo el anfitrión, "eso es lo que pensé." -

El segundo dijo,

- "Por dinero." -

- "Por supuesto," - dijo el anfitrión.

Y el tercero dijo,

- "Es correcto" -

- "Seguro que es correcto," - dijo el anfitrión.



Buena carne y bebida les fueron traídas ahora, y fueron muy bien atendidos. Después de la comida vino el cobro, y el posadero dio la cuenta a uno de ellos quien dijo,

- "Los tres,"-

el segundo dijo,

- "Por dinero,"- y el tercero,

- "Es correcto"-

- "En efecto es correcto,"- dijo el anfitrión, - "todos los tres pagan, y sin dinero no puedo darles nada."-

Ellos, sin embargo, pagaron todavía más de lo que él les había cobrado. Los otros huéspedes, que miraban atentos, dijeron,

- "Esta gente debe estar loca."-

- "Sí, en efecto, así parece,"- dijo el anfitrión, - "se ve que no son muy preparados."

Desde entonces ellos se quedaron algún tiempo en la posada, y no decían nada más que,

- "Los tres,"-

- "Por dinero,"- y

- "Es correcto"-

Pero ellos observaban y captaban cuidadosamente todo lo que iba sucediendo en la posada.

Sucedió que un día llegó un gran comerciante con una suma grande de dinero, y dijo,

- "Señor, guárdeme mi dinero bien, pues esos tres aprendices locos podrían robármelo."-

El anfitrión hizo lo que le pidió. Cuando él anfitrión le llevaba la maleta a su cuarto, sintió que estaba bien pesada con el oro. Entonces él le dio a los tres aprendices un alojamiento abajo, pero al comerciante lo puso arriba en un apartamento separado. Cuando fue la medianoche, y el anfitrión pensó que ya todos estaban dormidos, vino con su esposa, y entre los dos golpearon y mataron al mercante rico; y luego se acostaron otra vez.

Cuando amaneció había un gran bullicio; el comerciante estaba muerto en su cama. Todos los huéspedes corrieron inmediatamente pero el anfitrión dijo,

- "Los tres aprendices locos han hecho esto;"-

y los inquilinos lo aprobaron diciendo,

- "No puede haber sido nadie más." -

El posadero, llamando a los aprendices les preguntó,

- "¿Han matado ustedes al comerciante?" -

- "Los tres," - dijo el primero,

- "Por dinero," - dijo el segundo; y el tercer añadió,

- "Es correcto" -

- "Oigan ustedes," - dijo el anfitrión a los huéspedes, - "ellos mismos lo admiten."

Fueron entonces llevados a la prisión, y por lo tanto, debían ser juzgados. Cuando ellos vieron que las cosas iban tan serias, después de todo tuvieron miedo, pero por la noche el Diablo vino y les dijo,

- "Aguanten solamente un día más, y no teman por su suerte, que ni siquiera un pelo de su cabeza será maltratado."

A la mañana siguiente ellos fueron conducidos a la sala de juicios, y el juez preguntó,

- "¿Son ustedes los asesinos?" -

- "Los tres," -

- "¿Por qué mataron al comerciante?" -

- "Por dinero." -

- "Ustedes, malos desgraciados, ¿no se horrorizan de sus pecados?" -

- "Es correcto" - termino diciendo el tercero.

- "Ellos lo han admitido, y son todavía tan obstinados," - dijo el juez, - "¡condúzcanlos a la muerte al instante!" -

Entonces ellos fueron sacados, y el anfitrión tuvo que ir acompañándolos. Cuando fueron cogidos por los ayudantes del verdugo, e iban a ser conducidos hasta el andamio donde el verdugo estaba de pie con la espada desnuda, un coche tirado por cuatro

caballos castaños de raza, subió de repente, y corría tan rápido que destellaba fuego entre las piedras, y alguien hizo señales desde la ventana con un pañuelo blanco. Entonces dijo el verdugo,

- "Eso parece ser un aviso de perdón," - y en efecto

- "¡Perdón! ¡Perdón!" - se oyó decir desde el carro.

Entonces el Diablo salió como un señor muy noble, maravillosamente vestido, y dijo,

- "Ustedes tres son inocentes; pueden contar ahora y hacer público lo que han visto y han oído." -

Entonces dijo el mayor,

- "No matamos al comerciante, el asesino está de pie junto a nosotros," y señaló al posadero.

- "Como prueba de ello, vayan a su sótano, donde todavía cuelgan muchos otros a quienes él ha matado." -

Entonces el juez envió a los hombres del verdugo allá, y encontraron que era cierto lo que los aprendices dijeron, y cuando informaron al juez de eso, él hizo que el posadero fuera condenado. Entonces dijo el Diablo a los tres,

- "Ahora ya tengo el alma malvada que buscaba completar, y ustedes, por tener buenas almas, son libres, y pueden dejarse el dinero para el resto de sus vidas." -

Enseñanza:

Cumplir correctamente con los acuerdos hechos, resulta en la obtención de sus beneficios.





074-Lobos y Cabras, Dios y el Diablo

El Señor Dios había creado a muchos animales, y había elegido al lobo para ser su acompañante, pero no había aún terminado de crear a las cabras y las tenía en su proceso. Entonces el Diablo se preparó y comenzó a interferir también, y le puso a las cabras colas largas finas. Así, cuando ellas iban al pasto, generalmente se enredaban y permanecían agarradas en los setos por sus colas, y tuvo el Diablo que ir donde ellas y desenredarlas con mucho trabajo. Esto lo enfureció tanto, que fue y trozó la cola de cada una de las cabras, como puede ser visto hasta este día por el tocón. Entonces las dejó ir solas al pasto, pero sucedió que un día el Señor Dios percibió cómo en poco tiempo, en un sitio de su preferencia, ellas royeron un árbol fructuoso, y dañaron vides nobles, y destruían otras plantas sensibles en su búsqueda de alimento.

Esto lo apenó mucho, de modo que en su bondad y piedad él convocó a sus lobos para que ahuyentaran a las cabras que llegaron por allí. Cuando el diablo observó eso, fue donde el Señor y le dijo,

- "Tus criaturas han molestado a las mías".-

El Señor contestó,

- "¿Por qué no les enseñas a no hacer daño?"-

El Diablo dijo,

- "No estoy obligado para hacerlo: en vista de que mis pensamientos siempre van dirigidos hacia el mal, no pienso en que puedan actuar de otra manera, y Tú debes pagarme por las molestias que me has causado ahuyentándolas."-

- "Te pagaré tan pronto como todos los robles hayan botado todas sus hojas; ven entonces y tu paga estará entonces lista."- le dijo el Señor Dios.

Cuando las hojas de los robles de la región habían caído, el Diablo vino y exigió lo que decía que le debían. Pero el Señor dijo,

- "Aún en la iglesia de Constantinopla hay un alto roble que todavía tiene todas sus hojas."-

Con furia y diciendo maldiciones, el Diablo se marchó, y fue a buscar el roble. Vagó en el páramo durante seis meses antes de encontrarlo, y cuando él regresó al sitio de partida, todos los robles mientras tanto se habían cubierto otra vez con hojas verdes. Entonces él tuvo que resignarse a perder su indemnización, y en su rabia él transformó los ojos de todas las cabras, e hizo que se vieran desde entonces bien misteriosos.

Por eso es que las cabras tienen esos ojos tan particulares y sus colas son pequeñas, y también por eso es que los pintores se divierten pintando al Diablo con cara parecida a una cabra pero poniéndole una cola larga con una flecha en su punta.

Enseñanza:

Ningún beneficio otorga el interferir en los trabajos de otros sin haber sido llamado.

Comentario:

En realidad las cabras son bellas creaturas amadas de Dios, todas dulces, pacíficas y llenas de bondad y amistad con los seres humanos y nos proveen con lácteos totalmente saludables. Amémoslas y tratémoslas con cariño.





075-El Hada del estanque del molino

Érase una vez un molinero que vivía con su esposa muy felizmente. Ellos tenían su dinero y su tierra, y su prosperidad aumentaba año a año cada vez más. Pero la mala suerte viene como un ladrón por la noche, y así como su riqueza había aumentado antes, de pronto empezó a disminuir año a año, y por fin al molinero le costó llamar al molino en el cual vivía, "mi molino". Él se sentía muy angustiado, y cuando descansaba después del trabajo de todo el día, no encontraba ningún consuelo, y se movía continuamente en su cama, con mucha inquietud. Una mañana él se levantó antes del amanecer y salió al aire libre, pensando que quizás allí su corazón podría sentirse más sereno. Cuando pasaba por las orillas del estanque del molino y el primer rayo de sol rompía al frente, oyó un sonido como de olas en el estanque.

Él dio vuelta y percibió a una mujer hermosa, elevándose despacio del agua. Su pelo largo, que ella apartaba de sus hombros con sus manos suaves, le caía a ambos lados, y le cubría todo su blanco cuerpo.

Pronto comprendió que ella era el Hada del estanque del molino, y en su miedo no sabía si debería escaparse o permanecer donde estaba. Pero el hada hizo que su dulce voz fuera oída, y llamándolo por su nombre le preguntó por qué estaba tan triste. Al principio, todo sorprendido se quedó mudo, pero al oírla hablar tan amablemente, él tomó el fuerzas, y le dijo cómo antes él había vivido en la riqueza y felicidad, pero que ahora era tan pobre que ya no sabía que hacer.

- "Estese tranquilo," - contestó el hada, - "le haré más rico y más feliz de lo que jamás alguna vez había sido antes, sólo debe prometerme darme lo que recién ha nacido en su casa."

- "¿Y que podría ser?," - pensó el molinero, - "¿quizás un cachorrito o un gatito?" - y le prometió lo que ella le pidió.

El hada se sumergió en el agua otra vez, y él se apresuró a regresar a su molino, consolado y con muy buen ánimo. No había alcanzado su casa todavía, cuando la criada salió a su encuentro, gritándole que se alegrara, ya que su esposa había dado a luz a un pequeño varón. El molinero frenó de golpe como si lo hubiera tocado un rayo; vio muy bien que la astuta hada sabía de lo acontecido y lo había engañado. Cabizbajo, él se acercó al lado de la cama de su esposa y cuándo ella dijo,

- "¿Por qué no te alegras de ver al pequeñito?" -

él le dijo lo que había sucedido, y qué tipo de promesa le había hecho al hada.

- "¿De que me servirían la riqueza y la prosperidad," - añadió, - "si debo perder a mi niño?; ¿Pero qué puedo hacer?" -

Incluso los familiares, quiénes habían venido allí para desearles felicidades, no sabían que decir. Mientras tanto la prosperidad regresó de nuevo a la casa del molinero. Todo lo que él emprendía tenía éxito, era como si las cajas y los cofres se llenaran al unísono, y como si el dinero se multiplicara cada noche en los armarios. En muy poco tiempo su riqueza llegó a ser mayor que lo que había sido alguna vez antes. Pero él no podía alegrarse por ello despreocupadamente, ya que el trato que había hecho con el hada le atormentaba su alma. Siempre que pasaba por la represa del molino, él temía que ella pudiera subir y recordarle su deuda. Él nunca dejó al muchacho ir cerca del estanque.

- "Ten mucho cuidado," - le decía, - "si por alguna razón pasaras por ahí, no toques el agua, pues una mano emergerá, te agarrará y te sumergirá dentro de las aguas." -

Pero como los años iban pasando y el hada no aparecía, él se fue sintiendo más a gusto.

El muchacho creció y llegó a su juventud y fue puesto como aprendiz de un cazador. Cuando ya había aprendido todo, y se había hecho un cazador excelente, el señor del pueblo lo tomó en su servicio. En el pueblo vivía una doncella hermosa y sincera, quién complació al cazador, y cuando su maestro percibió aquello, él le dio una pequeña casa, y los dos estuvieron casados, vivieron pacíficamente y felizmente, y se amaron el uno al otro con todos sus corazones.

Un día el cazador perseguía un ciervo; y cuando el animal salió del bosque al campo abierto, lo persiguió y lo alcanzó. Él no notó que estaba ahora en la vecindad peligrosa de la represa del molino, y fue, después de que él había preparado el venado, al agua, a fin de lavar sus manos.

Sin embargo apenas había tocado el agua con sus dedos, cuando el hada ascendió, y sonriente posó sus húmedos brazos alrededor de él y lo sumergió rápidamente dentro del estanque, y las aguas se cerraron de nuevo. Cuando se hizo tarde, y el cazador no volvía a casa, su esposa se alarmó. Ella salió a buscarlo, y como a menudo él le decía que tenía que estar en guardia contra las trampas del hada, y no acercarse a la represa en la vecindad del molino, sospechó lo que podría haber pasado. Ella se apresuró al estanque, y cuando encontró su bolsa de caza en la orilla, ya no podría tener ninguna duda de la desgracia. Lamentando su pena, y torciendo sus manos, ella llamaba a su amado esposo por su nombre, pero todo fue en vano.

Ella corrió al otro lado del estanque, y lo llamó de nuevo; ella injurió al hada con palabras ásperas, pero ninguna respuesta llegaba. La superficie del agua permaneció tranquila, sólo la media luna estaba fija constantemente atrás. La pobre mujer no dejó el estanque.

Con pasos precipitados, ella recorrió una y otra vez todo su alrededor, sin descansar un momento, a veces en silencio, a veces pronunciando un grito fuerte, a veces suavemente sollozando. Por fin sus fuerzas se agotaron y cayó a tierra profundamente dormida. Entonces un sueño tomó posesión de ella: soñaba que subía ansiosamente hacia arriba entre grandes masas de roca; espinas y brezos agarraban sus pies, gotas de lluvia golpeaban en su cara, y el viento sacudía su pelo largo sobre ella.

Cuando ya había alcanzado la cumbre, una vista completamente diferente se le presentó: el cielo era azul, el aire suave, la tierra se inclinaba suavemente hacia abajo, y en un prado verde y alegre, con flores de todos colores, se encontraba una bonita casita de campo. Ella se acercó y abrió la puerta; allí sentada estaba una anciana con el pelo blanco, que la llamó amablemente. En aquel mismo instante, la pobre mujer despertó, el día había alboreado ya, e inmediatamente se resolvió a actuar de acuerdo con su sueño. Laboriosamente subió la montaña; todo era exactamente como lo había visto en su sueño. La anciana la recibió amablemente, y le indicó una silla en la cual ella podría sentarse.



- "Tú debes de haber tenido una desgracia," - dijo ella, - "puesto que has buscado mi solitaria casita de campo." -

Con grandes lágrimas, la mujer relató lo que le había ocurrido.

- "Confórtate," - dijo la anciana, - "Yo te ayudaré. Aquí tienes este peine de oro. Quédate hasta que la luna llena haya salido, luego ve a la represa del molino, siéntate en la orilla, y peina tu largo pelo negro con este peine. Cuando ya lo hayas hecho, ponlo en el suelo, y observa lo que pasará." -

La mujer volvió a casa, pero el tiempo antes de que la luna llena viniera, pasaba despacio. Por fin el disco brillante apareció en el cielo, entonces salió hacia la represa de molino, se sentó y peinó su largo pelo negro con el peine de oro, y cuando hubo terminado, lo posó en el borde del agua. No pasó mucho rato cuando hubo un movimiento en las profundidades, una ola se elevó y rodó hasta la orilla, y arrastró el peine hacia las aguas. En no más tiempo que el necesario para el peine hundirse en el fondo, la superficie del agua se abrió en dos, y la cabeza del cazador emergió. Él no habló, pero miró a su esposa con miradas muy tristes.

De seguido, una segunda ola vino precipitadamente, y cubrió la cabeza del hombre. Todo desapareció y la represa del molino quedó tan pacífica como antes, y solamente la cara de

la luna llena brillaba alrededor. Llena de pena, la mujer volvió a su casa, pero otra vez el sueño le mostró la casita de campo de la anciana. A la mañana siguiente ella salió otra vez y se quejó de sus infortunios a la sabia mujer. La anciana le dio una flauta de oro, y le dijo,

- "Quédate antes de que la luna llena salga otra vez, luego toma esta flauta; toca un aire hermoso con ella, y cuando hayas terminado, ponla en la arena; entonces observa lo que pasará." -

La esposa hizo cuanto la anciana le dijo. Apenas quedó la flauta en la arena se oyó un conmovedor ruido en las profundidades, y una ola se precipitó y arrebató la flauta con ella.

Inmediatamente después el agua se separó, y no sólo la cabeza del hombre, sino la mitad de su cuerpo también se levantó sobre el agua. Él estiró sus brazos ansiosamente hacia ella, pero una segunda ola subió, lo cubrió, y lo arrastró hacia abajo otra vez.

- "¡Ay! ¿en qué me ayuda esto a mí?" - dijo la infeliz mujer, - "¡que sólo puedo ver a mi amado para perderlo otra vez!" -

La desesperación llenó su corazón de nuevo, pero el sueño la condujo una tercera vez a la casa de la anciana. Fue allá, y la mujer sabia le dio una rueca de oro, la consoló y le dijo,

- "Todo no está listo aún, quédate hasta el tiempo de la luna llena, luego toma la rueca, siéntate en la orilla, y haz girar el carrete hasta llenarlo, y cuando lo hayas hecho, coloca la rueca cerca del agua, y observa lo que pasará." -

La mujer obedeció todo que ella dijo exactamente; y tan pronto como la luna llena se mostró, llevó la rueca de oro a la orilla, y trabajó laboriosamente hasta que el lino se consumió totalmente, y el carrete estuvo completamente lleno de hilos. Apenas estuvo la rueca puesta en la orilla, hubo un movimiento más violento que antes en las profundidades del estanque, y una fuerte ola se precipitó, llevándose la rueca consigo. Inmediatamente la cabeza y el cuerpo entero del hombre se elevaron en el aire, sobre un chorro de agua. Él rápidamente saltó a la orilla, agarró a su esposa de la mano y huyó. Pero apenas habían recorrido una distancia muy pequeña, cuando el estanque entero se agitó con un rugido espantoso, y se derramó inundando todo el campo alrededor.

Los fugitivos creyeron ya ver la muerte ante sus ojos, cuando la mujer en su terror imploró la ayuda de la anciana, y en un instante ellos fueron transformados: él en un sapo, ella en una rana. La inundación que los había alcanzado no podía destruirlos, pero esto los separó y los llevó lejos uno del otro.

Cuando el agua se había dispersado y ambos tocaron tierra firme otra vez, recobraron su forma humana, pero ninguno sabía donde estaba el otro; ellos se encontraron entre gente extraña, que no sabían de su tierra natal. Altas montañas y valles profundos se

interponían entre ellos. A fin de mantenerse vivos, ambos se sintieron obligados a trabajar cuidando ovejas.

Durante mucho tiempo ellos condujeron sus rebaños por campos y bosques y se sentían llenos de pena y soledad. Cuando la primavera había empezado una vez más en la tierra, ambos salieron un día con sus rebaños, y cuando la casualidad lo permitió, ellos se acercaron el uno al otro. Ellos se encontraron en un valle, pero no se reconocieron entre sí; sin embargo se alegraron de que ya no estaban solos. De aquí en adelante cada uno de ellos condujo sus rebaños al mismo lugar; y aunque no hablaban mucho, se sentían consolados. Una noche, cuando la luna llena brillaba en el cielo, y las ovejas estaban ya en reposo, el pastor sacó la flauta de su bolsillo, y tocó con ella una melodía hermosa pero triste.

Cuando él había terminado de tocar, vio que la pastora lloraba amargamente.

- "¿Por qué estás llorando?" - le preguntó.

- "Ay," - contestó ella, - "así brillaba la luna llena cuando toqué esa melodía en la flauta por última vez, y la cabeza de mi amado esposo se elevó sobre las aguas del estanque." -

Él la miró, y pareció como si un velo se cayera de sus ojos, y reconoció entonces a su querida esposa, y cuando ella lo miró, y la luna brilló en su cara ella lo reconoció también. Ellos se abrazaron y besaron el uno al otro, y no hubo necesidad de preguntar si en adelante fueron muy felices.

Enseñanza:

Si se va a hacer un trato, hay que ver muy claramente todas las condiciones antes de comprometerse, no vaya a ser que aceptemos algo que no nos conviene.





076-La mazorca del maíz

Hace mucho tiempo, cuando Dios todavía andaba revisando la tierra, la fecundidad del suelo era mucho mayor de lo que es ahora; entonces las mazorcas de maíz no llevaban cincuenta o sesenta, sino cuatrocientos o quinientos granos. Y las mazorcas salían desde bien abajo del tallo hasta cubrir toda su altura, y según la longitud del tallo así era la longitud de la mazorca. Los hombres, sin embargo están hechos de tal manera, que cuando se sienten demasiado bien ya no valoran las bendiciones que vienen de Dios, y se ponen indiferentes y descuidados.

Un día una mujer pasaba por un maizal cuando su pequeño niño, que corría al lado de ella, cayó en un charco, y ensució su vestido. Entonces la madre cogió un puñado de hermosas mazorcas de maíz, y limpió el vestido con ellas.

Cuando el Señor, que en ese momento andaba por ahí, vio aquello, se enojó, y dijo,

- "De aquí en adelante ya los tallos de maíz no darán más mazorcas; los hombres ya no son dignos de regalos divinos."-

Las personas presentes que oyeron esto, se aterrorizaron, y cayeron de rodillas y le rogaron que por favor todavía dejara algo en los tallos, aun si la gente tuviera poco mérito para ello, y por las aves inocentes que de otra forma tendrían que pasar hambre. El Señor, que previó su sufrimiento, tubo compasión de ellos, y concedió la petición. Entonces las mazorcas fueron dejadas tal cómo se ve que crecen ahora.

Enseñanza:

Siempre debemos apreciar y cuidar con amor las cosas buenas que tenemos.





077-El espíritu en la botella

Había una vez un pobre leñador que trabajaba duro a partir de la primera hora de la mañana hasta la última hora de la tarde. Cuando por fin él había ahorrado un poco de dinero, dijo a su muchacho,

- "Eres mi único hijo, gastaré el dinero que he ganado con el sudor de mi frente en tu educación; y si aprendes un poco de comercio honesto podrás apoyarme en mi vejez, cuando mis miembros se hayan puesto tiesos y me sienta obligado a quedarme en casa." -

Entonces el muchacho fue a una Escuela Secundaria y aprendió diligentemente de modo que sus maestros lo elogiaron, y permaneció allí mucho tiempo. Cuando ya había hecho dos cursos, pero no era todavía perfecto en todo, el pequeño ahorro que el padre había ganado se había gastado, y el muchacho tuvo que regresar a casa.

- "Ah," - dijo el padre, dolorosamente, - "no puedo darte más, y en estos tiempos difíciles no puedo ganar más que lo necesario para nuestro pan diario." -

- "Querido padre," - contestó el hijo, - "no se preocupe por ello, si esto es la voluntad de Dios, todo estará a mi favor y yo me acostumbraré pronto a esta situación." -

Cuando el padre quiso ir al bosque para ayudarse a ganar dinero amontonando, apilando y cortando madera, el hijo dijo,

- "Iré con usted y le ayudaré." -

- "No, mi hijo," - dijo el padre, - "eso es difícil para ti ya que no estás acostumbrado al trabajo áspero, y te sería muy duro aguantarlo; además tengo sólo una hacha y ningún dinero con el cual comprar otra." -

- "Sólo ve donde el vecino," - contestó el hijo, - "le pides prestada su hacha hasta que yo haya ganado una para mí." -

El padre entonces tomó prestada la hacha del vecino, y a la siguiente mañana, al amanecer, ambos salieron juntos hacia el bosque. El hijo ayudó a su padre y estuvo completamente alegre y enérgico en su trabajo. Pero al llegar el medio día, el padre dijo,

- "Descansemos, y tengamos nuestra comida, y luego trabajaremos de nuevo otra vez." -
El hijo tomó su pan en sus manos, y dijo,

- "Sólo descanse usted, padre, yo no estoy cansado; andaré de arriba abajo un poco en el bosque, y buscaré nidos de aves.

- "Ah, ¿bromeas acaso?,"- dijo el padre, - "¿para qué vas a querer andar buscando aves por allí? Después te vas a sentir cansado, y ya no serás capaz de levantar tu brazo; quédate aquí, y siéntese a mi lado."-

El hijo, sin embargo, entró al bosque, comió su pan, y caminando muy contento miró detenidamente entre las ramas verdes para ver si podría descubrir nidos de aves en diversas partes. Así que fue de arriba abajo esperando encontrar algún nido de ave, hasta que por fin llegó a un gran roble de apariencia peligrosa, que ciertamente tenía ya muchos cientos de años, y que cinco hombres no podrían haber talado. Él se estuvo quieto y lo miró, y pensó,

- "Muchas aves deben haber construido su nido aquí."-

De repente le pareció oír una voz. Él escuchó con atención y se dio cuenta que alguien gritaba con una voz muy sofocada,

- "¡Déjenme salir, déjenme salir!"-

Él miró alrededor, pero no podía descubrir nada; sin embargo, se imaginó que la voz salía de la tierra. Entonces gritó, -

- "¿Dónde estás?"-

La voz contestó,

- "Estoy aquí abajo entre las raíces del roble. ¡Déjenme salir, déjenme salir!"-

El joven comenzó a soltar la tierra bajo el árbol, y a buscar entre las raíces, hasta que por fin encontró una botella de cristal en un pequeño hueco. La levantó y la sostuvo contra la luz, y vio a una criatura formada como una rana, que saltaba de arriba abajo dentro de ella.

- "¡Déjenme salir, déjenme salir!"- gritaba de nuevo, y el joven, sin pensar en ningún mal, quitó el corcho de la botella.

Inmediatamente un espíritu salió de ella, y comenzó a crecer, y creció tan rápido que en muy pocos momentos estuvo de pie ante el joven un terrible compañero tan grande como la mitad del árbol junto al cual él se encontraba.

- "¿Sabes tú,"- gritó con una voz horrible, - "qué es lo que recibirás por haberme soltado?"-

- "No,"- contestó el muchacho sin temores, - "¿cómo debería yo saber eso?"-

- "Entonces yo te lo diré,"- gritó el espíritu; "debo estrangularte por ello."-

- "Debiste haberme dicho eso antes,"- dijo el muchacho, - "ya que entonces debería haberte dejado encerrado, pero mi cabeza estará firme para todo lo que piensas hacer; y hay que consultar a más personas sobre esto."-

- "¡Más personas aquí, más personas allá!"- dijo el espíritu.

- "Tendrás el merecido que has ganado. Piensas que fui encerrado allí como un favor. No, esto era un castigo para mí. Soy el fuerte Mercurio. Quienquiera que me liberara, deberé estrangularlo."-



- "Suave,"- contestó el joven, - "no tan rápido. Debo saber primero que tú realmente cabías en aquella pequeña botella, y que por lo tanto eres el espíritu que dices ser. Si, en efecto, puedes ahí entrar otra vez, te creeré y luego podrás hacer conmigo lo que dispongas."-

El espíritu dijo arrogantemente,

- "Eso es una hazaña muy insignificante,"-

y empezó a encogerse, y se hizo tan pequeño y delgado como había sido al principio, de modo que se arrastró por la misma apertura, y directamente por el cuello de la botella ingresó en ella otra vez. Apenas estuvo adentro, el joven empujó el corcho que había retirado de la botella, y la lanzó entre las raíces del roble en su antiguo lugar, y así el espíritu fue engañado y apresado.

Y ahora el hijo estaba a punto de volver con su padre, cuando el espíritu gritó muy lastimosamente,

- "¡Ay, déjame salir! ¡Ay, déjame salir!"-

- "¡No!,"- contestó el joven, - "¡no una segunda vez! Quien ha tratado una vez de tomar mi vida no será puesto en libertad por mí, ahora que lo he agarrado otra vez."-

- "Si decides ponerme en libertad,"- dijo el espíritu, - "te daré tanto que tendrás abundancia todos los días de tu vida."-

- "No," - contestó el muchacho, - "me engañarás como hiciste la primera vez." -

- "Estás desperdiciando la buena suerte que te puedo dar," - dijo el espíritu; - "no te haré daño, más bien te recompensaré lujosamente." -

El muchacho pensó,

- "Me arriesgaré, quizás él guardará su palabra, y de todos modos no podrá obtener lo mejor de mí." -

Entonces quitó el corcho, y el espíritu se elevó de la botella como lo había hecho antes, se estiró y se hizo tan grande como un gigante.

- "Ahora te daré la recompensa," - dijo él,

y dio al joven un pequeño bolso como un yeso, y dijo,

- "Si frotas un lado de él sobre una herida, ella sanará, y si frotas el otro lado sobre acero o hierro, se transformará plata." -

- "Voy a probarlo," dijo el joven,

y fue a un árbol, arrancó la corteza con su hacha, y lo frotó con un lado del yeso. Inmediatamente la corteza se cerró y el árbol quedó curado.

- "Ahora sí, está correcto," - dijo al espíritu, - "ya podemos separarnos." -

El espíritu le agradeció por su liberación, y el muchacho agradeció al espíritu por su presente y por cumplir con su palabra, y volvió donde su padre.

"¿Dónde has estado caminando?" dijo el padre; - "¿Por qué has olvidado tu trabajo? Bien te dije que nunca conseguirías nada." -

- "Calma, padre, yo lo arreglaré." -

- "Pues arréglalo en efecto," - dijo el padre enojado, - "no hay ningún truco en esto." -

- "Pierde cuidado, padre, talaré pronto aquel árbol que está allá, y en seguida lo dejaré en trozos." -

Entonces él tomó su yeso, frotó el hacha con él, y dio un golpe fuerte al árbol, pero como el hierro se había cambiado a plata, el metal se dobló;

- "Hey padre," - dijo el hijo, - "sólo mire que hacha más mala me ha dado, se ha torcido completamente." -

El padre quedó impresionado y dijo,

- "Ah, pero ¿qué has hecho? ahora yo tendré que pagar por ella, y no tengo los medios, ni de donde sacarlos con el trabajo que has realizado." -

- "Tenga calma," - le dijo el hijo, - "pagaré pronto por el hacha." -

- "Ay, ingenuo," - gritó el padre, - "¿con qué medios pagarás por ella?, no tienes más que lo que te he dado. Esas son cosas que se te han metido en la cabeza como estudiante, pero no tienes idea del trabajo de leñador." -

Al rato el joven dijo:

- "Padre, en verdad no puedo trabajar más, tomemos una vacación." -

- "¡Hey! ¿Qué?" - contestó el padre, - "¿Sueñas que me sentaré aquí con mis manos en el regazo? Yo seguiré trabajando, y tú puedes irte a casa cuando gustes." -

- "Padre, es la primera vez que he venido a esta foresta y no conozco el camino de regreso. Por favor venga conmigo." -

En cuanto ya le pasó el enojo, el padre al fin accedió a acompañarlo a casa. Entonces le dijo al hijo:

- "Ve y vende esa hacha dañada a ver cuánto te dan por ella, y yo trabajaré para obtener la diferencia y así pagarle a nuestro vecino." -

El hijo tomó el hacha y fue a la ciudad donde un orfebre, quien pesándola la valoró y dijo:

- "Ella vale cuatrocientos duros, pero en estos momentos no tengo esa cantidad." -

El hijo dijo,

- "Déme lo que tenga, luego me paga el resto." -

El orfebre le dio trescientos duros, y quedó debiéndole cien. El hijo con eso se fue a casa y dijo,

- "Padre, tengo el dinero, vaya y pregunte al vecino cuánto quiere por el hacha." -

- "Ya tengo el monto," - contestó el anciano, - "un duro y seis décimos." -

- "Entonces dele tres duros y dos décimos, que es el doble y suficiente; como puede ver, tengo dinero en abundancia." -

y le dio al padre cien duros, y dijo,

- "Nunca le faltará vivir tan cómodamente como usted quiera." -

- "¡Cielos!" - dijo el padre, - "¿Cómo has adquirido tanta riqueza?" -

El hijo entonces le contó todo lo que había sucedido, y cómo, confiando en su suerte, había hecho un golpe tan bueno. Y con el dinero que obtuvo, él joven volvió a la Escuela Secundaria y continuó aprendiendo más, y como él podría curar todas las heridas con su yeso, se hizo el doctor más famoso en el mundo entero.

Enseñanza:

Muchas veces queriendo obtener grandes ganancias, se corren riesgos muy peligrosos. Si se decide correr el riesgo, no hay que lamentarse si se fracasa.



078-El Ratón, el Pájaro y la Salchicha



Una vez, hace mucho tiempo, un ratón, un pájaro, y una salchicha se hicieron compañeros, mantenían su casa juntos, vivían bien y felizmente el uno con el otro, y maravillosamente aumentaron sus posesiones. El trabajo del pájaro era que debía volar cada día en el bosque y regresar con madera. El ratón tenía que llevar el agua del pozo, encender el fuego, y poner la mesa, y a la salchicha le correspondía cocinar.

Quien se aleja de su medio habitual, siempre añora algo nuevo. Un día, por lo tanto, el pájaro se encontró con otro pájaro por el camino, a quien le habló de sus circunstancias excelentes y se jactó de ello. El otro pájaro, sin embargo, lo llamó un pobre tonto por su trabajo difícil, pero dijo que los dos en su casa podrían pasar buenos tiempos. Como el ratón ya había hecho su fuego y había llevado el agua, entró a su pequeño cuarto para descansar hasta que los otros lo llamaran para poner la mesa. La salchicha se quedó por el pote, vio que el alimento se cocinaba bien, y, cuando ya era casi el momento para la comida, se hizo rodar un par de veces por el caldo y las verduras y luego fueron untadas con mantequilla, sal, y todo listo.

Cuando el pájaro llegó a casa y posó su carga, todos se sentaron a la mesa, y después de que habían tenido su comida, durmieron plácidamente hasta la próxima mañana, y aquello era una vida espléndida.

Al día siguiente, el pájaro, estimulado por lo que le dijo el otro pájaro, decidió que no iría más por madera, y les dijo a sus amigos que ya había estado bastante tiempo de criado, y que había sido puesto en ridículo por ellos, y que deberían turnarse de oficio de una vez, y tratar de arreglarlo todo de otro modo. Y, aunque el ratón y la salchicha le rogaron muy seriamente, el pájaro mantuvo su decisión, y dijo que el cambio debería ser intentado. Ellos echaron suertes, y le tocó a la salchicha llevar la madera, el ratón pasó a ser el cocinero, y el pájaro debería traer el agua y encender el fuego.

¿Y qué sucedió entonces? La pequeña salchicha salió a traer la madera, el pájaro encendió el fuego, el ratón se quedó por el pote y esperó solitario hasta que la salchicha viniera a casa y trajera la madera para el día siguiente. Pero la pequeña salchicha tardaba tanto tiempo en regresar que ellos temieron que algo le hubiera salido mal, y el pájaro salió volando a lo largo del camino para encontrarla. No muy lejos, sin embargo, encontró un perro, quién había agarrado a la salchicha y tomándola como un botín legal, se la había tragado. El pájaro acusó al perro de un acto de robo descarado, pero eso fue hablar en vano, ya que el perro dijo que él había encontrado unas letras impresas en la salchicha, en las que contaba que su vida ya estaba acabada.

El pájaro tristemente tomó la madera, voló a casa, y relató lo que él había visto y había oído. Ellos quedaron muy preocupados, pero consintieron en hacer todo lo posible y

permanecer juntos. El pájaro por lo tanto puso la mesa, y el ratón preparó el alimento, y quiso aderezarlo y entrar en el pote como la salchicha lo solía hacer, y rodar y arrastrarse entre las verduras para mezclarlas; pero antes de que entrara en medio de ellas, fue herido por el vapor caliente, y perdió su piel, su pelo y su vida en la tentativa. Cuando el pájaro vino para llevar la comida, no había ningún cocinero allí.

¡En su angustia el pájaro lanzó la madera por aquí y por allá, llamó y buscó, pero a ningún cocinero encontró! Debido a su descuido la madera prendió fuego, de modo que siguió una gran conflagración, y el pájaro se apresuró a traer el agua, pero el cubo se safó de sus garras en el pozo, y él cayó atrás del cubo, y no pudo recuperarse, y terminó ahogándose allí.

Enseñanza:

Debemos siempre trabajar en lo que estamos debidamente bien preparados, teniendo la capacidad adecuada para ello.





079-El ganso de oro

Había un hombre que tenía tres hijos, el más joven fue llamado Dummling, y era despreciado, burlado, y dejado de lado en cada ocasión.

Resultó un día que el mayor quiso entrar en el bosque para talar madera, y antes de que él se fuera, su madre le dio un hermoso pastel dulce y una botella de vino a fin de que no tuviera que sufrir de hambre o de sed. Cuando él entró en el bosque encontró a un pequeño anciano canoso que le deseó que tuviera un buen día, y quien además le dijo,

- "Regálame un pedazo del pastel de tu bolsillo, y dame un sorbo de tu vino; tengo mucha hambre y sed." -

Pero el prudente joven contestó,

- "Si te doy mi pastel y vino, no tendré ninguno para mí; hazte a un lado," -

y dejó al hombrecito parado y continuó su camino.

Pero cuando él comenzó a talar para bajar un árbol, no pasó mucho rato antes de que él diera un golpe falso, y el hacha lo hirió en el brazo, de modo que tuvo que regresar a casa y tener que vendarse. Y esto fue hecho por el pequeño hombre canoso.

Después de eso, el segundo hijo también entró en el bosque, y su madre le dio, como al mayor, un pastel y una botella de vino. El pequeño y viejo hombre canoso lo encontró igualmente, y le pidió un pedazo de pastel y una bebida de vino. Pero el segundo hijo, también, dijo con mucha razón,

- "Si se lo doy no será para mí; ¡estese lejos!" - y él dejó parado al hombre y continuó.

Su castigo, sin embargo, no se retrasó; y en cuanto él había dado unos pocos golpes en el árbol, se golpeó en la pierna, de modo que tuvo que regresar a casa.

Entonces Dummling dijo,

"Padre, déjeme ir a mí a cortar la madera." -

El padre contestó,

- "Sus hermanos se han hecho daño con ello, olvídalo, usted no entiende nada sobre eso." -

Pero Dummling pidió con tanta insistencia que por fin él dijo,

- "Vaya entonces. Se hará más sabio haciéndose daño." -

Su madre le dio un pastel hecho sólo con agua y harina y horneado en las cenizas, y con una botella de cerveza ácida. Cuando él llegó al bosque, el pequeño viejo hombre canoso lo encontró igualmente, y después de su saludo le dijo,

- "Deme un pedazo de su pastel y una bebida de su botella; tengo tanta hambre y tengo mucha sed." -

Dummling contestó,

- "Tengo un pastel de sólo harina horneado en ceniza y cerveza ácida; si esto le complace, nos sentaremos y comeremos." -



Entonces se sentaron, y cuando Dummling sacó su pastel de harina, ahora era un pastel dulce muy delicioso, y la cerveza ácida se había transformado en el más fino vino. Y comieron y bebieron, y después el pequeño hombre dijo,

- "Ya que usted tiene un corazón bueno, y acepta compartir lo que tiene, le daré la buena suerte. Allí tiene un viejo árbol, córtelo, y usted encontrará algo en las raíces." -

Entonces el pequeño hombre se despidió de él.

Dummling fue y redujo el árbol, y cuando cayó había un ganso sentado en las raíces con plumas de oro puro. Lo levantó, y lo llevó con él, y fue a una posada donde pensó que se quedaría la noche. Ahora bien, el anfitrión tenía tres hijas, que vieron al ganso y estaban curiosas por saber que tan maravillosa ave podría ser, y les habría gustado también tener una de sus plumas de oro. La mayor pensó,

- "Encontraré pronto una oportunidad de sacar una pluma," -

y tan pronto como Dummling había salido, agarró al ganso por el ala, pero su dedo y mano se quedaron fuertemente pegadas en él. La segunda llegó casi de inmediato, pensando sólo en como ella podría conseguir también una pluma, pero no había más que

tocado apenas a su hermana cuando quedó fuertemente pegada a ella. Por fin la tercera también vino con intención parecida, y las hermanas gritaron,

"Quédate lejos; ¡por tu bien, mantente lejos!"-

Pero ella no entendió por qué debía de alejarse.

"Las otras ya están allí,"- pensó ella, -"yo puedo estar allí también,"-

y corrió hacia ellas; pero tan pronto como había tocado a su hermana, ella también quedó pegada. Y no les quedó más que pasar la noche junto al ganso.

A la mañana siguiente Dummling tomó al ganso bajo su brazo y salió, sin preocuparse sobre las tres muchachas que colgaban de él. Ellas fueron obligadas a seguir tras él continuamente, ya fuera a la izquierda, ya fuera a la derecha, o a como él decidiera ir.

En medio de los campos el cura los encontró, y cuándo él vio la procesión dijo,

"Qué vergüenza, ustedes muchachas inútiles, ¿por qué van por los campos detrás de este hombre joven? ¿es eso correcto?"-

Al mismo tiempo él agarró a la más joven de la mano a fin de separarla, pero tan pronto como él la tocó, igualmente se pegó de inmediato, y fue obligado a correr detrás en la fila. Al poco rato llegó el sacristán y vio a su maestro, el cura, que corría detrás de tres muchachas. Él quedó sorprendido de aquello y dijo,

"Hola, su reverencia, ¿hacia adónde van tan rápidamente? ¡no olvide que tenemos un bautizo hoy!"-

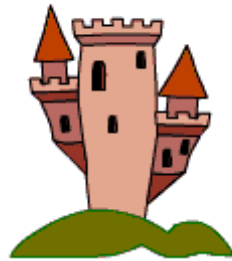
y persiguiéndolo lo tomó por la manga, pero también quedó pegado inmediatamente. Mientras los cinco trotaban así uno detrás del otro, dos peones vinieron con sus azadas desde los campos; el cura los llamó y les pidió que los despegaran a él y al sacristán. Pero ellos apenas habían tocado al sacristán cuando también quedaron rápidamente pegados, y ahora eran siete corriendo detrás de Dummling y el ganso.

Pronto llegaron a una ciudad, donde el rey que gobernaba tenía una hija que era tan seria que nadie podía hacerla reír. Para ese entonces él había firmado un decreto diciendo que quienquiera que fuera capaz de hacerla reír debería casarse con ella. Cuando Dummling oyó acerca de eso, fue con su ganso y todo su tren de seguidores ante la hija del Rey, y tan pronto como ella vio a las siete personas correr sin cesar, uno detrás del otro, de aquí para allá, ella comenzó a reír completamente en voz alta, y parecía como si nunca acabaría de hacerlo.

Con eso Dummling pidió tenerla como su esposa, y la boda fue celebrada. Después de la muerte del Rey, Dummling heredó el reino y vivió en adelante siempre felizmente con su esposa.

Enseñanza:

La bondad, el buen trato y el compartir con el necesitado, siempre traen su buena recompensa.





080-La novia del señor Liebre

Había una vez una mujer y su hija que vivían en un bonito jardín con coles; y una vez un pequeño señor liebre ingresó a la huerta, y durante el tiempo de invierno se comió todas las coles. Entonces dijo la madre a la hija,

- "Ve al jardín, y ahuyenta al señor liebre." -

La muchacha dijo al pequeño señor liebre,

- "Sh-sh, señor liebre, usted se ha comido por completo todas nuestras coles." -

Dijo el señor liebre,

- "Venga, doncella, siéntese en mi pequeña cola, y venga conmigo a mi pequeña choza." -

La muchacha no lo hizo. Al día siguiente el señor liebre vino otra vez y comió las coles, luego dijo la madre a la hija,

- "Ve al jardín, y ahuyenta al señor liebre." -

La muchacha volvió a decirle al señor liebre,

- "Sh-sh, pequeño señor liebre, usted sigue comiéndose todas las coles." -

El pequeño señor liebre dijo,

- "Doncella, siéntese en mi cola y venga conmigo a mi pequeña choza." La doncella se negó.



El tercer día el señor liebre vino otra vez, y se comió las coles. Ahora la madre dijo a la hija,

- "Ve al jardín y llévate al señor liebre bien lejos." -

dijo entonces la doncella,

- "Sh-sh, pequeño señor liebre, usted todavía se come todas nuestras coles." -

y replica el señor liebre,

- "Venga, doncella, siéntese sobre mi pequeña cola, y venga conmigo a mi pequeña choza." -

La muchacha por fin se sentó en la cola del pequeño señor liebre, y luego el señor liebre la llevó a su pequeña choza, y dijo,

- "Ahora usted cocine la col verde y la semilla de mijo, y yo traeré a los invitados de la boda." -

Entonces todos los invitados de la boda se reunieron. (¿Quiénes eran los invitados de la boda?) ¿Qué puedo decirle?, lo que otro me dijo: todos eran liebres, y el cuervo estaba allí como el cura para casar a la novia y el novio, y el zorro como oficinista, y el altar estaba bajo un arco iris. La muchacha, sin embargo, estaba triste, ya que ella estaba absolutamente sola. El pequeño señor liebre viene y dice,

- "Abran las puertas, abran las puertas, los invitados de la boda están alegres." -

La novia no dice nada, pero llora. El pequeño señor liebre se marcha. Luego vuelve y dice,

- "Quítese el velo, quítese el velo, los invitados de la boda tienen hambre." -

La novia otra vez no dice nada, y llora. El pequeño señor liebre se marcha. Luego regresa y dice,

- "Quítese el velo, quítese el velo, los invitados de la boda esperan." -

Entonces la novia no dice nada, y la liebre se marcha de nuevo, pero ella da forma y viste a una muñeca de paja con su ropa, y le pone una cuchara para batir, y la coloca por la cazuela que contiene la semilla de mijo, y se marcha donde su madre. El pequeño señor liebre viene una vez más y dice,

- "Quítese el velo, quítese el velo," -

y levantándose golpea la muñeca en la cabeza de modo que su velo cae.

Entonces el pequeño señor liebre ve que aquello no es su novia, y se marcha muy adolorido.

Enseñanza:

Los sentimientos siempre deben de darse en forma voluntaria y espontáneamente, nunca forzados.





081-La rama de avellana

Una tarde el niño Jesús se había acostado en su cuna y se había dormido. Entonces su madre llegó, lo miró llena de alegría, y dijo,

- "¿Tú mismo te viniste a dormir, mi niño? Duerme dulcemente, y mientras tanto iré al bosque, y te traeré un puñado de fresas, pues ya sé que estarás contento con ellas cuando despiertes. "-

Ya afuera en el bosque, ella encontró un lugar con las fresas más hermosas; pero cuando se inclinaba para juntarlas, una víbora apareció entre la hierba.

Ella se alarmó y dejó las fresas donde estaban, y se alejó del lugar. La víbora la persiguió; pero Nuestra Señora, como usted puede entender fácilmente, sabía lo que era lo mejor por hacer. Ella se escondió detrás de un arbusto de avellana, y estuvo de pie allí hasta que la víbora se alejó. Entonces juntó las fresas, y cuando salió a su camino a casa dijo,

- "Como el arbusto de avellana ha sido mi protección esta vez, en el futuro va a proteger a otros también. "-

De aquí que, a partir de los tiempos más remotos, una rama verde de avellana ha sido la protección más segura contra víboras, serpientes, y todo lo demás que se arrastra en la tierra.

Enseñanza:

Cuando se conoce o aprende algo útil es lo mejor darlo a conocer a los demás.





082-El tamborilero

Un joven tamborilero salió completamente solo una tarde hacia el campo, y llegó a un lago en cuya orilla él encontró tres piezas de lino blanco en el suelo.

- "Que lino más fino," - dijo él, y guardó una de las piezas en su bolsillo.

Volvió a casa, pensando sobre lo que había encontrado, y se acostó. Cuando ya se iba a dormir, le pareció como si alguien decía su nombre. Él escuchó, y se dio cuenta de una voz suave que le gritaba,

- "¡Tamborilero, tamborilero, despierte!" Como era una noche oscura no podía ver a nadie, pero le pareció que una figura se cernía sobre su cama.

- "¿Qué quiere usted?" - preguntó.

- "Devuélvame mi vestido," - contestó la voz, - "el que se llevó esta tarde a la orilla del lago." -

- "Se lo daré de nuevo," - dijo el tamborilero, "si me dice quien es usted."

- "Ah," - contestó la voz, - "soy la hija de un Rey poderoso; pero he caído bajo el poder de una bruja, y estoy encerrada en la Montaña de Cristal. Tengo que bañarme en el lago cada día con mis dos hermanas, pero no puedo regresar sin mi vestido. Mis hermanas se han marchado, pero yo he sido obligada a quedarme. Le suplico que me devuelva mi vestido." -

- "Tranquila, jovencita," - dijo el tamborilero. - "Se lo devolveré con mucho gusto." -

Él lo tomó de su bolsillo, y se lo alcanzó en la oscuridad. Ella lo arrebató con prisa, y quiso marcharse con la prenda. -

- "Espere un momento, quizás pueda ayudarle." - dijo el tamborilero.

- "Usted sólo puede ayudarme subiendo la Montaña de Cristal, y liberándome del poder de la bruja. Pero usted no puede venir a la Montaña de Cristal, y en efecto si usted estuviera completamente cerca de ella no podría subirla." -

- "Cuando quiero hacer una cosa, siempre logro hacerla,"- dijo el tamborilero; - "me entristece su situación , pero yo no tengo miedo de nada. Sólo que no conozco el camino que conduce a la Montaña de Cristal."-

- "El camino pasa por el gran bosque, en el cual viven los gigantes caníbales,"- contestó ella, - "y algo más que eso, no me atrevo a decirle."

Y luego él oyó el rugir del aire, cuando ella se fue volando. Al amanecer, el tamborilero se levantó, se abrochó su tambor, y se fue sin miedo directamente hacia el bosque. Después de que había andado un rato sin ver a ningún gigante, pensó,

- "Debo despertar a los holgazanes,"- y colgó su tambor al frente de él, y golpeó tal redoble, que las aves volaron de los árboles con fuertes gritos.

No pasó mucho rato antes de que un gigante que había estado durmiendo entre la hierba, se levantó, y era tan alto como un abeto.

- "¡Desgraciado!"- gritó él; - "¿qué haces tamborileando aquí, despertándome de mi mejor sueño?"-

- "Toco el tambor,"- contestó , - "porque quiero mostrar el camino a muchos miles que me siguen."-

- "¿Qué quieren ellos en mi bosque?"- exigió el gigante.

- "¡Ellos quieren acabar contigo, y limpiar el bosque de tal monstruo como eres tú!"-

- "¡Oho!"- dijo el gigante, - "pisotearé a todos ustedes hasta la muerte como si fueran hormigas."-

- "¿Y crees que puedas hacer algo contra nosotros?"- dijo el tamborilero; - "si tratas de coger a uno, él brincará lejos y se ocultará; y cuando te acuestes a dormir, todos ellos saldrán de la espesura, y se subirán sigilosamente sobre ti. Cada uno de ellos tiene un martillo de acero en su cinturón, y con él golpearán tu cráneo."-

El gigante se puso enojado y pensó,

- "Si me meto con esa gente mañosa, podría resultar mal para mí. Puedo estrangular a lobos y osos, pero no puedo protegerme de una multitud de estos gusanos."-

- "Escuche, pequeño compañero,"- dijo el gigante; - "devuélvase de nuevo, y le prometeré que para el futuro los dejaré a usted y sus compañeros en paz, y si hay algo más que usted desee, dígame, ya que ciertamente quiero hacer algo para complacerle."-

- "Usted tiene piernas largas,"- dijo el tamborilero, - "y puede correr más rápido que yo; lléveme a la Montaña de Cristal, y daré a mis seguidores una señal para que regresen, y ellos lo dejarán en paz esta vez."-

- "Venga acá, gusano,"- dijo el gigante; - "síntese en mi hombro, y lo llevaré a donde quiere ir."-

El gigante lo levantó, y el tamborilero comenzó a golpear su tambor al mayor placer de su corazón. El gigante pensó,

- "Es la señal para que la otra gente se regrese."-

Al ratito, un segundo gigante estaba parado en el camino, quién inmediatamente tomó al tamborilero, y lo puso en su ojal. El tamborilero se colgó del botón, que era tan grande como un plato, y agarrado de él, miró alegremente alrededor. Entonces llegaron donde un tercer gigante, quien lo tomó del ojal, y lo puso en el borde de su sombrero. Entonces el tamborilero anduvo hacia atrás y hacia adelante en el sombrero mirando por encima de los árboles, y cuando percibió una montaña en la distancia azul, se dijo,

- "Esa debe de ser la Montaña de Cristal," y realmente lo era.

El gigante sólo dio dos pasos más, y alcanzaron el pie de la montaña, donde el gigante lo dejó. El tamborilero exigió ser puesto sobre la cumbre de la Montaña de Cristal, pero el gigante sacudió su cabeza, gruñó algo, y volvió al bosque.

Y ahora el pobre tamborilero estaba de pie ante la montaña, que era tan alta como si tres montañas se hubieran amontonado una sobre otra, y al mismo tiempo tan lisas sus paredes como un espejo, y no sabía cómo haría para alcanzar la cumbre. Entonces comenzó a subir, pero era inútil, ya que siempre resbalaba y caía otra vez.

- "Si yo fuera una ave ahora,"- pensó él; pero sólo fue un buen deseo, ningún ala le creció. Mientras él estaba así de pie, no sabiendo que hacer, vio, no lejos de él, dos hombres que luchaban ferozmente entre sí. Se acercó a ellos y vio que discutían por una silla de montar que yacía en la tierra frente a ellos, y que ambos querían poseer.

- "¡Qué tontos son ustedes,"- dijo él, - "pelearse por esa silla, cuando no tienen un caballo donde ponerla!"-

- "La silla sola bien vale la pena luchar por ella,"- contestó uno de los hombres; - "quienquiera que se siente en ella, y desee estar en cualquier lugar, aun si eso fuera el mismo final de la tierra, consigue ponerse allí en el mismo instante que haya pronunciado el deseo. La silla nos pertenece en común. Este es mi turno para montarla, pero ese otro hombre no quiere dejarme hacerlo."-

- "Decidiré pronto la pelea,"- dijo el tamborilero, y se alejó una distancia mediana y pegó una vara blanca en la tierra. Entonces regresó y dijo,

- "Ahora corran hasta la vara, y quienquiera que llegue allí primero, montará la silla de primero." -

Ambos se pusieron a trotar; pero apenas habían dado un par de pasos cuando el tamborilero se abalanzó sobre la silla, y deseó estar en la Montaña de Cristal; y antes de que alguno de los hombres pudiera dar la vuelta para regresar, ya él estaba en la montaña. En la cumbre de la montaña había una llanura; allí estaba una vieja casa de piedra, y delante de la casa un gran estanque con peces, pero más atrás todo era un bosque oscuro. Él no vio, ni a hombres, ni a animales, todo era tranquilo; sólo el viento crujía entre los árboles, y las nubes pasaban muy cerca encima de su cabeza. Él fue a la puerta y llamó. Cuando ya había llamado por tercera vez, una anciana con una cara marrón y ojos rojos abrió la puerta. Ella usaba gafas sobre su larga nariz, y miró bruscamente hacia él; entonces le preguntó que qué quería.



"Entrada, alimento, y una cama para la noche," contestó el tamborilero.

- "Todo eso lo tendrá," - dijo la anciana, - "si me realiza tres servicios a cambio." -

- "¿Por qué no?" - contestó, - "no temo a ninguna clase de trabajo, no importa lo duro que fuera." -

La anciana lo dejó entrar, le dio alimento y una buena cama para la noche. A la mañana siguiente, cuando ya había despertado, ella tomó un dedal de su dedo arrugado, lo alcanzó al tamborilero, y dijo,

- "Vaya a trabajar ahora, y vacíe el estanque con este dedal; pero usted tiene que haberlo terminado antes del anochecer, y debe de haber sacado a todos los peces y dejarlos colocados lado a lado, según su clase y tamaño." -

- "Ese es un trabajo extraño," - dijo el tamborilero, y se fue al estanque, y comenzó a vaciarlo. Así pasó la mañana entera; ¿pero qué puede alguien vaciar a un gran lago con un dedal, aun si fuera a estar haciéndolo durante mil años?
Cuando llegó el mediodía, él pensó,

- "Es todo inútil, y si trabajo o no, esto quedará en la misma cosa." -

Entonces lo dejó y se sentó. En eso vino una doncella de la casa quién puso una pequeña cesta con alimento al frente de él, y dijo,

- "¿Qué te aflige, que estás tan triste?" -

Él la miró, y vio que era maravillosamente hermosa.

- "Ah", - dijo él, - "no podré terminar el primer trabajo, ¿cómo será con los demás? Vine aquí para buscar a la hija de un rey quien dijo mora acá, pero no la he encontrado, y por lo tanto iré más lejos." -

- "Permanece aquí," - dijo la doncella, - "te ayudaré con tu dificultad. Estás cansado, pon la cabeza en mi regazo, y duerme. Cuando despiertes, tu trabajo estará concluído." -

El tamborilero no esperó a que se lo dijeran dos veces. Tan pronto como sus ojos se cerraron, ella giró un anillo de deseos y dijo,
- "Levántense aguas. Peces, salgan y acomódense."

Al instante el agua se elevó a lo alto como una niebla blanca, y se alejó con las otras nubes, y los peces saltaron a la orilla y se pusieron lado al lado cada uno según su tamaño y clase. Cuando el tamborilero despertó, vio con asombro que todo estaba hecho. Pero la doncella dijo,

- "Uno de los peces no yace con aquellos de su propia clase, sino que yace completamente solo; cuándo la anciana venga al atardecer y vea que todo lo que ella exigió ha sido hecho, te preguntará,

- "¿Por qué yace este pescado solo?" -

Entonces lánzale el pescado en su cara, y dile,

- "Éste es para ti, vieja bruja." -

Al atardecer llegó la bruja, y cuando había hecho su pregunta, él lanzó el pescado en su cara. Ella se comportó como si no lo hubiera notado, y no dijo nada, pero lo miró con ojos malévolos. A la mañana siguiente ella dijo,

- "Ayer fue demasiado fácil para ti, debo darte un trabajo más difícil. Hoy debes talar todo el bosque, partir la madera en troncos, y amontonarlos, y todo debe estar terminado antes del anochecer." -

Ella le dio un hacha, un mazo, y dos cuñas. Pero el hacha estaba hecha de plomo, y el mazo y las cuñas eran de lata. Cuando él comenzó a cortar, el borde del hacha se volvió hacia atrás, y el mazo y las cuñas quedaron deformadas. Él no sabía qué hacer, pero al mediodía la doncella vino una vez más con su comida y lo consoló.

- "Pon tu cabeza en mi regazo," - dijo ella, - "y duerme; cuando despiertes, tu trabajo estará hecho." -

Ella giró su anillo de deseos, y en un instante el bosque entero cayó con un golpe, la madera quedó troceada, y arreglada en montones, y pareció justo como si gigantes invisibles terminaron el trabajo. Cuando él despertó, la doncella dijo,

- "Ya ves que la madera está apilada y arreglada, y sólo una rama permanece separada; cuando la anciana venga esta tarde y te pregunte sobre aquella rama, dále un golpe con ella, y dile,

- "Esta es para ti, bruja." -

La anciana llegó,

- "¡Ya veo qué fácil era el trabajo!" - dijo ella; - "¿pero para quien has dejado aquella rama que está allí todavía?" -

- "Para ti, bruja," - le contestó, y le dio un golpe con ella.

Sin embargo ella pretendió no sentirlo, y se rió desdeñosamente, y dijo,

- "Temprano mañana por la mañana arregla toda la madera en un montón, préndele fuego, y quémala." -

Él se levantó al amanecer, y comenzó a recoger la madera, pero ¿cómo puede un hombre solo amontonar todo un bosque entero junto? El trabajo no hizo ningún progreso. La doncella, sin embargo, no lo abandonó en su necesidad. Ella le trajo su alimento del mediodía, y cuando ya había comido, puso su cabeza en su regazo, y durmió. Cuando él despertó, el montón entero de madera se quemaba en una llama enorme, que estiraba sus lenguas hacia el cielo.

- "Escúchame," - dijo la doncella, - "cuando la bruja venga, ella te dará cualquier clase de órdenes; haz lo que ella pida sin temor, y entonces ella no será capaz de obtener lo mejor de ti, pero si tienes miedo, el fuego vendrá sobre ti, y te consumirá. Por fin cuando le hayas hecho lo que pidió, agárrala firme con tus manos, y lánzala en el medio del fuego." -

La doncella se marchó, y la anciana vino sigilosamente hasta donde él.

- "Ah, tengo mucho frío," - dijo ella, - "pero hay un fuego ardiendo; ¡eso calienta mis viejos huesos, y me hace muy bien! Pero hay un tronco que está allí sin arder, sácalo para mí. Cuando hayas hecho eso, quedarás libre, y podrás ir donde gustes, ven; hazlo con buena voluntad." -

El tamborilero no reflexionó mucho tiempo; saltó en el medio de las llamas, pero ellas no le hicieron daño, y no pudieron chamuscar ni un solo pelo de su cabeza. Él llevó el tronco, y lo posó en tierra. Sin embargo, apenas el tronco tocó tierra fue transformado, y la doncella hermosa quién le había ayudado en su necesidad, quedó de pie ante él, y por las ropas de seda y brillantes de oro que llevaba, él supo correctamente que ella era la hija del Rey. Pero la anciana se rió venenosamente, y dijo,

- "¡Tu crees que la tienes segura, pero aún no es así!" -

Cuando ella estuvo a punto de caer sobre la doncella y llevársela, el joven agarró a la anciana firmemente con ambas manos, la levantó en alto, y la lanzó en las mandíbulas del fuego, que se cerró sobre ella como si estuviera encantado de que una vieja bruja cayera en sus brasas.

Entonces la hija del Rey miró al tamborilero, y cuando vio que él era de una apuesta juventud, y recordó como él había arriesgado su vida para rescatarla, ella le dio su mano, y dijo,

- "Tú has arriesgado todo por mí, y yo también haré todo por ti. Prométeme ser sincero conmigo, y serás mi marido. No buscaremos por riquezas, tendremos bastante con lo que la bruja ha recogido aquí." -

Ella lo condujo dentro de la casa, donde había baúles y cofres llenos con los tesoros de la anciana. La doncella dejó el oro y la plata donde estaban, y tomó sólo las gemas. Ella no se quedaría más tiempo en la Montaña de Cristal, y entonces el tamborilero le dijo,

- "Siéntate a mi lado en mi silla, y volaremos hacia abajo como aves." -

- "No me gusta esa vieja silla," - dijo ella, - "sólo tengo que girar mi anillo de deseos y estaremos en casa." -

- "Muy bien, entonces," - contestó el tamborilero, - "desea que estemos delante de la puerta de ciudad." -

En un parpadear de ojos ya ellos estaban allí, y el tamborilero dijo,

- "Iré sólo a donde mis padres y les diré las noticias, espérame aquí afuera, estaré de vuelta pronto." -

- "Ah,"- dijo la hija del Rey, -"te ruego que tengas cuidado. Al llegar no beses a tus padres en la mejilla derecha, porque si lo haces lo olvidarás todo, y me quedaré aquí afuera, sola y abandonada.

- "¿Cómo podría olvidarte?"- dijo él, y le prometió volver muy pronto, y le dio su mano como confirmación.

Cuando él entró en la casa de sus padres, había cambiado tanto que nadie sabía quién era, pues durante los tres días que él había pasado la Montaña de Cristal, en realidad aquí habían sido tres años. Entonces él se dio a conocer, y sus padres cayeron en su cuello con alegría, y su corazón fue tan conmovido que olvidó lo que la doncella le había dicho, y los besó en ambas mejillas.

Pero cuando él les dio el beso en la mejilla derecha, todo pensamiento sobre la hija del Rey desapareció de su mente. Él vació sus bolsillos, y puso puñados de las joyas más grandes en la mesa. Los padres no tenían la menor idea de que hacer con las riquezas. Entonces el padre construyó un castillo magnífico todo rodeado por jardines, bosques, y prados como si un príncipe fuera a vivir en el, y cuando estuvo listo, la madre dijo,

- "He encontrado una doncella para ti, y la boda será en tres días."-

El hijo estaba contento por hacer cuanto sus padres desearan. La pobre hija del Rey había aguantado mucho tiempo fuera de la ciudad en espera del regreso del joven. Un día, cuando la tarde llegó, ella se dijo,

- "Él debe haber besado seguramente a sus padres en la mejilla derecha, y me ha olvidado."-

Su corazón se llenó de pena, y ella deseó estar en una pequeña choza solitaria en un bosque, y no volver a la corte de su padre.

Cada tarde ella iba a la ciudad y pasaba por la casa del joven; él a menudo la veía, pero no la reconocía. Con mucho detalle ella oyó el decir de gente, "la boda ocurrirá mañana." Entonces se dijo,

- "Intentaré reconquistar su corazón."-

Durante el primer día de las ceremonias previas para la boda, ella giró su anillo de deseos, y pidió,

- "Quiero un vestido tan brillante como el sol."-

Al instante el vestido se presentó ante ella, y era tan brillante como si hubiera sido tejido con verdaderos rayos de sol. Cuando todos los invitados estuvieron reunidos, ella entró en el pasillo. Todos quedaron asombrados por el hermoso vestido, y la novia sobre todo, ya que los vestidos bonitos eran las cosas que más la deleitaban, por lo que fue donde la forastera y le preguntó si ella se lo vendería.

- "No por dinero," - contestó ella, - "pero si puedo pasar esta noche fuera de la puerta del cuarto donde duerme su prometido, se lo daré a usted." -

La novia no podía vencer su deseo y consintió, pero previamente mezcló una pócima para dormir en el vino que el prometido tomó por la noche, que lo hizo caer en un sueño profundo. Cuando todos se habían retirado, la hija del Rey se puso en cuclillas abajo por la puerta del dormitorio, lo abrió sólo un poco, y gritó,

- "¡Tamborilero, tamborilero, te ruego me escuches!,
¿Has olvidado tu promesa, mí querido?
¿Aquella en la Montaña de Cristal, donde nos sentamos hora tras hora?
¡Tú que rescataste mi vida del poder de la bruja!
¿No ves la difícil situación para mí?
¡Tamborilero, tamborilero, escúchame!" -

Pero todo era en vano, el tamborilero no despertó, y cuando la mañana alboreó, la hija del Rey fue obligada a volver otra vez como vino. Durante la segunda tarde ella giró su anillo de deseos y dijo,

- "Deseo un vestido tan plateado como la luna." -

Cuando ella apareció en el banquete con el vestido que era tan suave como rayos de luna, otra vez excitó el deseo de la novia, y la hija del Rey se lo ofreció si daba el permiso de pasar la segunda noche también, fuera de la puerta del dormitorio. Entonces en la calma de la noche, ella gritó,

- "¡Tamborilero, tamborilero, te ruego me escuches!,
¿Has olvidado tu promesa, mí querido?
¿Aquella en la Montaña de Cristal, donde nos sentamos hora tras hora?
¡Tú que rescataste mi vida del poder de la bruja!
¿No ves la difícil situación para mí?
¡Tamborilero, tamborilero, escúchame!" -

Pero el tamborilero, que dormía profundamente por el efecto de la pócima, no podía ser despertado. Tristemente a la mañana siguiente ella volvió a su choza en el bosque. Pero la gente en la casa había oído la lamentación de la doncella forastera, y habían hablado al novio sobre lo sucedido. Ellos le dijeron también que era imposible que él pudiera oír algo de eso, porque la doncella con la que él iba a casarse había vertido una pócima de sueño en su vino.

Durante la tercera tarde, la hija del Rey giró su anillo de deseos, y dijo,

- "Deseo un vestido que brille como las estrellas." -

Cuando ella se presentó en el banquete, la novia estaba completamente fuera de sí con el esplendor del vestido, que superó totalmente a los demás, y ella se dijo,

- "Debo obtenerlo." -

La doncella se lo ofreció como había hecho con los demás obteniendo el permiso de pasar la noche fuera de la puerta del novio.

El novio, sin embargo, no bebió el vino que le fue dado antes de que él se acostara, sino que lo vertió detrás de la cama, y cuando todo estuvo tranquilo, él oyó una voz dulce que le llamó,

- "¡Tamborilero, tamborilero, te ruego me escuches!,

¿Has olvidado tu promesa, mí querido?

¿Aquella en la Montaña de Cristal, donde nos sentamos hora tras hora?

¡Tú que rescataste mi vida del poder de la bruja!

¿No ves la difícil situación para mí?

¡Tamborilero, tamborilero, escúchame! " -

De repente, su memoria volvió a él.

- "Ah", - gritó, - "como pude haber actuado tan infielmente; ¡pero el beso que en la alegría de mi corazón di a mis padres en la mejilla derecha, es el culpable de todo esto, es lo que me dejó sin el recuerdo!" -

Él se levantó, tomó a la hija del Rey de la mano, y la condujo a la cama de sus padres.

- "Ésta es mi novia verdadera," - dijo él; - "si me caso con la otra, será un gran error." -

Los padres, cuando oyeron como todo había pasado, dieron su consentimiento. Entonces las luces en el pasillo fueron encendidas otra vez, los tambores y las trompetas fueron traídos, los amigos y los familiares fueron invitados a regresar, y la verdadera boda fue solemnizada con gran alegría. La primera novia recibió los vestidos hermosos como una compensación, y se declaró satisfecha.

Enseñanza:

Puede que por alguna razón involuntaria alguna vez olvidemos una promesa, pero en cuanto la recordemos, debemos cumplirla.





083-Dulce Potaje

Había una joven pobre pero buena que vivía sola con su madre, y ya no tenían para comer. Entonces la muchacha fue al bosque a buscar frutas, y allí una mujer anciana la encontró, quien estuvo conciente de su pena, y le presentó un pequeño pote, el cual cuando ella dijera,

- "Cocina comida, potito, cocina comida," -

cocinaría un buen y alimenticio potaje, y cuando ella dijera,

- "Para, potito," -

él dejaría de cocinar. La muchacha llevó el pote a casa a su madre, y ahora ellas estaban liberadas de su pobreza y hambre, y comieron los potajes tan a menudo como ellas eligieran. Una vez, cuando la muchacha había salido, su madre dijo,

- "Cocina comida, potito, cocina comida," -

Y el pote cocinó realmente y ella comió hasta sentirse satisfecha, y luego ella quiso que el pote dejara de cocinar, pero no sabía las palabras. Entonces el pote continuó cocinando y el potaje se elevó y saltó sobre el borde, y así siguió hasta que la cocina y la casa entera se inundaron de comida, y luego la siguiente casa, y luego la calle entera, justo como si quisiera satisfacer el hambre del mundo entero, y hubo mucha angustia, pues nadie sabía pararlo. Por fin cuando sólo una casa permanecía sin potaje, la joven llegó e inmediatamente dijo,

- "Para, potito," -

y con eso dejó de cocinar, y quienquiera que deseara volver a la ciudad tenía que comerse el camino para regresar.

Enseñanza:

Nunca hay que usar instrumentos o maquinaria si antes no se ha aprendido su manejo correcto.





084-La Hilandera Perezosa

En un cierto pueblo una vez vivían un hombre y su esposa, y la esposa era tan ociosa que ella nunca trabajaría en nada; y cuando su esposo le traía algo para hilar, ella casi nunca lo hacía, y si lograba hilar algo, nunca lo embobinaba, y todo permanecía enredado en un montón. Si el hombre la reprendía, ella estaba siempre lista con su lengua, y decía,

- "Bien, ¿pero cómo puedo embobinar, si no tengo ningún carrete? Entra en el bosque y con madera hazme uno." -

- "Si eso es así," - dijo el hombre, - "entonces iré al bosque, y conseguiré un poco de madera para hacer carretes." -

Entonces la mujer estaba temerosa de que él obtuviera la madera e hiciera un carrete, y ella tendría que embobinar, y luego volver a comenzar a hilar de nuevo.

Ella meditó por un rato, y luego una idea afortunada se le ocurrió: en secreto siguió al hombre en el bosque, y cuando él ya había subido a un árbol para elegir y cortar la madera, ella se arrastró en la espesura abajo donde él no podía verla, y gritó,

- "Quien corta la madera para carretes morirá,
Y quien embobina, fallecerá." -

El hombre escuchó, posó su hacha durante un momento, y comenzó a considerar lo que esto podría significar.

- "Ajá" -, dijo él por fin, - "lo que pudo haber sucedido; mis oídos deben haber estado zumbando, no me alarmaré para nada." -

Entonces él otra vez agarró el hacha, y comenzó a talar; luego otra vez oyó un grito de abajo:

- "Quien corta la madera para carretes morirá,
Y quien embobina, fallecerá." -

Él paró, y se sintió con miedo y alarmado, y reflexionó sobre la circunstancia. Pero cuando habían pasado unos momentos, él tomó valor otra vez, y por tercera vez estiró su mano hacia el hacha, y comenzó a cortar. Pero alguien gritó una tercera vez, y dijo en voz alta,

- "Quien corta la madera para carretes morirá,
Y quien embobina, fallecerá. " -



Eso fue bastante, y todo interés se había marchado de él, entonces de prisa bajó del árbol, y se puso en camino a su casa. La mujer corrió tan rápido como pudo por desvíos para llegar a casa primero. Así, cuándo él entró a la casa, ella puso una mirada inocente como si nada hubiera pasado, y dijo,

- "Bien, ¿has traído un pedazo conveniente de madera para los carretes?" -

- "No,"- dijo él, - "veo muy bien que entonces no habrá embobinado," -

y le dijo lo que le había pasado en el bosque, y a partir de aquel momento en adelante la dejó en paz sobre el asunto. Sin embargo, después de algún tiempo, el hombre otra vez comenzó a quejarse del desorden en la casa.

- "¡Esposa,"- dijo él, - "esto es realmente una vergüenza, que el hilo hecho tenga que estar ahí tirado en el suelo!" -

- "Te diré algo,"- dijo ella, - "como todavía no tenemos ningún carrete, ve tú al desván, y yo me retiraré abajo, y te lanzaré el hilo, y luego me lo lanzas hacia abajo, y así entonces conseguiremos una madeja después de todo." -

- "Sí, eso funcionará,"- dijo el hombre.

Entonces lo hicieron así, y cuando todo estuvo concluido, él dijo,

- "El hilo está en madejas, ahora debe ser hervido." -

La mujer otra vez se sintió comprometida y dijo,

- "Sí claro, lo herviremos mañana temprano." -

Pero ella concebía en secreto otra maniobra.

De madrugada ella despertó, encendió el fuego y puso la caldera, sólo que en vez del hilo, ella puso unas estopas, y las dejó hervirse. Después de hacer eso fue donde el hombre, quien aún yacía en la cama, y le dijo,

-"Yo tengo que salir, tú debes despertar y cuidar del hilo que está en la caldera en el fuego, pero debes estar atento inmediatamente; porque si oyes cantar al gallo, y no cuidas de la madeja, simplemente ella quedará en estopa."

El hombre tomó voluntad e hizo lo posible para no holgazanear. Despertó tan rápidamente como pudo, y entró en la cocina. Pero cuando él llegó a la caldera y miró a hurtadillas, vio, a su horror, solamente un puño de estopas. Entonces el pobre hombre se sintió como un ratón, pensando que él lo había descuidado, por lo que era culpable, y en el futuro no dijo más sobre hilos y bobinados.

¡Pero usted deducirá que ésta no era una mujer agradable!

Enseñanza:

Quien es perezoso de convicción, lo que mejor sabe hacer es no hacer nada.





085-El Joven Gigante

Hace mucho tiempo sucedió que un campesino tenía a un hijo que era tan grande como una mano, y no llegaba a crecer nada más, y durante varios años no creció ni el grueso de un pelo. Una vez cuando el padre salía para arar, el pequeño dijo,

- "Padre, iré con usted." -

"¿Dices que vendrás conmigo?" - dijo el padre. - "Quédate aquí, pues no serías de ninguna utilidad allá, además de que podrías perderte" -

Entonces el pequeñito comenzó a llorar, y por quedar en paz, su padre lo puso en su bolsillo, y lo llevó con él. Cuando llegaron al campo, el padre lo sacó del bolso, y lo puso en un surco recientemente hecho.

Mientras él estaba allí, un gran gigante se vio venir sobre la colina.

- "¿Ves ese gran espectro?" - dijo el padre, ya que quiso asustar al pequeño compañero para que se portara bien; - "él viene para llevarte." -

El gigante, apenas había recorrido dos pasos con sus piernas largas y ya estuvo en el surco. Él tomó al pequeñito con cuidado con dos dedos, lo examinó, y sin decir una palabra se marchó con él. Su padre se quedó paralizado, y no podía pronunciar un solo sonido por el terror, y no pensó en nada más que había perdido a su niño, y que mientras él viviera nunca más lo volvería a ver.

El gigante, sin embargo, lo llevó a su casa, lo alimentó adecuadamente, y el pequeñito creció y se hizo alto y fuerte bajo el cuido de los gigantes. Cuando habían pasado dos años, el gigante lo llevó al bosque, para probarlo, y dijo,

- "Tira un palo para ti." -

Para entonces el muchacho era tan fuerte que extrajo un árbol joven de la tierra desde las raíces. Pero el gigante pensó,

- "Debemos mejorar esto," -

Y regresaron a casa, y lo cuidó y preparó por dos años más. Cuando lo probó de nuevo, su fuerza había aumentado tanto que ya podía extraer un viejo árbol de la tierra. Pero aún

no era suficiente para el gigante; y otra vez lo cuidó durante dos años más, y de nuevo fue con él al bosque y dijo,

- "Ahora sólo saca un palo apropiado para mí,"-

y el muchacho sacó de la tierra el roble más fuerte que había, y dividirlo en dos fue una mera bagatela para él.

- "Ahora sí funciona,"- dijo el gigante,- "estás perfecto,"- y partieron hacia el campo de donde él lo había traído.

Su padre estaba ahí arando. El joven gigante se acercó a él, y dijo,

- "¡Mira padre en qué magnífico hombre tu hijo se ha convertido!"-

El agricultor se alarmó, y dijo,

- "No, no eres mi hijo; ¡Vete por favor!"-

- "Realmente soy tu hijo; permíteme que yo haga el trabajo, puedo arar así como lo haces, no mejor."-

"No, no, no eres mi hijo; ¡y no puedes arar, márchate!"-

Sin embargo, como él tuvo miedo de este gran hombre, soltó el arado, retrocedió y se mantuvo a un lado de las tierras. Entonces el joven tomó el arado, y sólo lo presionó con una mano, pero su presión era tan fuerte que el arado entró profundamente en la tierra. El agricultor no soportó ver aquello, y lo llamó,

- "Si vas a arar, no debes apretar tan fuerte, porque queda mal el trabajo."-

El joven, sin embargo, no enjaezó a los caballos, y jaló el arado él mismo, diciendo,

- "Ve a casa, padre, y pide a mi madre que prepare un plato grande de alimento, y mientras tanto yo trabajaré el campo."

Entonces el agricultor se fue a casa, y pidió a su esposa que preparara el alimento; mientras tanto el joven aró el campo que era dos acres de grande, completamente solo, y luego él se enjaezó a la rastra, y escarificó toda la tierra, usando dos rastras a la vez. Cuando terminó, entró en el bosque, y tiró dos robles, los puso sobre sus hombros, y colgó en ellos una rastra detrás y una adelante, y también un caballo detrás y uno adelante, y llevó a todos, como si hubiera sido un bulto de paja, a la casa de sus padres. Cuando él entró en el jardín, su madre no lo reconoció, y preguntó,

- "¿Quién es ese horrible hombre alto?"-

El agricultor dijo,

- "Es nuestro hijo." -

Ella dijo,

- "No, no puede ser nuestro hijo, nunca tuvimos uno tan alto, el nuestro era una cosa pequeñita." - Ella lo llamó diciendo,

- "Márchese, no lo queremos aquí" -

El joven se mantuvo en silencio, y condujo a los caballos al establo, les dio alguna avena y heno, y todo lo que ellos quisieron.

Cuándo terminó, entró al comedor, se sentó en el banco y dijo,

- "Madre, ahora me gustaría comer algo, ¿estará listo pronto?" -

Entonces ella dijo,

- "Sí" -,

y le sirvió dos platos inmensos llenos de alimento, que habría sido bastante para satisfacer a ella y su marido durante toda una semana. El joven, sin embargo, lo comió todo él solo, y preguntó si no tenía nada más de comida.

- "No" -, contestó ella , - "es todo que tenemos." -

- "Pero eso sólo fue un bocadillo, necesito más." -

Ella no se atrevió a oponérsele, y fue y puso un caldero enorme lleno de alimento en el fuego, y cuando estuvo listo, se lo llevó.

- "Al fin llegaron unas migas," - dijo él, y comió todo lo que había, pero no era todavía suficiente para apaciguar su hambre.

Entonces dijo,

- "Padre, veo bien que con ustedes nunca tendré suficiente alimento; si tú me consigues una vara de hierro bien fuerte, y que yo no pueda romper contra mis rodillas, saldré a recorrer el mundo." -

El agricultor se alegró, puso a sus dos caballos en su carro, y trajo del herrero una vara tan grande y gruesa, que los dos caballos apenas podían traerla. El joven la puso a través de sus rodillas, y ¡clic! la rompió en dos al medio como una judía, y la tiró. El padre entonces enjaezó a cuatro caballos, y trajo una barra que era tan larga y gruesa, que los

cuatro caballos la arrastraban con pesadez. El hijo la rompió también en dos partes contra sus rodillas, la tiró, y dijo,

- "Padre, esto no me servirá, debes enjaezar a más caballos, y traer una vara aún más fuerte." -

Entonces el padre enjaezó a ocho caballos, y trajo una vara que era tan larga y gruesa, que los ocho caballos tenían que llevarla poco a poco. Cuando el hijo la tomó en sus manos, quebró un pedazo cerca de la punta, y dijo,

- "Padre, veo que no serás capaz de conseguirme una barra como yo quiero, así que ya no permaneceré más con ustedes." -

Entonces él se marchó, y se presentaría como aprendiz de herrero. Llegó a un pueblo, en donde vivía un herrero que era un hombre avaro, que nunca hizo una bondad a nadie, sino que todo lo quería para él. El joven entró en la herrería y preguntó si él necesitaría un ayudante.

- "Sí" -, dijo el herrero, y lo miró, y pensó, - "es un tipo fuerte que golpearía bien el mazo, y ganaría su pan." -

Entonces le preguntó,

- "¿Cuánto pide de salario?" -

- "No quiero ninguno en absoluto," - contestó él, - "sólo cada quincena, cuando pagan a los otros ayudantes, le daré a usted dos golpes, y usted debe aguantarlos." -

El avaro estuvo realmente satisfecho, y pensó que así ahorraría así mucho dinero. A la mañana siguiente, el nuevo ayudante debía comenzar a trabajar, pero cuando el maestro trajo la barra encendida, y el joven dio su primer golpe, el hierro voló a trozos, y el yunque se hundió tan profundamente en la tierra, que no había forma de sacarlo de nuevo. Entonces el avaro se puso enojado, y dijo,

- "Ah, pero así no puedo hacer ningún uso de usted, usted golpea demasiado poderosamente; ¿cuánto será por ese golpe?" -

Entonces dijo él,

- "Sólo le daré a usted un pequeño golpe, esto es todo." -

Y él levantó su pie, y le dio tal patada que el avaro se fue volando más de cuatro cargas del heno. Entonces él buscó la barra de hierro más gruesa en la herrería para él, la tomó como un palo en su mano y salió.

Cuando él había andado durante algún tiempo, llegó a una pequeña granja, y preguntó al administrador si él no requeriría a un criado principal.

- "Sí", dijo el administrador, - "puedo necesitar uno; usted parece un tipo fuerte que puede hacer mucho, ¿cuánto quiere como salario por un año?" -

Él otra vez contestó que no quería ningún salario en absoluto, pero que cada año él le daría tres golpes, que él debería aguantar. El administrador estuvo satisfecho, ya que él, también, era un hombre codicioso.



A la siguiente mañana todos los criados debían entrar al bosque, y cuando todos estaban listos, el criado principal estaba todavía en la cama. Entonces uno de ellos lo llamaba diciendo,

- "Despierte, es la hora; vamos al bosque, y usted debe ir con nosotros." -

- "Ah,"- dijo él completamente aperezado y somnoliento, - "entonces ustedes pueden ir solos; yo estaré de vuelta antes que cualquiera de ustedes."

Entonces los demás fueron donde el administrador, y le dijeron que el jefe todavía yacía en la cama, y no entraría al bosque con ellos. El administrador les dijo que debían despertarlo otra vez, y decirle que fuera a enjaezar a los caballos. El jefe, sin embargo, dijo como antes,

- "Ustedes pueden ir solos; yo estaré de vuelta antes que cualquiera de ustedes." -

Y luego él se quedó en la cama por dos horas más. Por fin se levantó de la cama, pero primero consiguió dos bushel de guisantes del desván, se hizo un caldo con ellos, lo comió a su paciencia, y cuando terminó, fue y enjaezó a los caballos, y se dirigió al bosque. No lejos del bosque había un barranco por el cual él tuvo que pasar, entonces primero condujo a los caballos, y luego los paró, y fue detrás del carro, tomó árboles y broza, e hizo una gran barricada, de modo que en adelante ningún caballo pudiera pasar. Cuando él entraba en el bosque, los demás ya regresaban con sus carros cargados para irse a casa; entonces dijo a ellos,

- "Sigán, todavía llegaré a casa antes que ustedes." -

Él apenas entró a la orilla del bosque, e inmediatamente arrancó de la tierra dos de los árboles más grandes, los lanzó en su carro, y dio vuelta. Cuando llegó a la barricada, los demás todavía estaban de pie allí, incapaces de pasar.

- "¿Lo ven?,"- dijo él, - "si ustedes se hubieran quedado conmigo, regresarían a casa rápidamente, y habrían tenido otra hora más de sueño" -

Él ahora trató de conducir, pero sus caballos no pudieron seguir por el camino, entonces él los desenjaezó, los puso arriba del carro, tomó los ejes en sus propias manos, y jaló todo, y él hizo todo esto tan fácilmente como si hubiera cargado plumas. Cuando ya había pasado, dijo a los demás,

- "Allí, ustedes ven, he sido más rápido que ustedes" -

y siguió adelante, mientras que los demás tuvieron que quedarse donde estaban. Al llegar a la casa, él tomó uno de los árboles en su mano, lo mostró al administrador, y dijo,

- "¿No es esto un bulto fino de la madera?" -

Entonces dijo el administrador a su esposa,

- "El criado es muy bueno, aunque él duerme realmente mucho tiempo, regresa a casa antes que los demás." -

Entonces el joven sirvió al administrador durante un año, y cuando estuvo concluido, y los otros criados recibían sus salarios, él dijo que ahora era el momento para tomar su parte también. El administrador, sin embargo, tuvo miedo de los golpes que él debía recibir, y seriamente le suplicó para perdonarlo de tenerlos; y más bien que él mismo sería el criado principal, y el joven debería ser el administrador.

- "No" -, dijo el joven, - "no seré administrador, soy el criado principal, y permaneceré así, pero tomaré mi paga tal como convinimos." -

El administrador estaba anuente a darle todo lo que le exigiera, pero era inútil, el criado principal dijo no a todo. Entonces el administrador no sabía que hacer, y pidió posponerlo una quincena, ya que quería encontrar algún camino para evitarlo. El criado principal consintió en esta solicitud. El administrador convocó a todos sus ayudantes para que meditaran sobre el asunto, y le dieran su consejo. Los ayudantes reflexionaron durante mucho tiempo, pero por fin ellos dijeron que nadie estaba seguro de su vida con el criado principal, ya que él podría matar a un hombre tan fácilmente como un mosquito, y que lo que el administrador debería hacer era enviarlo a entrar al pozo y limpiarlo, y cuando él estuviera abajo, ellos rodarían una de las piedras de molino que estaban allí, y la dejarían caer sobre su cabeza; y así nunca volvería a ver la luz del día. El consejo sugerido complació al administrador, y el criado principal aceptó bajar al pozo.

Cuando él ya estaba abajo en el fondo, ellos hicieron rodar la piedra de molino más grande y pensaron que le habían roto su cráneo, pero él gritó,

- "Ahuyenten las gallinas del pozo, ya que rasguñan en la arena allá arriba, y lanzan los granos en mis ojos, de modo que yo no puedo ver." -

Entonces el administrador gritó,

- "Sh-sh"-, imitando el espantar a las gallinas.

Cuando el criado principal había terminado su trabajo, subió y dijo,

- "Sólo miren qué hermosa corbata tengo," -

y lo que contemplaban era la piedra de molino que él llevaba puesta alrededor de su cuello. El criado principal ahora quiso tomar su paga, pero el administrador de nuevo pidió un retrazo de otra quincena. Los ayudantes se reunieron y aconsejaron al administrador que enviara al criado principal al molino encantado para moler el maíz antes de la noche, ya que de allí aún ningún hombre había vuelto alguna vez por la mañana vivo.

La propuesta complació al administrador, y llamó al criado principal esa misma tarde, y le ordenó que llevara ocho bushel de maíz al molino, y lo moliera esa noche, ya que así había sido solicitado. Entonces el criado principal fue al desván, y puso dos búshels en su bolsillo derecho, y dos en su izquierdo, y tomó cuatro en una cartera, mitad en su espalda, y la mitad en su pecho, y así cargado fue al molino encantado. El molinero le dijo que él podría moler allí muy bien durante el día, pero no antes de la noche, ya que el molino estaba encantado, y que hasta ahora, quienquiera había entrado en él por la noche había sido encontrado muerto por la mañana.

El criado principal dijo,

- "Yo lo manejaré, usted ya puede retirarse a descansar." -

Entonces él entró en el molino, y vació el maíz. A las once de la noche entró en el cuarto del molinero, y se sentó en el banco. Cuando ya se había sentado allí por un rato, de repente una puerta se abrió y una mesa grande entró, y en la mesa, se colocaron vino y carnes asadas, y además muchos alimentos buenos, pero todo aparecía solo, ya que no había nadie llevándolo. Después de esto las sillas se acomodaron, pero no se vio venir a nadie, hasta que de repente él contempló dedos que manejaban cuchillos y tenedores, y ponían el alimento en los platos, pero fue lo único que consiguió ver. Cuando él tuvo hambre, y vio el alimento, también tomó un lugar en la mesa, comió con aquellos invisibles que comían y lo disfrutó todo muy bien.

Cuando él ya había comido bastante, y los demás también habían vaciado completamente sus platos, él claramente oyó y vio que todas las velas fueron de repente apagadas, y como ahora todo estaba oscuro, él sintió algo como un golpe de puño en el oído.

Entonces él dijo,

"Si algo similar viene otra vez, le daré su buen golpe de regreso." -

Y cuando recibió un segundo golpe en el oído, él reaccionó como lo ofreció. Y así siguió todo esto la noche entera. Él no aceptó nada sin devolverle el golpe, y reembolsó todo con intereses, y su actuación no fue en vano. Al amanecer, sin embargo, todo cesó. Cuando el molinero se levantó, quiso mirar qué sucedió, y se preguntó si aquel estaría todavía vivo. Entonces el joven dijo,

- "Me he hartado, he recibido algunos golpes en las orejas, pero he dado muchos más a cambio." -

El molinero se alegró, y dijo que el molino fue liberado ahora del encantamiento, y quiso darle mucho dinero como recompensa. Pero él dijo,

- "Dinero no, tengo bastante." -

Entonces él echó la masa en su espalda, se fue a casa, y dijo al administrador que ya había hecho lo que él le había pedido hacer, y que ahora tomaría su paga. Cuando el administrador oyó aquello, quedó seriamente alarmado y completamente fuera de sí; caminaba para atrás y adelante en el cuarto, y gotas de transpiración se acumularon sobre su frente. Entonces abrió la ventana para tomar algún aire fresco, pero antes de que él se diera cuenta, el criado principal le había dado tal patada que voló por la ventana en el aire, y fue tan lejos y alto que nadie lo volvió a ver otra vez. Entonces dijo el criado principal a la esposa del administrador,

- "Si él no vuelve, usted debe tomar el otro golpe." -

Ella gritó,

- "¡No, no, no puedo aguantarlo!" -

y abrió la otra ventana, porque gotas de transpiración también corrían sobre su frente. Entonces él le dio tal patada que ella también, se fue volando, y como ella era más liviana llegó mucho más alto que su marido. Su marido al verla pasar gritó,

- "¡Acércate a mí!" -

pero ella contestó,

- "¡Ven tú a mí, yo no puedo ir a ti!" -

Y ellos se cernieron allí en el aire, y no podían acercarse el uno al otro. Y si ellos todavía se ciernen en el aire o no, no lo sé, pero el gigante joven tomó su barra de hierro, y continuó su camino.

Enseñanza:

Al hacer un contrato de trabajo, debe de valorarse y meditarse bien sobre las condiciones de la labor y del pago por dicha labor antes de aceptar las condiciones, para no lamentarse cuando ya es demasiado tarde. Esto tanto para quien da el trabajo como para quien lo recibe.





086-Amigos Sabios

Un día un campesino tomó su buen palo de avellana de la esquina y dijo a su esposa,

- "Trina, voy a ir al campo, y no volveré durante tres días. Si durante ese tiempo el comprador de ganado viene a querer comprar nuestras tres vacas, puedes cerrar un acuerdo inmediatamente, pero siempre que puedas conseguir doscientos pesos por ellas y nada menos, ¿comprendiste?" -

- "Por el amor de Dios, vete en paz," - contestó la mujer, - "yo lo manejaré." -

- "¡Seguro!," - dijo el hombre. - "Una vez te caíste de cabeza cuando eras una pequeña niña, y eso aún te afecta; pero déjame decirte, si haces algo tonto, tendré que reprenderte muy seriamente, y no podrás comprar aquello que tanto deseas." -

Y habiendo dicho eso, el hombre continuó su camino.

A la mañana siguiente el comprador de ganado vino, y la mujer no tenía ninguna necesidad de decirle muchas palabras. Una vez que había visto a las vacas y había oído el precio, dijo,

- "Estoy de acuerdo en darle eso, francamente hablando, ellas lo valen. Me llevaré a las bestias conmigo inmediatamente." -

Él desató las amarras para sacarlas fuera del establo, pero cuando iba por la puerta, la mujer lo agarró por la manga y le dijo,

- "Usted debe darme doscientos pesos ahora, o no puedo dejarlo llevarse a las vacas." -

- "Cierto" - contestó el hombre, - "pero he olvidado traer mi cinturón de dinero. Sin embargo, no tenga ningún temor, usted tendrá la seguridad de mi pago. Tomaré sólo dos vacas conmigo y dejaré una, y así usted tendrá una buena garantía." -

La mujer creyó en la fuerza de ese trato, y dejó al hombre marcharse con las vacas, y pensó,

- "¡Qué contento se pondrá Hans cuando vea lo hábilmente que lo he manejado!" -

El campesino regresó a casa al tercer día como lo había dicho, e inmediatamente preguntó si las vacas fueron vendidas.

- "Sí, en efecto, querido Hans," - contestó la mujer, - "y por los doscientos pesos como me dijo. Ellas apenas valdrán eso, pero el hombre las tomó sin hacer ninguna objeción." -

- "¿Y dónde está el dinero?" - preguntó el campesino.

- "Ah, aún no tengo el dinero," - contestó la mujer; - "resulta que él olvidó su cinturón de dinero, pero lo traerá pronto, y dejó una buena garantía" -

- "¿Qué tipo de garantía?" - preguntó el hombre.

- "Dejé aquí una de las tres vacas, que él no podrá llevarse hasta que haya pagado las otras dos. Y fui muy hábil, ya que he dejado la más pequeña, que es la que come menos." -

El hombre se enfureció y se levantó amenazante recordándole cobrarle su ingenuidad. Pero de repente se calmó y dijo,

- "Eres la gansa más ingenua que alguna vez anidó en esta tierra de Dios, y me apena por ti. Pero bien, saldré a la carretera y esperaré durante tres días a ver si encuentro a alguna persona que sea todavía más estúpida que tú. Si tengo éxito en ello, quedarás impune, pero si no la encuentro, recibirás tu recompensa bien merecida sin ningún descuento." -

Él entonces salió a las gran carretera, se sentó en una piedra, y esperó a ver que pasaría. De pronto vio un carro con una campesina venir hacia él, y la mujer estaba de pie, erguida, en medio del carro, en vez de sentarse en el bulto de paja que estaba al lado de ella, o de andar cerca de los bueyes conduciéndolos. El hombre pensó,

- "Es seguramente una de esa clase que ando buscando," -

y saltó y corrió de acá para allá delante del carro como quién no sabe qué hacer.

- "¿Qué quiere usted, mi amigo?" - le preguntó la mujer; - "no le conozco, ¿de dónde viene usted?" -

- "Me he caído del cielo," - contestó el hombre, - "y no sé cómo regresar otra vez, ¿podría usted hacerme subir?" -

- "No," - dijo la mujer, - "no sé el camino, pero si usted viene del cielo podría decirme seguramente cómo está mi marido, que ha estado allí estos tres últimos años. Usted debe haberlo visto." -

- "Ah, sí, lo he visto, pero no todos los hombres pueden estar muy bien. Él guarda ovejas, y las ovejas le dan mucho que hacer. Ellas se dirigen a las montañas y pierden su camino en el páramo, y él tiene que perseguirlas y traerlas juntas otra vez. Su ropa está toda

despedazada también, y se le caerá pronto de su cuerpo. No hay ningún sastre allí, ya que San Pedro no deja entrar a ninguno de ellos, como usted sabe por la historia." -

- "¿Quién lo hubiera pensado?" - gritó la mujer, - "le digo que traeré su abrigo que usaba los domingos y que todavía cuelga en casa en el armario, así él puede llevarlo puesto y presentarse respetable. ¿Sería usted tan amable de llevárselo?" -

- "Eso no estará muy bien," - contestó el campesino; - "a la gente no le permiten entrar ropa al Cielo, se la quitan a uno en la puerta." -

- "Entonces escúcheme usted," - dijo la mujer, - "vendí mi trigo fino ayer y conseguí un buen pago de dinero por él, así que se lo enviaré. Si usted esconde el monedero en su bolsillo, nadie sabrá lo que usted lleva." -



- "Si usted no puede manejarlo de ninguna otra forma," - dijo el campesino, - "le haré el favor." -

- "Sólo quédese ahí donde está ahora," - dijo ella, - "e iré a casa y traeré el monedero, y pronto estaré de vuelta de nuevo. No me siento en el bulto de paja, sino que me levanto en el carro, porque así se hace más liviano para el ganado." -

Ella dirigió sus bueyes hacia su casa, y el campesino pensó,

- "Esa mujer tiene un talento perfecto para la locura, y si ella realmente trae el dinero, mi esposa puede pensarse afortunada, ya que entonces no recibirá ningún castigo." -

No pasó mucho tiempo cuando ella vino con gran prisa con el dinero, y de sus propias manos se lo puso en su bolsillo. Antes de marcharse, ella le agradeció otra vez mil veces por su cortesía.

Cuando la mujer del carro llegó a su casa otra vez, encontró a su hijo que había regresado del trabajo del campo. Ella le contó de las cosas imprevistas que le habían acontecido, y luego añadió,

- "Estoy realmente encantada en haber encontrado una oportunidad de enviar algo a mi pobre marido. ¿Quién hubiera imaginado alguna vez que él podría sufrir a falta de algo en el cielo?" -

El hijo quedó lleno de asombro.

- "Madre" -, dijo él, - "no es todos los días que un hombre viene del Cielo de esta manera. Saldré inmediatamente, y veré si todavía lo puedo encontrar; él debe decirme cómo es allá arriba, y cómo se trabaja allá." -

Él ensilló el caballo y galopó a toda la velocidad. Y encontró al campesino sentado bajo un sauce, quien iba ya a contar el dinero que tenía en el monedero.

- "¿Ha visto usted al hombre que se ha caído del Cielo?" - le gritó el joven.

- "Sí, claro" -, contestó el campesino, - "él ha tomado su camino de regreso, y ha subido por aquella colina, por donde me dijo que regresaría más rápido; pero usted todavía podría alcanzarlo, si puede correr velozmente en su caballo." -

- "¡Ay!", - dijo el joven, - "he estado haciendo trabajo duro todo el día, y el venir aquí me ha desgastado completamente; usted que conoce al hombre, ¿sería tan amable de tomar mi caballo, e ir a alcanzarlo y persuadirlo de venir aquí?" -

- "¡Ahá!" - pensó el campesino, - "¡aquí está otro que no tiene ninguna mecha en su lámpara!" -

- "¿Y por qué no debería yo hacerle este favor?" - dijo él, y montó en el caballo y se fue lejos en un rápido trotar.

El joven permaneció sentado allí hasta antes de que la noche cayera, pero el campesino nunca volvió.

- "El hombre del Cielo debe haber estado seguramente con gran prisa, y no se devolvería para acá," - pensó él, - "y el campesino sin duda le ha dado el caballo para que más fácilmente llegue a donde está mi padre." -

Él se fue a casa y le dijo a su madre lo que había pasado, y que le había enviado a su padre el caballo de modo que pudiera cuidar más comodamente de las ovejas.

- "Has hecho muy bien," - contestó ella, - "las piernas tuyas son más jóvenes que las de él, y tú bien puedes viajar a pie." -

Cuando el campesino llegó a su casa, puso al caballo en el establo al lado de la vaca que quedó como garantía, y luego fue donde su esposa y le dijo,

- "Trina, has tenido muy buena suerte, he encontrado a dos gentes quiénes son todavía más ingenuos que tú; te salvaste de la reprimenda, cuida de no tropezarte en otra ocasión." -

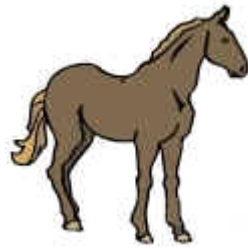
Entonces él encendió el hogar, y sentado en la silla de su abuelo, dijo,

-"Fue un excelente negocio conseguir un caballo fino y además un gran monedero lleno de dinero a cambio de dos vacas flacas. Si la estupidez siempre hiciera generar tanto como ahora, yo la mantendría en un sitio de honor."-

Así pensó el campesino, pero usted sin duda preferirá a la gente sencilla.

Enseñanza:

Nunca debe de creerse todo lo que un desconocido cuente, pues puede caerse de ingenuo y hasta perder muchas pertenencias.





087-Juan Fierro

Hubo una vez hace mucho tiempo un rey que tenía un gran bosque cerca de su palacio, lleno de todas las clases de animales salvajes. Un día envió a un cazador para que le cazara una cierva, pero no volvió.

- "Quizás algún accidente le ha acontecido," - pensó el Rey.

Al día siguiente envió a dos cazadores más para buscarlo, pero ellos tampoco volvieron. Entonces al tercer día, llamó a todos sus cazadores, y les dijo,

- "Rastreen el bosque entero, y no paren hasta que hayan encontrado a los tres." -

Pero de todos ellos, nadie vino a casa otra vez, y del grupo de sabuesos que habían llevado, ninguno fue visto más.

A partir de ese día en adelante, nadie se arriesgó a internarse más en el bosque, y allí sólo había calma profunda y soledad, y ningún movimiento se observaba, excepto a veces un águila o un halcón volando sobre él. Y así continuó durante muchos años, hasta que un cazador forastero se presentó ante el rey como investigador de la situación, y le ofreció entrar en el bosque peligroso. El rey, sin embargo, no daría su consentimiento, y dijo,

- "No es seguro entrar allí; temo que no te irá mejor que con los demás, y nunca saldrás otra vez." -

El cazador contestó,

- "Señor, me aventuraré a mi propio riesgo, el miedo no lo conozco." -

El cazador por lo tanto se encaminó con su perro al bosque. Al poco rato el perro percibió algo por el camino, y quiso perseguirlo; pero apenas había avanzado el perro dos pasos cuando se detuvo en firme ante un profundo estanque y ya no pudo ir más lejos, y un brazo desnudo se levantó sobre el agua, lo agarró, y lo tiró hacia abajo. Cuando el cazador vio aquello, fue y trajo a tres hombres más con cubos y empezaron a achicar el agua.

Cuando ya pudieron llegar al fondo, estaba allí un hombre salvaje cuyo cuerpo era marrón como el hierro oxidado, y cuyo pelo colgaba sobre su cara hacia abajo hasta sus rodillas. Ellos lo amarraron con cuerdas, y lo llevaron al castillo. Hubo un gran asombro sobre el hombre salvaje a quien llamaron Juan Fierro. El rey, sin embargo, ordenó que lo pusieran en una jaula de hierro en su patio, y prohibió abrir la puerta, con castigo de pena muerte a quien lo hiciera, y la reina debía tomar la llave a su cuidado. Y a partir de este momento en adelante cualquiera podría entrar otra vez en el bosque con seguridad. El rey tenía un hijo joven, quien una vez jugaba en el patio, y mientras jugaba, su pelota de oro cayó en la jaula. El muchacho corrió hacia allá y dijo,

- "Dame mi pelota." -

- "No hasta que me abras la puerta," - contestó el hombre.

- "No," - dijo el muchacho, - "no haré eso; el rey lo ha prohibido," - y se alejó.

Al día siguiente él fue otra vez y pidió su pelota; el hombre salvaje dijo,

- "Abre mi puerta," - pero el muchacho dijo que no.

Durante el tercer día el rey había salido de caza, y el muchacho fue una vez más a la jaula y dijo,

- "No puedo abrir la puerta aun si lo deseara, ya que no tengo la llave." -

Entonces el hombre salvaje dijo,

- "La llave está bajo la almohada de tu madre, allí la conseguirás." -

El muchacho, que quería tener su pelota de nuevo, echó todo pensamiento restrictivo a los vientos, y trajo la llave. La puerta abrió con dificultad, y el muchacho se maltrató sus dedos. Cuando estuvo abierto, el hombre salvaje salió, le dio la pelota de oro, y se alejó rápidamente. El muchacho se había atemorizado y gritando lo llamaba diciendo,

- "¡Hey, hombre salvaje, no se marche, o seré castigado!" -

El hombre salvaje se volvió atrás, lo tomó, lo puso en su hombro, y se fue con pasos precipitados hacia el bosque.

Cuando el rey regresó a casa, observó la jaula vacía, y preguntó a la reina como había pasado eso. Ella no sabía nada al respecto, y buscó la llave, pero no estaba. Llamó al muchacho, pero nadie contestó. El rey envió a la gente a buscarlo en los campos, pero no lo encontraron. Entonces pudo suponer fácilmente lo que había pasado, y mucha pena reinó en la corte real.

Cuando el hombre salvaje había llegado una vez más al bosque oscuro, bajó al muchacho de su hombro, y le dijo,

- "Nunca verás de nuevo a tu padre y madre, pero cuidaré de ti, ya que me pusiste en libertad, por lo que tendré compasión por ti. Si haces todo lo que te pido, estarás muy bien. En cuanto a tesoros y oro, tengo mucho, más que nadie en el mundo" -

Él hizo una cama de musgo para el muchacho en la cual durmió, y a la mañana siguiente lo llevó a un pozo, y le dijo,

- "Observa, el pozo de oro es tan brillante y claro como el cristal, siéntate a su orilla, y ten cuidado de que nada caiga en él, o será contaminado. Vendré cada tarde para ver si has cumplido mi orden." -

El muchacho se colocó a la orilla del pozo, y a menudo veía a un pescado de oro o a una serpiente de oro nadando graciosamente, y tuvo cuidado de que nada cayera. Mientras estaba sentado allí, su dedo se hirió tan violentamente que él involuntariamente lo puso en el agua.

Él lo sacó del agua inmediatamente, pero vio que estaba completamente dorado, y sin importar lo mucho que le doliera, trató de lavar el oro de su dedo, pero todo era en vano. En la tarde, Juan Fierro volvió, miró al muchacho, y dijo,

- "¿Qué ha ocurrido en el pozo?" -

- "Nada, nada," - contestó el muchacho, y mantuvo su dedo detrás de su espalda, donde el hombre no podría verlo. Pero él dijo,

- "Has sumergido tu dedo en el agua. Esta vez pasará, pero ten cuidado de que nada entre al agua de nuevo." -

Al día siguiente fue de nuevo a cuidar del pozo.

Su dedo se hirió otra vez y él lo pasó sobre su cabeza, pero lamentablemente un pelo cayó en el pozo. Él lo sacó rápidamente, pero siempre quedó completamente dorado. Juan Fierro llegó, y ya sabía lo que había pasado.

- "Has dejado caer un cabello en el pozo," - dijo él. - "Te permitiré vigilar el pozo una vez más, pero si esto sucede por tercera vez entonces el pozo quedará contaminado, y ya no podrás permanecer conmigo." -

Durante el tercer día, el muchacho se sentó a la orilla del pozo, y no movió su dedo, por más que le doliera. Pero el tiempo se hacía largo para él, y miró el reflejo de su cara en la superficie del agua.

Y a medida que se inclinaba cada vez más tratando de verse directamente en los ojos, su pelo largo resbaló sobre sus hombros y cayó en el agua. Él se levantó rápidamente, pero todo el pelo de su cabeza era ya de oro y brillaba como el sol. ¡Usted puede imaginar cuan aterrorizado estaba el pobre muchacho! Él tomó su pañuelo y lo ató alrededor de su cabeza, a fin de que el hombre no pudiera verlo. Cuando él vino, como siempre él ya lo sabía todo, y dijo,

- "Quítate el pañuelo." -

Entonces el pelo de oro cayó hacia adelante, y las excusas del muchacho fueron totalmente inútiles.

- "No cumpliste con lo acordado, y ya no puedes permanecer aquí. Ve por el mundo y aprende cómo es la pobreza. Pero como tienes un corazón noble, y deseo que estés bien, te concederé una cosa; si en algún momento te sientes en una dificultad, ven al bosque y grita, '¡Juan Fierro!', y yo vendré a ayudarte. Mi poder es grande, mayor de lo que piensas, y tengo oro y plata en abundancia." -

Entonces el hijo del rey dejó el bosque, y anduvo por caminos buenos y malos hasta que en algún momento llegó a una gran ciudad. Allí él buscó trabajo, pero no podría encontrar ninguno, y no había aprendido nada por medio de lo cual podría ayudarse. Por fin llegó al palacio, y preguntó si ellos lo podrían acoger. La gente de la corte no sabía que podrían hacer con él, pero les agradó, y aceptaron que se quedara. A fin de cuentas, el cocinero lo tomó a su servicio, y dijo que podría traerle la leña y el agua, y rastrillar las cenizas juntos.

Una vez cuando no había nadie más a mano, el cocinero le ordenó que llevara el alimento a la mesa real, pero como no le gustaba dejar ver su pelo de oro, lo ocultó bajo su pequeña gorra. Pero como nunca nadie había llegado a la mesa del rey con gorra, él rey le dijo,

- "Cuando vengas a la mesa real debes quitarte el sombrero." -

Él contestó,

- "Oh, Alteza, no puedo; tengo una herida en mi cabeza." -

Entonces el rey llamó al cocinero ante él y lo reprendió, y le preguntó como podría tomar a tal muchacho en su servicio; y que debería retirarlo inmediatamente. El cocinero, sin embargo, como tenía compasión de él, lo intercambió por el muchacho del jardín. Y ahora el muchacho tenía que plantar y regar el jardín, azadonar y cavar, y trabajar bajo viento y mal tiempo. Una vez en el verano cuando él trabajaba solo en el jardín, el día estaba tan caliente que él se quitó su pequeña gorra para sentirse más fresco. Cuando la luz del sol cayó sobre su pelo, éste brilló y destelló de modo que los rayos llegaron hasta el dormitorio de la hija del rey, y ella saltó para ver qué podría ser. Entonces ella vio al muchacho, y le gritó,

- "Muchacho, tráigame un ramo de flores." -

Él se puso su gorra a toda la prisa, y juntó flores silvestres y formó un ramo. Cuando subía la escalera con el ramo, el jardinero lo encontró, y le dijo,

- "¿Cómo puedes llevarle a la hija del rey un ramo de flores silvestres? Ve rápidamente, y forma otro, pero con flores más bonitas y raras." -

- "Ah, no," - contestó el muchacho, - "las silvestres tienen más olor, y la complacerá mejor." -

Cuando él entró en el cuarto, la hija del rey dijo,

- "Quítate la gorra, no es correcto usarla en mi presencia." -

Él otra vez dijo,

- "No puedo, tengo una herida en la cabeza." -

Ella, sin embargo, agarró la gorra y se la quitó, y entonces su pelo de oro rodó abajo de sus hombros, y su contemplación era espléndida.



Él quiso salir corriendo, pero ella lo sostuvo del brazo, y le dio un puñado de ducados. Con éstos él se marchó, pero no se preocupó nada por las monedas de oro. Se las dio al jardinero diciéndole,

- "Es un regalo para tus niños, pueden jugar con ellas." -

Al día siguiente la hija del rey otra vez le llamó pidiéndole que le llevara una corona de flores de campaña, y cuando él entró con la corona, ella al instante intentó agarrar su gorra, y quiso quitársela de su cabeza, pero él la sostuvo rápido con ambas manos. Ella otra vez le dio un puñado de ducados, pero él no los guardó, y se les dio de nuevo al jardinero para que jugaran sus niños.

Durante el tercer día las cosas fueron exactamente igual; ella no podía quitarle su gorra, y él no guardaría su dinero. No mucho tiempo después, el país fue invadido por una guerra. El rey convocó a su gente, y no sabía si podría ofrecer alguna oposición al enemigo, que era superior en fuerza y tenía un ejército muy fuerte. Entonces dijo el muchacho ayudante del jardinero,

- "Ya he crecido, e iré a la guerra también, sólo denme un caballo." -

Los demás se rieron, y le dijeron,

- "Tómalo cuando nos hallamos ido, lo dejaremos en el establo para ti." -

Cuando ellos ya se habían ido, entró en el establo, y sacó al caballo; era cojo de un pie, y cojeaba tacatá, tacatá, tacatá; sin embargo él lo montó, y encaminó al caballo hacia el bosque oscuro. Cuando llegó a las afueras, él llamó

- "¡Juan Fierro!" - tres veces tan en voz alta que resonó por los árboles.

Con eso el hombre salvaje apareció inmediatamente, y preguntó,

- "¿Qué es lo que deseas?" -

- "Quiero a un corcel fuerte, ya que voy a las guerras." - respondió.

- "Lo tendrás, y mucho más de lo que has pedido." -, dijo Juan Fierro.

Entonces el hombre salvaje volvió al bosque, y en unos momentos un muchacho de establo llegó conduciendo a un gran caballo que resoplaba fuertemente con sus fosas nasales, y apenas podría ser retenido, y detrás de ellos venía una gran tropa de soldados completamente acorazados con hierro, y sus espadas relucían con el sol. El joven entregó su caballo cojo al muchacho del establo, y montó en el fuerte, y se puso a la cabeza de los soldados. Cuando él llegó cerca del campo de batalla, una gran parte de los hombres del rey habían caído ya, y casi no quedaba nada por hacer. Entonces el joven galopó rápido con sus soldados de hierro, y rompió como un huracán sobre el enemigo, y azotó a todos quienes se opusieran a él.

Los invasores comenzaron a huir, pero el joven los perseguía sin parar, hasta dejarlos a todos fuera de combate. Terminada la batalla, sin embargo, no fue donde el rey, sino que condujo a su tropa de regreso al bosque, y llamó a Juan Fierro.

- "¿Cuál es tu deseo?" - preguntó el hombre salvaje.

- "Toma a tu caballo y a tus tropas, y dame mi caballo cojo de nuevo." -

Todo lo solicitado fue hecho, y pronto ya estuvo montado en su caballo cojo. Cuando el rey volvió a su palacio, su hija fue a encontrarlo, y lo felicitó por su victoria.

- "No soy yo quién se llevó la victoria," - dijo él, - "sino un caballero forastero que vino en mi ayuda con sus soldados." -

La hija quiso oír más sobre quién era el caballero forastero, pero el rey no lo sabía, y dijo,

- "Él persiguió al enemigo, y no lo vi más." -

Ella preguntó al jardinero dónde estaba su ayudante, pero él sonrió, y dijo,

- "Él acaba de llegar en su caballo cojo, y los demás han estado burlándose de él, y gritando, "¡Aquí regresa nuestro tacatá, tacatá otra vez!"

Y ellos le preguntaban, también,

- "¿Bajo qué seto has estado durmiendo todo este tiempo?"-

Él, sin embargo, decía,

- "Hice lo mejor de todo, y esto habría salido mal sin mí."-

Y desde luego todavía era más ridiculizado.

El rey dijo a su hija,

- "Proclamaré un gran banquete que durará durante tres días, y tú lanzarás una manzana de oro. Quizás el desconocido venga."-

Cuando el banquete fue anunciado, el joven fue al bosque, y llamó a Juan Fierro.

- "¿Cuál es tu deseo?" - preguntó.

- "Que yo pueda agarrar la manzana de oro de la hija del Rey." - dijo el joven.

- "Eso es tan seguro como si ya la tuvieras," - dijo Juan Fierro. - "Usarás un traje y una armadura roja para la ocasión, y montarás en un caballo castaño decorado."-

Cuando el día llegó, el joven galopó al punto, tomó su lugar entre los caballeros, y no fue reconocido por nadie.

La hija del Rey avanzó, y lanzó una manzana de oro a los caballeros, pero ninguno de los otros la atrapó, excepto él, y tan pronto como la cogió galopó lejos.

En el segundo día Juan Fierro lo equipó como un caballero blanco, y le dio un caballo blanco. Otra vez él fue el único quién agarró la manzana, y no tardó un instante en salir galopando lejos con ella. El rey se puso enojado, y dijo,

- "Eso no es permitido; él debe aparecer ante mí y decir su nombre."-

Y dio la orden de que si el caballero que agarrara la manzana, se escabullía otra vez, los guardias deberían perseguirlo, y si él no volvía por su voluntad, debían reducirlo y herirlo de ser necesario.

Durante el tercer día, él joven recibió de Juan Fierro un juego de armadura negra y un caballo negro, y otra vez sólo él agarró la manzana. Pero cuando él se alejaba rápido con su caballo, los asistentes del rey lo persiguieron, y uno de ellos se acercó tanto que logró herir la pierna del joven con la punta de su espada. El joven, sin embargo se escapó de ellos, pero su caballo saltó tan violentamente que el casco se cayó de su cabeza, y quienes

lo perseguían pudieron ver que él tenía el pelo de oro. Ellos retornaron al palacio y contaron lo sucedido al rey.

Al día siguiente la hija del rey preguntó al jardinero sobre su muchacho.

- "Él está en el trabajo en el jardín; y el forastero extraño ha estado en el festival también, y sólo vino a casa ayer por la tarde; él ha mostrado igualmente a mis niños tres manzanas de oro que él ha ganado." -

El rey lo convocó a su presencia, y vino otra vez con su pequeña gorra en su cabeza. Pero la hija del Rey se acercó a él y se la quitó, y luego su pelo de oro cayó sobre sus hombros, y se veía tan hermoso que todos quedaron asombrados.

- "¿Eres tú el caballero que vino cada día al festival, siempre en colores diferentes, y quién agarró las tres manzanas de oro?" - preguntó el Rey.

- "Sí," - contestó él, - "y aquí están las manzanas," - y las tomó de su bolsillo, y las devolvió al Rey. - "Si usted desea una prueba adicional, puede ver la herida que su gente me dio cuando me siguieron. Pero soy igualmente el caballero que le ayudó a su victoria sobre sus enemigos." -

- "Si eres capaz de realizar tales hechos, no eres ningún jardinero; entonces dime, ¿quién es tu padre?" - preguntó el rey.

"Mi padre es un rey fuerte, y tengo oro en abundancia tan grande como requiera." -

- "Bien veo," - dijo el Rey, - "que debo darte las gracias a ti; ¿puedo hacer algo para complacerte?" -

- "Sí" -, contestó él, - "en efecto usted puede. Déme a su hija como esposa."

La doncella se rió, y dijo,

- "No se atrasará mucho la ceremonia, y ya había visto por su pelo de oro que él no era ningún muchacho jardinero," - y ella fue y lo besó.

El padre y la madre del joven vinieron a la boda, y estaban felices, ya que habían perdido toda esperanza de volver a ver alguna vez a su querido hijo. Y cuando todos ya estaban sentados en el banquete del matrimonio, la música de repente paró, las puertas fueron abiertas, y un rey majestuoso entró con un gran séquito. Él se acercó donde el joven, lo abrazó y dijo,

- "Soy Juan Fierro, y por razón de un encanto era un hombre salvaje, pero con tus actos, tú me pusiste en libertad; todos los tesoros que poseo, serán ahora de tu propiedad." -

Y este cuento está acabado.

Enseñanza:

Quien siembra bondad, cosecha bondades.





088-El Árbol de Enebro

Fue hace mucho tiempo, unos siglos atrás, en que había un hombre rico que tenía una esposa hermosa y piadosa, y se amaban mucho. Ellos no tenían, sin embargo, ningún niño, aunque los deseaban para ellos muchísimo, y la mujer rezaba por ellos día y noche, pero de todos modos no llegaba ninguno. Ahora bien, había un patio delante de su casa en el cual había un árbol de enebro, y un día de invierno la mujer estaba de pie bajo él, pelando una manzana, y mientras pelaba la manzana se cortó su dedo, y la sangre cayó en la nieve.

- "¡Ay!,"- dijo la mujer, y suspiró profundamente, y miró la sangre ante ella, y se sintió la más infeliz, - "¡Ay, si yo tuviera siquiera un niño tan rojo como la sangre y tan blanco como la nieve!"-

Y mientras así hablaba, de pronto se sintió completamente feliz en su mente, y sintió justo como si eso iba a pasar. Entonces entró en la casa y un mes después la nieve se había ido, y a los dos meses todo era verde, y a los tres meses, todas las flores salieron de la tierra, y tras cuatro meses, todos los árboles de madera se pusieron más gruesos, y las ramas verdes quedaron todas estrechamente entrelazadas, y las aves cantaron hasta que la madera resonara y las flores se cayeron de los árboles, entonces el quinto mes pasó y ella se paró bajo el árbol de enebro, que olía tan dulcemente que su corazón saltaba, y ella cayó de rodillas y estaba fuera de sí llena de alegría, y cuando el sexto mes vino, la fruta era grande y fina, y ella llegaba allí siempre, y al séptimo mes ella intentó agarrar las enebrinas y las comió avariciosamente, entonces se puso enferma y dolorosa, y pasado el octavo mes, ella llamó a su marido, y lloró y le dijo,

- "Si muero, entonces sepúltame bajo el árbol de enebro."-

Ella quedó completamente consolada y feliz hasta que el próximo mes hubo pasado, y tuvo a un niño tan blanco como la nieve y tan rojo como la sangre, y cuando ella lo contempló, estuvo tan encantada que ahí mismo murió.

Entonces su marido la sepultó bajo el árbol de enebro, y él comenzó a llorarla; después de algún tiempo él se tranquilizó, y aunque él todavía la lloraba, podía aguantarlo, y después de otro tiempo más largo él tomó a otra esposa. Con la segunda esposa él tuvo a una hija, pero el niño de la primera esposa seguía siendo un niño tan rojo como la sangre y tan blanco como la nieve.

Cuando la mujer tuvo a su hija la amó muchísimo y la llamó Marlinchen, pero al mirar al pequeño muchacho le pareció partirle el corazón, ya que un celoso pensamiento entró en su mente de que él siempre se interpondría en su camino, y ella continuamente pensaba como podría conseguir toda la fortuna para su hija, y el Diablo llenó su mente con todo eso hasta que ella se puso completamente furiosa con el pequeño muchacho, y le daba palmadas y lo abofeteaba, y el infeliz niño estuvo en un terror continuo, ya que cuando salía de la escuela no tenía ninguna paz en ningún momento.

Un día la mujer había ido arriba a su cuarto, y su pequeña hija subió también, y dijo,

- "Madre, dame una manzana." -

- "Sí, hija," - dijo la mujer, y le dio una manzana fina de un baúl.

Pero nadie sabía que el baúl tenía una gran especial cualidad: cualquier cosa que cayera completamente dentro de él, y al cerrarlo, se transformaba en un puñado de manzanas finas.

- "¿Madre," - dijo la pequeña hija, - "no podría mi hermano tener una también?" -

Esto hizo enojar a la mujer, quien dijo,

- "Sí, cuando regrese de la escuela." -

Y cuando ella vio por la ventana que él ya venía, fue exactamente como si el Diablo hubiera entrado dentro de ella, y arrebató a su hija la manzana y dijo,

- "No vas a tener ninguna antes que tu hermano. Ve a la cocina y pon a calentar agua" -

Entonces ella lanzó la manzana al baúl, y lo cerró. En eso el muchacho llegó a la puerta, y el Diablo la hizo decir amablemente,

- "Hijo, ¿Quieres manzana?" - y ella lo miró terriblemente.

- "¡Madre" -, dijo el muchacho, "que terriblemente me mira usted! Sí, déme una manzana." -

Entonces pareció como si ella fuera obligada a decirle,

- "Ven conmigo," - y abrió la tapa del baúl y dijo,

- "Sacar una manzana para ti." -

y mientras el pequeño muchacho se inclinaba hacia adentro, el Diablo la hizo empujarlo completamente, y ¡pum! cerró la tapa, y el baúl se llenó de exquisitas manzanas con su piel roja como la sangre y con su pulpa blanca como la nieve. Entonces ella reaccionó y quedó abrumada con el terror, y pensó,

- "Debo buscar una excusa para esto." -

Entonces bajó a la cocina y le dijo a Marlinchen:

- "Tráeme una bolsa de manzanas. Voy a hacer un pastel." -

Ella subió y tomó las manzanas, pero no vio a su hermano y lo buscó pero no lo encontró por ningún lado. Entonces le preguntó a su madre sobre él, y le contestó,

- "El muy estúpido se agachó tanto dentro del baúl, que cayó completamente y al cerrarse la tapa, quedó convertido en manzanas." -

La niña, que en realidad lo amaba, se conmovió muchísimo y lloró y lloró amargamente. Y la madre tomó las manzanas y junto con un poco de harina y miel, hizo un grande y dulce pastel de manzanas.

Entonces el padre regresó a casa, y se sentó a cenar y dijo,

- "¿Pero dónde está mi hijo?"

Y la madre le sirvió un gran plato del pastel de manzanas, y Marlinchen lloró y lloró y no podía acabar. Entonces el padre otra vez dijo,

- "¿Pero dónde está mi hijo?" -

- "Ah," - dijo la madre, - "él se ha ido a través del país donde su tíoabuelo materno; él se quedará allí un tiempo." -

- "¿Y qué va a hacer él allá? Ni siquiera me dijo hasta luego." -

- "Él quiso ir, y me preguntó si podría quedarse seis semanas, él será bien cuidado allá." -

- "Ah," - dijo el hombre, - "me siento tan infeliz, no sea que todos no debieran tener razón. Él debería haberme dicho hasta luego." -

Con eso él comenzó a comer y dijo,

- "Marlinchen, ¿por qué estás llorando? Tu hermano volverá seguramente." -

Entonces agregó,

- "Oh, esposa, que delicioso es este pastel, dame un poco más." -

Y cuanto más comía, más apetecía, y dijo,

- "Dame más, ustedes no tendrán ninguna pieza. Siento como si todo tiene que ser mío." -

Y él comió y comió y lanzaba las migajas bajo la mesa, hasta que terminó con todo. Pero Marlinchen se marchó a su tocador, y tomó su mejor pañuelo de seda del ajuar, y recogió todas las migajas que estaban debajo de la mesa, y las amarró en su pañuelo de seda, y las llevó fuera de la puerta bajo el árbol de enebro, sollozando con lágrimas de sangre.

Entonces el árbol de enebro comenzó a moverse, y las ramas se separaban y se juntaban, justo como si alguien estuviera alegre aplaudiendo con sus manos.

Al mismo tiempo una niebla pareció provenir del árbol, y en el centro de esta niebla había como un fuego que rodeó al pañuelo con las migajas, y una ave hermosa salió del fuego cantando magníficamente, y voló alto en el aire, y cuando ya se había ido, el árbol de enebro quedó como había estado antes, y el pañuelo con las migajas ya no estaba allí.

Marlinchen, sin embargo, se sintió alegre y feliz como si su hermano estuviera todavía vivo. Y entró alegremente en la casa, y se sentó a la mesa y comió tranquila.

Pero el ave que se fue volando se posó en el techo de la casa de un orfebre, y comenzó a cantar,

- "Mi madre me transformó,
Mi padre me comió,
Mi hermana, la pequeña Marlinchen,
Recogió todas mis migajas
Las ató en un pañuelo de seda,
Las puso bajo el árbol de enebro,
¡Kywitt, kywitt, qué ave tan hermosa soy yo! "

El orfebre estaba sentado en su taller haciendo una cadena de oro, cuando él oyó al ave que estaba sentada y cantando en su azotea, le pareció muy hermosa la canción. Él se levantó, pero cuando avanzó perdió una de sus zapatillas. Sin embargo siguió derecho hacia el centro de la calle con un zapato y un calcetín; él tenía su delantal puesto, y en una mano tenía la cadena de oro y en la otra las tenazas, y el sol brillaba esplendorosamente en la calle.

Entonces él fue directamente hacia el ave, y se estuvo quieto, y dijo al ave,

- "¡Ave, qué maravillosamente cantas! ¡Cántame esa pieza otra vez. ¡"-

- "No,"- dijo el ave, - "¡no la cantaré dos veces por nada a cambio! Dame la cadena de oro, y luego la cantaré otra vez para ti."-

- "Ahí la tienes"-, dijo que el orfebre, "ahí está la cadena de oro para ti, ahora cántame aquella canción otra vez."-



Entonces el ave vino y tomó la cadena de oro en su garra derecha, y fue y se sentó delante del orfebre, y cantó,

- "Mi madre me transformó,
Mi padre me comió,
Mi hermana, la pequeña Marlinchen,
Recogió todas mis migajas
Las ató en un pañuelo de seda,
Las puso bajo el árbol de enebro,
¡Kywitt, kywitt, qué ave tan hermosa soy yo! "

Entonces el ave se fue volando a donde un zapatero, se posó en su azotea y cantó,

- "Mi madre me transformó,
Mi padre me comió,
Mi hermana, la pequeña Marlinchen,
Recogió todas mis migajas
Las ató en un pañuelo de seda,
Las puso bajo el árbol de enebro,
¡Kywitt, kywitt, qué ave tan hermosa soy yo! "

El zapatero oyó aquello y corrió afuera en mangas de camisa, y alzó la vista hacia su azotea, y se vio obligado a sostener su mano ante sus ojos no sea que el sol pudiera cegarlos.

- "¡Ave!", dijo él, "qué maravillosamente cantas tú!"

Entonces él llamó desde su puerta a su esposa,

- "Esposa, sólo ven afuera, hay un ave, mira a aquella ave, simplemente canta precioso." También llamó a su hija y demás niños, y aprendices, muchachos y muchachas, y todos ellos vinieron calle arriba a mirar al ave y ver lo hermoso que era, y que finas plumas rojas y verdes tenía, y su cuello era como oro verdadero, y como los ojos en su cabeza brillaban como estrellas.

- "Ave", dijo el zapatero, - "ahora cántame aquella canción otra vez." -

- "No," - dijo la ave, - "no canto dos veces por nada a cambio; debes de darme algo." -

- "Esposa", dijo el hombre, - "ve al desván, sobre el anaquel superior hay un par de zapatos rojos, tráelos." -

Entonces la esposa fue y trajo los zapatos.

- "Ahí tienes, ave," - dijo el hombre, - "ahora cántame esa pieza otra vez." -

Entonces el ave vino y tomó los zapatos en su garra izquierda, y voló a la azotea, y cantó,

- "Mi madre me transformó,
Mi padre me comió,
Mi hermana, la pequeña Marlinchen,
Recogió todas mis migajas
Las ató en un pañuelo de seda,
Las puso bajo el árbol de enebro,
¡Kywitt, kywitt, qué ave tan hermosa soy yo! "

Y cuando hubo cantado todo se fue volando. En su garra derecha tenía la cadena y los zapatos en su izquierda, y entonces voló hacia un molino, y el molino sonaba,

- "klipp klapp, klipp klapp, klipp klapp," -

y en el molino estaban sentados veinte hombres del molinero que tallaban una piedra, y cortaban, y se oía,

- "hick hack, hick hack, hick hack," -

y el molino seguía con su

- "klipp klapp, klipp klapp, klipp klapp." -

Entonces el ave fue y se sentó en un limero agrio que estaba plantado delante del molino, y cantó,

- "Mi madre me transformó," -

Entonces uno de los hombres paró su trabajo.

- "Mi padre me comió," -

Y ahora dos más dejaron su trabajo para oír aquello.

- "Mi hermana, la pequeña Marlinchen," -

Entonces cuatro más pararon

- "Recogió todas mis migajas
Las ató en un pañuelo de seda," -

Ahora sólo ocho trabajaban,

- "Las puso bajo el árbol de enebro," -

y ahora sólo laboran cuatro,

- "¡Kywitt, kywitt, qué ave tan hermosa soy yo!" -

entonces el que quedaba paró y oyó las últimas palabras.

- "¡Ave" -, dijo él, - "qué maravillosamente cantas! Permíteme también oírlo todo. Canta eso una vez más para mí." -

- "No," - dijo el ave, - "no cantaré dos veces por nada a cambio. Déme la piedra de molino, y luego lo cantaré otra vez." -

- "Sí," - dijo él, - "si sólo me perteneciera a mí, la tendrías."

- "Sí," - dijeron los demás, - "si él canta otra vez la tendrá." -

Entonces el ave bajó, y los veinte molineros con una viga levantaron la piedra. Y el ave pasó su cuello por el agujero, y se puso la piedra como si fuera un collar, y voló al árbol otra vez, y cantó,

- "Mi madre me transformó,
Mi padre me comió,
Mi hermana, la pequeña Marlinchen,
Recogió todas mis migajas
Las ató en un pañuelo de seda,
Las puso bajo el árbol de enebro,
¡Kywitt, kywitt, qué ave tan hermosa soy yo! "

Y cuando hubo hecho el canto, extendió sus alas, y en su garra derecha tenía la cadena, y en su izquierda los zapatos, y alrededor de su cuello la piedra de molino, y voló lejos a la casa de su padre. Alrededor de la mesa estaban sentados el padre, la madre, y Marlinchen con la cena, y el padre dijo,

- "¡Cuan sereno me siento, que feliz estoy!" -

- "Yo no," - dijo la madre, "me siento tan incómoda, justo como si una tormenta pesada se aproximara."

Marlinchen, sin embargo, lloraba y lloraba, y en eso llegó volando el ave, y cuando se posó en la azotea el padre dijo,

- "Ah, me siento tan realmente feliz, y el sol brilla maravillosamente afuera, siento justo como que estoy a punto de ver a algún viejo amigo otra vez." -

- "Yo no," - dijo la mujer, - "me siento tan preocupada, mis dientes tiemblan, y parezco tener fuego en mis venas." -

Y ella rasgó sus ropas por la preocupación, pero Marlinchen se sentó llorando en una esquina, y sostenía su plato ante sus ojos y lloró hasta que él quedó completamente mojado. Entonces el ave se sentó en el árbol de enebro y cantó,

- "Mi madre me transformó," -

Entonces la madre detuvo sus oídos, y cerró sus ojos, y no veía ni oía, pero había un rugido en sus oídos como la tormenta más violenta, y sus ojos ardían y brillaban como relámpagos,

- "Mi padre me comió," -

- "¡Oh, madre," - dice el hombre, - "es una ave hermosa! Canta tan maravillosamente, y el sol brilla tan bello, y hay un olor justo como el de la canela." -

- "Mi hermana, la pequeña Marlinchen," -

Entonces Marlinchen puso su cabeza en sus rodillas y lloró sin cesar, y el hombre dijo,

- "Iré afuera, debo ver al ave bien cerca." -

- "Oh no, yo no voy," - dijo la mujer, - "siento como si la casa entera temblara y estuviera en llamas." -

Pero el hombre salió y miró al ave:

- "Recogió todas mis migajas
Las ató en un pañuelo de seda,
Las puso bajo el árbol de enebro,
¡Kywitt, kywitt, qué ave tan hermosa soy yo! "

En esto el ave dejó caer la cadena de oro, y cayó exactamente alrededor del cuello del hombre, y tan exactamente que le calzó maravillosamente. Entonces él entró y dijo,

- "¡Sólo miren qué ave tan fina es, y que bella cadena de oro me ha dado, y qué bello es él!" -

Pero la mujer estaba aterrorizada, y cayó al suelo, y su gorra se desprendió de su cabeza. Entonces el ave cantó una vez más,

- "Mi madre me transformó," -

- "¡Estuviera yo mil pies bajo tierra para no oír esto!" - decía la mujer.
- "Mi padre me comió," -

Entonces la mujer cayó al suelo otra vez como si estuviera muerta.

- "Mi hermana, la pequeña Marlinchen," -

- "Ah," - dijo Marlinchen, - "también saldré y veré si el ave me da algo," - y salió.

- "Recogió todas mis migajas
Las ató en un pañuelo de seda," -

Entonces él ave le lanzó los zapatos.

"Las puso bajo el árbol de enebro,
¡Kywitt, kywitt, qué ave tan hermosa soy yo! "

Entonces ella se puso alegre y feliz, y se puso los nuevos zapatos rojos, y bailó y saltó dentro de la casa.

- "Ah"-, dijo ella, - "yo estaba tan triste cuando salí y ahora estoy tan alegre; ¡es una ave espléndida, él me ha dado un par de zapatos rojos!"-

- "Bien," - dijo la mujer, y se paró sobre sus pies y su pelo se levantó como llamas de fuego, - "¡Siento como si el mundo viene a un final! También, saldré y veré si mi corazón se siente ligero."-

Y cuando ella salió a la puerta, ¡pun! el ave lanzó hacia abajo la piedra de molino sobre ella, y quedó toda maltratada. El padre y Marlinchen oyeron lo que había pasado, y humo, llamas, y fuego se elevaban del lugar, y cuando todo eso terminó, apareció vivo el pequeño hermano, y él tomó a su padre y a Marlinchen de la mano, recogieron y vendaron a la resquebrajada mujer, quien en adelante ya no pudo valerse por sí misma quedando totalmente arrepentida de sus actos, y padre, niño y niña quedaron felices y alegres, y entraron en la casa a la cena, y comieron serenamente. Y el baúl de las manzanas fue destruido.

Enseñanza:

Nunca se debe de actuar mal con nadie, mucho menos con quienes dependen de nosotros.





089-Un Buen Negocio

Había una vez un campesino que había llevado su vaca a la feria, y la vendió por siete ducados. Por el camino a casa tenía que pasar por un estanque, y ya desde lejos oía el grito de las ranas que le parecían decir, "och, och, och."

- "Bien," - se dijo él, "ellas hablan sin rima y sin razón, son siete los que he recibido, no ocho." -

Cuándo él llegó a la charca, les gritó,

- "¡Estúpidos animales que son ustedes! ¿No saben contar mejor? Estos son siete ducados y no ocho, ocho, ocho." -

Las ranas, sin embargo, siguieron con su , "och, och, och."

- "Vengan entonces si no lo creen, puedo contárselos." -

Y él sacó el dinero de su bolsillo y contó siete ducados. Las ranas, sin embargo, no prestaron ninguna atención a su cálculo, pero seguían gritando, "och, och, och."

- "¿Qué?," - gritó el campesino, completamente enojado, - "ya que ustedes están determinadas a saber mejor que yo, cuéntenlos ustedes mismas," - y les lanzó todo el dinero en el agua.

Él se estuvo quieto y quiso esperar hasta que la cuenta estuviera hecha y le hubieran regresado su pertenencia otra vez, pero las ranas mantuvieron su opinión gritando continuamente, "och, och, och" y además que no le devolvían el dinero. Él todavía esperó mucho más tiempo hasta que el anochecer llegó y fue obligado a irse a casa. Entonces él insultó a las ranas gritándoles,

- "¡Ustedes salpicaderas de agua, ustedes bobaliconas, ustedes de ojos desorbitados, ustedes de grandes bocas y que pueden chillar hasta hacerle daño a los oídos de alguien, pero montón de inútiles que no son capaces de contar siete ducados! ¿Piensan ustedes que voy a estar de pie aquí hasta que les de la gana?" -

Y terminado su discurso, él se marchó, pero las ranas todavía gritaban, "och, och, och", detrás de él cuando iba a casa completamente enojado.

Pronto él compró otra vaca, la que destazó, e hizo el cálculo de que si vendiera la carne, bien podría recobrar tanto dinero como valdrían las dos vacas sumadas, y tendría la piel además.

Cuando él llegó a la ciudad con la carne, una gran tropa de perros estaba junto a la entrada, con un galgo grande a la cabeza de ellos, que saltó hacia la carne, se paró sobre ella y ladró, "guau, guau, guau."

Como no paraba de ladrar, el campesino le dijo,

- "Sí, sí, sé completamente bien que estás diciendo, "guau, guau, guau," porque quieres un poco de la carne; pero no estaría bien para mí si te la diera." -

El perro, sin embargo, contestaba solamente "guau, guau, guau."

- "¿Prometes entonces no devorar todo, y calmar a tus compañeros?"

- "Guau, guau, guau." - volvió a decir el perro.

- "Bien, si insistes en ello, te la daré; te conozco bien, y sé quién es tu dueño; pero te digo que debo tener mi dinero en tres días o te va a ir muy mal; sin falta debes de traérmelo."

Con eso él descargó la carne y se regresó. Los perros cayeron sobre ella y en voz alta ladraron, "guau, guau, guau." El campesino, que los oyó desde lejos, se dijo,

- "Escuche, ahora todos ellos quieren una parte, pero el grande es el responsable de mi paga." -

Cuando habían pasado tres días, el campesino pensó,

- "Esta noche mi dinero estará en mi bolsillo," - y estuvo completamente encantado.

Pero nadie vendría a pagarle.

- "Ya no se puede confiar en nadie ahora," - dijo él; y por fin perdió la paciencia, y fue a la ciudad donde el carnicero y le exigió su dinero.

El carnicero pensó que eso era una broma, pero el campesino dijo,

- "¡Bromeando aparte, deme mi dinero! ¿No le trajo el gran perro toda la vaca destazada hace tres días?" -

Entonces el carnicero se puso enojado, tomó un palo de escoba y lo sacó de la carnicería.

- "¡Espere un momento!," - dijo el campesino, "¡todavía hay alguna justicia en el mundo!" - y fue al palacio real y pidió por una audiencia.

Él fue conducido ante el Rey, que estaba sentado junto con su hija, y le preguntó que problema tenía.

- "¡Ay!" - dijo él, - "las ranas y los perros han tomado de mí lo que es mío, y el carnicero me ha pagado por ello con un palo," y relató con detenimiento todo lo que había pasado. Con toda aquella historia la hija del Rey comenzó a reírse efusivamente, y el Rey le dijo,

- "No puedo darle la justicia que espera en este caso, pero usted tendrá a mi hija como esposa por ello, ya que en su vida entera nunca se ha reído como lo ha hecho con usted, y se la he prometido a quien pudiera hacerla reír. ¡Debe darle gracias a Dios por tan buena fortuna!" -



- "Oh," - contestó el campesino, - "no la tendré, pues tengo ya una esposa, y con tan sólo ella es demasiado para mí; cuando estoy en casa, siento como si tuviera a una esposa parada en cada esquina." -

Entonces el Rey se molestó, y dijo,

- "Es usted un patán." -

- "Oh, Señor Rey," - contestó el campesino, - "¿qué puede usted esperar de un buey, sino carne de buey?" -

- "¡Un momento!" -, contestó el Rey, - "Podría darle otra recompensa. Márchese ahora, pero regrese en tres días y le daremos un total de quinientos."

Cuando el campesino salió por la puerta, el centinela le dijo,

- "Tú haz logrado que la hija del Rey se riera, entonces seguramente que recibirás algo bueno." -

- "Sí, es lo que pienso," - contestó el campesino; - "quinientos serán contados para mí." -

- "Escúchame," - dijo el soldado, - "dame un poquito de todo eso. ¿Qué podrías hacer con toda esa cantidad?" -

- "Parte será tuya," - dijo el campesino, - "tendrás doscientos; preséntate dentro de tres días ante el Rey, y dile que de los quinientos míos te dé doscientos a ti." -

Un comerciante inescrupuloso, que estaba por ahí cerca y había oído la conversación, persiguió al campesino, lo sostuvo por el abrigo, y le dijo,

- "¡Ah, maravilla! ¡qué persona con suerte eres! Yo te cambiaré el pago. Lo cambiaré para ti en pequeñas monedas, ¿qué podrías hacer con un pago tan grande?" -

- "Comerciante," - dijo el campesino, - "trescientos ya los tiene sin duda; démelos inmediatamente en moneda pequeña, y en tres días a partir de hoy, pídale al Rey que le dé los trescientos que me correspondían." -

El comerciante estuvo encantado por el negocio, y le dio monedas buenas y falsas, de cada tres sólo dos buenas.

Cuando habían pasado los tres días, según la orden del Rey, el campesino fue ante el Rey.

- "Retírenle su abrigo," - dijo el Rey, - "y tendrá sus quinientos." -

- "¡Ah!" - dijo el campesino, - "los quinientos ya no me pertenecen; le obsequié doscientos de ellos al centinela, y trescientos se los cambié al comerciante, y entonces, por honradez y en derecho, ninguno de los quinientos en absoluto me pertenece." -

Mientras tanto el soldado y el comerciante entraron y reclamaron lo que ellos habían obtenido del campesino, así que ellos recibieron los quinientos golpes estrictamente contados.

El soldado soportó el asunto con paciencia, pues ya sabía cómo era aquello, pero el comerciante decía dolorosamente,

- "¡Ay, ay!, ¿son éstas las monedas grandes?" -

El Rey no podía menos de dejar de reírse frente al campesino, y cuando toda su cólera se disipó, le dijo al campesino,

- "Como perdiste la recompensa antes de que llegara a ser realmente tuya, te daré algo en su lugar. Entra a mi cámara del tesoro y toma un poco de dinero para ti, tanto como puedas guardar en tus bolsas." -

El campesino no tuvo que ser dicho dos veces, y llenó sus bolsillos grandes en todo lo que pudo caberles.

Después el campesino se fue a una posada y contó su dinero. El comerciante lo siguió sigilosamente y oyó lo que murmuraba para sí mismo,

- "Aquel pícaro del Rey me ha engañado después de todo, ¿por qué no podía haberme dado el dinero exacto él mismo, y así habría sabido yo la cantidad verdadera? ¿Cómo

puedo decir ahora si he tenido la suerte de tener en mis bolsillos la cantidad correcta o no?" -

- "¡Cielos!" - se dijo el comerciante, - "que cosas irrespetuosas de nuestro Señor Rey dice este hombre, iré a la corte y le informaré, y así conseguiré una recompensa y él será castigado también." -

Cuando el Rey oyó lo que el comerciante dijo de las palabras del campesino, se enfureció, y mandó al comerciante a que fuera a traer al ofensor. El comerciante corrió donde el campesino,

- "Usted debe ir inmediatamente a donde el Rey con la misma ropa que usted tiene puesta ahora." -

- "Sé que lo correcto es algo mejor que esto," - contestó el campesino, - "primero me haré un nuevo abrigo. ¿Cree usted que un hombre con tanto dinero en su bolsillo debe ir allí en su viejo abrigo remendado?" -

El comerciante, cuando vio que el campesino no se movería sin otro abrigo, y temiendo que la cólera del Rey se enfriara, y él mismo perdiera su recompensa, y el campesino su castigo, dijo,

- "Porque soy un buen amigo te voy a prestar un nuevo abrigo por un corto tiempo. ¡Qué no hace la gente por amor!" -

El campesino quedó satisfecho y se puso el abrigo del comerciante, y se marchó con él. El Rey reprochó al campesino por lo que el comerciante le dijo que había murmurado de él.

- "¡Ah" -, dijo el campesino, - "lo que un comerciante dice es siempre falso, ninguna palabra verdadera sale alguna vez de su boca! Aquel bribón que está allá hasta es capaz de decir que traigo puesto un abrigo de él." -

- "¿Cómo es eso?" - reclamó el comerciante. - "¿Acaso no es el mío? ¿No te lo he prestado a ti por pura amistad, a fin de que pudieras aparecer ante el Señor Rey?" -

Cuando el Rey oyó eso, dijo,

- "El comerciante ha engañado sin duda a uno o a otro de nosotros, a mí o al campesino," -

y de nuevo ordenó que le fueran dados otros cuantos más.

El campesino, sin embargo, se fue a casa con abrigo bueno y con dinero bueno en su bolsillo, y se dijo,

- "Esta vez lo logré!"

Enseñanza:

Hay especiales ocasiones en que la ingenuidad produce algunos beneficios inesperados.





090-El Huso, la Lanzadera y la Aguja

Había una vez una muchacha cuyo padre y madre murieron mientras ella era todavía una pequeña niña. Absolutamente sola, en una cabaña al final del pueblo, vivía su madrina, que se mantenía económicamente hilando, tejiendo, y cosiendo. La anciana llevó a la niña huérfana a vivir con ella, la tuvo en su trabajo, y la educó en todo lo que estaba bien. Cuando la muchacha tenía quince años, la anciana enfermó, y la llamó a su lado de la cama, y le dijo,

- "Querida hija, siento mi final acercándose. Te dejo a ti esta pequeña casa, que te protegerá del viento y del mal tiempo, y mi huso, lanzadera, y aguja, con los cuales podrás ganarte tu pan." -

Entonces ella puso sus manos en la cabeza de la muchacha, la bendijo, y continuó,

- "Sólo conserva el amor de Dios en tu corazón, y todo irá bien contigo." -

Con eso ella cerró sus ojos, y cuando fue puesta en la tierra, la doncella siguió al ataúd, llorando amargamente, y le dio su última señal de respeto.

Y ahora la doncella vivió completamente sola en la pequeña casa, y era laboriosa y dedicada, tejió, y cosió, y la bendición de la buena anciana estaba en todo lo que ella hacía. Parecía como si el lino en el cuarto aumentaba por sí mismo, y siempre que ella tejía un pedazo de tela o alfombra, o hubiera hecho una camisa, inmediatamente encontraba un comprador que le pagaba ampliamente por ello, de modo que ella no deseaba nada más, y hasta tenía algo para compartir con otros.

Aproximadamente por ese tiempo, el hijo del Rey viajaba a lo largo del país en busca de una novia. Él no debía elegir una pobre, pero no quería tener una rica. Así que él pensó,

- "Deberá ser mi esposa aquella que sea la más pobre, y al mismo tiempo la más rica." -

Cuando él vino al pueblo donde la doncella vivía, él preguntó, como lo hacía siempre dondequiera que él fuera, quién era la más rica y también la muchacha más pobre en el lugar. Primero le nombraron a la más rica; y la más pobre, dijeron, era la muchacha que vivía en la cabaña completamente al final del pueblo.

La muchacha rica estaba sentada en todo su esplendor al frente de la puerta de su casa, y cuando el príncipe se acercó, ella se levantó, y fue a su encuentro haciendo una cortés reverencia. Él la miró, no dijo nada, y siguió en su caballo. Cuando él llegó a la casa de la muchacha pobre, ella no estaba de pie en la puerta, sino sentada en su pequeño cuarto.

Él paró su caballo, y vio por la ventana, la cual el brillante sol alumbraba, a la muchacha sentada en su rueca, afanosamente hilando. Ella alzó la vista, y cuando vio que el príncipe la miraba, ella se sonrojó en toda su faz, bajó sus ojos, y continuó hilando. No sé si, sólo en aquel momento, el hilo iba correctamente parejo; pero ella continuó hilando hasta que el hijo del Rey se hubo marchado. Entonces ella fue a la ventana, la abrió, y dijo,



- "Está tan caliente este cuarto!" -

pero ella todavía lo miraba mientras podía distinguir las plumas blancas en su sombrero. Entonces se sentó para trabajar otra vez en su cuarto y siguió con su hilado, y un estribillo que la anciana a menudo repetía cuando ella se sentaba en su trabajo, entró en su mente, y ella cantó estas palabras para sí misma,

- "Huso, mi huso, apúrate, apúrate mucho,
Y tráeme aquí a mi casa al pretendiente, te lo ruego." -

¿Y qué piensa usted que sucedió? En un instante el huso saltó de su mano, y salió por la puerta, y cuando, en su asombro, ella se levantó y miró hacia el huso, vio que bailaba alegremente en la calle, y llevaba un brillante hilo de oro detrás de él. En pocos momentos, había desaparecido completamente de su vista. Como ella no tenía ahora ningún huso, tomó la lanzadera del tejedor en su mano, se sentó en su telar, y comenzó a tejer. El huso, sin embargo, bailó continuamente hacia adelante, y justo cuando el hilo llegaba a su final, alcanzó al príncipe.

- "¿Qué veo?" - gritó el príncipe; - "¡el huso seguramente quiere mostrarme el camino!" -

Dio media vuelta a su caballo, y lo dirigió a lo largo del hilo de oro. La muchacha seguía sentada en su trabajo cantando,

- "Lanzadera, mi lanzadera, teje bien este día,
Y guía al pretendiente hacia mí, te lo ruego." -

Inmediatamente la lanzadera saltó de su mano y salió por la puerta. Antes del umbral de la casa, sin embargo, la lanzadera comenzó a tejer una alfombra que era la más hermosa que ojos de hombre hubieran contemplado aún alguna vez. Lirios y rosas florecían a ambos lados de la alfombra, y en un espacio de oro en el centro, ramas verdes subían, bajo las cuales saltaban liebres y conejos, venados y ciervos estiraban sus cabezas entre

ellos, aves alegres de colores se sentaban sobre las ramas; y no carecían de nada, excepto de su bello canto. La lanzadera saltaba para acá y para allá, y todo parecía crecer por su propia voluntad. Como la lanzadera se había escapado, la muchacha se sentó a coser. Ella sostuvo la aguja en su mano y cantó,

- "Aguja, mi aguja, puntiaguda y fina,
Alista esta mi casa para un pretendiente." -

Entonces la aguja saltó de sus dedos, y voló hacia todas partes sobre el cuarto tan rápido como el relámpago. Era justo como si espíritus invisibles trabajaran; se cubrieron mesas y bancos con tela verde en un instante, y las sillas con terciopelo, y se colgaron en las ventanas cortinas de seda. Apenas había terminado la aguja la última puntada cuando la doncella vio por la ventana las plumas blancas del príncipe, a quien el huso había traído allí por medio del hilo de oro.

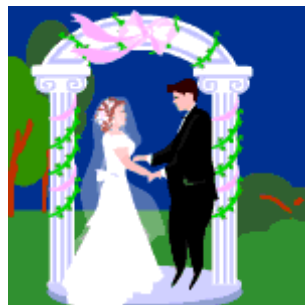
Él bajó, pasó por encima de la alfombra y entró en la casa, y cuando entró en el cuarto, allí estaba la doncella en sus pobres ropas, pero ella brillaba dentro de ellas como una rosa rodeada por hojas.

- "Tú eres la más pobre y también la más rica," - le dijo él. - "Ven conmigo, tienes que ser mi novia." -

Ella no habló, pero le dio su mano. Entonces él le dio un beso, la condujo adelante, la montó en su caballo, y la llevó al castillo real, donde la boda fue solemnizada con la gran alegría. El huso, la lanzadera, y la aguja fueron conservados en la cámara del tesoro, y cuidados con gran honor.

Enseñanza:

El trabajo cuando es realizado con dedicación, amor y responsabilidad, siempre produce enormes beneficios y bendiciones, y es la mayor riqueza con que se puede contar.



091-La Mesa de Deseos, el Asno de Oro y la Porra en el Saco



Érase una vez un sastre que tenía tres hijos, y sólo una cabra. Pero como la cabra los soportaba a todos con su leche, estaban obligados a tenerle buen alimento, y ser llevada cada día a pastorear. Los hijos, por lo tanto, se turnaban para hacerlo. Una vez el mayor la llevó al cementerio, donde podían ser encontradas las las hierbas más finas, y la dejó comer y correr allí.

Por la noche cuando ya era hora de irse a casa él preguntó,

- "Cabra, ¿has tenido suficiente?" -

La cabra contestó,

- "He comido tanto,
¡Ni una hoja más tocaré, meh! ¡meh!" -

- "Ven a casa, entonces," - dijo el joven, y puso la cuerda alrededor de su cuello, la condujo al establo, la amarró bien, y subió a la casa.

- "Bien" -, dijo el viejo sastre, - "¿Ha tenido la cabra tanto alimento como ella debería?" -

- "Ah sí," - contestó el hijo, - "ella ha comido tanto, que ni una hoja más tocará." -

Pero el padre deseó convencerse por él mismo, y bajó al establo, acarició al querido animal y preguntó,

- "Cabra, ¿quedaste satisfecha?"

La cabra contestó,

- "¿Cómo podría haber quedado satisfecha?
Entre las tumbas salté,
¡Y no encontré ningún alimento. Que mal que me fue!, ¡meh! ¡meh!" -

- "¿Qué oigo?" - gritó el sastre, y corrió arriba y dijo al joven,

- "Hey, tú, mentiroso: ¡dijiste que la cabra había comido bastante, pero la dejaste hambrienta!" - y en su cólera, con su vara de medir, le dio una fuerte reprimenda.

Al día siguiente era el turno del segundo hijo, que buscó un lugar en la cerca del jardín, donde solamente buenas hierbas crecían, y la cabra las limpió a todas ellas. Por la noche, cuándo él quiso regresar a casa, preguntó,

"Cabra, ¿estás satisfecha?"-

La cabra contestó,

"He comido tanto,
¡Ni una hoja más tocaré, meh! ¡meh! "-

"Vamos a casa, entonces,"- dijo el joven, y la condujo de regreso, la amarró en el establo y subió a la casa.

"Bien"-, dijo el viejo sastre, "-¿Tuvo la cabra tanto alimento como ella debería?"-

"Ah sí,"- contestó el hijo, "-ella ha comido tanto, que ni una hoja más tocará."-

El sastre no confió en lo dicho, y bajó al establo y dijo,

"Cabra, ¿quedaste satisfecha?"-

La cabra contestó,

"¿Cómo podría haber quedado satisfecha?
Entre las tumbas salté,
¡Y no encontré ningún alimento. Que mal que me fue!, ¡ meh! ¡meh! "-

"¡Desgraciado ateo!" gritó el sastre, "-dejar con hambre a un animal tan bueno,"- y corrió hacia arriba y con su regla de medir le dio su castigo al muchacho.

Luego tocó el turno al tercer hijo, que quiso hacer todo bien, y buscó algunos arbustos con las hojas más finas, y dejó a la cabra devorarlos. Al final, cuándo él quiso irse a casa, preguntó,

"Cabra, ¿has tenido suficiente?"-

La cabra contestó,

- "He comido tanto,
¡Ni una hoja más tocaré, meh! ¡meh! "-

"Vamos a casa, entonces,"- dijo el joven, y la condujo al establo, la amarró, y subió a la casa.

"Bien"-, dijo el viejo sastre, "-¿Tuvo la cabra tanto alimento como ella debería?"-

- "Ah sí,"- contestó el hijo, - "ella ha comido tanto, que ni una hoja más tocará."

El sastre no confió en lo dicho, y bajó al establo y dijo,

- "Cabra, ¿quedaste satisfecha?"-

La cabra contestó,

- "¿Cómo podría haber quedado satisfecha?

Entre las tumbas salté,

¡Y no encontré ningún alimento. Que mal que me fue!, ¡ meh! ¡meh! "-

- "¡Ah, montón de mentirosos!"- gritó el sastre, "¡cada uno tan malo y despistado de su deber como el otro! Ustedes no van a hacer un idiota de mí."-

y completamente fuera de sí con la cólera, corrió arriba y con su vara de medir castigó al pobre joven tan enérgicamente que éste también huyó rápidamente de la casa. El viejo sastre quedó ahora solo con su cabra.

A la mañana siguiente él bajó al establo, acarició a la cabra y dijo,

- "Ven, mi querido pequeño animal, te llevaré a alimentarte."

Él la tomó por la cuerda y la condujo a setos verdes, y a yerbas silvestres, y a todo lo que a las cabras más les gusta comer.

- "Allí por fin podrás comer lo que alegra a tu corazón,"- dijo él a ella, y la dejó pastorear hasta el fin de la tarde. Entonces él le preguntó,

- "Cabra, ¿has tenido suficiente?"-

La cabra contestó,

- "He comido tanto,
¡Ni una hoja más tocaré, meh! ¡meh! "-

- "Vamos a casa, entonces,"- dijo el sastre, y la condujo al establo, y la ató fuertemente.

Cuándo él se marchaba, dio media vuelta y dijo,

- "Bien, ¿quedaste satisfecha por fin?"

Pero la cabra no se comportó mejor con él, y gritó,

-¿Cómo podría haber quedado satisfecha?

Entre las tumbas salté,

¡Y no encontré ningún alimento. Que mal que me fue!, ¡ meh! ¡meh! "-

Cuando el sastre oyó eso, quedó impresionado, y vio claramente que él había ahuyentado a sus tres hijos sin razón.

-"Espera tú, criatura ingrata,"- gritó él, -"no es bastante con castigarte fuertemente con mi vara de medir; te marcaré de modo que no te atreverás a mostrarte tú misma entre sastres honestos."-

Rápidamente corrió hacia arriba, trajo su navaja de afeitar, enjabonó la cabeza de la cabra, y la afeitó tan limpia como la palma de su mano. Y como la regla de medir habría sido demasiado suave para ella, trajo el látigo, y le dio tales azotes que ella se escapó con violenta prisa.

Cuando el sastre quedó completamente solo en su casa, cayó en una gran pena, y habría tenido de buena gana a sus hijos otra vez, pero nadie sabía adonde se habían ido.

El mayor se había puesto como aprendiz con un carpintero, y había aprendido laboriosa e infatigablemente, y cuando llegó el momento para retirarse, su maestro le regaló una pequeña mesa que no tenía ningún aspecto particular, y estaba hecha de madera común, pero que tenía una propiedad muy buena: si alguien la armaba, y decía,

-"Mesita, extiéndete tú misma,"- la pequeña mesa se cubría inmediatamente de un pequeño mantel limpio, y un plato aparecía allí, y un cuchillo y tenedor al lado, y platos con carnes hervidas y asadas, tantos como hubiera espacio, y un gran vaso de vino rojo brillante de modo que ponía al corazón contento.

El joven artesano pensó para sí,

-"Con esto tendrás suficiente para toda tu vida,"- y fue alegremente por el mundo y nunca se preocupó en absoluto si una posada era buena o mala, o si algo se encontraría en ella o no.

Cuando esto lo satisfizo completamente, él no volvió a entrar a comer en una posada en absoluto, sino que ya fuera en una foresta, una llanura, un prado, o dondequiera que él se encontrara, él llevaba su pequeña mesa en su espalda, la colocaba al frente, y decía,

-"Mesita, extiéndete tú misma,"- y luego todo aparecía tal como su corazón deseaba.

Al cabo del tiempo, pensó en volver donde su padre, cuya cólera estaría apaciguada ahora, y quién lo recibiría con mucho gusto ahora con su mesa de deseos.

Sucedió que en su camino a casa, llegó una tarde a una posada que estaba llena de huéspedes. Ellos lo recibieron con bienvenida, y lo invitaron a sentarse y comer con ellos, pues de otra forma él tendría dificultad en la adquisición de algo.

- "No, gracias"-, contestó el carpintero, - "no tomaré los pocos bocados de ustedes; más bien, ustedes serán mis invitados."-

Ellos se rieron, y pensaron que él bromeaba; sin embargo, él colocó su mesa de madera en medio del cuarto, y dijo,

- "Mesita, extiéndete tú misma,"-

Al instante quedó cubierta de alimentos, tan buenos que el anfitrión nunca habría podido conseguirlos, y el olor de aquello subía agradablemente por las fosas nasales de los invitados.

- "Acérquense, queridos amigos,"- dijo el carpintero.

Y cuando los invitados comprendieron lo que él quiso decir, no tuvieron que esperar a una segunda llamada y se acercaron, sacaron sus cuchillos y atacaron la comida valientemente. Y lo que más los sorprendió era que cuando un plato se vaciaba, al instante otro tomaba su lugar por sí solo.

El posadero estuvo de pie en una esquina y miraba el asunto; él no sabía nada que decir, pero pensaba para sí mismo,

- "Tú fácilmente podrás encontrar un buen uso para un cocinero como éste en tu cocina."-

El carpintero y sus compañeros pasaron alegremente hasta bien entrada la noche, cuando al fin fueron a dormir, y el joven aprendiz también se fue a la cama, y puso su mesa mágica contra la pared.

Y en cuanto al anfitrión, sin embargo, sus pensamientos, no lo dejaban tener ningún descanso; en esto recordó que había una pequeña vieja mesa en su trastera que se veía justo como la del aprendiz y entonces la sacó suavemente, y sigilosamente la cambió por la mesa de deseos.



A la mañana siguiente, el carpintero pagó por su cama, tomó la mesa, sin pensar nunca que era una falsa, y siguió por su camino. Al mediodía alcanzó a su padre, que lo recibió con gran alegría.

- "Bien, mi querido hijo, ¿qué has aprendido?"- preguntó.

- "Padre, me he hecho un carpintero."- respondió.

- "Muy buen oficio," - contestó el anciano; - "¿pero qué has traído contigo de tu aprendizaje?" -

- "Padre, la mejor cosa que he traído conmigo es esta pequeña mesa." -

El sastre la inspeccionó por todos los lados y dijo,

- "Tú no has hecho ninguna obra maestra con ella; esta es una vieja mesa mala." -

- "Pero es una mesa que se pone sola," - contestó el hijo. - "Cuando lo dispongo, y le ordeno cubrirse, los platos más hermosos se presentan en ella, y un vino también, que alegra el corazón. Sólo invite a todos nuestros familiares y amigos, ellos se refrescarán y se divertirán de una vez, ya que la mesa dará a todos lo que requieran." -

Cuando el grupo estuvo reunido, él puso su mesa en medio del cuarto y dijo,

- "Mesita, extiéndete tú misma," - pero la pequeña mesa no se meneó para nada, y permaneció tan desnuda como cualquier otra mesa que no entendía la lengua.

Entonces el pobre aprendiz se dio cuenta de que su mesa había sido cambiada, y estaba avergonzado de tener que estar de pie allí como un mentiroso. Los familiares, sin embargo, se burlaron de él, y se vieron obligados a irse a casa sin haber comido o bebido. El padre sacó sus telas otra vez, y continuó con su sastrería, y el hijo fue a donde un maestro carpintero.

El segundo hijo había ido donde un molinero y se había colocado como aprendiz. Cuando su período había terminado, el maestro le dijo,

- "Como te has conducido tan bien, te voy a dar un asno de una clase peculiar, que ni jala carros, ni carga sacos." -

- "¿Y entonces, cuál es su función?" - preguntó el joven aprendiz.

- "Él tira monedas de oro por su boca," - contestó el molinero. - "Si lo sientas en una tela y le dices 'Bricklebrit', el buen animal dejará caer piezas de oro para ti." -

- "Definitivamente es algo muy fino," - dijo el aprendiz, y agradeció al maestro, y partió a recorrer mundo.

Cuando él tenía necesidad de oro, sólo tenía que decir "Bricklebrit" a su asno, y las piezas de oro llovían de su boca, y no tenía nada más que hacer, sino recogerlas. Y dondequiera que iba, lo mejor que encontraba estaba bastante bien para él, y el más apreciado aún mejor, ya que tenía siempre un monedero lleno. Cuando ya había recorrido bastante alrededor del mundo durante algún tiempo, pensó,

- "Debería ir de nuevo donde mi padre; si llego donde él con el asno de oro, de seguro olvidará su cólera, y me recibirá bien." -

Sucedió que llegó a pasar a la misma posada donde le cambiaron la mesa a su hermano. Él condujo a su asno por la brida, y el anfitrión estuvo a punto de tomar al animal y amarrarlo, pero el joven aprendiz dijo,

- "No se preocupe, yo mismo llevaré a mi caballo gris al establo, y lo ataré, ya que debo saber donde quedará." -

Esto le sonó raro al anfitrión, y pensó que un hombre que tenía que cuidar de su asno él mismo, no podía tener mucho dinero para gastar; pero cuando el forastero puso su mano en el bolsillo y sacó dos monedas de oro, y le pidió que le proporcionara algo bueno para él, el anfitrión abrió sus amplios ojos, y corrió a buscar lo mejor que podía conseguir. Después de la comida el invitado preguntó cuánto debía. El anfitrión no vio por qué no doblar el cálculo, y le dijo al aprendiz que debía dos monedas más de oro. Él tocó su bolsillo, pero no había oro.

- "Espere un instante, señor anfitrión," - dijo él, - "iré y traeré el dinero," - pero él se llevó el mantel consigo.

El anfitrión no podía imaginarse lo que eso podría significar, y siendo curioso, siguió detrás del joven, y cuando el invitado echó el cerrojo sobre la puerta del establo, él miró a hurtadillas por un agujero que había en un nudo en la madera.

El forastero extendió el mantel debajo del animal y gritó, - "Bricklebrit" -, e inmediatamente la bestia comenzó a soltar piezas de oro, de modo que sonoramente caían a tierra.

- "¡Qué maravilla!" - dijo el anfitrión, - "¡Los ducados son rápidamente acuñados allí! ¡Un monedero así no está nada mal." -

El invitado pagó su cuenta y se acostó, pero por la noche el anfitrión fue abajo al establo, sacó al asno portentoso, y amarró otro normal en su lugar.

Temprano en la mañana siguiente, el aprendiz emprendió el viaje con el asno, pensando que llevaba su asno de oro. Al mediodía alcanzó a su padre, que se alegró de verlo otra vez, y de buena gana lo recibió.

- "¿Qué ha sido de tí, hijo mío?" - preguntó el anciano.

- "Soy molinero," - querido padre, contestó.

- "¿Y qué has traído de regreso de tus viajes?" - preguntó el padre.

- "Solamente un asno." - respondió.

- "Hay bastantes asnos por aquí,"- dijo el padre, - "me hubiera gustado haber tenido una buena cabra."-

- "Sí,"- contestó el hijo, - "pero este no es ningún asno común, sino un asno de oro, cuando digo 'Bricklebrit', la buena bestia abre su boca y deja caer muchas piezas de oro. Sólo llama a todos nuestros familiares aquí, y los haré gente rica."-

- "Eso me parece bien,"- dijo el sastre, - "para entonces no tendré ninguna necesidad de atormentarme más tiempo con la aguja,"- y salió corriendo a convocar a los familiares.

Tan pronto como estuvieron reunidos, el molinero les pidió hacer campo, extendió una tela, y trajo al asno al cuarto.

- "Ahora observen,"- dijo él, y gritó, - "Bricklebrit"-, pero ninguna pieza de oro cayó, y estaba claro que el animal no sabía nada del arte, pues no es cualquier asno que alcanza tal perfección.

Entonces el pobre molinero quedó con una cara larga, dándose cuenta que fue engañado y robado, y pidió perdón a los parientes, que se fueron a casa tan pobres como vinieron. No había nada más que hacer y el anciano tuvo que encaminarse a su aguja una vez más, y el joven se empleó con un molinero.

El tercer hermano se había puesto como aprendiz de un tornero, y como la mano de obra es más calificada, fue más largo su aprendizaje. Sus hermanos, sin embargo, le dijeron en una carta cuan mal habían salido las cosas con ellos, y como el posadero los había engañado y robado de sus regalos de deseos hermosos durante la estadía en la noche anterior a la llegada a su casa.

Cuando el tornero terminó su aprendizaje, le llegó el momento de partir. Como él se había comportado tan bien, su maestro le regaló un saco y le dijo,

- "Hay una porra dentro de él"-

- "Puedo dejarla dentro del saco,"- dijo él, - "y podría servirme, pero ¿por qué debería la porra estar adentro? Sólo lo hace más pesado."-

- "Te diré por qué,"- contestó el maestro; - "si alguien ha hecho algo malo para perjudicarte, sólo di, - '¡Porra, sal del saco!' - y la porra saltará adelante entre la gente malvada, y golpeará de tal manera en sus espaldas que ellos no serán capaces de moverse durante una semana, y ella no parará hasta que tú digas, - '¡Porra, entra en el saco!' "-

El aprendiz le agradeció, y puso el saco sobre su espalda, y cuando alguien venía cerca de él con intenciones de atacarlo, él decía, "¡Porra, sal del saco!" y al instante la porra saltaba, y golpeaba sobre el abrigo o la chaqueta de uno tras otro en sus espaldas, y nunca paraba hasta que él lo ordenara, y todo era tan rápido, que antes de que alguien fuera consciente, ya él se había alejado. Por la tarde el joven tornero llegó a la posada donde sus hermanos habían sido engañados y robados.

Él puso su saco en la mesa al frente de él, y comenzó la conversación de todas las maravillosas cosas que él había visto en el mundo.

- "Sí"-, dijo él, - "la gente puede encontrar fácilmente una mesa que se cubriría sola, un asno que bota piezas de oro, y mucha otras cosas de ese tipo - cosas muy buenas que de ningún modo se desprecian - pero esos no son nada en comparación con el tesoro que he ganado para mí, y llevo conmigo en este mi saco"-

El posadero afinó sus oídos,

- "¿Qué en el mundo podría que ser?"- pensó él; - "El saco debe estar lleno de joyas; yo debería conseguirlo barato también, ya que todas las cosas buenas entran en grupos de tres."-

Cuando llegó la hora para el sueño, el invitado se estiró en el banco, y puso su saco bajo su cabeza como una almohada. Cuando el posadero pensó que su invitado estaba en su sueño profundo, él fue y empujó y tiró suavemente con cuidado el saco para ver si podría apartarlo y poner otro en su lugar.

El tornero había estado esperando este momento durante mucho tiempo, y ahora como el posadero estaba a punto de dar un tirón final, él gritó, "¡Porra, sal del saco!" Y al instante la pequeña porra salió, y cayó en el posadero y le dio una gran paliza.

El anfitrión pedía piedad; pero cuan más alto gritaba, tanto más pesadamente la porra le golpeaba sobre su espalda, hasta que al fin cayó a la tierra agotado. Entonces el tornero dijo,

- "Si usted no devuelve la mesa que se cubre, y el asno de oro, el golpeteo comenzará de nuevo."-

- "¡Ay, no!,"- gritó el anfitrión, completamente humilde, - "¡Devolveré de buena gana todo, sólo regresa la maldita porra de nuevo al saco!"-

Entonces dijo el aprendiz,

- "¡Dejaré que la piedad tome el lugar de la justicia, pero cuídese de no volver a engañar y robar otra vez!"-

Entonces él gritó, "¡Porra, entra en el saco!" y se guardó.

A la mañana siguiente el tornero llegó a casa de su padre con la mesa de deseos, y el asno de oro. El sastre se alegró cuando él lo vio una vez más, y le preguntó igualmente lo que él había aprendido en el extranjero.

- "Querido padre,"- dijo él, - "me he hecho un tornero."-

- "Un oficio experto,"- dijo el padre. - "¿Y qué traes al regreso de tus viajes?"-

- "Una cosa preciosa, querido padre,"- contestó el hijo, -"una porra en el saco."-

-";Qué!"- gritó el padre, -";Una porra! ¡Ese es tu mayor problema, en efecto! Si vas a cortar un árbol, primero te cortas tú."-

-"Pero este no es el caso, querido padre. Si digo, '¡Porra, sal del saco!' la porra sale del saco y se dirige a quien me hace algún mal y no para hasta que caiga a tierra y pida perdón. Mira, con esta porra recuperé la mesa de deseos y el asno de oro que el posadero ladrón se llevó de mis hermanos. Ahora envía por ellos e invita de nuevo a todos nuestros parientes. Tendrán bastante para comer y beber, y además llenarán sus bolsillos de oro."-

El viejo sastre no creía completamente, pero sin embargo consiguió reunir a los parientes. Entonces el tornero extendió una tela en el cuarto y condujo al asno de oro, y dijo a su hermano,

-"Ahora, querido hermano, háblale."-

El molinero dijo, "Bricklebrit," y al instante piezas de oro cayeron sobre la tela como una ducha de truenos, y el asno no paró hasta que cada uno de ellos tuvo tanto que no podía llevar más. (Puedo ver en tu cara que a tí también te hubiera gustado estar allí.) Entonces el tornero trajo la pequeña mesa, y dijo,

-"Ahora querido hermano, háblale."-

Y apenas dijo el carpintero, "Mesita, extiéndete tú misma," ella se entendió ampliamente cubierta de los platos más exquisitos. Entonces una exquisita cena tuvo lugar como nunca el buen sastre había visto en su casa, y todo el grupo de parientes se quedó hasta tarde en la noche, y todos pasaron alegres y contentos. El sastre guardó definitivamente sus telas, agujas e hilos, la regla de medidas y demás utensilios en un baúl, y vivió con sus tres hijos lleno de alegría y esplendor.

¿Pero qué sucedió, sin embargo, con la cabra, quién era la culpable de que el sastre castigara a sus tres hijos? Ya te lo diré. Ella estaba avergonzada por tener una cabeza calva, y corrió al agujero de un zorro y se arrastró dentro de él. Cuando el zorro vino a casa, vio a dos grandes ojos que brillaban en la oscuridad, y aterrorizado huyó. Un oso lo encontró, y como el zorro pareció completamente molesto, preguntó,

-";¿Qué te sucede, hermano zorro, por qué esa cara?"-

-"Ay"-, contestó el zorro, -"una bestia feroz está en mi cueva y me contempló con sus ojos encendidos."-

-"Lo sacaremos de ahí pronto,"- dijo el oso, y fue con él a la cueva y miró hacia adentro, pero cuando él vio los ojos brillantes, el miedo lo dominó igualmente; no quería nada que ver con la bestia furiosa, y corrió desesperado.

Una abeja lo encontró, y cuando lo vio tan molesto, ella le dijo,

- "Oso, tienes realmente una cara muy lamentable; ¿qué ha pasado con toda tu alegría?"

- "Es muy fácil para ti decirlo," - contestó el oso, - "una bestia furiosa con ojos que miran fijamente está en la casa del zorro, y no podemos sacarlo." -

La abeja dijo,

- "Te compadezco oso, soy una criatura débil y pobre para que te molestes en volverme a ver, pero de todos modos, creo, te puedo ayudar." -

Ella voló a la cueva del zorro, se posó suavemente en la cabeza esquilada de la cabra, y la picó tan violentamente, que ella saltó gritando "Meh, meh," y corrió afuera por el mundo como loca, y a esta hora nadie sabe adonde se ha ido.

Enseñanza:

Gran bendición es cuando los hermanos se ayudan entre sí.





092-Historias Sobre Serpientes

Primera historia.

Había una vez una pequeña niña cuya madre le daba cada tarde un pequeño tazón de leche y pan, y la niña se sentaba en el jardín con el tazón. Sin embargo, cuando ella comenzaba a comer, una serpiente llegaba arrastrándose desde una grieta en la pared, bajaba su pequeña cabeza en el plato, y tomaba la leche con ella. La niña sentía placer con ello, y cuando se sentaba allí con su pequeño plato y la serpiente no venía inmediatamente, gritaba,

"Serpiente, serpiente, ven rápidamente
ven aquí, tú, cosa diminuta,
tendrás tus migas de pan,
te refrescarás con la leche. "

Entonces la serpiente venía con prisa, y disfrutaba de su alimento. Además la serpiente mostraba gratitud, ya que le traía a la niña toda clase de cosas bonitas de sus tesoros escondidos, piedras brillantes, perlas, y juguetes de oro. La serpiente, sin embargo, sólo bebía la leche, y dejaba las migas de pan en paz. Entonces un día la niña tomó su pequeña cuchara y golpeó a la serpiente cariñosamente en su cabeza con ella, y le dijo,

-"Come las migas también, pequeñita."-

La madre, que estaba de pie en la cocina, oyó a la niña dirigirse a alguien, y cuando ella vio que golpeaba a una serpiente con su cuchara, salió corriendo con un tronco de madera, y mató a la pequeña buena criatura.

A partir de aquel momento, un cambio llegó sobre la niña. Mientras la serpiente había comido con ella, se había puesto alta y fuerte, pero ahora perdió sus mejillas bastante sonrosadas y se consumió. En poco tiempo el ave que presagia entierros comenzó a gritar por la noche, y el petirrojo a coleccionar pequeñas ramas para hacer una guirnalda de funeral, y poco después la niña ya estaba en su féretro.

Segunda Historia.

Una niña huérfana se sentó en las paredes de la ciudad a hilar, cuando vio a una serpiente salir de un agujero abajo en la pared. Rápidamente ella extendió al lado de ésta, uno de los pañuelos de seda azules por los que las serpientes tienen un gusto tan fuerte, y que son las únicas cosas sobre las que ellas se arrastrarían. Tan pronto como la serpiente lo vio, retrocedió, y luego volvió, trayendo consigo una pequeña corona de oro, la puso en el pañuelo, y luego se marchó otra vez.

La muchacha tomó la corona, brillaba mucho y era una artesanía muy fina de oro delicado. Al poco rato la serpiente volvió por segunda vez, pero cuando ya no vio la corona, subió sigilosamente a la pared, y en su pena golpeó su pequeña cabeza contra el muro mientras tuvo la fuerza para hacerlo, hasta que por fin cayó muerta. Si la muchacha hubiera dejado la corona donde estaba, la serpiente seguramente habría traído todavía más de sus tesoros del agujero.

Tercera Historia.

Una serpiente grita,

- "Huhu, huhu." -

Un niño dice,

- "Sal." -

La serpiente sale, entonces el niño pregunta acerca de su pequeña hermana:

- "¿No has visto a la pequeña Medias Rojas?" -

La serpiente dice,

- "No, yo tampoco. Entonces me parezco a usted. Huhu, huhu, huhu." -

Enseñanza:

Cuando recibimos desilusiones debemos tener fortaleza para no caer en actuaciones que nos pueden causar daños mayores.





093-La Joven sin Manos

Un cierto molinero había caído poco a poco en la pobreza, y no tenía nada más, excepto su molino y un manzano grande, atrás en el patio. Una vez, cuándo había entrado al bosque para traer madera, un anciano que nunca había visto antes se acercó hasta él, y le dijo,

- "¿Por qué te molestas cortando madera?, te haré rico, si me prometes darme lo que está de pie detrás de tu molino." -

- "¿Qué puede ser sino sólo mi manzano?" - pensó el molinero, y dijo, - "Sí," - y dio la promesa por escrito al forastero.

El anciano, sin embargo, se rió en tono burlón y dijo,

- "Cuando hayan pasado tres años, vendré y me llevaré lo que me pertenece," - y se fue.

Cuándo el molinero llegó a casa, su esposa vino para encontrarlo y le dijo, - "Dime, ¿de donde viene esta riqueza repentina en nuestra casa? De repente cada caja y baúl estuvieron llenos de monedas y joyas; nadie las hizo llegar, y no sé como pasó." -

Él contestó,

- "Esto viene de un forastero que me encontró en el bosque, y me prometió el gran tesoro. A cambio, le he prometido lo que está de pie detrás del molino; podemos muy bien darle el manzano grande" -

- "¡Ay, marido!", - dijo la esposa aterrorizada, - "¡ese debe haber sido el diablo! Él no quiso decir el manzano, sino nuestra hija, que estaba de pie detrás del molino limpiando el jardín."

La hija del molinero era una muchacha hermosa, piadosa, y sobrevivió los tres años en el amor a Dios y sin pecado. Cuando el tiempo se cumplió, y vino el día cuando el malvado debía llevarla, ella se lavó quedando bien limpia, e hizo un círculo alrededor de ella con tiza. El diablo apareció bien temprano, pero él no podía acercársele. Furiosamente, le dijo al molinero,

- "Aleja toda agua de ella, de modo que no pueda ser capaz de lavarse ella misma, porque de lo contrario entonces no tengo ningún poder sobre ella." -

El molinero tuvo miedo, y lo hizo así. A la mañana siguiente, el diablo vino otra vez, pero ella había llorado en sus manos, y estaban completamente limpias. Otra vez él no podía acercarse a ella, y furiosamente dijo al molinero,

- "Córtale sus manos, porque no puedo acercarme a ella." -

El molinero quedó impresionado y contestó,

- "¿Cómo podría yo cortar las manos a mi propia hija?" -

Entonces el malvado lo amenazó y dijo,

- "Si tú no lo haces, tú serás mío y te llevaré." -

El padre se alarmó, y prometió obedecerle. Entonces él fue donde muchacha y le dijo,

- "Hija mía, si no te corto las manos, el diablo me llevará, y como estaba aterrorizado, le he prometido hacerlo. Ayúdame en mi necesidad, y perdóname el daño que te hago." -

Ella contestó,

- "Querido padre, haz conmigo lo que necesites, yo soy tu hija." -

Con eso ella posó ambas sus manos, y le fueron cortadas. El diablo vino por tercera vez, pero ella había llorado tanto tiempo y tanto en los tocones, que después de todo ellos estaban completamente limpios. Entonces él tuvo que darse por vencido, y había perdido todo poder sobre ella.

El molinero le dijo entonces a su hija,

- "He recibido por medio de ti tan grandes riquezas, que cuidaré de ti lo más delicadamente mientras vivas." -

Pero ella contestó,

- "Aquí no puedo quedarme, iré afuera, y gente compadecida me dará tanto como requiera." -

Entonces ella hizo que sus brazos mutilados fueran ligados a su espalda, y a la salida del sol salió a su camino, y anduvo el día entero hasta que la noche se acercó.

Ella llegó a un jardín real, y con el brillar de la luna vio que los árboles estaban cubiertos de frutas hermosas creciendo en ellos, pero no podía entrar pues había mucha agua

alrededor. Y como había andado el día entero y no había comido ni un bocado, y el hambre la atormentaba, pensó,

- "Ah, si yo estuviera adentro, podría comer de las frutas, o si no moriré de hambre!" -

Entonces ella se arrodilló, llamó a Dios el Señor, y rezó. Y de repente un ángel vino hacia ella, quien hizo una presa en el agua, de modo que el foso quedó seco y ella pudo atravesarlo.

Y así entró en el jardín y el ángel fue con ella. Ahí vio un árbol cubierto de peras hermosas, pero la cantidad de frutas habían sido contadas para el Rey. Entonces se acercó al árbol, y para saciar su hambre, comió con su boca una, pero no más. El jardinero miraba; pero como el ángel estaba presente, él tuvo miedo y pensó que la doncella era un espíritu, y se quedó en silencio, tampoco se atrevía a lanzar un grito, o hablarle al supuesto espíritu. Cuando ella terminó de comer la pera y se sintió satisfecha, se ocultó entre los arbustos.

El Rey a quien el jardín pertenecía, bajó a la mañana siguiente, y contó las frutas, y vio que faltaba una de las peras, y preguntó al jardinero qué había pasado, ya que la pera tampoco estaba bajo el árbol, y no se veía. Entonces contestó el jardinero,

- "Anoche, un espíritu entró, quién no tenía ninguna de las manos, y comió de una de las peras con su boca." -

El Rey preguntó,

- "¿Cómo pasó el espíritu sobre el agua, y a donde se fue después de que había comido la pera?" -

El jardinero contestó,

- "Alguien que venía con una ropa blanca como la nieve del cielo hizo una presa, y contuvo al agua, y el espíritu pudo pasar por el foso. Y como debe haber sido un ángel, tuve miedo, y no hice ninguna pregunta, y no lancé ni un grito. Cuando el espíritu había comido la pera, él se fue." -

El Rey dijo,

- "Si todo es como tu dices, yo vigilaré contigo esta noche." -

Cuando se puso oscuro el Rey entró en el jardín y trajo a un sacerdote con él, que debía hablar al espíritu. Los tres se sentaron bajo el árbol y esperaron. A medianoche la doncella vino arrastrándose desde la espesura, fue al árbol, y otra vez comió una pera con su boca, y al lado de ella estaba el ángel en ropas blancas. Entonces el sacerdote les salió y dijo,

- "¿Vienes tú del cielo o de la tierra? ¿Eres un espíritu, o un ser humano?" -

Ella contestó,

- "No soy ningún espíritu, sino una mortal infeliz abandonada por todos excepto por Dios." -



El Rey dijo,

- "Si has sido abandonada por todo el mundo, yo no te abandonaré." -

Él la llevó consigo a su palacio real, y como ella era tan hermosa y buena, él la amó con todo su corazón y mandó a hacer manos de plata para ella, y la tomó como su esposa. Después de un año el Rey tuvo que partir, entonces le encomendó a su madre el cuidado de la joven Reina y dijo,

- "Si tiene que tomar cama, toma cuidado de ella, atiéndela bien, y cuéntame al respecto inmediatamente en una carta." -

Poco después ella dio a luz a un lindo niño. Entonces la vieja madre se dio prisa en escribirle y anunciarle las felices noticias. Pero el mensajero descansó en un arroyo por el camino, y como estaba tan cansado por la gran distancia, se durmió. Entonces vino el Diablo, que siempre procuraba herir a la Reina buena, y cambió la carta por otra, en el cual escribió que la Reina había traído un monstruo al mundo.

Cuando el Rey leyó la carta quedó impresionado y muy preocupado, pero él escribió en la respuesta que ellos debían tomar gran cuidado por la Reina y cuidarla bien hasta su llegada. El mensajero volvió con la carta, pero descansó en el mismo lugar y otra vez se durmió. Entonces vino el Diablo una vez más, y puso una carta diferente en su bolsillo, en el cual fue escrito que ellos debían matar a la Reina y su niño. La vieja madre fue terriblemente impresionada cuando recibió la carta, y no podía creerlo.

Ella contestó otra vez al Rey, pero no recibió ninguna otra respuesta, porque cada vez el Diablo substituyó una carta falsa, y en la última carta también fue escrito que ella debía conservar la lengua y ojos de la Reina como una señal de que había obedecido. Pero la vieja madre lloró de pensar que tal sangre inocente debía ser evitada, e hizo traer un ciervo antes de la noche y recortó su lengua y ojos, y los guardó. Entonces dijo a la Reina,

- "No te puedo matar como el Rey manda, pero no debes quedarte aquí. Ve afuera por el amplio mundo con tu niño, y nunca vengas aquí otra vez." -

La pobre mujer ató a su niño en su espalda, y se marchó con sus ojos llenos de lágrimas. Ella entró a un gran bosque salvaje, y luego cayó de rodillas y rezó a Dios, y el ángel del Señor se le apareció y la condujo a una pequeña casa en la cual había un letrero con las palabras, "Aquí todos moran libres." Una doncella blanca como la nieve salió de la pequeña casa y dijo,

- "Bienvenida, Señora Reina " y la condujo a su interior.

Entonces allí le desataron al niño de su espalda, y lo sostuvieron en su pecho para que lo pudiera alimentar, y lo pusieron en una pequeña cuna maravillosamente hecha. Entonces dijo la pobre mujer,

- "¿Cómo supieron que yo era una reina?" -

La doncella blanca contestó,

- "Soy un ángel enviado por Dios, cuidaré de ti y del niño." -

La Reina se quedó siete años en la pequeña casa, y fue bien atendida, y por la gracia de Dios, debido a su piedad, sus manos que habían sido cortadas, crecieron una vez más. Por fin el Rey regresó a casa y su primer deseo era ver a su esposa y el niño. Entonces su madre anciana comenzó a llorar y dijo,

- "¡Qué mal hombre fuiste!, ¿Por qué escribiste que yo debía eliminar aquellas dos vidas inocentes?" -

y ella le mostró las dos cartas que el Diablo había cambiado, y luego siguió diciendo,

- "Hice como me lo pediste," - y ella le mostró la lengua y ojos.

Entonces el Rey comenzó a llorar por su pobre esposa y su pequeño hijo tanto más amargamente que su madre, que ella al fin tuvo compasión de él y dijo,

- "Queda en paz, esos son sólo naturaleza muerta; en secreto hice que una cierva fuera matada, y tomé esas muestras de ella; luego amarré al niño a la espalda de tu esposa y le pedí que saliera afuera al amplio mundo, y le hice prometer que nunca volviera aquí otra vez, porque tú estabas muy molesto por ella." -

Entonces dijo el Rey,

- "Iré tan lejos como lo que el cielo es azul, y no comeré, ni beberé hasta que yo haya encontrado otra vez a mi querida esposa y mi niño, si mientras tanto ellos no han sido matados, o muertos por el hambre." -

Así el Rey viajó sobre durante siete largos años, y la buscó en cada hendidura de las rocas y en cada cueva, pero no la encontraba, y pensó que ella había muerto por amor. Durante todo este tiempo él ni comía, ni bebía, pero Dios lo confortaba. Al fin él entró en un gran bosque, y encontró allí la pequeña casa cuyo letrero decía, "Aquí todos moran libres." Entonces salió al frente la doncella blanca, lo tomó de la mano, lo condujo adentro, y dijo,

"Bienvenido, Señor Rey,"- y le preguntó de donde venía.

Él contestó,

"Pronto voy a tener siete años de estar viajando en busca de mi esposa e hijo, pero no puedo encontrarlos."-

El ángel le ofreció comida y bebida, pero él no tomó nada, y sólo deseó descansar un poco. Entonces se acostó para dormir, y puso un pañuelo sobre su cara. El ángel entró en la cámara donde la Reina estaba sentada con su hijo, que ella por lo general lo llamaba "Doloroso", y le dijo,

"Sal con tu hijo, tu marido ya ha llegado."

Entonces ella fue al lugar donde él estaba, y el pañuelo se cayó de su cara. Y dijo ella,

"Doloroso, recoge el pañuelo de tu padre, y cubre su cara otra vez."-

El niño lo recogió, y lo puso sobre su cara otra vez. El Rey en su sueño oyó lo que pasaba, y le agradaba que el pañuelo cayera una vez más. Pero el niño se puso impaciente, y dijo,

"Querida madre, ¿cómo puedo cubrir la cara de mi padre cuando no tengo a ningún padre en este mundo? He aprendido a decir la oración 'Padre Nuestro, qué estás en el Cielo,' tú me has dicho que mi padre estaba en el Cielo, y él era nuestro Dios bueno, y ¿cómo puedo reconocer a un hombre extraño como éste? Él no es mi padre."-

Cuando el Rey oyó aquello, despertó, y preguntó quiénes eran ellos. Entonces dijo ella,

"Soy tu esposa, y él es tu hijo, Doloroso."-

Y él vio sus manos vivas, y dijo,

"Mi esposa tenía manos de plata."-

Ella contestó,

"Dios bueno ha hecho que mis manos naturales crezcan otra vez;"-

y el ángel entró al cuarto, y trajo las manos de plata, y se las mostró.
En ese momento él supo a ciencia cierta que sí era su querida esposa y su querido hijo, y él los besó, y se alegró, y dijo,

- "Una gran piedra pesada se ha ido completamene de mí corazón." -

Entonces el ángel de Dios les dio una comida junto con ella, y después ellos se fueron a la casa de la madre anciana del Rey. Hubo gran alegría en todas partes, y el Rey y la Reina y el hijo estuvieron juntos otra vez, y vivieron felizmente hasta su final.

Enseñanza:

Cuando se hace un convenio, debe de tenerse muy claro qué es lo que se da y qué es lo que se recibe, nunca actuar en base a suposiciones.





094-El Regalo de los Duendes

Un sastre y un orfebre viajaban juntos, y una tarde cuando el sol se había hundido detrás de las montañas, ellos oyeron el sonido de música distante, que se hizo cada vez más apreciable. Sonaba extraña, pero era tan agradable que ellos olvidaron todo su cansancio y se encaminaron rápidamente hacia ella. La luna se había levantado ya cuando alcanzaron una colina en la cual vieron una muchedumbre de pequeños hombres y mujeres, que estaban tomados de las manos, y giraban danzando con el mayor placer y felicidad.

Ellos cantaban de la manera más encantadora, y era la música que los viajeros habían oído. En medio de ellos se sentaba un anciano que era más alto que el resto. Él llevaba puesto un abrigo de diversos colores, y su barba de color hierro gris colgaba hasta abajo sobre su pecho. Los dos permanecieron de pie llenos de asombro, y miraron el baile. El anciano hizo un signo de que ellos deberían entrar, y la pequeña gente con mucho gusto abrió su círculo.

El orfebre, que tenía una joroba, y como todos los jorobados, era bastante valiente, e ingresó; el sastre en cambio se sintió un poco con miedo al principio, y se contuvo, pero cuando vio que todo transcurría alegremente, tomó coraje, y también ingresó. Inmediatamente el círculo se cerró otra vez, y la pequeña gente continuó cantando y bailando con los saltos más salvajes. El anciano, sin embargo, tomó un cuchillo grande, lo afiló, y cuando estuvo suficientemente afilado, lo colgó en su faja y miró alrededor hacia los forasteros.

Ellos se aterrorizaron, y no tuvieron mucho tiempo para la reflexión, ya que el anciano agarró al orfebre y con la mayor velocidad, le afeitó el pelo de su cabeza completamente, y luego la misma cosa pasó con el sastre. Pero su miedo los abandonó cuando, después de que había terminado su trabajo, el anciano los palmeó a ambos en el hombro de una manera amistosa, tanto como diciendo, ellos se han comportado muy bien para dejar que todo les sea hecho con mucho gusto, y sin cualquier duda.

Él señaló con su dedo a un montón de carbones que yacían a un lado, y les indicaba a los viajeros con sus gestos que debían de llenar sus bolsillos con ellos. Ambos obedecieron, aunque no supieran que uso tendrían los carbones. Luego continuaron su camino en busca de un refugio para pasar la noche. Cuando llegaron a un valle, el reloj del monasterio

vecino sonó las doce, y el canto cesó. En un momento todos los pequeños habían desaparecido, y la colina quedó en la soledad con la luz de la luna.

Los dos viajeros encontraron una posada, y se cubrieron en sus camas de paja con sus abrigos, pero en su cansancio olvidaron sacar de sus bolsos los carbones antes de acostarse.



Un gran peso en sus cuerpos los despertó antes que de costumbre. Ellos tocaron en los bolsillos, y no podían creer a sus ojos cuando vieron que no estaban llenos de carbones, sino de oro puro; felizmente, también, el pelo de sus cabezas y barbas estaba allí otra vez tan grueso como antes.

Ellos eran ahora gente rica, pero el orfebre, que, de acuerdo con su disposición avara, había llenado más sus bolsillos, era el doble de rico que el sastre. Un hombre avaro, aun si tiene mucho, todavía desea tener más, entonces el orfebre propuso al sastre que esperaran otro día, y salir otra vez por la tarde a fin de obtener todavía mayores tesoros del anciano en la colina. El sastre se negó, y dijo,

- "Tengo bastante y estoy contento; ahora seré un maestro, y me casaré con mi novia (que el llamaba su amor), y seré un hombre feliz." -

Pero sin embargo se quedó otro día para complacerlo. Por la tarde el orfebre colgó un par de bolsos sobre sus hombros con los que él podría ser capaz de guardar mucho más, y tomó el camino a la colina. Allí encontró, como durante la noche anterior, a la pequeña gente en su canto y baile, y el anciano otra vez lo afeitó, y le hizo señas para que se llevase un poco de carbón con él.

Él no fue lento en cuanto a cargar tanto en sus bolsos como pudo, y volvió completamente encantado, y se cubrió con su abrigo.

- "Incluso si el oro pesara realmente muchísimo," - dijo él, - "lo aguantaré de muy buena gana," - y por fin él se durmió imaginando un dulce del despertar por la mañana como un hombre enormemente rico.

Cuando él abrió sus ojos, él se levantó con prisa para examinar sus bolsillos, pero qué decepcionado quedó cuando él no sacó nada de ellos excepto carbones negros, y sin importar cuan a menudo los revisara.

- "El oro que obtuve la noche anterior estará todavía allí para mí," - pensó él, y fue y lo sacó, pero que sobresaltado se puso cuando él vio que igualmente se había convertido otra vez en carbón.

Él golpeó su frente con su mano negra polvorienta, y luego sintió que su cabeza entera era calva y lisa, así como también el lugar donde su barba debería haber estado. Pero sus

desgracias no habían aún todavía terminado; ahora notó por primera vez que además de la joroba en su espalda, una segunda, tan grande, había crecido al frente en su pecho. Entonces él reconoció el castigo por su avaricia, y comenzó a llorar en voz alta. El sastre bueno, que fue despertado por eso, y consoló al compañero infeliz tanto como él pudo, y le dijo,

- "Tú has sido mi camarada durante nuestro tiempo de viaje; seguirás conmigo y compartirás mi riqueza." -

Él sastre mantuvo su palabra, pero el pobre orfebre fue obligado a llevar las dos jorobas mientras él vivió, y a cubrir su cabeza calva con una gorra.

Enseñanza:

La ambición desmedida y la avaricia sólo llevan a una vida infeliz y amargada.





095-El Pájaro de Oro

Hace mucho tiempo había un rey, que tenía detrás de su palacio un hermoso jardín de placer en el cual había un árbol que daba manzanas de oro. Cuando las manzanas maduraron fueron contadas, pero a la mañana siguiente faltaba una. Esto fue informado al Rey, y él pidió que un guarda permaneciera cada noche bajo el árbol. El Rey tenía tres hijos, y tan pronto como la noche vino, envió al mayor al árbol del jardín; pero al ser la medianoche él no pudo impedir su sueño, y a la próxima mañana otra vez faltaba una manzana.

A la noche siguiente el segundo hijo tuvo que vigilar el árbol, pero no le fue mejor; tan pronto como dieron las doce ya estaba dormido, y por la mañana otra manzana faltaba. Luego le tocaba el turno al tercer hijo para vigilar; y aunque él estaba completamente listo, el Rey no le tenía mucha confianza, y pensó que él le sería de menos utilidad que sus hermanos; pero por fin le dejó ir. El joven se colocó bajo el árbol y se mantuvo despierto, y no dejó que el sueño lo dominara.

Cuando dieron las doce, algo crujó por el aire, y en la luz de la luna él vio a un ave venir y cuyas plumas brillaban todas como el oro. El ave se posó en el árbol, y acababa de arrancar una manzana cuando el joven le lanzó una flecha. El ave se fue volando, pero la flecha había golpeado su plumaje, y una de sus plumas de oro cayó. El joven la recogió, y a la mañana siguiente fue donde el Rey y le dijo lo que había visto por la noche. El Rey llamó a su consejo, y cada uno declaró que una pluma como esa valía más que el reino entero.

- "Si la pluma es tan preciosa," - declaró el Rey, - "una sola no bastará para mí; ;debo tener y tendré al ave entera!" -

El hijo mayor salió; y confiando en su inteligencia, pensó que él encontraría fácilmente al Ave de Oro. Cuando ya había recorrido alguna distancia vio a un zorro sentado sobre un tronco, entonces él alistó su arma y apuntó a él. El zorro gritó,

- "¡No me lances la flecha! y a cambio te daré un buen consejo. Andas en busca del Ave de Oro; y esta tarde llegarás a un pueblo en el cual hay dos posadas, una enfrente de la otra. Uno de ellas está iluminada alegremente, y todo se ve feliz dentro de ella, pero no entres ahí; mejor ve a la otra, aunque parezca una fea posada." -

- "¿Cómo puede una bestia tan tonta dar un consejo sabio?" - pensó el hijo del Rey, y disparó la flecha. Pero no le acertó al zorro, el cual estiró su cola y corrió rápidamente dentro del bosque.

Entonces siguió su camino, y antes de la tarde llegó al pueblo donde estaban las dos posadas; en una cantaban y bailaban; la otra tenía una apariencia pobre, miserable.

- "Yo debería ser un tonto, en efecto," - pensó él, - "si yo entrara en la posada lamentable, y dejara la buena." -

Entonces entró en la alegre, pasó allí en fiesta y tertulia, y olvidó al ave y a su padre, y todos los buenos consejos. Cuando algún tiempo había pasado, y el hijo mayor durante mes tras mes no regresó a casa, el segundo hijo salió, dispuesto a encontrar al Ave de Oro.

El zorro lo encontró como había encontrado al mayor, y le dio el buen consejo, al cual no le tomó atención. Él llegó a las dos posadas, y su hermano estaba de pie en la ventana, de la cual venía la música, y le llamó. Él no podía resistir, e ingresó, y vivió sólo para el placer. Otra vez algún tiempo pasó, y luego el hijo más joven del Rey quiso salir y probar su suerte, pero su padre no lo permitía.

- "Es inútil," - se dijo a sí mismo el Rey, - "no encontrará al Ave de Oro, tendrá menos suerte que sus hermanos, y si una desgracia le aconteciera, él no sabe como ayudarse; sólo tiene una buena intención, en el mejor de los casos." -

Pero por fin, como no tenía ninguna paz frenándolo, le dejó ir. Otra vez el zorro estaba sentado en el tronco, y pidió le respetara su vida, y ofreció su buen consejo. El joven era bondadoso, y dijo,

- "Tranquilo zorrillo, no te haré daño." -

- "Usted no se arrepentirá de ello," - contestó el zorro; - "y además podrá avanzar más rápidamente, siéntese en mi cola." -

Y no más se había sentado cuando el zorro comenzó a correr, y avanzando sobre troncos y piedras su pelo silbaba en el viento. Cuando ellos llegaron al pueblo el joven se bajó; él siguió el buen consejo, y sin mirar alrededor entró a la pequeña posada, donde pasó la noche serenamente.

A la mañana siguiente, tan pronto como él salió al terreno abierto, allí encontró sentado al zorro, quien dijo,

- "Le diré lo que usted tiene que hacer en adelante. Continúe completamente derecho, y por fin llegará a un castillo delante del cual está un regimiento entero de soldados, pero no se preocupe por ellos, ya que todos ellos estarán dormidos y roncando. Pase por en medio de ellos directamente al castillo, y pase por todos los cuartos, hasta que por fin

llegará a una cámara donde una Ave de Oro cuelga en una jaula de madera. Cerca de él hay una jaula de oro vacía para presentación, pero cuídense de no sacar al ave de la jaula común y ponerla en la fina, o si no todo le saldrá mal." -

Con estas palabras el zorro otra vez estiró su cola, y el hijo del Rey se sentó sobre ella, y avanzando sobre troncos y piedras su pelo silbaba en el viento.

Cuando llegaron al castillo él encontró todo como el zorro se lo había dicho. El hijo del Rey entró en la cámara donde el Ave de Oro estaba encerrada en una jaula de madera, mientras otra jaula de oro estaba ahí cerca; y las tres manzanas de oro estaban en el cuarto. Pero, pensó él,

"Sería absurdo si yo me llevara al ave hermosa en la jaula común y fea," -

Entonces abrió la puerta de la jaula sencilla, saco al ave, y la puso en la jaula de oro. Pero al mismo momento el ave dio un grito chillón. Los soldados despertaron, entraron, y lo llevaron a la prisión. A la mañana siguiente fue llevado ante una corte de justicia, y como él lo admitió todo, fue condenado a muerte. El Rey, sin embargo, dijo que él le concedería su vida con una condición, a saber, que él le trajera el Caballo de Oro que corre más rápido que el viento; y en este caso él debería recibir, además, como una recompensa, al Ave de Oro. El hijo del Rey salió, pero suspiró y estaba triste, porque ¿cómo podría él encontrar al Caballo de Oro? Pero de repente vio a su viejo amigo el zorro sentado en el camino.

"Mire usted," - dijo el zorro, -"esto ha pasado porque no me prestó atención. Sin embargo, mantenga su buen coraje. Le daré mi ayuda, y le diré como llegar al Caballo de Oro. Usted debe ir derecho, y llegará a un castillo, donde en un establo se encuentra el caballo. Los guardias estarán frente al establo; pero estarán dormidos y roncando, y usted podrá conducir silenciosamente al Caballo de Oro. Pero de una cosa debe tener cuidado; póngale la silla común de madera y cuero, y no la de oro, que cuelga cerca de él, porque si no todo irá mal con usted." -

Entonces el zorro estiró su cola, el hijo del Rey se sentó sobre ella, y avanzando sobre troncos y piedras su pelo silbaba en el viento.

Todo se presentaba como el zorro había dicho; el príncipe llegó al establo en el cual el Caballo de Oro estaba de pie, pero cuando iba a ponerle la silla común, pensó,

"Sería una vergüenza para una bestia tan hermosa, que no le coloque la silla buena que le pertenece por derecho." -

Pero apenas la silla de oro tocó al caballo, éste comenzó a relinchar con gran ruido. Los guardias despertaron, agarraron al joven, y lo lanzaron en la prisión. A la mañana siguiente él fue condenado por el tribunal a muerte; pero el Rey prometió concederle su vida, y el Caballo de Oro también, si él pudiera traer a la hermosa princesa que está en el Castillo de Oro.

Con un corazón apesumbrado el joven salió; pero por suerte para él, pronto encontró al zorro fiel.

- "Yo debería abandonarlo a su mala suerte," - dijo el zorro, - "pero me compadezco de usted, y le ayudaré una vez más con su problema. Este camino le lleva directamente al Castillo de Oro, usted lo alcanzará al atardecer; y por la noche cuando todo está tranquilo, la hermosa princesa va a la casa de baño para bañarse. Cuando ella entre allí, suba rápido hacia ella y dele un beso, entonces ella le seguirá, y podrá llevársela con usted; sólo no permita que ella se despida de sus padres primero, o todo irá el mal con usted."



Entonces el zorro otra vez estiró su cola, y el hijo del Rey se sentó sobre ella, y avanzando sobre troncos y piedras su pelo silbaba en el viento.

Cuando llegaron al Castillo de Oro todo era como el zorro había dicho. Él esperó hasta la medianoche, y cuando todos estaban en sueño profundo, la hermosa princesa se dirigió a la casa de baño. Entonces él saltó y le dio un beso. Ella dijo que le gustaría ir con él, pero le pidió lastimosamente, y con lágrimas, permitirle primero despedirse de sus padres. Al principio él resistió su ruego, pero como ella lloró cada vez más, y se arrodilló a sus pies, él por fin accedió.

Pero apenas había la doncella alcanzado el lado de la cama de su padre, cuando él y todo el resto en el castillo despertaron, y el joven fue detenido y puesto en la prisión. A la mañana siguiente el Rey le dijo,

- "Su vida está perdida, y sólo podrá encontrar piedad si quita la colina que está de pie delante de mis ventanas, y que me impide ver más allá; y debe de terminar todo esto dentro de ocho días. Si usted hace eso tendrá además a mi hija como su recompensa." -

El hijo del Rey comenzó, y excavó y movió con pala sin acabar, pero cuando después de siete días vio lo poco que había hecho, y que todo su trabajo no era bueno en nada, cayó en una gran pena y perdió toda esperanza.

Pero durante la tarde de ese séptimo día el zorro apareció y dijo,

- "Usted no merece que yo debiera tomar cualquier problema suyo; pero sólo márchese y acuéstese a dormir, y yo haré el trabajo por usted." -

A la mañana siguiente, cuando él despertó y miró hacia afuera por la ventana, la colina se había ido. El joven corrió, lleno de alegría, a donde el Rey, y le dijo que la tarea fue realizada, y si le gustó eso o no, el Rey tuvo que cumplir con su palabra y darle a su hija. Así los dos salieron adelante juntos, y a los pocos momentos el zorro fiel se unió a ellos.

- "Ciertamente usted ha conseguido lo que es mejor," - dijo el zorro, - "pero el Caballo de Oro también pertenece a la doncella del Castillo de Oro." -

- "¿Y cómo lo conseguiré?" - preguntó el joven." -

- "Haga como le diré," - contestó el zorro; - "primero lleve a la hermosa doncella al Rey que lo envió al Castillo de Oro. Allí será inaudita la alegría; ellos le darán de buena gana el Caballo de Oro, y se lo traerán. Móntelo cuanto antes, y con su mano diga a todos adiós; y de último dele la mano a la hermosa doncella. Y tan pronto como usted ha tomado su mano súbala en el caballo, y galope lejos, y nadie será capaz de alcanzarlo, ya que el caballo corre más rápido que el viento." -

Todo fue realizado con éxito, y el hijo del Rey se llevó a la princesa hermosa en el Caballo de Oro. El zorro no lo abandonó, y dijo al joven,

- "Ahora le ayudaré a conseguir al Ave de Oro. Cuando usted llegue cerca del castillo donde el Ave de Oro debe de encontrarse, deje a la doncella bajar, y yo la tomaré a mi cuidado. Entonces pasee con el Caballo de Oro en el jardín del castillo; habrá gran alegría por el espectáculo, y entonces sacarán al Ave de Oro para usted. Tan pronto como usted tenga la jaula, galope de regreso hacia nosotros, y se lleva a la doncella otra vez." -

Cuando el plan ya había tenido éxito, y el hijo del Rey estaba a punto de montar a caballo y regresar a casa con sus tesoros, el zorro dijo,

- "Ahora usted me recompensará por mi ayuda." -

- "¿Qué puedo hacer por usted?" - preguntó el joven.

- "Cuando usted entre al bosque, me mata con la flecha, y corta mi cabeza y pies." -

- "Eso sería una gratitud inadecuada," - dijo el hijo del Rey. - "No puedo hacer eso por usted." -

El zorro dijo,

- "Si usted no lo hace, deberé abandonarle, pero antes de que yo me marche le daré una porción de un buen consejo. Tenga cuidado sobre dos cosas. No compre ninguna carne de horca, y no se siente en el borde de ninguno pozo." -

Y luego el zorro entró corriendo en el bosque. El joven pensó,

- "Es una maravillosa bestia, tiene caprichos extraños; ¿quién va a comprar carne de horcas? y el deseo de sentarme en el borde de un pozo es algo que nunca he tenido aún." -

Él montó en el caballo con la hermosa doncella, y su camino lo llevó otra vez por el pueblo en el cual sus dos hermanos habían permanecido. Había un gran movimiento y

ruido, y, cuando preguntó por lo que sucedía, le dijeron que dos hombres iban a ser ahorcados. Cuando él llegó más cerca del lugar, vio que los condenados eran sus hermanos, quienes habían estado haciendo toda clase de malas trampas, y habían malgastado toda su riqueza. Él preguntó si ellos no podrían ser puestos en libertad.

- "Si usted paga por ellos," - contestó la gente; - "¿pero por qué debería gastar su dinero en malos hombres, y dejarlos libres?" -

Él no lo pensó dos veces, y pagó por ellos, y cuando fueron puestos en libertad siguieron su camino juntos. Y llegaron al bosque donde el zorro los había encontrado primero, y como estaba fresco y agradable dentro de él, los dos hermanos dijeron,

- "Déjanos descansar un poco cerca del pozo, y comer y beber." -

Él estuvo de acuerdo, y mientras ellos hablaban él se olvidó, y se sentó sobre el borde del pozo sin pensar en cualquier mal. Pero los dos hermanos lo lanzaron hacia atrás en el pozo, tomaron a la doncella, el Caballo, y el Ave, y se fueron a casa de su padre.

- "Aquí le traemos no sólo el Ave de Oro," - dijeron ellos; - "hemos conseguido al Caballo de Oro también, y a la doncella del Castillo de Oro." -

Entonces fue allí gran alegría; pero el Caballo no comía, el Ave no cantaba, y la doncella se sentaba a llorar. Pero el hermano más joven no estaba muerto. Por fortuna el pozo estaba seco, y había caído sobre el musgo suave sin hacerse daño, pero no podía salir otra vez. Incluso en este percance el zorro fiel no lo abandonó: vino y bajó hasta él, y lo reprendió por haber olvidado su consejo.

- "Sin embargo no puedo dejarlo así," - dijo; - "le ayudaré otra vez a ver la luz del día." -

Le pidió que agarrara su cola y se mantuviera firme en ella; y luego lo subió.

- "Usted no está fuera de todo peligro aún," - dijo el zorro - "sus hermanos no estaban seguros de su muerte, y han rodeado al bosque de observadores, que deben matarle si usted se deja ser visto."

Pero un hombre pobre estaba sentado sobre el camino, con quien el joven se cambió de ropas, y de esta manera él se enrumbo hacia el palacio del Rey. Nadie lo conocía, pero el Ave comenzó a cantar, el Caballo comenzó a comer, y la hermosa doncella dejó de llorar. El Rey, sorprendido, preguntó,

- "¿Qué significa todo esto?" -

Entonces la doncella dijo,

- "¡No lo sé, pero he estado tan triste y ahora soy tan feliz! Siento como si mi novio verdadero ha venido." -

Ella le dijo todo lo que había pasado, aunque los otros hermanos la habían amenazado con la muerte si ella decía algo.

El Rey mandó que toda la gente que estaba en su castillo llegase ante él; y entre ellos vino el joven con su ropa desigual; pero la doncella lo conoció inmediatamente y lo abrazó sobre su cuello. Los malos hermanos fueron capturados y expulsados del reino, y él siguió casado con la hermosa doncella y fue declarado heredero del Rey. ¿Pero que sucedió con el pobre zorro? Mucho tiempo después el hijo del Rey andaba otra vez en el bosque, cuando el zorro lo encontró y le dijo,

- "Usted tiene ahora todo lo que puede desear, pero yo nunca tengo un final a mi miseria, y aún usted está en poder de liberarme," -

Y otra vez él le pidió con lágrimas matarlo con la flecha y cortar su cabeza y pies. Entonces él lo hizo, y apenas fue hecho cuando el zorro fue cambiado en un hombre, y era además el hermano de la princesa hermosa, que por fin fue liberado del encanto mágico que había sido puesto sobre él. Y ahora de nada más necesitaron para su felicidad mientras ellos vivieron.

Enseñanza:

A pesar de que a veces cometamos algunas equivocaciones, la perseverancia es un excelente camino al éxito.





096-El Gigante y el Sastre

Cierto sastre que era grande en jactancia, pero pequeño en el hacer, se le metió en su cabeza ir por el mundo por un tiempo, y conocer su alrededor. Tan pronto como pudo hacerlo, dejó su taller, y tomó su camino, sobre colinas y valles, a veces aquí, a veces allá, pero siempre adelante sin cesar. Una vez él vio en la distancia azul una colina escarpada, y detrás de ella una torre que casi alcanzaba a las nubes, la cual se elevaba sobre un salvaje bosque oscuro.

- "¡Rayos y truenos!" - gritó el sastre, - "¿qué será eso?" -

Y como fue fuertemente tentado por la curiosidad, se dirigió vigorosamente hacia allá. Pero lo que hizo al sastre abrir sus ojos y boca cuando ya estuvo al frente, fue ver que la torre tenía piernas, y con un sólo paso subía sobre la colina escarpada, y estaba ahora de pie ante él todo un gigante poderoso.

- "¿Qué quieres aquí, tú, diminuta pierna de mosca?" - gritó el gigante, con una voz como si estuviera tronando en todo lado. El sastre dijo temerosamente,

- "Sólo quiero mirar alrededor y ver si puedo obtener un poco de alimento para mí, en este bosque." -

- "Si eso es lo que buscas," - dijo el gigante, - "serás mi sirviente y compartirás un lugar conmigo." -

- "Sí puede ser, ¿por qué no? ¿Qué pago recibiré?" - dijo el sastre.

El gigante respondió,

- "Te diré lo que recibirás. Cada año tendrás trescientos sesenta y cinco días, y cuando sea año bisiesto, recibirás uno más como premio. ¿Te satisface?" -

- "Está bien," - contestó el sastre, y pensó para sí mismo,

- "Un hombre debe cortar su abrigo según su tela; trataré de escaparme tan rápido como pueda." -

En eso el gigante le dijo,

- "Vaya, pequeño pilluelo, y tráigame un jarro de agua." -

- "¿Y por qué no mejor traigo todo el pozo inmediatamente, y la fuente también?"

preguntó el jactancioso, y fue con la jarra al agua.

- "¿Qué? ¡El pozo y la fuente también!," - gruñó el gigante en su propia barba, ya que él era más bien payaso y estúpido, y comenzó a tener miedo y se dijo,

- "Aquel bellaco no es un tonto, tiene a un mago en su cuerpo. Ponte en guardia, viejo Hans, ese no es ningún hombre que te pueda ser en verdad útil." -

Cuando el sastre había traído el agua, el gigante le pidió entrar en el bosque, y cortar un par de bloques de madera y traerlos de vuelta.

- "¿Y por qué no el bosque entero, de una vez, con un solo golpe?. Todo el bosque, joven y viejo, con todo lo que está allí, tanto áspero como liso." - preguntó el pequeño sastre, y salió a cortar la madera.



- "¿Qué? ¡Todo el bosque, joven y viejo, con todo que está allí, tanto áspero como liso, y el pozo y su fuente también!," - gruñó el gigante crédulo en su propia barba, y todavía se puso más aterrorizado.

- "El bellaco puede hacer mucho más que hornear manzanas, y tiene a un mago en su cuerpo. ¡Mantente en guardia, viejo Hans, este no es ningún hombre que te pueda servir!" -

Cuando el sastre había traído la madera, el gigante mandó que le lanzara una flecha a dos o tres jabalís para la cena.

- "¿Por qué no mejor mil jabalís con una flecha, y traerlos a todos aquí?" - preguntó el ostentoso sastre.

- "¿Qué?" - gritó el tímido gigante con gran terror; y se dijo a si mismo, - "Hans, quédate solo esta noche, y acuéstate para descansar." -

El gigante estaba tan terriblemente alarmado que no pudo cerrar un solo ojo en toda la noche por pensar en cual sería el mejor modo de deshacerse de este criado hechicero

maldito. El tiempo trae respuestas. A la mañana siguiente el gigante y el sastre fueron a un pantano, rodeado por varios sauces.

Entonces dijo el gigante,

-"Escúchame sastre, siéntate en una de las ramas de sauce, y yo observaré si eres bastante grande como para inclinarla."-

De repente el sastre se sentó en una rama, retuvo su aliento, y se hizo tan pesado que la rama se inclinó. Sin embargo, cuando se sintió obligado a renovar su aire y tuvo que soltar el aliento, se alivió tanto que la rama rebotó lanzándolo tan alto en el aire que nunca más fue visto otra vez, y eso fue de gran placer para el gigante. Si el sastre no ha caído a tierra aún, debe de estarse cirniendo en el aire ahora. Quizás lo viste pasar y pensaste que era una ave.

Enseñanza:

El fanfarrón puede que a veces logre impresionar a alguien, pero al final sólo mostrará su vacío.





097-El Lobo y el Hombre

Una vez hace algún tiempo, el zorro comentaba al lobo sobre la fuerza del hombre; cómo ningún animal podía resistirlo, y como todos fueron obligados a emplear la astucia a fin de protegerse de él. Entonces el lobo contestó,

- "Si yo tuviera al menos la posibilidad de ver a un hombre por una vez, yo predominaría sobre él sin duda." -

- "Puedo ayudarte a encontrarlo," - dijo el zorro - "Ven temprano mañana por la mañana, y te mostraré a uno." -

El lobo se presentó a tiempo, y el zorro lo llevó al camino por el cual los cazadores pasaban diariamente. Primero vino un viejo soldado fuera de servicio.

- "¿Es ese un hombre?" - preguntó el lobo.

- "No" -, contestó el zorro, - "Lo fue." -

Después pasó un muchachito que iba a la escuela.



- "¿Es ese un hombre?" -

- "No, dentro de un tiempo lo será." -

Al fin vino un cazador con su arma de dos cañones en su espalda, y un cuchillo al costado. Dijo el zorro al lobo,

- "Mira, allí viene un hombre, para dominarlo, tú debes de atacarlo, y yo me meteré a mi agujero." -

El lobo entonces se precipitó contra el hombre. Cuando el cazador lo vio le dijo,

- "Tienes suerte de que no había cargado una bala," - pero ahora cargó, apuntó, y disparó el tiro en su cara.

El lobo retorció su cara, pero no se amedrentó, y lo atacó otra vez, y el cazador le dio el segundo tiro. El lobo ingirió su dolor, y otra vez se precipitó sobre el cazador, pero él sacó su brillante cuchillo, y le dio unos cortes a derecha e izquierda, de modo que, sangrando en todas partes, corrió aullando a donde el zorro.

- "¿Bien, hermano lobo," - dijo el zorro, - "cómo te fue con el hombre?" -

- "¡Ay!" - contestó el lobo, - "¡nunca imaginé que la fuerza de hombre era cual es! Primero, tomó un palo de su hombro, y sopló con él, y luego algo voló en mi cara que me cosquilleó terriblemente; entonces sopló una vez más en el palo, y eso voló en mi nariz como relámpago y granizo; y cuando yo estuve completamente cerca, él sacó de su costado una costilla blanca, y me golpeó tan duro con eso que quedé casi muerto." -

- "¡Ve qué atrevido fuiste!" - dijo el zorro. - "¡Tiraste tu hacha tan lejos, que ahora ya no podrás intentarlo otra vez!" -

Enseñanza:

Nunca se debe pensar que lo desconocido es siempre inferior a uno. Es mejor suponer lo contrario y actuar con precaución.





098-Juan Fiel

Había una vez un viejo rey que estaba enfermo, y pensó paara sí,

- "Estoy yaciendo en lo que debe de ser mi lecho de muerte." -

Entonces ordenó,

- "Que venga aquí Juan Fiel." -

Juan Fiel era su criado favorito, y era llamado así, porque durante toda su vida había estado fielmente dedicado al servicio del Rey. Cuando él estuvo al lado de la cama, el Rey le dijo,

- "Mi muy fiel Juan, siento mi final acercándose, y no tengo ninguna ansiedad excepto por mi hijo. Él está todavía en la edad joven, y no siempre puede saber dirigirse. Si tú me prometes enseñarle todo que él debería saber, y ser su padre adoptivo, yo puedo cerrar mis ojos en paz."

Juan Fiel entonces contestó,

- "No lo abandonaré, y le serviré con fidelidad, aun si eso me costara la vida." -

Entonces, el viejo Rey dijo,

- "Ahora muero en comodidad y en paz." - Y añadió, - "Después de mi muerte, muéstrale el castillo entero: todas las cámaras, los pasillos, y las bóvedas, y todos los tesoros que están allí, pero la última cámara en la galería larga, en la cual está el cuadro de la princesa de la Vivienda de Oro, no se lo muestres. Si él ve el cuadro, él quedará violentamente enamorado de ella, y caerá en un desmayo, y pasará por grandes peligros por ella, por lo tanto debes apartarlo de eso." -

Y cuando Juan Fiel había dado una vez más su promesa al viejo Rey, el Rey no habló más, puso su cabeza en su almohada, y murió.

Cuando el viejo Rey había sido llevado a su tumba, Juan Fiel contó al joven Rey todo lo que él había prometido a su padre en su lecho de muerte, y dijo,

- "Todo eso sin duda lo haré, y seré fiel a ti como he sido fiel a él, aun si eso debiera costarme mi vida." -

Cuando el luto hubo terminado, Juan Fiel le dijo,

- "Ahora es el momento en que debes ver tu herencia. Te mostraré el palacio." -

Entonces lo llevó a todas partes, de arriba abajo, dejándole ver toda la riqueza, y los apartamentos magníficos. Sólo hubo un cuarto que no abrió, en el que colgaba el cuadro peligroso. El cuadro, sin embargo, estaba colocado de manera que cuando la puerta fuera abierta se viera directamente hacia él, y fue tan admirablemente pintado que parecía respirar y vivir, y no había nada más encantador o más hermoso en el mundo entero. El joven Rey, sin embargo, claramente comentó que Juan Fiel siempre pasaba por alto esa puerta, y dijo,

- "¿Por qué nunca me abres esta puerta?" -

- "Hay algo detrás de ella," - contestó él, - "que te aterrorizaría." -

Pero el Rey contestó,

- "He visto todo el palacio, y sabré lo que está en este cuarto también," -

y él fue y trató de abrir forzando la puerta por la fuerza.
Juan Entonces Fiel lo contuvo y dijo,

- "Prometí a tu padre antes de su muerte que tú no debes ver lo que está en esta cámara, eso podría traer la mayor desgracia para ti y para mí." -

- "Ah, no," - contestó el joven Rey, - "si no entro, eso sí será ciertamente mi destrucción. Yo no tendré ningún descanso de día o de noche hasta que no lo haya visto con mis propios ojos. No dejaré el lugar ahora hasta tanto no abras la puerta." -

Juan Fiel vio que no había ninguna salida para aquella decisión ahora, y con un corazón triste y muchos suspiros, buscó la llave dentro del gran manojó. Cuando él hubo abierto la puerta, entró de primero, y pensó que estando de pie antes de él, podría esconder el retrato de modo que el Rey no pudiera verlo, pero ¿serviría eso?

El Rey entró de pie en puntillas para hacerse más alto y ver sobre su hombro. Y al ver el retrato de la doncella, que era tan magnífica y brillaba con oro y gemas, cayó desmayado a tierra. Juan Fiel lo tomó, lo llevó a su cama, y dolorosamente pensó,

- "La desgracia ya ha llegado a nosotros, ¿Señor Dios, cuál será el final de todo esto?" -

Entonces él lo confortó con vino, hasta que volviera en sí otra vez. Las primeras palabras que el Rey dijo eran,

- "Ah, el hermoso retrato! ¿de quién es?" -

- "Es la princesa de la Vivienda de Oro," - contestó Juan Fiel.

Entonces el Rey siguió,

- "Mi amor por ella es tan grande, que si todas las hojas en todos los árboles hablaran, ellas no podrían declararlo. Daré mi vida para ganarla. Tú eres mi gran Juan Fiel, debes de ayudarme." -

El fiel criado meditó dentro de sí mismo durante mucho tiempo sobre como empezar con el asunto, pues era difícil de obtener hasta una vista de la princesa. Al fin él pensó en un medio, y dijo al Rey,

- "Todo lo que ella tiene sobre sí y su alrededor es de oro, mesas, sillas, platos, gafas, bolos, y mobiliario de casa. Escúchame ahora, joven Rey, entre tus tesoros hay cinco toneladas de oro; asigna a los orfebres del Reino que lo trabajen confeccionando toda forma de buques y utensilios, todas las clases de aves, bestias salvajes y animales extraños, tales que puedan complacerla, e iremos allá con ellos e intentaremos nuestra suerte." -

El Rey ordenó que todos los orfebres le fueran traídos, y ellos tuvieron que trabajar noche y día hasta que por fin las cosas más espléndidas estuvieron listas. Cuando todo fue guardado a bordo un barco, Juan Fiel se puso el vestido de un comerciante, y el Rey fue obligado a hacer lo mismo a fin de hacerse completamente irreconocible. Entonces salieron en barco a través del mar, y viajaron hasta que llegaron a la ciudad en donde moraba la princesa de la Vivienda de Oro. Juan Fiel pidió al Rey que se quedara en el barco, y lo esperara.

- "Quizás pueda traer a la princesa conmigo," - dijo él, "por lo tanto ve que todo esté presentable; ten a la vista los buques de oro y todo el barco entero decorado." -

Entonces Juan Fiel recogió en su delantal toda clase de cosas de oro, y fue a tierra directamente al palacio real. Cuando él entró en el patio del palacio, una muchacha hermosa estaba de pie allí por el pozo con dos cubos de oro en su mano, sacando el agua con ellos. Y cuando ella se preparaba para llevarse el agua efervescente, vio al forastero, y le preguntó quién era él. Entonces contestó,

- "Soy un comerciante," - y abrió su delantal, y dejó que mirara. Ella gritó,

- "¡Ah, qué cosas hermosas de oro!" y dejó sus baldes para mirar los artículos de oro uno tras otro. Entonces dijo la muchacha,

- "La princesa debe de ver todo esto, ella tiene tal gran placer en cosas de oro, que comprará todo lo que usted trae." -

Ella lo tomó de la mano y lo condujo arriba, ya que era la criada de compañía. Cuando la hija del Rey vio los artículos, quedó completamente encantada y dijo,

- "Están tan maravillosamente trabajados, que le compraré todo." -

Pero Juan Fiel dijo,

- "Sólo soy el criado de un comerciante rico. Las cosas que tengo aquí no se comparan con aquellos que mi patrón tiene en su barco. Ellas son las cosas más hermosas y valiosas que han sido hechas alguna vez con el oro." -

Ella quiso hacerle traer todo allí, pero él dijo,

- "Hay tantos de ellos que tomaría muchísimos días bajarlos, y se requeriría que tantos cuartos los expusieran, que su palacio no bastaría." -

Entonces su curiosidad y deseo estuvieron todavía más excitados, hasta que por fin ella dijo,

- "Condúzcame al barco, iré allí yo misma, y contemplaré los tesoros de su patrón." -

Con eso Juan Fiel quedó completamente encantado, y la condujo al barco, y cuando el Rey la vio, se dio cuenta de que su belleza era aún mayor que la representada en la pintura, y pensaba solamente que su corazón se reventaba en dos. Entonces ella subió al barco, y el Rey la condujo adentro. Juan Fiel, sin embargo, permaneció con el piloto, y ordenó que el barco fuera echado a la mar, diciendo,

- "Pongan toda la vela, para que esto vuele como una ave en el aire." -

Adentro, sin embargo, el Rey le mostraba los buques de oro, de uno en uno, también las bestias salvajes y los animales extraños. Muchas horas pasaron mientras ella veía todo, y en su complacencia no observó que el barco iba cada vez más lejos. Después de que había mirado el último, agradeció al comerciante y deseó irse a casa, pero cuando salió al lado del barco, vio que estaba en alta mar, lejos de la tierra, y avanzando rápidamente con toda la vela extendida.



- "¡Ay!", gritó alarmada, - "¡he sido engañada! ¡Estoy raptada y he caído en el poder de un comerciante, prefiero la muerte!" -

El Rey, sin embargo, agarró su mano, y le dijo, -

- "Tranquila, no soy un comerciante. Soy un rey, y de ningún origen menor que el tuyo, y si te he traído lejos con sutileza, ha sido debido a mi gran amor que se excede por ti. La primera vez que observé tu retrato, me caí desmayado a la tierra." -

Cuando la princesa de la Vivienda de Oro oyó aquello, quedó consolada, y su corazón se inclinó hacia él, de modo que ella con mucho gusto consintió en ser su esposa. Sucedió sin embargo, que mientras ellos iban en el barco hacia adelante sobre el mar profundo, Juan Fiel, que se sentaba en la parte delantera del buque tocando música, vio a tres cuervos en el aire, que vinieron volando hacia ellos. Entonces él dejó de tocar y escuchó lo que ellos se decían el uno al otro, y que Juan entendía muy bien. Uno gritaba,

- "Oh, ahí él lleva a casa a la princesa de la Vivienda de Oro." -

- "Sí," - contestó el segundo, - "pero no la ha conseguido aún." -

Y dijo el tercero,

- "Sí la ha conseguido, ella se sienta a su lado en el barco." -

Entonces el primero comenzó otra vez, y gritó,

- "¿Y que es lo que le espera a él? Cuando lleguen a tierra un caballo castaño saltará avanzando para encontrarlo, y el príncipe querrá montarlo, pero si él hace eso, el caballo se escapará y se elevará en el aire con él, y él nunca más verá a su doncella." -

Preguntó el segundo,

- "¿Y no habrá alguna alternativa?"

Respondió el primero,

- "Ah, sí, si alguien más sube al caballo rápidamente de primero, y saca la pistola que debe estar en su pistolera, y mata al caballo a tiros, el joven Rey será salvado. ¿Pero quién sabrá esto? Y quienquiera lo sepa realmente, y se lo dice, será transformado en piedra del dedo del pie a la rodilla." -

Entonces dijo el segundo,

- "Sé más que eso; aún si el caballo es matado, el joven Rey todavía no tendrá a su novia. Cuando ellos entren al castillo juntos, una ropa nupcial finamente trabajada estará allí en un plato para él, y con apariencia como si fuera tejido de oro y plata; sin embargo es solamente azufre y brea, y si él se lo pusiera, le quemaría hasta el mismo hueso y tuétano." -

Dijo el tercero,

- "¿Y eso tendrá alternativa?" -

- "Ah, sí," - contestó el segundo, - "si alguien con guantes agarra la ropa y la lanza en el fuego y la quema, el joven Rey será salvado." -

- "¿Pero qué más traería esto?" - preguntó el tercero.

El segundo respondió,

- "Quienquiera lo sepa y se lo dice, la mitad de su cuerpo se hará la piedra de la rodilla al corazón." -

Entonces dijo el tercero,

- "Sé todavía más; aun si la ropa nupcial se quemara, el joven Rey todavía no tendría a su novia. Después de la boda, cuando el baile comience y la reina joven baila, de repente ella girará pálida y caerá como muerta, y si alguien no la levanta y chupa tres gotas de sangre de su pecho derecho y las escupe otra vez, ella morirá. Pero si alguien que lo supiera lo declara, él se haría de piedra de la corona de su cabeza a la planta de su pie." -

Cuando los cuervos habían hablado de todo esto juntos, volaron, y Juan Fiel había entendido bien todo, pero a partir de aquel momento en adelante él se puso tranquilo y triste, ya que si él ocultara lo que él ahora sabía, sería desafortunado para el Rey, y si él se lo hiciera saber, él mismo debe sacrificar su vida. Al fin, él se dijo,

- "Salvaré a mi Rey, aun si eso fuera para mi propia destrucción."

Cuando por fin llegaron a la costa, todo sucedió como lo habían pronosticado los cuervos, y un caballo castaño magnífico llegó saltando.

- "¡Qué bien!" -, dijo el Rey, - "él me llevará a mi palacio," -

Y estuvo a punto de montarlo cuando Juan Fiel se puso ante él, lo montó rápidamente, sacó de la pistolera la pistola, y pegó un tiro al caballo. Entonces los otros asistentes del Rey, que después de todo no eran muy apegados a Juan Fiel, gritaron,

- "¡Qué vergonzoso matar a ese animal hermoso, que debía haber llevado al Rey a su palacio.!" -

Pero el Rey dijo,

- "¡Manténgase en paz y déjenlo, él es mi gran Juan Fiel, que sabe cuál es el bien de eso!" -

Ellos entraron en el palacio, y en el pasillo había un plato, en el que había ropa nupcial que parecía no otra cosa como si fuera hecha de oro y plata. El joven Rey fue hacia ella y estuvo a punto de cogerla, pero Juan Fiel lo apartó, agarró con guantes la ropa, la llevó rápidamente al fuego y la quemó. Los otros asistentes otra vez comenzaron a murmurar, y dijeron,

- "Contemple, ahora él quema hasta la ropa nupcial del Rey!" -

Pero el joven Rey dijo,

- "Quién podrá saber lo bueno que él puede haber hecho, déjenlo en paz, él es mi gran Juan Fiel." -

Y ahora la boda fue solemnizada: el baile comenzó, y la novia también participó; Juan Fiel estaba vigilante y examinaba su cara, y de repente ella giró pálida y cayó a tierra, como si estuviera muerta. Entonces Juan corrió de prisa, la levantó y la llevó a una recámara, y la posó, y se arrodilló y sorbió tres gotas de sangre de su pecho derecho, y los escupió. Inmediatamente ella respiró otra vez y se recuperó, pero el joven Rey había visto esto, y al ser ignorante del por qué Juan Fiel lo había hecho, estaba enojado y gritó,

- "¡Lánzelo en un calabozo!" -

A la mañana siguiente Juan Fiel fue condenado, y conducido a la horca, y cuando él estuvo de pie en alto, y estuvo a punto de ser ejecutado, dijo,

- "A cada quién que tiene que morir le es permitido antes de su final hacer un último discurso; ¿puedo yo también reclamar ese derecho?" -

- "Sí," - contestó el Rey, - "te es concedido." -

Juan Fiel entonces dijo,

- "Yo soy injustamente condenado, y siempre he sido fiel y sincero contigo," -

Y relató cómo él había oído la conversación de los cuervos cuando estaban en el mar, y como había sido obligado a hacer todas estas cosas a fin de salvar a su Rey. Entonces gritó el Rey,

- "Oh, mi gran Juan Fiel, el más fiel. Perdonado, perdonado, bájenlo." -

Pero cuando Juan Fiel dijo la última palabra había quedado sin vida hecho todo una piedra. Con eso el Rey y la Reina sufrieron de gran angustia, y el Rey dijo,

- "¡Oh, qué mal he correspondido a su gran fidelidad!" - y pidió que la figura de piedra fuera llevada y colocada en su dormitorio al lado de su cama.

Y tan a menudo como él lo miraba, lloraba y decía,

- "Oh, si yo pudiera traerte a la vida otra vez, mi gran Juan Fiel." -

Pasó el tiempo y la Reina dio a luz a gemelos, que crecieron vigorosos y sanos y eran su gran placer. Una vez cuando la Reina estaba en la iglesia y los dos niños sentados jugando al lado de su padre, éste, lleno de pena otra vez miró la figura de piedra, suspiró y dijo,

- "Ah, si yo pudiera traerte a la vida otra vez, mi gran Juan Fiel." -

Entonces la piedra comenzó a hablar y dijo,

"Tú puedes llevarme a la vida otra vez si sacrificas para ese objetivo algo de lo más querido para ti." -

Entonces respondió el Rey,

- "Daré todo que tengo en el mundo por ti." -

La piedra siguió diciendo,

- "Si decretas que cuando faltes, tus hijos no heredarán el reino, sino que lo darás al más humilde de tus ciudadanos, al firmarlo y sellarlo, seré restaurado a la vida."

El Rey se acongojó cuando oyó que él mismo debía desheredar a sus niños más queridos, pero también pensó en la gran fidelidad de Juan Fiel, y cómo se había hecho piedra por él, sacó el sello real y la pluma, y de su propia mano redactó y firmó el decreto. Enseguida Juan Fiel estuvo vivo de pie una vez más ante él, seguro y sano como antes. Y le dijo al Rey,

- "Tu valor será recompensado," -

y tomó el sello real y la pluma, y los lanzó a las llamas del hogar, y el papel donde estaba el decreto se hizo vapor y se desvaneció.

Entonces el Rey se llenó de alegría, y cuando vio venir a la Reina escondió a Juan Fiel y a los dos niños en un gran armario. Cuando ella entró, él le dijo,

- "¿Rezaste en la iglesia?" -

- "Sí," - contestó ella, - "pero yo estaba pensando constantemente en Juan Fiel y la desgracia que le ha acontecido por nosotros." -

Entonces dijo él, -

- "Querida esposa, podemos darle su vida otra vez, pero esto nos costará la herencia para nuestros dos pequeños hijos, que debemos sacrificar."

La Reina se sorprendió, y su corazón estaba lleno de interrogantes, pero dijo,

- "Se lo debemos, por su gran fidelidad." -

Entonces el Rey se alegró de que ella pensara como él había pensado, y fue y abrió el armario, y trajo al frente a Juan Fiel y los niños, y dijo,

- "Dios sea elogiado, a Él nos entregamos, y tenemos a nuestros pequeños hijos con su herencia otra vez también," -

Y le contó cómo había ocurrido todo. Entonces ellos moraron juntos en mucha felicidad hasta su final.

Enseñanza:

Ser fiel para con quien se trabaja es gran honestidad y condición indispensable para el éxito.





099-Los Seis Sirvientes

En tiempos pasados vivía una Reina anciana que era muy malvada, y su hija era la doncella más hermosa bajo el sol. La anciana, sin embargo, no tenía ningún otro pensamiento que como llevar a la humanidad a la destrucción, y cuando un pretendiente aparecía, ella decía que quienquiera deseara tener a su hija, debe realizar primero una tarea que ella asigne, y si falla, trabajar como su esclavo por el resto de su vida. Muchos habían sido deslumbrados por la belleza de la hija, y realmente se habían arriesgado, pero nunca pudieron llevar a cabo lo que la anciana los impuso para hacer, y ella no tuvo ninguna piedad para nadie; tuvieron que quedar para siempre al servicio de la anciana como esclavos. El hijo de un cierto Rey que también había oído de la belleza de la doncella, dijo a su padre,

- "Déjame a mí ir allá, quiero pedirla en matrimonio." -

- "Nunca," - contestó el Rey; - "Si llegaras a ir, eso sería tu esclavitud." -

Por ello el hijo cayó en cama y estaba gravemente enfermo, y durante siete años estuvo así, y ningún médico podía curarlo. Cuando el padre percibió que no había ninguna esperanza, con un corazón muy triste le dijo,

- "Bien, ve allá, e intenta tu suerte, ya que no sé de ningún otro remedio para tu mal." -

Cuando el hijo oyó aquello, se levantó de su cama y sintiéndose bien otra vez, con júbilo salió a su camino. Y sucedió que cuando guiaba a su caballo a través de un brezal, vio desde lejos algo como un gran montón de heno sobre la tierra, y cuando estuvo más cerca, pudo ver que era el estómago de un hombre, que se había acostado allí, pero su estómago parecía una pequeña montaña. Cuando el hombre grande y gordo vio al viajero, se levantó y dijo,

- "Si usted necesita algún ayudante, tómeme en su servicio." -

El príncipe contestó,

- "¿Y qué podría hacer con un hombre tan grande como tú?" -

- "Ah," - dijo él - "eso no es nada, cuando me estiro bien, soy tres mil veces más gordo." -

- "Si ese es el caso,"- dijo el príncipe, - "puedo hacer uso de ti, ven conmigo."-

Entonces el hombre grande siguió al príncipe, y al ratito ellos encontraron a otro hombre que yacía en tierra con su oído puesto sobre el césped.

- "¿Qué estás haciendo?"- preguntó el hijo del Rey.

- "Escucho,"- contestó el hombre.

- "¿Y qué estás escuchando tan atentamente?"-

- "Escucho todo lo que sucede en el mundo, ya que nada evita mis oídos; hasta oigo el crecimiento de hierba."-

- "Díme,"- dijo el príncipe, - "¿qué oyes en la corte de la vieja Reina que tiene a la hermosa hija?"-

Entonces él contestó,

- "Oigo zumbar el látigo que golpea la espalda de un pretendiente."-

El hijo del Rey dijo,

- "Puedes servirme, ven conmigo."-

Y siguieron adelante. Luego vieron yaciendo un par de pies y parte de un par de piernas, pero no podían ver el resto del cuerpo. Cuando habían andado una gran distancia, llegaron al tronco del cuerpo, y por fin a la cabeza también.

- "¡Caray!", dijo el príncipe, - "¡qué tipo tan alto eres!"-

- "Ah,"- contestó el hombre alto, - "no es nada en absoluto aún; cuando realmente estiro mis miembros, soy tres mil veces más alto, y más alto que la montaña más alta en la tierra. Entraré de buena gana en su servicio, si usted me acepta."-

- "Ven conmigo,"- dijo el príncipe, - "puedes servirme bien."-

Y continuaron adelante y encontraron luego a un hombre sentado en el camino quién tenía cubiertos sus ojos. El príncipe le preguntó,

- "¿Tiene ojos débiles que no puedes mirar la luz?"-

- "No,"- contestó al hombre, - "pero no debo quitarme la venda, pues lo que miro con mis ojos, se rompe en pedazos, ya que mi vista es demasiado poderosa. Si usted puede usar eso, me alegraré de servirle."-

- "Ven conmigo," - contestó el hijo del Rey, - "podré hacer uso de ti."

Ellos siguieron adelante y encontraron a un hombre que yacía en la caliente luz del sol, temblando y temblando de frío por todas partes de su cuerpo, sin un miembro que se estuviera quieto.

- "¿Cómo puedes temblar cuando el sol brilla tan caliente?" - dijo el hijo del Rey.

- "Alack"-, contestó el hombre, - "soy de una naturaleza completamente diferente. Entre más calor haya, más frío estoy yo, y el hielo penetra por todos mis huesos; y entre más frío haya, más caliente me pongo. En medio del frío, no puedo soportar mi calor, y en medio del calor, no puedo soportar mi frío."

- "Realmente eres un compañero extraño," - dijo el príncipe, - "pero si quieres entrar en mi servicio, sígueme."

Y siguieron adelante, y encontraron a un hombre de pie quién estiraba un largo cuello y miraba alrededor de él, y podría ver sobre todas las montañas.

- "¿Qué estás mirando con tanto interés?" - preguntó el hijo del Rey.

El hombre contestó,

- "Tengo ojos tan agudos que puedo ver dentro de cada bosque y campo, y colina y valle, por todo el mundo."

El príncipe dijo,

- "Ven conmigo si es tu voluntad, ya que también puedo necesitar a alguien así."

Y ahora el hijo del Rey y sus seis criados llegaron a la ciudad donde la Reina anciana moraba. Él no le contó quien era él, pero dijo,

- "Si usted me da a su hija hermosa, realizaré cualquier tarea usted me ponga."

La bruja estuvo encantada de atrapar a tan galán joven como este en su red, y dijo,

- "Te pondré tres tareas, y si eres capaz de realizar todas ellas, tú serás el marido y el patrón de mi hija."

- "¿Cuál es la primera?"

- "Debes traerme mi anillo que se me cayó en el Mar Rojo."

Entonces el hijo del Rey se fue a casa, se reunió con sus criados y dijo,

- "La primera tarea no es fácil. Un anillo debe ser sacado del Mar Rojo. Vengan, encuentren algún modo de hacerlo." -

Entonces el hombre con la vista aguda dijo,

- "Veré donde está," - y miró hacia abajo en el agua y dijo, - "Está pegado allí, en una piedra puntiaguda." -

El hombre alto los llevó allá, y dijo,

- "Yo lo sacaré pronto, si sólo pudiera verlo." -

- "¡Ah!, ¿es eso todo?" - gritó el hombre grande.

Y se acostó y puso su boca en el agua, hacia donde todas las olas se dirigieron, justo como si aquello fuera un remolino, y él terminó de beber el mar entero de modo que quedó tan seco como un prado. El hombre alto se inclinó un poco, y sacó el anillo con su mano. Entonces el hijo del Rey se alegró cuando ya tenía el anillo, y lo llevó a la vieja Reina. Ella quedó sorprendida, y dijo,

- "Sí, éste es el anillo correcto. Has realizado sin peligro la primera tarea, pero ahora viene la segunda. ¿Ves el prado delante de mi palacio? Trescientos bueyes gordos se alimentan allí, y deberás comerlos todos completos, carne, piel, pelo, huesos, cuernos y todo, y luego, abajo en mi sótano hay trescientos barriles de vino, y debes de beberlos todos también. Y si un pelo de los bueyes, o una pequeña gota del vino es dejada, quedarás esclavizado inmediatamente" .-



- "¿Puedo invitar a alguien a esta comida?" - preguntó el príncipe, - "ninguna comida está bien sin alguna compañía." -

La anciana se rió con malevolencia, y contestó,

- "Puedes tener un invitado por compañerismo, pero no más." -

El hijo del Rey fue a donde sus criados y dijo al hombre grande,

- "Tu serás mi invitado hoy, y comerás intensamente." -

En ese momento el hombre grande se estiró y comió a los trescientos bueyes sin dejar un solo pelo, y luego preguntó si solamente iba a tener eso de desayuno. Él entonces bebió el vino directamente de los barriles sin sentir cualquier necesidad de un vaso, y lamió la última gota de sus uñas. Cuando la comida estuvo terminada, el príncipe fue donde la anciana, y le dijo que la segunda tarea también ya fue realizada. Ella se extrañó de eso y dijo,

- "Nadie ha hecho nunca tanto antes, pero todavía queda una tarea," -

Y ella pensó para sí,

- "¡No te me escaparás, y no te quedarás sin ser mi esclavo!" -

Y entonces le dijo al príncipe,

- "Esta noche," - dijo ella, - "traeré a mi hija a tu cámara, y pondrás tus brazos alrededor de ella, pero cuando se sienten juntos, evita el dormir. Cuando den las doce, vendré, y si ella no está entonces en tus brazos, estás perdido." -

El príncipe pensó,

- "La tarea es fácil, definitivamente mantendré mis ojos abiertos." -

Sin embargo él llamó a sus criados, les dijo lo que la anciana había dicho, y comentó,

- "Quién sabe qué traición estará al acecho detrás de eso. La previsión es una cosa buena de mantener en cuenta, y tener cuidado de que la doncella no vaya a salir de mi cuarto otra vez." -

Cuando la noche cayó, la anciana vino con su hija, y la dejó en los brazos del príncipe. Entonces el hombre alto rodeó a los dos en un círculo, y el hombre grande se colocó en la puerta, de modo que ninguna criatura viva pudiera entrar.

Allí estuvieron los dos sentados, y la doncella no dijo nunca una palabra, pero la luna brillaba por la ventana en su cara, y el príncipe podría contemplar su belleza maravillosa. Realmente él miraba fijamente solamente a ella, y se sintió lleno de amor y felicidad, y sus ojos nunca se sintieron cansados. Así duró hasta las once, cuando la anciana dijo unas palabras mágicas sobre todos ellos para dormirlos, y en ese mismísimo momento la doncella fue sacada.

Entonces todos ellos durmieron profundamente hasta las doce menos cuarto, cuando la magia perdió su poder, y todos despertaron de nuevo.

- "¡Ah, miseria y desgracia!" - gritó el príncipe, - "¡ahora estoy perdido!" -

Los fieles criados también comenzaron a lamentarse, pero el hombre oyente dijo,

- "Silencio, quiero escuchar." -

Entonces él escuchó durante un instante y dijo,

- "Ella está en una roca, a trescientas leguas de aquí, lamentando su destino. Solo tú, hombre alto, puedes ayudarla; si te levantas bien alto, estarás allí en un par de pasos." -

- "Sí," - contestó el hombre alto, - "pero el de los ojos poderosos debe ir conmigo, así podremos destruir la roca." -

Entonces el hombre alto montó al de los ojos vendados en su espalda, y en un parpadear de ojos estaban en la roca encantada. El hombre alto inmediatamente quitó la venda de los ojos del otro, y él no hizo más que mirar alrededor, y la roca estalló en mil pedazos. Entonces el hombre alto tomó la doncella en sus brazos, la regresó en un segundo, luego trajo a su compañero con la misma rapidez, y antes de que fueran las doce todos ellos se sentaron como se habían sentado antes, completamente alegres y felices. Cuando dieron las doce, la bruja anciana vino mostrando una cara malévol, que parecía decir,

- "Ahora ya él es mío!" - ya que ella creyó que su hija estaba en la roca a trescientas leguas lejos.

Pero cuando ella la vio en los brazos del príncipe, se alarmó, y dijo,

- "Aquí hay uno que puede más que yo!" -

Ella no se atrevió a hacer cualquier oposición, y fue obligada a darle a su hija. Pero le susurró en su oído,

- "Es una desgracia para ti tener que obedecer a gente común, y que no puedas elegir a un marido a tu propio gusto." -

Con eso, el corazón orgulloso de la doncella se llenó de cólera, y meditó una venganza. A la mañana siguiente ella hizo que trescientos grandes bultos de madera fueran reunidos juntos para una hoguera, y dijo al príncipe que aunque las tres tareas fueron realizadas, ella todavía no sería su esposa hasta que alguien estuviera listo a sentarse en medio de la madera encendida, y aguantar el fuego.

Ella pensó que ninguno de sus criados se dejaría ser quemado, sacrificándose por él, y que por el amor por ella, él mismo se colocaría sobre el fuego, y así luego ella sería libre. Pero los criados dijeron,

- "Cada uno de nosotros ha hecho algo excepto el hombre del frío-calor, ahora será su oportunidad." -

Y lo pusieron en medio del montón de madera, y prendieron el fuego. Entonces la madera comenzó a quemarse, y hubo fuego durante tres días hasta que toda la madera se consumió, y cuando las llamas se habían consumido, el hombre del frío-calor estaba ahí de pie entre las cenizas, temblando como una hoja de álamo temblón, y diciendo,

- "Nunca sentí tal helada durante el curso entero de mi vida; ¡si esto hubiera durado mucho más, ya estaría entumecido!" -

Como ya ningún otro pretexto podía ser encontrado, la hermosa doncella quedó ahora abligada a aceptar a aquel joven desconocido como su marido. Pero cuando iban para la ceremonia, la anciana se dijo,

- "No puedo soportar esa desgracia," -

y envió a sus guerreros tras ellos con órdenes de reducir a todo quién se les opusiera, y que le trajeran de regreso a su hija. Pero el hombre oyente había afilado sus oídos, y había oído las órdenes de la anciana.

- "¿Qué haremos?" - dijo el hombre grande.

Pero ya él sabía que hacer, y escupió detrás del carro un par de veces un poco del agua de mar que había bebido, y un gran mar se levantó en el que los guerreros fueron atrapados y ahogados. Cuando la bruja vio lo sucedido, envió a sus caballeros armados; pero el hombre oyente oyó la agitación de las armaduras, y quitó la venda de un ojo del hombre de los ojos poderosos, quién miró un rato fijamente a las tropas del enemigo, y todas sus piezas saltaron en pedazos como el cristal.

Entonces el joven y la doncella continuaron su camino tranquilos, y cuando había terminado la ceremonia, los seis criados decidieron terminar sus servicios, y dijeron a su patrón,

- "Sus deseos están satisfechos ahora, ya no nos necesita, seguiremos nuestro camino y buscaremos nuestras fortunas." -

El príncipe les pagó sus servicios y se fueron. A media legua del palacio del padre del príncipe había un pueblo cerca del cual un porquero atendía su manada, y cuando llegaron allí el príncipe dijo a su esposa,

- "¿Sabes quién soy realmente? No soy ningún príncipe, sino un pastor de cerdos, y el hombre que está allí con aquella manada, es mi padre. Nosotros dos tendremos que ponernos a trabajar también, y ayudarle." -

Entonces él bajó con ella a la posada, y en secreto pidió a los posaderos llevarse la indumentaria real durante la noche. Así que cuándo ella despertó por la mañana, no tenía nada para ponerse, y la esposa del posadero le dio un viejo vestido y un par de medias de estambre, lo que le pareció considerarlo un gran presente, y dijo,

- "¡Si no fuera por el bien de su marido yo no le hubiera dado nada en absoluto!" -

Entonces la princesa creyó que él realmente era un porquero, y atendió la manada con él, y pensó,

- "He merecido esto por mi altivez y orgullo." -

Esto duró toda una semana, y no pudo soportarlo más, ya que tenía llagas en sus pies. Luego llegó un par de personas que preguntaron si ella sabía quién era su marido.

- "Sí" -, contestó, - "él es un porquero, y acaba de salir con cuerdas para tratar de realizar un pequeño trato." -

Pero ellos dijeron,

- "Sólo venga con nosotros, y la llevaremos donde él," y ellos la llevaron hasta el palacio, y cuando ella entró en el salón, allí estaba su marido con su vestido real.

Pero ella no lo reconoció hasta que él la tomó en sus brazos, la besara, y dijera,

- "Sufrí mucho por ti, y ahora tú también, has tenido que sufrir por mí." -

Y luego otra boda oficial real fue celebrada, y quien les ha contado todo esto, desea que él, también, esté presente en la fiesta.

Enseñanza:

Cuando se hace una labor o trabajo, siempre hay que buscar y usar la herramienta que sea más útil para cada caso.





100-Los Tres Holgazanes

Un cierto Rey tenía a tres hijos que eran todos igualmente queridos por él, y no sabía a cual de ellos designar como su sucesor después de su propia muerte. Cuando el tiempo vino en que él estaba a punto de morir, los convocó a su lado de la cama y dijo,

- "Queridos hijos, he estado pensando en algo que les declararé; aquel de ustedes que imagine y me diga cómo ser el más perezoso tendrá el reino." -

El mayor dijo,

- "Entonces, padre, el reino es mío, ya que soy tan ocioso que si me acuesto para descansar, y una gota cae en mi ojo, no lo abriré para poder dormir." -

El segundo dijo;

"Padre, el reino me pertenece, ya que soy tan ocioso que cuando me siento al lado del fuego para calentarme, prefiero dejar que mi talón se queme a tener que mover mi pierna." -

El tercero dijo,

- "Padre, el reino es el mío, ya que soy tan ocioso que si yo fuera a ser ahorcado, y tengo la cuerda ya alrededor de mi cuello, y alguien pusiera un cuchillo filoso en mi mano con el cual yo podría cortar la cuerda, prefiero dejarme ahorcar a levantar mi mano hacia la cuerda." -

Cuando el padre oyó aquello, dijo,

- "Tú eres el que lo llevaste más lejos, y serás el Rey." -

Enseñanza:

Recordemos que el ocio es la madre de todos los vicios. En este cuento los hijos solamente hacen una práctica intelectual sobre la ociosidad, pero realmente nunca la practicarían.





101-Madre Nieve

Había una vez una viuda que tenía dos hijas - una de ellas era linda y laboriosa, mientras la otra era fea y ociosa. Pero la viuda era muy cariñosa con la fea y ociosa, porque era su propia hija; y la otra, quién era una hijastra, era obligada a hacer todo el trabajo y ser la Cenicienta de la casa. Cada día la pobre muchacha tenía que sentarse en el camino junto a un pozo a hilar con el huso, y girar y girar hasta ver sus dedos sangrados.

Ahora resultó que un día el huso se manchó con su sangre, y entonces para limpiarlo lo introdujo en el pozo, pero resbaló de su mano y cayó al fondo del pozo. Ella comenzó a llorar, y corrió donde su madrastra y le contó la desgracia. Pero ella la reprendió bruscamente, y fue muy despiadada al decirle,

- "Ya que usted ha dejado caer el huso, usted debe sacarlo de allí." -

Entonces la muchacha volvió al pozo, y no sabía que hacer; y con la pena en su corazón, brincó dentro del pozo para conseguir el huso. Ella perdió sus sentidos; y cuando despertó volviendo en sí, se vio en un prado encantador donde el sol brillaba y miles de flores crecían. Corrió a lo largo de esta pradera, y por fin llegó a un horno de panadería lleno de pan, y el pan gritaba,

- "¡Hey, sáqueme! ¡sáqueme o me quemaré!; ¡he sido horneado mucho tiempo!" -

Entonces se acercó, y sacó todos los panes uno tras otro con la pala del pan. Después de esto continuó hasta llegar a un árbol cubierto de manzanas, que la llamaron,

- "¡Hey, sacúdame! ¡sacúdame! ¡estamos todas maduras!" -

Y sacudió el árbol hasta que las manzanas cayeron como la lluvia, y continuó sacudiendo para que todas vinieran abajo, y luego de amontonarlas, continuó su camino.

Por fin llegó a una pequeña casa, en la cual vio a una anciana; pero tenía tales dientes tan grandes que la muchacha se asustó, y estuvo a punto de salir corriendo.



Pero la anciana la llamó,

- "¿De qué tienes miedo, querida niña? Permanece conmigo; si haces todo el trabajo en la casa correctamente, estarás mejor por eso. Sólo debes tener cuidado de hacer bien mi cama, y sacudirla a fondo hasta que las plumas vuelen; entonces habrá nieve en la tierra. Soy la Madre Nieve." -

Como la anciana le habló tan amablemente, la muchacha tomó valor y consintió en entrar en su servicio. Ella se ocupó de atender satisfactoriamente todo lo que le solicitaba su patrona, y siempre sacudía su cama tan enérgicamente que las plumas volaban parecidas a copos de nieve. Entonces ella tenía una vida agradable con ella; nunca una palabra enojada; y hervían o asaban carne cada día.

Ella se quedó algún tiempo con la Madre Nieve, pero al cabo de algún tiempo se sintió triste. Al principio no sabía lo que le sucedía, pero al fin reconoció que era la nostalgia: aunque ella estuviera miles de veces mejor aquí que en casa, de todos modos ella tenía un deseo de volver allá. Por fin le dijo a la anciana,

- "Tengo un gran deseo de ir a casa; y a pesar de estar muy bien aquí abajo, no puedo quedarme más tiempo; debo subir otra vez donde mi propia gente." -

La Madre Nieve dijo,

- "Estoy contenta que quieras volver a tu casa otra vez, y como me has servido tan correctamente, yo misma te llevaré de regreso." -

Con eso ella la tomó de la mano, y la condujo a una puerta grande. La puerta se abrió, y como la doncella estaba de pie bajo la entrada, una gran lluvia de oro cayó, y todo el oro se le adhería a ella, de modo que quedó completamente cubierta con él.

- "Tendrás esto porque has sido muy laboriosa" -, dijo la Madre Nieve, y al mismo tiempo le devolvió el huso que se le había caído en el pozo.

Con eso la puerta se cerró, y la doncella se encontró encima sobre la tierra, no lejos de la casa de su madrastra.

Y cuando entraba al predio, el gallo que estaba junto al pozo gritó:

- "¡Quiquiriquí!" -

- "¡Su niña bonita está aquí!" -

Entonces fue donde la madrastra, y cuando llegó así cubierta de oro, fue muy bien acogida, tanto por ella como por su hermana.

La muchacha contó todo que le había pasado; y tan pronto como la madre oyó como había adquirido tanta riqueza, quedó muy ansiosa por obtener la misma buena suerte para la hija fea y perezosa. Ella tenía que sentarse por el pozo e hilar; y con el fin de que su huso pudiera quedar manchado con sangre, pegó su mano en un arbusto de espinas y pinchó su dedo. Entonces lanzó el huso en el pozo, y luego brincó detrás de él.

Llegó, como la otra, al prado hermoso y anduvo a lo largo del mismo camino. Cuando ella llegó al horno con el pan, éste estaba otra vez gritando,

- "¡Hey, sáqueme! ¡sáqueme! o me quemaré!; ¡he sido horneado mucho tiempo!" -

Pero la perezosa contestó,

- "¿Acaso tengo algún deseo de ensuciarme?" - y se fue.

Pronto llegó al manzano, que gritó,

- "¡Hey, sacúdame! ¡sacúdame! ¡las manzanas estamos todas maduras!" -

Pero ella contestó,

- "¡Las prefiero allí! una de ustedes podría caerse en mi cabeza." - y continuó su camino.

Cuando llegó a la casa de la Madre Nieve no tuvo miedo, ya que había oído de sus dientes grandes, y entonces se puso a su servicio inmediatamente.

El primer día ella se dedicó a trabajar diligentemente, y obedeció a la Madre Nieve cuando ella le pedía hacer algo, ya que pensaba en todo el oro que le daría. Pero durante el segundo día comenzó a ser perezosa, y durante el tercer día todavía más, y luego no despertaría por la mañana en absoluto. Tampoco hizo la cama de la Madre Nieve como debería, y no la sacudió haciendo volar las plumas. La Madre Nieve se cansó de su proceder, y le dio su aviso para que se marchara. La muchacha perezosa estuvo deseosa de irse, y pensó que ahora vendría la lluvia de oro. La Madre Nieve la condujo también a la gran puerta; pero mientras estaba de pie bajo ella, en vez del oro, una gran olla de barro fue vaciada sobre ella.

- "Esta es la recompensa por su servicio" -, dijo la Madre Nieve, y cerró la puerta.

Entonces la muchacha perezosa se fue a casa; pero iba completamente cubierta de barro, y el gallo que estaba por el pozo, tan pronto como la vio, gritó,

- "¡Quiquiriquí!" -

- "¡Su muchacha sucia está aquí!" -

Y el barro se pegó rápido a ella, y no le pudo ser quitado mientras vivió.

Enseñanza:

Imitar a quien ha tenido éxito, debe de hacerse con mucho cuidado y sin errores, pues de lo contrario la imitación puede convertirse en fracaso.





102-El campesino en el cielo

Una vez hace un tiempo, un campesino piadoso pobre murió, y llegó ante la puerta del cielo. Al mismo tiempo un señor muy rico y poderoso pero también piadoso, vino allí y también pidió entrar en el cielo.

Entonces San Pedro vino con la llave, y abrió la puerta, y dejó entrar al gran hombre, pero por lo visto no vio al campesino, y cerró la puerta otra vez. Y ahora el campesino estando afuera, oía como el gran hombre fue recibido en el cielo con toda clase de alegrías, y cómo le tocaban música, y le cantaban.

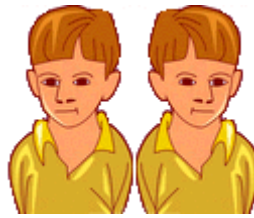
Al cabo de un rato todos se tranquilizaron de nuevo, y San Pedro vino y abrió otra vez la puerta de cielo, y dejó entrar al campesino. El campesino, sin embargo, esperó que también le tocarían música y cantarían cuando él entrara, pero todos permanecieron completamente tranquilos; él fue recibido con gran afecto, es cierto, y los ángeles vinieron para encontrarlo, pero nadie cantó. Entonces el campesino preguntó a San Pedro cómo es que no hubo cantos para él y que sin embargo sí hubo cuando el hombre rico entró, y dijo que le parecía que allí en el cielo las cosas son hechas con tanta parcialidad como en la tierra.

Entonces dijo San Pedro,
-"De ningún modo mi querido hermano, tu eres tan querido por nosotros como todo piadoso, y vas a disfrutar de cada placer divino igual a como el hombre rico disfrutará, pero almas tan humildes y piadosas como tú, vienen por miles al cielo cada día, pero un hombre rico y a la vez piadoso como este no viene más que una vez en cien años."-

Enseñanza:

Los casos excepcionales son siempre motivo de gran atención.





103-Los dos hermanos gemelos

Había una vez dos hermanos, uno rico y otro pobre. El rico era un orfebre y de frío corazón. El pobre se mantenía haciendo escobas, y era bueno y honorable. El pobre tenía dos niños, que eran hermanos gemelos y uno tan similar al otro, como dos gotas de agua. Los dos muchachos iban de acá para allá a la casa del rico, y a menudo conseguían algunas sobras para comer. Sucedió que una vez cuando el hombre pobre se internó en el bosque para traer broza, él vio a un ave que era completamente de oro y más hermosa que ninguna otra que él jamás había tenido oportunidad de encontrar.

Él recogió una pequeña piedra y se la lanzó, y fue bastante afortunado para lograr golpearla, pero solamente una pluma de oro cayó, y el ave se fue volando. El hombre tomó la pluma y se la llevó a su hermano, que la miró y dijo,

- "¡Esto es oro puro!" - y le dio mucho dinero por él.

Al día siguiente el hombre pobre subió a un árbol de abedul, y estaba a punto de cortar un par de ramas cuando la misma ave salió volando, y cuando el hombre buscó más detenidamente, encontró un nido con un huevo dentro de él, el cual era de oro. Él llevó el huevo a su casa, y luego donde su hermano, que otra vez dijo,

- "¡Esto es oro puro!" -, y le pagó lo que merecía.

Por fin el orfebre se dijo,

- "En efecto, me gustaría tener al ave para mí mismo." -

El hombre pobre entró en el bosque por tercera vez, y de nuevo vio al ave de oro sentada en el árbol, entonces él tomó una piedra y la derribó y la llevó a su hermano, que le dio un gran montón de oro por ella.

- "Ahora ya puedo mejorar mi condición" -, pensó él, y se fue muy contento a su casa.

El orfebre era mañoso y astuto, y sabía muy bien cual tipo de ave era aquella. Llamó su esposa y le dijo,

- "Ásame esta ave de oro, y ten cuidado que nada de ella se pierda. Tengo un gran antojo de comerla toda yo mismo." -

El ave, sin embargo, no era un ave común, sino de una clase tan maravillosa que quienquiera que comiera su corazón y su hígado encontraría cada mañana un pedazo de oro bajo su almohada. La mujer alistó al ave, la puso sobre el asador, y la dejó asarse.

Pero resultó que cuando el ave estaba en el fuego, la mujer se vio obligada a salir de la cocina para hacer otro trabajo, y mientras tanto los dos niños del fabricante de escoba pobre llegaron, se colocaron junto al asador y le dieron vuelta un par de veces. En ese momento dos pequeños trozos del ave cayeron en la lata de goteo y uno de los muchachos dijo,

- "Comamos estos dos pequeños trozos; tengo tanta hambre, y nadie los echará de menos."-

Entonces los dos comieron los pedazos, pero en eso la mujer entró en la cocina y vio que ellos comían algo y preguntó,

- "¿Qué han estado comiendo ustedes?"-

- "Dos pequeños bocados que cayeron a la lata"- contestaron ellos.

- "Deben haber sido el corazón y el hígado"-, dijo la mujer, completamente asustada.

Y a fin de que su marido no pudiera notar su ausencia y se enojara, rápidamente mató un joven pollo, sacó su corazón y su hígado, los asó y los puso dentro del ave de oro. Cuando todo estuvo listo, ella lo llevó al orfebre, que consumió todo él solo, y no dejó nada de aquello. A la mañana siguiente, sin embargo, cuando él buscó bajo su almohada, esperando tener el pedazo de oro, no encontró ningún pedazo de oro que se suponía debía estar siempre allí.

Los dos niños no sabían la gran fortuna que había llegado a sus dominios. A la mañana siguiente, cuando ellos se levantaron, algo cayó traqueteando al suelo, y cuando lo recogieron vieron que eran ¡dos pedazos de oro! Entonces los llevaron a su padre, que se sorprendió y dijo,

- "¿Como puede haber pasado?"-

Cuando al día siguiente otra vez encontraron otros dos pedazos de oro, y así diariamente, él fue donde su hermano y le contó la extraña historia.

El orfebre inmediatamente supo como esto había venido a suceder, y que los niños habían comido el corazón y el hígado de la ave de oro, y a fin de vengarse, porque sintió envidia y dureza en su corazón, él dijo al padre,

- "Tus niños están atrapados por el demonio, no tomes el oro, y no sufras por deshacerte de ellos para que no se queden más tiempo en tu casa, ya que él los tiene en su poder, y puede igualmente dañarte a ti."-

El padre le creyó y temió por el mal del demonio, y doloroso que fue para él, condujo a los gemelos adentro del bosque, y con un corazón triste los abandonó allí.

Y ahora los dos niños corrieron en el bosque, y buscaron el camino a casa otra vez, pero no podían encontrarlo, y sólo se perdían cada vez más. Por fin se encontraron con un cazador, que les preguntó,

- "¿De quien son ustedes?" -

- "Somos los hijos del pobre fabricante de escobas" -, respondieron ellos.

Y además le dijeron que su padre no los tendría más tiempo en la casa porque un pedazo de oro aparecía está cada mañana bajo sus almohadas.

- "Vengan", dijo el cazador, "eso no es tan malo, si al mismo tiempo ustedes se mantienen honestos y ocupados." -

Como al buen hombre le agradaron los niños, y no tenía ninguno propio, él los llevó a su casa y les dijo,

- "Yo seré su padre, y los mantendré hasta que sean grandes." -

Pasó el tiempo y ellos aprendieron sobre la cacería, y el pedazo de oro que cada uno de ellos encontraba cuando despertaban, fue guardado para ellos por el buen hombre por si ellos debieran necesitarlo en el futuro.

Cuando ellos ya estuvieron grandes, su padre adoptivo un día los llevó al bosque con él, y dijo,

- "Hoy van ustedes a hacerme su tiro de fin de enseñanza, de modo que yo pueda liberarles de su aprendizaje, y llamarles verdaderos cazadores." -

Ellos fueron con él para estar al acecho y se estuvieron así por mucho rato, pero ninguna presa apareció. El cazador, sin embargo, miró hacia arriba y vio un grupo de gansos salvajes que llegaban volando en la forma de un triángulo, y dijo a uno de los jóvenes,

- "Bájame de un tiro por vez, uno de cada esquina." -

Él lo hizo exitosamente, y así llevó a cabo su tiro de fin de enseñanza. Poco después un nuevo grupo vino volando formando la figura de un dos, y el cazador pidió al otro joven también bajar uno de cada esquina, y su tiro de fin de enseñanza fue igualmente acertado.

- "Ahora", dijo el padre adoptivo, "les confirmo el fin de su aprendizaje; ustedes son ya cazadores expertos." -

Luego los dos hermanos siguieron adelante juntos en el bosque, y se consultaban el uno con el otro planeando algo. Y por la tarde cuando ellos se habían sentado a la cena, dijeron a su padre adoptivo,

- "No tocaremos el alimento, ni siquiera tomaremos un bocado, hasta que usted nos haya concedido una petición." -

- "¿Y cual, es su petición?" - preguntó el padre.

Ellos contestaron,

- "Hemos terminado ahora de aprender, y nosotros debemos ponernos a prueba en el mundo. Permítanos que nosotros nos marchemos y viajemos." -

Entonces dijo el anciano con júbilo,

- "Ustedes hablan como cazadores valientes; que su deseo sea también mi deseo; vayan adelante, todo irá bien con ustedes." -



Con eso acordado, ellos comieron y bebieron alegremente juntos.

Cuando el día designado vino, su padre adoptivo dio a cada uno de ellos una buena arma y un perro, y dejó que cada uno de ellos llevara tantos pedazos de oro de los que tenían guardados como quisieran. Entonces él los acompañó una parte del camino, y al momento de despedirse, él les dio un cuchillo brillante, y dijo,

- "Si alguna vez ustedes se separan, peguen este cuchillo en un árbol en el lugar donde se separan, y cuando uno de ustedes regrese allí, va a ser capaz de ver como a su hermano ausente le está yendo, de modo que cuando el lado del cuchillo es girado en la dirección por la cual él se fue, se oxidará si él ha muerto, pero permanecerá brillante si él está vivo." -

Los dos hermanos fueron todavía más lejos hacia adelante, y llegaron a un bosque que era tan grande que fue imposible para ellos salir de él en un día. Entonces pasaron la noche allí, y comieron lo que habían puesto en sus bolsas de caza. Anduvieron todo el segundo día igualmente, y todavía no salían. Cuando no tuvieron nada para comer, uno de ellos dijo,

- "Debemos cazar algo para nosotros o sufriremos hambre," - y cargó su arma, y miró alrededor él.

Y cuando una vieja liebre vino corriendo hacia ellos, él puso su arma en su hombro, pero la liebre gritaba,

- "Querido cazador, por favor déjeme vivir,
y dos pequeñas liebres en mi lugar le daré" -

y saltó al instante en la espesura, y trajo dos jóvenes liebres. Pero las pequeñas criaturas jugaron tan alegremente, y eran tan bonitas, que los cazadores no podían encontrar modo en sus corazones para matarlas. Por lo tanto las llevaron con ellos, y las pequeñas liebres los seguían detrás. Poco después de esto, un zorro se presentó por delante; y ellos iban ya a pegarle un tiro, cuando el zorro gritó,

- "Querido cazador, por favor déjeme vivir,
y dos pequeños zorros en mi lugar le daré" -

Él también trajo dos pequeños zorros, y a los cazadores no les gustó matarlos tampoco, y los agregaron a las liebres para su compañía. Y todos ellos los siguieron detrás. No fue mucho después que un lobo saltó de la espesura y los cazadores se prepararon para pegarle un tiro, pero el lobo gritó,

- "Querido cazador, por favor déjeme vivir,
y dos pequeños lobos en mi lugar le daré" -

Los cazadores ponen a los dos lobos al lado de los otros animales, y todos siguieron detrás de ellos. Entonces un oso vino, quién quiso mantener su caminata, y gritó:

- "Querido cazador, por favor déjeme vivir,
y dos pequeños osos también en mi lugar le daré" -

Los dos osos jóvenes fueron añadidos a los demás, y había ya ocho de ellos. ¿Y quien llegó al fin? Un león vino, y sacudió su melena. Pero los cazadores no se dejaron ser asustados y apuntaron a él igualmente, pero el león también dijo,

- "Querido cazador, por favor déjeme vivir,
y dos pequeños leones también en mi lugar le daré" -

Y les trajo sus dos pequeños. Ahora los cazadores tenían a dos leones, dos osos, dos lobos, dos zorros, y dos liebres, quiénes los seguían y les servían. Mientras tanto su hambre no fue apaciguada por todo ello, y ellos dijeron a los zorros,

- "Escuchen ustedes, compañeros astutos, provéanos de algo para comer. Ustedes son mañosos y sabios." -

Ellos contestaron,

- "No lejos de aquí está un pueblo, del cual hemos traído ya muchas aves; le mostraremos el camino." -

Entonces ellos entraron al pueblo, y con el oro se compraron algo para comer, y le dieron alimento a sus animales, y luego siguieron adelante. Los zorros, sin embargo, sabían su camino muy bien sobre el distrito y donde estaban las granjas de aves y eran capaces de dirigir a los cazadores.

Ahora ellos siguieron caminando por un rato, pero no encontraron situaciones en las cuales ellos podrían permanecer juntos, entonces dijeron,

- "No hay nada más que nos motive a seguir juntos, debemos ahora separarnos." -

Entonces dividieron a los animales, de modo que cada uno de ellos tuviera a un león, un oso, un lobo, un zorro, y una liebre, y se despidieron el uno del otro, prometiéndose quererse el uno al otro como hermanos hasta su muerte, y pegaron el cuchillo que su padre adoptivo les había dado, en un árbol, después de lo cual uno fue hacia el Este, y el otro fue hacia el Oeste.

Uno de ellos llegó con sus compañeros a una ciudad que estaba toda colgada con crespón negro. Él entró en una posada, y preguntó al posadero si él podría acomodar a sus animales. El posadero le dio un establo, donde había un agujero en la pared, y la liebre salió sigilosamente y se consiguió una col, y el zorro se tomó una gallina, y cuando ya la había devorado tomó también al gallo, pero el lobo, el oso, y el león no podían salir porque eran demasiado grandes.

Entonces el posadero les dejó ir a un lugar donde una vaca yacía en ese momento en la hierba, de modo que ellos podrían comer hasta que estuvieran satisfechos. Y cuando el cazador ya había atendido a sus animales, preguntó al posadero por qué la ciudad estaba así colgada con crespón negro. Dijo entonces el posadero,

- "Porque la única hija de nuestro Rey debe morir mañana." -

El cazador preguntó si ella estaba enferma de muerte.

- "¡No!", contestó el anfitrión, "¡ella está vigorosa y sana, sin embargo debe morir!" -

- "¿Cómo es eso?" - preguntó el cazador.

Hay una colina alta en las afueras de la ciudad, en la cual mora un dragón al que cada año debe serle llevada una joven doncella, o él dejará al país entero hecho una basura. Pero ahora ya todas las doncellas le han sido dadas, y no hay ninguna otra excepto la hija del Rey, y no tiene ninguna piedad para ella; debe ser entregada a él, y eso debe ser hecho mañana." -

Preguntó el cazador,

- "¿Por qué no han matado el dragón?" -

- "Ah," contestó el posadero, "tantos caballeros lo han intentado, pero eso les ha costado a todos ellos sus vidas. El Rey ha prometido que él que derrote al dragón tendrá a su hija por esposa, y gobernará igualmente el reino después de su propia muerte." -

El cazador no habló nada más sobre ello, pero a la mañana siguiente tomó a sus animales, y con ellos subió la colina del dragón. Una pequeña iglesia estaba de pie en lo alto de ella, y en el altar había tres tazas llenas, con la inscripción, "Quienquiera logre beber y vaciar las tazas se hará el hombre más fuerte en la tierra, y será capaz de manejar la espada que está sepultada antes del umbral de la puerta."

El cazador no bebió, y salió en busca de la espada en la tierra, pero fue incapaz de moverla de su lugar. Entonces entró, bebió y vació las tazas, y ahora él era bastante fuerte para tomar la espada, y su mano podía manejarla fácilmente. Cuando llegó la hora en que la doncella debía ser entregada al dragón, el Rey, el mariscal, y los cortesanos la acompañaron. Desde lejos ella vio al cazador en la colina del dragón, y pensó que era el dragón que estaba allí esperándola, y no quiso acercarse a él, pero por fin, pensando en que por otra parte la ciudad entera podría ser destruida, fue obligada a hacer el miserable viaje. El Rey y los cortesanos volvieron a casa llenos de pena; el mariscal del Rey, sin embargo, debía quedarse en el sitio, y ver todo lo sucedido a una distancia prudente. Cuando la hija del Rey llegó a la cumbre de la colina, vio que no era el dragón quien estaba de pie allí, sino el cazador joven, que la consoló, y dijo que él la salvaría. La condujo dentro de la iglesia, y la cerró con llave. No pasó mucho rato antes de que el dragón de siete cabezas llegara allí con un rugido fuerte. Cuando él percibió la presencia del cazador, quedó sorprendido y dijo,

- "¿Que estás haciendo tú aquí en la colina?" -

El cazador contestó,

- "Quiero luchar contigo." -

Y replicó el dragón,

- "Muchos caballeros han dejado sus vidas aquí, habré hecho pronto un final de ti también," - y él expulsó fuego por sus siete mandíbulas.

El fuego debía haber encendido la hierba seca, y el cazador debía haber sido asfixiado con el calor y el humo, pero los animales vinieron corriendo y pisotearon el fuego. Entonces el dragón se precipitó sobre el cazador, pero él agitó su espada hasta que silbara por el aire, y cortó tres de sus cabezas al dragón. Entonces el dragón se puso furioso, y se elevó en el aire, y escupió llamas de fuego sobre el cazador, y estuvo a punto de caer sobre él, pero el cazador una vez más sacó su espada, y otra vez cortó otras tres de sus cabezas.

El monstruo se puso débil y se derrumbó, sin embargo aún era capaz de precipitarse sobre el cazador, pero él, con su última fuerza le cortó su cola, y cuando el dragón ya no

podía luchar más, llamó a sus animales para que lo rasgaran en pedazos. Cuando la lucha terminó, el cazador abrió la iglesia, y encontró la hija del Rey yaciendo en el suelo, pues ella había perdido sus sentidos con angustia y terror durante la lucha. Él la sacó, y cuando volvió a su consciencia, y abrió sus ojos, él le mostró al dragón todo cortado en pedazos, y le dijo que ella sería entregada a salvo. Ella se alegró mucho y dijo,

- "Ahora pronto serás mi marido más querido, como mi padre lo ha prometido a quien matara al dragón." -

Ahí mismo ella se quitó su collar de coral, y lo dividió entre los animales a fin de recompensarlos, y el león recibió el broche de oro. Su pañuelo, sin embargo, en que estaba su nombre, se lo dio al cazador, que fue y cortó las lenguas de las siete cabezas del dragón, las envolvió en el pañuelo, y las conservó con cuidado. Hecho eso, como él estaba tan débil y cansado por el fuego y la batalla, dijo a la doncella,

- "Estamos tanto débiles como cansados, mejor dormiremos un rato." -

Entonces ella dijo,

- "Sí, es justo" -,

y ellos posaron en la tierra, y el cazador dijo al león,

- "Tu harás guardia, para que nadie nos sorprenda en nuestro sueño," - y ambos se durmieron.

El león posó al lado de ellos para vigilar, pero también estaba tan cansado con la lucha, que llamó al oso y le dijo,

- "Quédate cerca de mí, debo dormir un poco; si algo viene, me despiertas." -



Entonces el oso se acomodó al lado de el león, pero él también estaba cansado, y llamó al lobo y le dijo,

- "Ponte cerca de mí, debo dormir un poco, pero si algo viene, despiértame" -

Entonces el lobo se posó cerca del oso, pero él estaba cansado igualmente, y llamó el zorro y le dijo,

- "Quédate cerca de mí, debo dormir un poco; si algo viene, despiértame" -

Entonces el zorro quedó al lado de él, pero él también estaba cansado, y llamó a la liebre y le dijo,

- "Ponte cerca de mí, debo dormir un poco, y si algo se ve venir, despiértame" -

Entonces la liebre se sentó cerca de él, pero la pobre liebre estaba cansada también, y no tenía a nadie más a quien pedir para que vigilara, y se durmió.

Y ahora la hija del Rey, el cazador, el león, el oso, el lobo, el zorro, y la liebre, dormían todos un sueño reparador. El mariscal, sin embargo, quién debía mirar a una distancia, tomó coraje cuando él no vio al dragón irse volando con la doncella, y viendo que toda la colina estaba tranquila, la subió. Allí estaba el dragón cortado y tallado en pedazos sobre la tierra, y no lejos de él estaban la hija del Rey y un cazador con sus animales, y todos ellos hundidos en un sueño profundo.

Pero como el mariscal era malo y sin moral, sacó de su bolso un polvo mágico que había obtenido de un brujo, y colocando un poco en la nariz del cazador, lo puso en estado de coma, o sea un sueño profundo del cual no había modo de que despertara, y agarró a la doncella en sus brazos, y la llevó abajo de la colina. Entonces ella despertó y quedó aterrorizada, pero el mariscal dijo,

- "Estás en mis manos, tienes que decir que fui yo quien mató al dragón." -

- "No puedo hacer eso," contestó ella, "fueron un cazador con sus animales quienes lo hicieron." -

Entonces él sacó su espada, y amenazó con matarla si ella no le obedecía, y entonces la obligó a que lo prometiera. Y así él la llevó donde el Rey, que no sabía contenerse de la alegría cuando una vez más miró a su querida hija con vida, y que él creía que había sido despedazada por el monstruo. El mariscal le dijo,

- "He matado al dragón, y regresado a la doncella y salvado al reino entero también, por lo tanto la exijo como mi esposa, como fue prometido. El Rey dijo a la doncella,

- "¿Eso qué él dice es verdadero?" -

- "Ah, sí," - contestó ella, - "en efecto debe ser verdadero, pero no consentiré para celebrar la boda sino hasta el final de un año y un día," - ya que ella pensó que durante aquel tiempo ella debería oír algo de su querido cazador.

Los animales, sin embargo, todavía yacían durmiendo al lado de su amo, quien estaba en coma, en la colina del dragón, y allí llegó un gran abejorro y se posó en la nariz de la liebre, pero la liebre lo quitó con su pata, y continuó durmiendo. El abejorro vino un segunda vez, pero la liebre otra vez lo quitó frotando su nariz y volvió a dormir. Entonces

vino por tercera vez, y picó su nariz de modo que él despertara. Tan pronto como la liebre estaba despierta, despertó al zorro, y el zorro al lobo, y el lobo al oso, y el oso al león. Y cuando el león despertó y vio que la doncella no estaba, y su amo tan dormido que no despertaba, comenzó a rugir terriblemente y gritaba,

- "¿Quién ha hecho esto? Oso, ¿Por qué no me despertaste?" -

El oso preguntó al lobo,

- "¿Por qué no me despertaste?" -

Y el lobo al zorro,

¿Por qué no me despertaste?" -

Y el zorro a la liebre,

¿Por qué no me despertaste?" -

La pobre liebre sola no sabía que respuesta hacer, y la culpa recayó sobre ella. Entonces ya iban ellos a caer sobre ella, pero les suplicó diciendo,

- "No me maten, despertaré a nuestro amo a la vida otra vez. Sé de una montaña en la cual una raíz crece que, cuando colocada en la boca de alguien, lo cura de toda enfermedad y de toda herida. Pero la montaña está a doscientas horas de aquí" -

El león entonces dijo,

- "En cuatro-y-veinte horas debes haber corrido hasta allá y regresado, y haber traído la raíz contigo." -

Obedeciendo, la liebre saltó, y en cuatro-y-veinte horas estuvo de vuelta, y trajo la raíz con ella. El león puso la cabeza del cazador en la mejor posición, y la liebre colocó la raíz en su boca, e inmediatamente empezó a moverse lentamente, y sus ojos se abrieron, y la vida, completamente despierto, volvió a él. Entonces el cazador se alarmó cuando no vio a la doncella, y pensó,

- "Ella debe haberse marchado mientras yo dormía, a fin de deshacerme de mí." -

Al mediodía, cuando él iba a comer algo, preguntó a los animales lo que le había pasado en su sueño. Entonces el león le dijo que ellos, también, se habían dormido todos del cansancio, y al despertar, lo habían encontrado sumido en coma, o sueño profundo, y que la liebre había traído la raíz curadora.

El cazador, sin embargo, estaba triste en su corazón, y viajó por el mundo, e hizo su baile de animales ante la gente. Y sucedió que exactamente al final de un año él volvió a la

misma ciudad donde él había librado a la hija del Rey del dragón, y esta vez la ciudad estaba alegremente decorada con tela roja. Entonces él preguntó al posadero,

- "¿Qué significa todo eso?", "el año pasado la ciudad estaba toda colgada con crespón negro, ¿qué significa la tela roja hoy?" -

El posadero contestó,

- "El año pasado la hija de nuestro Rey debía haber sido entregada al dragón, pero el mariscal luchó contra él y lo mató, y entonces mañana su boda debe ser solemnizada, y por eso la ciudad había sido decorada entonces con crespón negro por el luto, y es cubierta hoy de la tela roja por la alegría." -

Al día siguiente, cuándo la boda debía ocurrir, el cazador dijo al mediodía al posadero,

- "¿Cree usted, señor posadero, que mientras esté aquí hoy con usted, hoy comeré pan del que hay en la propia mesa del Rey?" -

- "No," - dijo el anfitrión, - "yo apostaré cien pedazos de oro que eso no se realizará." -

El cazador aceptó la apuesta, y puso para ello un monedero con exactamente igual número de pedazos de oro. Entonces él llamó a la liebre y dijo,

- "Vaya, mi querido corredor, y tráigame un poco del pan que el Rey está comiendo." -

Ahora, como la pequeña liebre era la más baja de los animales, no podía transferir esta orden a ninguno de los demás, y tuvo que usar sus propias piernas ella misma.

- "¡Ay!" pensó, "si yo pasara por las calles así sola, los perros de los carniceros vendrán todos detrás de mí." -

Y sucedió tal como lo supuso, y los perros vinieron detrás de ella y quisieron hacer agujeros en su piel. Pero ella saltó y corrió lejos, como nunca se había visto correr a liebre alguna y se refugió en una caja de centinela sin que el soldado se diera cuenta de ello. Entonces los perros vinieron y quisieron sacarla, pero el soldado no entendió de qué se trataba, y los golpeó con la culata de su arma, y se fueron gritando y aullando. Tan pronto como la liebre vio que el camino estaba claro, entró corriendo en el palacio y fue directamente a la hija del Rey, se sentó bajo su silla, y rasguñó en su pie. Entonces ella dijo,

- "Vete, vete." - pensando que era su perro.

La liebre rasguñó su pie por segunda vez, y ella otra vez dijo,

- "Vete, vete." - pensando que era su perro.

Pero la liebre no se dejó ser eliminada de su objetivo, y la rasguñó por tercera vez. Entonces ella miró a hurtadillas hacia abajo, y reconoció a la liebre por su collar. Ella la tomó en su regazo, la llevó en su cámara, y dijo,

- "Querida Liebre, ¿qué quieres?" -

Ella contestó,

- "Mi amo, que mató al dragón, está aquí, y me ha enviado para pedir un pedazo de pan del pan que el Rey come." -

Entonces ella se llenó de alegría y llamó al panadero, y ordenó que le trajera un pan como el que es comido por el Rey. La pequeña liebre dijo,

- "Pero el panadero debe llevarlo igualmente que a mí, para que los perros de los carniceros no puedan hacerme daño." -

El panadero los llevó a la puerta de la posada, y luego la liebre se paró en sus piernas traseras, tomó el pan en sus patas delanteras, y lo llevó a su amo. Entonces dijo el cazador,

- "Mire señor posadero, los cien de pedazos de oro son míos." -

El posadero quedó sorprendido, pero el cazador continuó diciendo,

- "Sí, señor posadero, tengo el pan, pero ahora tendré igualmente un poco de la carne asada del Rey." -

El posadero dijo,

- "En efecto me gustaría ver eso, pero no haré más apuestas." -

El cazador llamó al zorro y dijo,

- "Mi pequeño zorro, vaya y tráigame un poco de carne asada, de la misma que el Rey come." -

El zorro rojo conocía los atajos muy bien, y fue por agujeros y esquinas sin que cualquier perro lo viera, se sentó bajo la silla de la hija del Rey, y rasguñó su pie. Entonces ella miró abajo y reconoció al zorro por su collar, lo llevó a su cámara con ella y dijo,

- "Querido zorro, ¿qué deseas?" -

Él contestó,

- "Mi amo, que mató al dragón, está aquí, y me ha enviado. Debo pedir un poco de carne asada de la que el Rey come." -

Entonces ella llamó al cocinero, quién fue obligado a preparar una carne asada, igual a como es comida por el Rey, y llevársela al zorro hasta la puerta. Entonces el zorro tomó el plato, agitando con su cola las moscas que se habían acercado por la carne, y luego lo llevó a su amo.

- "Mire señor posadero," dijo el cazador, "el pan y la carne están aquí, pero ahora también tendré verduras apropiadas para esto, como son comidas por el Rey." -

Y llamó al lobo, y le dijo,

- "Querido Lobo, vaya allí y tráigame las verduras como las que el Rey come." -

Entonces el lobo fue directamente al palacio, ya que él no temía a nadie, y cuando llegó a la cámara de la hija del Rey, él se movió agitadamente detrás de su vestido, de modo que ella fuera obligada a mirar alrededor. Ella lo reconoció por su collar, y lo dejó en su cámara con ella, y dijo,



- "Querido Lobo, ¿qué es lo que deseas?" -

Él contestó,

- "Mi amo, que mató al dragón, está aquí, debo pedir a algunas verduras, como las que el Rey come." -

Entonces ella hizo venir al cocinero, y le ordenó preparar un plato de verduras, como las que el Rey come, y tuvo que llevarlas al lobo hasta la puerta, y luego el lobo tomó el plato, y lo llevó a su amo.

- "Mire señor posadero," dijo el cazador, "ahora tengo el pan y carne y verduras, pero también tendré algún postre para comer igual a como lo que el Rey come." -

Él llamó al oso, y le dijo,

- "Querido Oso, tú que sabes reconocer todo lo dulce; ve y tráeme alguna confitería, como la que el Rey come." -

Entonces el oso trotó al palacio, y todos se apartaban de su camino, pero cuando él llegó a la guardia, ellos presentaron sus mosquetes, y no le dejaban entrar en el palacio real. Pero él se paró en sus piernas traseras, y les dio unos golpes en los cachetes, derecho e izquierdo, con sus patas delanteras, de modo que la guardia entera se quitó, y fue directamente a la hija del Rey, y se colocó detrás de ella, y gruñó un poco. Entonces ella miró hacia atrás, reconoció al oso por su collar, y le ofreció entrar en su cuarto con ella, y dijo,

- "Querido Oso, ¿qué deseas?" -

Él contestó,

- "Mi amo, que mató al dragón, está aquí, y debo pedir alguna confitería, como la que el Rey come." -

Entonces ella convocó a su confitero, y tuvo que hornear la confitería como la que el Rey come, y llevarla a la puerta para el oso; entonces el oso primero lamió un confite que había rodado abajo, y luego se paró de pie, derecho, tomó el plato, y lo llevó a su amo.

- "Contemple, señor posadero," dijo el cazador, "ahora tengo el pan, carne, verduras y confitería, pero beberé el vino también, como el que el Rey bebe." -

Él llamó a su león y dijo,

- "Querido León, tú que gustas de beber hasta quedar intoxicado, ve y me traes un poco de vino, como el que es bebido por el Rey." -

Entonces el león anduvo a zancadas por las calles, y la gente huía de él, y cuando llegó a la guardia, ellos quisieron cerrar el camino contra él, pero sólo rugió una vez, y todos huyeron. Entonces el león fue al apartamento real, y llamó a la puerta con su cola. La hija del Rey abrió, y tuvo casi miedo del león, pero ella lo reconoció por el broche de oro de su collar, y le ofreció entrar con ella a su cámara, y dijo,

- "Querido León, ¿qué te trae por aquí?"

Él contestó,

- "Mi amo, que mató al dragón, está aquí, y debo pedir un poco de vino como el que es bebido por el Rey." -

Entonces ella llamó al tendero, quién debía dar al león un poco de vino del que es bebido por el Rey. El león dijo,

- "Iré con él, y veré que me dé el vino correcto." -

Entonces él bajó con el tendero, y cuando ellos estuvieron abajo, el tendero quiso traerle un poco del vino común que era bebido por los criados del Rey, pero el león dijo,

- "Alto ahí, probaré el vino primero," - y él tomó media medida, y lo tragó de una sola vez.

- "No," dijo él, "este no es el correcto." -

El tendero lo miró con recelo, pero continuó, y estuvo a punto de darle de otro barril que era para el mariscal del Rey. El león dijo,

- "Alto, déjeme probar el vino primero," -

y se sirvió media medida y lo bebió.

- "Está mejor, pero todavía no es el correcto," - dijo él.

Entonces tendero se puso enojado y dijo,

- "¿Cómo puede un animal estúpido como usted entender de vinos?" -

Pero el león le dio un golpe detrás de los oídos, que lo hicieron caerse, de ningún modo suavemente, y cuando se levantó de nuevo, condujo al león completamente silencioso a un pequeño sótano aparte, donde el vino del Rey está, del que nadie más alguna vez bebió. El león primero trajo media medida y probó el vino, y luego dijo,

- "Parece ser la clase correcta" -, y pidió al tendero llenar seis botellas del vino.

Y ahora ellos fueron arriba otra vez, pero cuando el león salió del sótano al aire libre, se tambaleó aquí y allí, pues estaba realmente bebido, y el tendero fue obligado a llevar el vino a la puerta para él, y luego el león tomó el mango de la cesta en su boca, y la llevó a su amo.

El cazador dijo,

- "Mire señor posadero, aquí tengo yo el pan, la carne, las verduras, la confitería y el vino como el Rey tiene, y ahora cenaré con mis animales" -' y él se sentó y comió y bebió, y dio a la liebre, al zorro, al lobo, al oso, y al león también para comer y beber, y estaban alegres, ya que él vio que la hija del Rey todavía lo amaba.

Y cuando él ya habían terminado su comida, él dijo,

- "Señor posadero, ahora que ya he comido y bebido como el Rey come y bebe, ahora iré a la corte del Rey y me casaré con la hija del Rey." -

Dijo el posadero,

- "¿Cómo puede ser, cuando ella ya tiene a un marido prometido, y cuando la boda debe ser solemnizada hoy?" -

Entonces el cazador trajo adelante el pañuelo que la hija del Rey le había dado en la colina del dragón, y en el que fueron guardadas las siete lenguas del monstruo, y dijo,

- "Lo que que sostengo en mis manos me ayudará a hacerlo." -

Entonces el posadero miró el pañuelo, y dijo,

- "Independientemente de lo que creo, no creo eso, y yo apuesto mi casa y mi terreno en ello." -

El cazador, sin embargo, tomó un bolso con mil pedazos de oro, lo puso sobre la mesa, y dijo,

- "Aquí está mi parte" -

Ahora el Rey dijo a su hija, en la mesa real,

- "¿Qué es lo que todos esos animales salvajes quieren, que han estado viniendo a ti, y entrando y saliendo de mi palacio?" -

Ella contestó,

- "Yo no puedo decirle, pero envíe a traer y tener al amo de estos animales aquí, y eso estará bien hecho." -

El Rey envió a un criado a la posada, e invitó al forastero, y el criado llegó tal como el cazador había dicho en su apuesta con el posadero. Entonces dijo el cazador,

- "Mire señor posadero, ahora el Rey envía a su criado y me invita, pero no voy de esta manera." -

Y él dijo al criado,

- "Solicito que el Señor Rey me envíe ropa real, y un carro con seis caballos, y criados para asistirme." -

Cuándo el Rey oyó la respuesta, dijo a su hija,

- "¿Qué debo hacer?" -

Ella dijo,

- "Haga lo que él solicita, y lo habrá hecho bien." -

Entonces el Rey envió la indumentaria real, un carro con seis caballos, y criados para esperar por él. Cuando el cazador los vio venir, dijo,

- "Mire señor posadero, ahora soy llevado como lo solicité." -

Y él se puso las ropas reales, tomó el pañuelo con las lenguas del dragón con él, y se fue donde el Rey. Cuando el Rey lo vio venir, dijo a su hija,

- "¿Como lo recibiré?" -

Ella contestó,

- "Vaya para encontrarlo y saludarlo y usted hará bien." -

Entonces el Rey fue para encontrarlo y lo condujo adentro, y sus animales lo seguían. El Rey le dio un asiento cerca de él y de su hija, y el mariscal, como novio, sentado al otro lado, pero ya no conocía al cazador. Y ahora, en este mismo momento, las siete cabezas del dragón fueron hechas entrar como un espectáculo, y el Rey dijo,

- "Las siete cabezas fueron cortadas del dragón por el mariscal, por lo que hoy le doy a mi hija por esposa." -

El cazador se levantó, abrió las siete bocas, y dijo,

- "¿Dónde están las siete lenguas del dragón?" -

Entonces ahora el mariscal se aterrorizó, y se puso pálido y no sabía que respuesta debería dar, y con mucho detalle en su angustia dijo,

- "Los dragones no tienen ninguna lengua." -

El cazador dijo,

- "Los mentirosos no deberían tener ninguna, pero las lenguas del dragón son las señales del vencedor." -

Y él desplegó el pañuelo, y allí estaban siete lenguas en su interior. Y él puso cada lengua en la boca a la cual cada una perteneció, y calzaron exactamente. Entonces él tomó el pañuelo en el cual el nombre de la princesa estaba bordado, y lo mostró a la doncella, y le preguntó a quien ella se lo había dado, y ella contestó,

- "A quien mató al dragón." -

Y luego él llamó a sus animales, y tomó el cuello de cada uno de ellos y el broche de oro del león, y les mostró a la doncella y preguntó a quien ellos pertenecieron.

Ella contestó,

- "El collar y el broche de oro eran los míos, pero los dividí entre los animales que ayudaron a triunfar sobre el dragón." -

Entonces dijo el cazador,

- "Cuando yo, cansado con la lucha, descansaba y dormía, el mariscal vino y con un polvo mágico me puso en coma. Entonces él se llevó a la hija del Rey, y se presentó diciendo que era él quien había matado al dragón, pero que él mintió y lo demuestro con las lenguas, el pañuelo, el collar y el broche." -

Y luego estuvo relatando como sus animales lo habían curado por medio de una maravillosa raíz, y como él había viajado con ellos durante un año, y había venido al fin otra vez allí y se había enterado de la traición del mariscal por la historia del posadero. Entonces el Rey preguntó a su hija,

- "¿Es verdad que este hombre mató al dragón?" -



Y ella contestó,

- "Sí, es verdad. Ahora puedo yo revelar la maldad hecha por el mariscal, ya que esto ha salido a luz sin mi declaración, pues él me obligó a prometer mantener mi silencio. Por esta razón, fue que puse la condición de que el matrimonio no debería ser solemnizado durante un año y un día." -

Entonces el Rey llamó a doce concejales quiénes debían pronunciar el juicio en contra del mariscal, y ellos lo condenaron a trabajos forzados por el resto de su vida. El mariscal fue por lo tanto llevado a ejecutar su sentencia en las canteras del reino, y el Rey dio su hija al cazador, y lo llamó su virrey sobre el reino entero.

La boda fue celebrada con gran alegría, y el Rey joven hizo que su padre y su padre adoptivo fueran traídos, y los cargó con tesoros. Tampoco él olvidó al posadero, lo llamó y le dijo,

- "Mire señor posadero, me he casado con la hija del Rey, y su casa y terreno son míos." -

El anfitrión dijo,

- "Sí, según la justicia es así." -

Pero el Rey joven dijo,

- "Pero más bien será hecho según la piedad." -

Y le dijo que se quedara con su casa y su terreno, y además le dio los mil pedazos de oro también.

Y ahora el Rey joven y la Reina eran realmente felices, y vivieron felizmente juntos. Él a menudo salía a cazar porque esto era un placer para él, y los animales fieles lo siguieron acompañando. En la vecindad, sin embargo, había un bosque del cual se relataba que estaba encantado, y que quienquiera que entrara, no saldría fácilmente otra vez. El Rey joven, sin embargo, tenía un gran deseo de cazar en él, y no dejaba al viejo Rey tener ninguna paz hasta que él le permitiera ir allá. Y así fue. Entonces él montó a caballo adelante con un gran contingente, y cuando llegó al bosque, vio a un ciervo blanco como la nieve y dijo a su gente,

- "Esperen aquí hasta que yo vuelva, quiero perseguir a aquella criatura hermosa." -

Y él entró con su caballo en el bosque, seguido sólo de sus animales. Los asistentes se pararon y esperaron hasta la tarde, pero él no volvió, entonces ellos regresaron a casa, y dijeron a la Reina joven que el Rey joven había seguido a un ciervo blanco en el bosque encantado, y no había vuelto otra vez. Entonces ella quedó muy preocupada por él. Él, sin embargo, todavía seguía montando a caballo sin cesar detrás del animal salvaje hermoso, y nunca había sido capaz de alcanzarlo; cuando él pensó que estaba bastante cerca para apuntar, al instante vio que estaba lejos en la distancia, y pronto desapareció totalmente. Y ahora percibió que él había penetrado profundamente en el bosque, e hizo soplar su cuerno pero no recibió ninguna respuesta, ya que sus asistentes no podían oírlo. Y cuando la noche, también, se caía, él vio que no podría llegar a casa ese día, entonces desmontó de su caballo, encendió un fuego cerca de un árbol, y resolvió a pasar la noche allí. Mientras él se sentaba al lado del fuego, y sus animales también se acostaban a su lado, le pareció que oyó una voz humana. Miró alrededor, pero no podía percibir nada. Poco después, otra vez oyó un gemido como si viniera desde encima, y alzó la vista, y vio a una anciana sentada en el árbol, quién lloraba incesantemente diciendo,

- "¡Ay, ay, ay, qué fría que estoy!" -

Y el le dijo,

- "Baja, y caliéntate si estás fría." -

Pero ella dijo,

- "No, tus animales me morderán." -

Él contestó, '

- "Ellos no te harán daño, abuelita, baja sin temor." -

Ella, sin embargo, era una bruja, y dijo,

- "Lanzaré abajo una varita del árbol, y si los golpeas en la espalda con ello, ellos no me harán daño." -

Entonces ella le lanzó una pequeña varita, y él los golpeó con ella, y al instante ellos se quedaron inmóviles y fueron convertidos en piedra. Y cuando la bruja estaba segura de los animales, saltó abajo y lo tocó también a él con una varita, y lo convirtió en piedra. Con eso ella se rió, y arrastró a él y a los animales a una bóveda, donde muchas piedras más ya estaban.

Como, sin embargo, el Rey joven no volvió en absoluto, la angustia de la Reina y su tristeza iban en constante aumento. Y sucedió que en este mismo tiempo el otro hermano que había tomado rumbo al Este cuando ellos se separaron, entró en el reino. Él había buscado un sitio de interés, y no había encontrado ninguno, y había viajado entonces de aquí para allá, y había enseñado a sus animales bailar. Entonces entró en su mente que solamente iría a mirar al cuchillo que ellos habían pegado al tronco de un árbol en su despedida, y así sabría que era de su hermano.

Cuando él llegó allí, el lado de su hermano del cuchillo tenía la mitad oxidada, y la mitad brillante. Entonces él se alarmó y pensó,

- "Una gran desgracia debe haber acontecido a mi hermano, pero quizás todavía puedo salvarlo, pues la mitad del cuchillo es todavía brillante." -

Él y sus animales viajaron hacia el Oeste, y cuando él entró en la puerta de la ciudad, la guardia vino para encontrarlo creyendo que era el joven Rey, y preguntó si debía anunciarlo a su consorte la Reina joven, quien tenía un par de días de estar en la mayor pena sobre su alejamiento, y tenía miedo de que él hubiera sido matado en el bosque encantado.

Los centinelas, en efecto, no dudaron de que él era el Rey joven mismo, ya que se parecía tanto a él, y tenía a los animales salvajes que corrían detrás de él. Entonces él comprendió que hablaban de su hermano, y pensó,

- "Será mejor si me hago pasar por él, y luego puedo rescatarlo más fácilmente." -

Entonces él permitió que fuera escoltado al castillo por la guardia, y fue recibido con la mayor alegría. La Reina joven en efecto pensó que él era su marido, y le preguntó por qué él se había alejado por tanto tiempo.

Él contestó,

- "Me había perdido en un bosque, y no podía encontrar mi salida otra vez más pronto." -

Por la noche él fue llevado a la cama real, pero puso una espada de doble filo entre él y la Reina joven; ella no sabía lo que esto podría significar, pero no se aventuró a preguntar. Él permaneció en el palacio un par de días, y mientras tanto investigó todo cuanto estuviera relacionado con el bosque encantado, y por fin él dijo,

- "Debo cazar allí una vez más." -

El Rey y la Reina joven quisieron persuadirlo a no hacerlo, pero él se mantuvo en su posición, y fue con un contingente más grande.

Cuando él llegó al bosque, sucedió como con su hermano; él vio a un ciervo blanco y dijo a su gente,

- "Permanezcan aquí, y esperen hasta que yo vuelva, quiero perseguir a la bestia salvaje encantadora." -

Y luego él montó a caballo en el bosque y sus animales lo siguieron. Pero él no podía alcanzar al ciervo, y se hizo tan profundo en el bosque que él fue obligado a pasar la noche allí.

Y cuándo había encendido un fuego, él oyó a alguien llorando encima de él,

- "¡Ay, ay, ay, qué fría que estoy!" -

Entonces él alzó la vista, y la bruja mismísima estaba sentada en el árbol. Y el le dijo,

- "Baja, y caliéntate si estás fría." -

Ella contestó,

- "No, tus animales me morderán." -

Pero él dijo,

- "Ellos no te harán daño." -

Entonces ella gritó,

- "Lanzaré abajo una varita, y si tú los tocas con ella, ellos no me harán daño." -



Cuando el cazador oyó eso, no tuvo ninguna confianza en la anciana, y dijo,

- "No tocaré a mis animales. Baja, o te traeré." -

Entonces ella gritó,

- "¿Qué es lo que quieres? No me tocarás." -

Pero él contestó,

- "Si no bajas te pegaré un tiro." -

Pero dijo ella,

- "¡Dispara, no temo a tus balas!" -

Entonces él apuntó, y disparó hacia a ella, pero la bruja era a prueba contra todas las balas de plomo, y se rió, y gritó,

- "No podrás golpearme." -

El cazador que sí sabía que hacer, rasgó tres botones de plata de su abrigo, y cargó su arma con ellos, ya que contra ellos sus artes de bruja eran inútiles, y cuando él disparó hacia ella, cayó inmediatamente con un grito. Entonces él puso su pie en ella y dijo,

- "Vieja bruja, si no me dices en verdad dónde está mi hermano, te agarraré con mis ambas manos y te lanzaré en el fuego." -

Ella estaba con un gran miedo, pidió piedad y dijo,

- "Él y sus animales yacen en una bóveda, girando una piedra." -

Entonces él la obligó para ir allí con él, la amenazó, y dijo,

- "¡Vieja gata de mar, ahora debes hacer con mi hermano y todos los seres humanos y animales que están aquí, regresarlos a la vida otra vez, o entrarás en el fuego!" -

Ella tomó una varita y tocó las piedras, y luego su hermano con sus animales cobraron vida otra vez, y todos los otros, comerciantes, artesanos, y pastores, se levantaron, le agradecieron por su liberación, y fueron a sus casas. Pero cuando los hermanos gemelos se vieron el uno al otro otra vez, ellos se besaron afectivamente el uno al otro y se alegraron en sus corazones. Entonces agarraron a la bruja, la tocaron con su vara haciéndola piedra y la colocaron en la bóveda y la cerraron, y cuando ella fue hecha piedra, el bosque perdió su encantamiento, y quedó con bella luz y clara, y el palacio del Rey podría ser visto a aproximadamente la distancia de un paseo de unas tres horas. Con eso los dos hermanos se fueron a casa juntos, y por el camino se contaron el uno al otro sus historias. Y cuando el más joven dijo que él era el regente del país entero por voluntad del Rey, el otro comentó,

- "Quiero aclararte muy bien y con toda sinceridad, que cuando vine a la ciudad, fui tomado por ti, y todos los honores reales me fueron dados; la Reina joven me consideró como su marido, y tuve que comer a su lado, y dormir en tu cama." -

Cuando el otro oyó aquello, se puso tan celoso y enojado que lo ofendió muy groseramente. Pero cuando él lo vio entristecerse terriblemente, y vio fluir sus lágrimas, se arrepintió enormemente:

- "¡Mi hermano me salvó!," gritó él, "¡y lo he ofendido cruelmente por ello!," -

Y él lo lamentó en voz alta. Y ambos se amargaron con mucho dolor. Entonces su liebre vino y ofreció ir y traer un poco de la raíz de vida, que todo lo cura, y saltó rápido y la trajo mientras aún había tiempo, y dio a ambos hermanos una porción, y rápidamente olvidaron el incidente, y no hablaron más del mismo asunto. Después de todo esto ellos siguieron adelante, y el más joven dijo,

- "Tú te pareces a mí, tienes vestido real como yo y tus animales te siguen como los míos a mí; entraremos por puertas opuestas, y llegaremos al mismo tiempo por ambos lados a la presencia del Rey anciano." -

Entonces se separaron, y al mismo tiempo llegaron los vigilantes de una puerta y de la otra, y anunciaron que el Rey joven y los animales habían vuelto de la persecución. El Rey dijo,

- "Eso no es posible, las dos puertas están a dos kilómetros aparte." -

Mientras tanto, sin embargo, los dos hermanos entraron en el patio del palacio por lados opuestos, y ambos subieron al salón. Entonces el Rey dijo a la hija,

- "Dime cuál es tu marido. Cada uno de ellos se ve exactamente igual al otro, no puedo saberlo." -

Al principio ella estaba con gran angustia, y no podía decirlo; pero por fin ella recordó el collar que ella había dado a los animales, y ella los buscó y también encontró su pequeño broche de oro en el león, y entonces gritó con placer,

- "Él que es el amo de este león es mi marido verdadero" .-

Entonces el Rey joven se rió y dijo,

- "Sí, eso es lo correcto." -

y ellos se sentaron juntos a la mesa, y comieron y bebieron, y todos estuvieron alegres. Por la noche cuándo el Rey joven se acostó, su esposa dijo,

- "¿Por qué estas noches pasadas siempre ponías una espada de doble filo en nuestra cama? Pensé que tenías un deseo de matarme." -

Entonces él sonrió y comprendió cuan honesto su hermano había sido, pero al fin le dijo:

- "Es que aún estaba preocupado por lo del bosque encantado y ansiaba volver allá." -

Enseñanza:

La verdadera y mútua lealtad es un tesoro que no lo dañan los hechos ocurridos.





104-La Niña de Nuestra Dama

Con grandes dificultades, en un gran bosque vivía un leñador con su esposa, quienes tenían una sola hija, una niña de tres años de edad. Eran tan pobres, sin embargo, que ya no tenían pan para cada día, y no sabía cómo conseguir la comida para ella. Una mañana, el leñador salió triste a su trabajo en el bosque, y mientras estaba cortando madera, de repente se puso delante de él una mujer alta y hermosa, con una corona de brillantes estrellas sobre su cabeza, que le dijo:

- "Yo soy la Virgen María, madre del niño Jesús. Tú eres pobre y necesitado, tráeme a tu hija, la llevaré conmigo y seré su madre, y cuidaré de ella." -

El leñador obedeció, trajo a su hija, y se la dio a la Virgen María, quien la llevó al cielo con ella. Allí, a la niña le iba bien, comía tortas de azúcar, y bebía leche dulce, y sus vestidos eran de oro, y los angelitos jugaban con ella. Y cuando ella tuvo catorce años de edad, la Virgen María la llamó un día y le dijo:

- "Hija mía, estoy a punto de hacer un largo viaje, toma bajo tu cuidado las llaves de las trece puertas del cielo. Doce de ellas las puedes abrir y disfrutar la gloria que está dentro de ellas, pero la décimotercera, a la que pertenece esta pequeña llave, se te ha prohibido. Ten cuidado con su apertura, o llevarás la miseria a ti misma." -

La niña se comprometió a ser obediente, y cuando la Virgen María se había ido, empezó a examinar las viviendas del reino de los cielos. Cada día abrió uno de ellos, hasta que ya había hecho la ronda de las doce. En cada una de ellas se sentaba uno de los apóstoles en medio de una gran luz, y se regocijó en toda la magnificencia y esplendor, y los angelitos que siempre la acompañaban se regocijaban con ella. Entonces solo quedó la puerta prohibida, y ella sintió un gran deseo de saber lo que podría estar oculto detrás de ella, y dijo a los ángeles:

- "Yo no la abriré mucho, y no voy a entrar en su interior, pero la voy a abrir un poquito para que sólo podemos ver un poco a través de la apertura." -

- "¡Oh no!" - dijeron los angelitos. - "Eso sería un pecado. La Virgen María lo ha prohibido y eso fácilmente podría causar tu infelicidad." -

Entonces ella se quedó en silencio, pero el deseo en su corazón no estaba calmado, y la mordía y la atormentaba, y no la dejaba tener descanso. Y una vez que todos los ángeles se fueron, pensó:

- "Ahora estoy completamente sola, y podría espiar algo. Si lo hago, nadie lo sabrá nunca." -

Ella buscó la llave, y cuando la tuvo en la mano, la puso en la cerradura, y la giró. Entonces la puerta se abrió, y vio allí a la Trinidad sentada en el fuego y en el esplendor. Se quedó allí un rato, y miró a todo con asombro, luego tocó la luz un poco con el dedo y el dedo se volvió de oro. Inmediatamente un gran temor cayó sobre ella. Cerró la puerta con violencia, y corrió. Su terror no desaparecía, no sabía lo que hacía, su corazón latía constantemente y su dedo continuaba dorado, y no se aclaraba, aunque lo lavaba y lo frotaba con rigor .

No pasó mucho tiempo antes de que la Virgen María regresara de su viaje.

Y llamó a la chica ante ella, pidiéndole las llaves del cielo de nuevo. Cuando la doncella le dio el llavero, la Virgen la miró a los ojos y le dijo:

- "¿No has abierto la décimotercera puerta también?" -

- "No," respondió ella.

Luego puso su mano en el corazón de la niña, y sintió cómo latía y latía, y vio muy bien que había desobedecido a su orden y que había abierto la puerta. Luego dijo una vez más,

- "¿Estás segura de que no lo has hecho?" -

- "Sí"-, dijo la niña por segunda vez." -

Luego notó el dedo que se había convertido en oro al tocar el fuego del cielo, y vio también que la niña había pecado, y preguntó por tercera vez:

- "¿No lo has hecho?" -

- "No señora"- dijo la niña por tercera vez.

Luego dijo la Virgen María:

- "Tú no me has obedecido, y además que has mentido, tú ya no eres digna de estar en el cielo." -

Entonces la niña cayó en un profundo sueño, y cuando despertó, estaba abajo en la tierra, en medio de un lugar solitario. Quería gritar, pero no pudo producir sonido alguno.

Se levantó y quiso huir, pero para donde quiera que ella se moviera, se encontraba continuamente de nuevo rodeada por setos de espinas a los que no podía atravesar. En aquella soledad, en la que fue encarcelada, se encontraba un viejo árbol hueco, y este tendría que ser su morada.

Allí se deslizaba al llegar la noche, y allí dormía. Allí también encontraba refugio de la tormenta y de la lluvia, pero era una vida miserable, y la hizo llorar amargamente cuando recordó lo feliz que había estado en el cielo, y cómo los ángeles habían jugado con ella.

Raíces y frutos silvestres eran su único alimento, y por estas buscaba lo más lejos que podía ir. En el otoño recogió las nueces y las hojas caídas, y las llevó al agujero. Las nueces eran su alimento en invierno, y cuando la nieve y el hielo llegaban, ella se deslizaba entre las hojas como un pobre animalito para no congelarse. En poco tiempo su ropa estaba casi desgarrada toda, y poco a poco se le desprendían pedacitos. Tan pronto, sin embargo, como el sol brillaba caliente otra vez, salió y se sentó delante del árbol, y su larga cabellera la cubría por todas partes como un manto. Así, ella se sentó año tras año, y sintió el dolor y la miseria del mundo.

Un día, cuando los árboles estaban una vez más vestidos de verde fresco, el rey de aquel país se encontraba cazando en el bosque, y siguió a un corzo, que había huido a la espesura que cerró esa parte del bosque, y se bajó de su caballo, derribó arbustos, y se hizo camino con su espada.

Cuando por fin se abrió paso, vio a una doncella maravillosamente hermosa bajo el árbol, y ella se sentó y se cubrió completamente con sus cabellos de oro hasta sus pies. Él se detuvo y la miró lleno de sorpresa, y luego le habló y le dijo:

- "¿Quién eres tú? ¿Por qué estás sentada aquí en esta soledad?" -

Pero ella no dio ninguna respuesta, porque no podía abrir la boca. El Rey continuó,

- "¿Quieres venir conmigo a mi castillo?" -

Entonces ella se limitó a asentir con la cabeza un poco. El Rey la tomó en sus brazos, la llevó a su caballo y regresó a casa con ella, y cuando llegó al castillo real la llevó a ser vestida con ropa hermosa, y le dio de todas las cosas en abundancia. A pesar de que no podía hablar, estaba todavía tan hermosa y encantadora que empezó a amarla con todo su corazón, y no pasó mucho tiempo antes de que él se casara con ella.



Después de que había pasado un año, la Reina trajo un hijo al mundo. Entonces la Virgen María se le apareció en la noche, cuando yacía en su cama, sola, y le dijo:

- "Si quieres decir la verdad y confesar que abriste la puerta prohibida, abriré tu boca, y te daremos de nuevo tu voz, pero si tú perseveras en tu pecado, y lo sigues negando con obstinación, me llevaré a tu hijo recién nacido conmigo." -

Entonces a la reina se le permitió responder, pero ella seguía siendo negativa y dijo:

- "No, no he abierto la puerta prohibida" -

y entonces la Virgen María llevó al niño recién nacido en sus brazos y desapareció con él.

A la mañana siguiente, como el niño no se encontraba, se murmuraba en el pueblo que la Reina era una devoradora de hombres, y había matado a su propio hijo. Ella escuchó todo esto y no podía decir nada en contra, pero el rey no lo creería, porque la amaba tanto.

Cuando había pasado otro año, la Reina de nuevo dio a luz otro hijo, y en la noche la Virgen María, vino otra vez donde ella y le dijo:

- "Si quieres confesar que tú abriste la puerta prohibida, te daré tu hijo de regreso, y desataré tu lengua; pero si continúas en el pecado y sigues negándolo, me llevaré conmigo a este nuevo niño también." -

- "No, no he abierto la puerta prohibida" -, y la Virgen se llevó al niño en sus brazos al cielo.

A la mañana siguiente, cuando se notó que el niño también había desaparecido, la gente declaró en voz muy alta que la Reina lo había devorado, y los consejeros del rey exigieron que debía ser llevada ante la justicia. El rey, sin embargo, la amaba tanto que no lo creía, y ordenó a los consejeros, bajo pena de muerte no decir nada más al respecto.

Al año siguiente, la Reina dio a luz a una hija pequeña y hermosa, y por tercera vez la Virgen María se le apareció en la noche y le dijo:

- "Sigueme" -

Ella tomó a la reina de la mano y la llevó al cielo, y le mostró a sus dos hijos mayores, quienes le sonreían, y estaban jugando con la bola del mundo. Cuando la Reina se regocijó al verlos, la Virgen María dijo:

- "¿Y no se ha ablandado aún tu corazón? Si quieres confesar que abriste la puerta prohibida, te devolveré a tus dos hijos pequeños." -

Pero por tercera vez la Reina respondió:

- "No, no he abierto la puerta prohibida." -

A continuación, la Virgen la dejó hundirse en la tierra una vez más, y se llevó a su nueva hija también.

A la mañana siguiente, cuando la pérdida fue reportada en el país, todo el pueblo gritó en voz alta:

- "La Reina es una devoradora de hombres. Ella debe ser juzgada." -

y el Rey ya no era capaz de contener a sus consejeros.

Acto seguido se llevó a cabo un juicio, y como ella no podía responder y defenderse a sí misma, fue condenada a ser quemada viva. Amontonaron la leña, y cuando estaba atada a la estaca, y el fuego comenzó a arder alrededor de ella, el duro hielo del orgullo se derritió, y su corazón fue conmovido por el arrepentimiento y pensó:

- "Si yo pudiera confesar antes de mi muerte que sí abrí la puerta." -

Entonces su voz volvió a ella, y gritó en voz alta:

- "¡Sí, María, yo lo hice!" -,

y una fuerte lluvia cayó desde el cielo y extinguió las llamas del fuego, y una luz brotó por encima de ella, y la Virgen María descendió con los dos hijos pequeños a su lado, y la hija recién nacida en sus brazos. Ella habló con benevolencia, y le dijo:

- "El que se arrepiente de su pecado y lo reconoce, se le perdona." -

Entonces ella le dio los tres niños, desató su lengua, y le concedió la felicidad de toda su vida.

Enseñanza:

Siempre debemos reconocer con humildad y honestidad nuestras equivocaciones.





105-El viejo RinkRank

Había una vez un Rey que tenía una hija, y él ordenó que una montaña de cristal fuera hecha, y dijo que quienquiera pudiera cruzar al otro lado de ella sin caerse podría tener a su hija por esposa. Había entonces un joven quien amaba a la hija del Rey, y preguntó al Rey si podría intentar el tenerla por esposa.

- "Sí", dijo el Rey; "si usted puede cruzar la montaña sin caer, usted la tendrá." -

Y la princesa dijo que ella lo acompañaría, y lo sostendría si él estuviera a punto de caerse.

Entonces ellos fueron juntos a empezar la travesía, y cuando estaban a la mitad del camino, la princesa resbaló y cayó, y la montaña de cristal se abrió y la encerró en su interior inmediatamente, y su prometido no podía ver hacia donde ella había caído, pues la montaña se había cerrado muy rápidamente. Entonces él lloró y se lamentó mucho, y el Rey, quien también se sentía desconsolado, pensaba que bien podría abrir la montaña donde ella se había perdido, y así sería capaz de sacarla otra vez, pero ellos no pudieran encontrar el lugar donde ella se había caído.

Mientras tanto la hija del Rey había caído profundamente abajo en la tierra en una gran cueva. Un viejo con una barba gris muy larga vino para encontrarla, y le dijo que si ella fuera su criada e hiciera todo que él pedía, ella podría vivir, si no él la mataría. Entonces ella hizo todo que él pedía. Por las mañanas él sacaba una escalera que tenía oculta, y la colocaba contra la montaña y subía a la cumbre por medio de ella, y luego guardaba de nuevo la escalera. La princesa tuvo que cocinarle su comida, hacerle su cama, y hacerle todo su trabajo, y cuando él regresaba a casa otra vez, siempre traía un montón de oro y plata.

Cuando ella ya había vivido con él durante muchos días, y se había hecho más madura, él la llamó Madre Mansrot, y ella tuvo que llamarlo a él Viejo RinkRank. Entonces un día, cuando él había salido, y ella le había hecho su cama y había lavado sus platos, cerró las puertas y ventanas rápidamente, y había una muy pequeña ventana por la cual la luz entraba, la cual ella dejó abierta. Cuando Viejo RinkRank vino a casa, él llamó a la puerta, y gritó,

- "Madre Mansrot, ábreme la puerta" -

- "No,"- dijo ella, - "Viejo RinkRank, no te abriré la puerta."-

Entonces él dijo,

- "Aquí estoy de pie, yo, pobre RinkRank,
Con mis muchos largos años,
Con mi cansado pie agotado,
Lava mis platos, Madre Mansrot."-

- "He lavado ya tus platos."- dijo ella.

Entonces otra vez él dijo,

- "Aquí estoy de pie, yo, pobre RinkRank,
Con mis muchos largos años,
Con mi cansado pie agotado,
Alista mi cama, Madre Mansrot."-

- "He alistado tu cama ya."- dijo ella.

Entonces otra vez él dijo,

- "Aquí estoy de pie, yo, pobre RinkRank,
Con mis muchos largos años,
Con mi cansado pie agotado,
Abre la puerta, Madre Mansrot."-

- "No," dijo ella, "Viejo RinkRank, no te abriré la puerta."-

Entonces él corrió en todo alrededor de su casa, y vio que la pequeña ventana estaba abierta, y pensó,

- "Miraré adentro y veré lo que ella está haciendo, y sabré por qué no me quiere abrir la puerta."-

Él trató de mirar a hurtadillas, pero no podía pasar su cabeza debido a su barba larga. Entonces primero pasó su barba por la ventana abierta, pero tan pronto como la metió adentro, la Madre Mansrot se acercó y cerró la ventana con una cuerda que ella le había atado, y su barba quedó prensada rápidamente allí.

Entonces él comenzó a gritar muy lastimosamente, ya que esto le hizo mucho daño a él, y le suplicaba que lo soltara otra vez. Pero ella dijo que no, si antes no le daba la escalera con la que él subía la montaña.

Entonces, quisiera o no, él tuvo que decirle donde estaba la escalera. Y ella sujetó una cinta muy larga a la ventana, y luego colocó la escalera, y subió la montaña, y cuando ya estaba en lo alto le abrió la ventana.

Ella fue donde su padre, y le dijo todo lo que le había pasado. El Rey se alegró enormemente, y su prometido estaba todavía allí. Luego fueron y cavaron en toda la montaña, y encontraron al Viejo RinkRank dentro de ella con todo su oro y plata.

Entonces el Rey mandó a juzgar al Viejo RinkRank, y le decomisó todo su oro y plata. La princesa se casó con su prometido, y vivió en adelante felizmente en gran magnificencia y alegría.

Enseñanza:

Con astucia y debida preparación, siempre se puede derrotar al mal.





106-El hada de las aguas

Un pequeño hermano y su hermana jugaban una vez cerca de un pozo, y mientras jugaban, ambos cayeron al pozo. Una hada de las aguas vivía dentro del pozo, quién al verlos dijo,

-";Ahora que les tengo, van a trabajar mucho para mí!"- y se los llevó.

Ella dio a la muchacha lino enredado y sucio para hilar, y también tenía que traer el agua en un cubo que tenía un agujero, y el muchacho tenía que talar y derribar un árbol con un hacha sin filo, y ellos no conseguían nada para comer excepto bolas de masa hervida para servir con guiso y todo tan duro como piedras.

Entonces por fin los niños se pusieron tan impacientes, que esperaron hasta un domingo, cuando el hada salió de la casa, y se escaparon. Pero cuando ella regresaba, vio que las aves revoloteaban, y los seguían con gran ruido. Los niños la vieron desde lejos, y la muchacha lanzó un cepillo hacia atrás que formó una colina inmensa de cerdas, con miles y miles de picos, sobre los cuales se vio obligada el hada a trepar con gran dificultad; pero por fin, sin embargo, logró pasarlos.

Cuando los niños vieron eso, el muchacho lanzó detrás de él un peine que formó una gran colina de peines con mil veces mil dientes, pero el hada seguía en su empeño de perseguirlos, y por fin atravesó los dientes. Entonces la muchacha lanzó detrás de ella un espejo que formó una colina de espejos, y era tan deslizadizo que fue imposible para el hada cruzarla. Entonces el hada pensó,

-";Me iré a casa rápidamente y traeré mi hacha, y cortaré la colina de cristal por la mitad."-

Mucho antes de que ella volviera y hubiera partido la colina de cristal, los niños ya se habían escapado a una gran distancia, y el hada se vio obligada a regresar de nuevo a su pozo sin ellos.

Enseñanza:

Cuando se es menor de edad, nunca se debe jugar cerca de estanques, ríos, piscinas o pozos, si no hay una persona adulta que los acompañe y cuide.



107-Los Tres Pajaritos



Hace aproximadamente mil o más años, existía una región en la que solamente había pequeños reinos, y uno de los reyes que vivieron en el lugar era muy aficionado a la caza. Una vez, cuando él montaba a caballo en los terrenos de su castillo con sus cazadores, tres muchachas cuidaban a sus vacas sobre la montaña, y cuando ellas vieron al Rey con todos sus seguidores, la muchacha mayor lo vio, y llamó a las otras dos muchachas, y dijo:

- "Si no consigo a aquel, no tendré ninguno." -

Entonces la segunda muchacha contestó del otro lado de la colina, y vio al que iba al lado derecho del Rey, y dijo,

- "¡Hilloa! ¡hilloa! Si no lo consigo, no tendré a nadie." -

Y la tercera viendo al que iba a la izquierda del Rey, también dijo,

- "¡Hilloa! ¡hilloa! Si no lo consigo, no tendré a nadie." -

Estos dos acompañantes eran los dos ministros. El Rey oyó todo eso, y cuando había vuelto de la caza, hizo que las tres muchachas le fueran traídas, y les preguntó lo que ellas habían dicho ayer en la montaña. Ellas no se lo dijeron, entonces el Rey preguntó a la mayor si ellas realmente los tomarían como sus maridos. A lo que ella respondió,

- "Sí" -,

y los dos ministros también se casaron con las dos hermanas, ya que ellas eran todas agraciadas y hermosas, sobre todo la que quedó de Reina, que tenía el pelo como el lino. Pero las dos hermanas menores no llegaban a tener niños, y una vez cuando el Rey fue obligado a salir de la casa, él las invitó a estar con la Reina a fin de ayudarla, ya que estaba a punto de traer un niño.

Ella tuvo a un pequeño niño que trajo a sus padres una estrella brillante en el mundo con él. Entonces las dos hermanas, llenas de envidia, se dijeron una a la otra que lanzarían al hermoso niño en el río. En cuanto ellas lo lanzaron, una pequeña ave voló en el aire que cantó,

- "Su propio castigo han apresurado,

para cuando Dios así lo designe.
En la flor de lirio blanca,
el valiente muchacho, les dará su perdición."-

Cuando las dos oyeron aquello, se asustaron muchísimo y se fueron rápidamente. Al regresar el Rey a casa ellas le dijeron que la Reina había tenido un perro. Entonces el Rey, que en estos aspectos era un total ignorante, dijo,

"Lo que Dios hace, está bien hecho!"-

Pero un pescador que vivía cerca del río alcanzó al pequeño niño mientras estaba todavía vivo, y como él y su esposa no tenía ningún hijo, ellos lo criaron. Pasado un año, el Rey otra vez se marchó, y la Reina tuvo a otro pequeño niño, que las hermanas infames igualmente tomaron y lanzaron en el agua. Entonces voló la pequeña ave otra vez y cantó,

"Su propio castigo han apresurado,
para cuando Dios así lo designe.
En la flor de lirio blanca,
el valiente muchacho, les dará su perdición."-

Y cuando el Rey volvió de nuevo, ellas le dijeron que la Reina había dado a luz una vez más a un perro, y él otra vez dijo,

"Lo que Dios hace, está bien hecho."-

El pescador, sin embargo, salvó a éste también del agua, y lo crió. Entonces el Rey otra vez viajó, y la Reina tuvo a una niña, que también las hermanas envidiosas lanzaron en el agua. Y otra vez la pequeña ave voló hacia lo alto y cantó,

"Su propio castigo han apresurado,
para cuando Dios así lo designe.
En la flor de lirio blanca,
la bella muchacha, les dará su perdición."-

Y cuando el Rey vino a casa ellas le dijeron que la Reina había tenido a un gato.



Entonces el Rey se puso muy enojado, y ordenó que su esposa fuera recluída en otra habitación, y así ella pasó durante varios años.

Mientras tanto los niños habían crecido. Entonces el mayor una vez salió con algunos otros muchachos para pescar, pero los otros muchachos no lo querían con ellos, y le dijeron,

- "Toma tu camino, eres un abandonado." -

En ese momento él se fue muy preocupado, y preguntó al viejo pescador si era cierto que él era un abandonado. El pescador le dijo que una vez cuando él pescaba, lo había sacado del agua estando recién nacido. Entonces el muchacho dijo que él iría a buscar a sus padres biológicos. El pescador, sin embargo, le suplicó para que se quedara, pero él no cedió en su propósito, y por fin el pescador consintió. Entonces el muchacho buscó su camino y anduvo durante muchos días, y por fin llegó a una gran laguna, en cuya orilla se hallaba una anciana pescando.

- "Buen día, madre" -, dijo el muchacho.

- "Muchas gracias" -, dijo ella.

Y el joven agregó,

- "Vas a estar pescando muchísimo tiempo antes de que logres coger algo." -

- " Y tú buscarás por muchísimo tiempo antes de que encuentres a tus padres. ¿Y cómo piensas atravesar la laguna?" -

- "No lo sé." -

Entonces la anciana lo tomó en su espalda y lo llevó al otro lado, y él buscó durante mucho tiempo, pero no podía encontrar sus padres.

Pasado un tiempo, el segundo muchacho intentó buscar a su hermano. Él llegó a la laguna, y todo sucedió tal como lo fue con su hermano.

Y ahora en casa sólo quedaba la hija, y ella se afligió por sus hermanos tanto que por fin ella también pidió al pescador que la dejara partir, ya que deseaba ir en busca de sus hermanos. Entonces igualmente ella llegó a la gran laguna y dijo a la anciana,

- "Buen día, madre." -

- "Muchas gracias," - contestó la anciana.

- "Que Dios la ayude a tener muy buena pesca" - dijo la joven.

Cuando la anciana oyó aquello, se hizo completamente amistosa, y la llevó al otro lado del lago, le dio una varita, y le dijo,

- "Anda, mi hija, siempre adelante por este camino, y cuando llegues adonde está un gran perro negro, pásalo silenciosa y vigorosamente, sin risas y sin mirarlo. Entonces llegarás a un gran castillo alto, y en el umbral debes dejar guardada la varita, y atravesar en línea recta el castillo, y salir al otro lado. Allí verás una vieja fuente junto a un árbol grande crecido, del cual cuelga una ave en una jaula que debes de bajar. Recoje y guarda igualmente una botella del agua de la fuente, y con estas dos cosas regresa por el mismo camino. Toma la varita otra vez del umbral y llévala contigo, y cuando otra vez pases por el perro, lo golpeas en la cara con ella, y asegúrate de que lo has golpeado bien, y luego solamente regresa acá, donde estaré yo." -

La doncella encontró todo exactamente como la anciana le había dicho, y en su camino de regreso encontró a sus dos hermanos que habían recorrido ambos más de la mitad el mundo. Todos fueron juntos al lugar donde el perro negro estaba en el camino; ella lo golpeó con certeza en la cara, y se convirtió en un hermoso príncipe que fue también con ellos a la laguna del río. Allí la anciana todavía estaba de pie. Ella se alegró mucho de verlos otra vez, y los llevó a todos a través del lago, y luego ella también se marchó, pues ya había quedado liberada del embrujo que la poseía. Los demás siguieron a la casa del viejo pescador, y se alegraron de que se hubieran encontrado todos juntos otra vez, y colgaron la jaula con el ave en la pared.

Pero el segundo hijo no podía quedarse tranquilo en casa, y tomó su ballesta y se fue a cazar. Cuando se sintió cansado tomó su flauta, y empezó a tocar. El Rey andaba de caza también, y oyendo la música fue a buscarla. Cuando encontró al joven dijo,

- "Quién te ha dado el permiso para cazar aquí?" -

- "Ah, nadie." -

- "¿Y de quien eres hijo entonces?" -

- "Soy hijo del pescador." -

- "Pero sé que él no ha tenido niños." -

- "Si no lo cree, venga conmigo." -

Así lo hizo el Rey, e interrogó al pescador, que le dijo todo, y entonces la pequeña ave en la pared comenzó a cantar,

- "La Reina madre se siente sola
Allá en la habitación pequeña,
Oh Rey de sangre real,
Éstos son hijos tuyos todos.
Las hermanas te mintieron envidiosamente,
Ellas quisieron el infortunio para los niños,

Allí en las aguas profundas
Donde los pescadores vienen y van.”-

Entonces todos quedaron asombrados, y el Rey llevó al ave, al pescador y su esposa y a los tres jóvenes a su castillo, y ordenó que la Reina volviera a la habitación Real. Ella se había puesto, sin embargo, completamente enferma y débil por la tristeza. Entonces la hija le dio a beber un poco del agua que trajo de la fuente, y la Reina inmediatamente se puso fuerte y sana. Pero las dos hermanas envidiosas fueron sacadas a habitaciones fuera de palacio sin títulos Reales, y la hija, ahora princesa, se casó con el príncipe que había estado en forma de perro debido a un embrujo. El pescador y su esposa, y los dos hermanos fueron invitados a vivir por siempre en el palacio.

Enseñanza:

Quien actúa movido por la envidia, siempre termina siendo muy infeliz.





108-Linda Katrinelje

- "Buen día, Padre Hollenthe." -

- "Muchas gracias, Pif-paf-simple." -

- "¿Puede permitirme tener a su hija como novia?" -

- "Ah, sí, si la Madre Malcho (ordeñadora), el Hermano Grande, la Hermana K' hortelana, y linda Katrinelje quieren, usted puede tenerla."

- "¿Dónde está la Madre Malcho, entonces?" -

- "Ella está en el establo, ordeñando a la vaca." -

- "Buen día, Madre Malcho." -

- "Muchas gracias, Pif-paf-simple." -

- "¿Puede permitirme tener a su hija como novia?" -

- "Ah, sí, si el Padre Hollenthe, el Hermano Grande, la Hermana K' hortelana, y linda Katrinelje quieren, usted puede tenerla." -

- "¿Dónde está el Hermano Grande, entonces?" -

- "Él está en el patio cortando un poco de madera." -

- "Buen día, Hermano Grande." -

- "Muchas gracias, Pif-paf-simple." -

- "¿Puede permitirme tener a su hermana como novia?" -

- "Ah, sí, si el Padre Hollenthe, la Madre Malcho, la Hermana K' hortelana, y linda Katrinelje quieren, usted puede tenerla." -

- "¿Dónde está la Hermana K', hortelana, entonces?" -

- "Ella está en el jardín cortando coles." -

- "Buen día, hermana K' hortelana." -

- "Muchas gracias, Pif-paf-simple." -

- "¿Puede permitirme tener a su hermana como novia?" -

- "Ah, sí, si el Padre Hollenthe, la Madre Malcho, el Hermano Grande, y linda Katrinelje quieren, usted puede tenerla." -

- "¿Dónde está la linda Katrinelje, entonces?" -

- "Ella está en el cuarto contando sus centavos." -

- "Buen día, linda Katrinelje." -

- "Muchas gracias, Pif-paf-simple." -

- "¿Aceptarías ser mi novia?" -

- "Ah, sí, si Padre Hollenthe, la Madre Malcho, el Hermano Grande, y la Hermana K' hortelana lo aprueban, acepto." -

- "¿Linda Katrinelje, cuánto es lo que tienes?" -

- "Catorce centavos en efectivo, tres gallinas propias, media libra de manzanas secas, un puñado de pan frito, y un puñado de especias. Y muchas otras cosas que también son mías. ¿No es todo eso magnífico y fino?" -

- "Pif-paf-simple, ¿cuál es tu oficio? ¿Eres un sastre?" -

- "Algo mejor." -

- "¿Un zapatero?" -

- "Algo mejor." -

- "¿Un agricultor?" -

- "Algo mejor." -

- "¿Un carpintero?" -

- "Algo mejor." -

- "¿Un herrero?" -

- "Algo mejor." -

- "¿Un molinero?" -

- "Algo mejor." -

- "¿Quizás un fabricante de escobas?" -

- "Sí, eso es lo que soy, ¿no es eso un magnífico y fino oficio?" -

Enseñanza:

Siempre es lo mejor que en todo convenio todos los involucrados estén de acuerdo.





109-La LLave de Oro

En tiempo de invierno, cuando la nieve es profunda sobre la tierra, un muchacho pobre fue obligado a salir en un trineo para traer madera. Cuando él había juntado la madera, y la había embalado, él deseó, pues se sentía tan congelado con el frío, en no irse a casa inmediatamente, sino encender un fuego y calentarse él mismo un poco. Entonces raspó y puso lejos la nieve, y cuando limpiaba así la tierra, encontró una llave diminuta, de oro.

En ese momento él pensó que allí donde estaba la llave, lo que ella protegía debería estar también, y excavando en la tierra encontró un pequeño cofre de hierro.

-";Si la llave encajara!", pensó él; "sin duda habrá cosas preciosas en esta pequeña caja."-

Él giró el cofrecito y buscó en todas las orillas de la caja, pero ningún ojo de cerradura encontró. Siguió buscando y buscando con mucha esperanza y constancia, y por fin descubrió uno, que estaba tan bien disimulado que era apenas visible. Él metió la llave, y ella encajó exactamente. Y la giró una vez y ..., y ahora debemos esperar hasta que lo haya abierto completamente, y haya subido la tapa, y será entonces cuando sabremos que maravillosas cosas estaban en aquella caja.

Enseñanza:

La esperanza y la constancia llevan a buen destino.





110-El Campesino Hildebrand

Había una vez un campesino llamado Hildebrand y su esposa, quienes tenían una yegua muy hermosa que era muy apreciada por Hildebrand, pero no por su esposa pues a menudo intentaba darle de coces cuando ella se le acercaba. Sin embargo el médico del pueblo soñaba con llegar a tener dicha yegua. Un día de tantos en que se encontraron en la calle, dijo el médico a la esposa del campesino,

- "Mire mi querida vecina, he pensado en un modo por el cual usted puede deshacerse de la yegua que tanto le molesta y yo de llevármela. De paso haremos una celebración por tan especial evento. Le diré cómo hacer. El próximo miércoles usted guarde cama y le dice a su marido que se siente muy enferma, y se queja, y actúa correctamente como una enferma, y continúa así un par de días. Entonces le dice a su marido que necesita que la vea el médico. El me llamará, y cuando yo llegue les diré que para su cura él necesitará ir a la Colina de Ckerli en Italia, y traer unas hojas de laurel especiales para el mal de Kreuzer, y luego con ellas haremos el medicamento que la curará." -

- "Así lo haré." - dijo la mujer puntualmente.

Entonces al llegar el miércoles, la esposa del campesino guardó cama y se lamentaba según lo convenido, y su marido hizo todo lo que él sabía para poder aliviarla, pero nada servía. Al pasar dos días así, dijo la mujer,

- "Me siento tan mal como que voy a morir pronto. Quizás el médico pueda ayudarme." -

Entonces el campesino corrió a llamar al médico, quien después de algunas preguntas dijo al esposo,

- "Esto que ella tiene es el mal de Kreuzer, que para curarlo se necesitan unas hojas de laurel que solamente se consiguen en la Colina de Ckerli en Italia. Debe de ir allá a traerlas y con ellas haré el medicamento necesario." -

Y el médico le dió un saquito para que allí trajera dichas hojas.

Nadie estaba más feliz que el campesino Hildebrand, quien inmediatamente alistó sus cosas para el viaje al día siguiente.

Y al otro día, apenas salió Hildebrand, llegó el médico.

Mientras tanto veamos que sucedía con el campesino, que caminaba lo más rápido posible para llegar a su destino. Él, en el camino se encontró con un comerciante muy versado en asuntos de negocios, quien venía con su carreta y un gran canasto del mercado donde había vendido todos sus huevos.

- "¡Bendito seas!, ¿por qué llevas tanto apuro en tu caminar?" - le dijo al campesino.

- "¡Bendiciones para tí también, mi amigo!" -, contestó el campesino, - "mi esposa está enferma y el médico me recomendó que fuera a la Colina de Ckerli en Italia a traer unas hojas de laurel que son especiales para el mal de Kreuzer, y me dio un bolso para cargarlas y regresar con ellas. Por eso es mi apuro en llegar allá." -

- "Pero escúchame hombre, eres bastante ingenuo para creer tal cosa. ¿No te das cuenta de lo que eso significa? El médico quiere aprovecharse de tu ausencia para obtener algo de tu propiedad, y se ha puesto de acuerdo con tu esposa para lograrlo." -



- "¡Oh Dios!", dijo el campesino, "¿Y cómo sabré si eso es cierto?" -

- "Ven" -, dijo el comerciante, - "te diré que haremos. Métete dentro de la canasta vacía de los huevos y te llevaré a tu casa, y ahí lo verás por ti mismo." -

Una vez acordado aquello, el comerciante metió al campesino en la canasta y se dirigieron a la casa. Al anochecer, cuando llegaron a la casa, todo era fiesta allí. La mujer había cocinado carnes, había hecho tortitas y tenía bandejas de frutas frescas. El médico había traído su violín para amenizar. El comerciante tocó a la puerta y la mujer preguntó quien era.

- "Soy un comerciante, y no he podido vender mis huevos en el mercado y quiero saber si me pueden dar posada por esta noche, ya que tengo que llevarlos a casa de nuevo y son tan pesados que no podría hacerlo pues ya oscureció." -

- "Seguro mi amigo", dijo la mujer, "has llegado en un momento muy inoportuno para mí, pero ya que no puedes regresar, entra y toma asiento en el banco que está por la estufa." -

Entonces ella llevó al comerciante con la cesta que acarreaba junto a la estufa. Y la mujer y el médico estaban tan alegres como nunca. Entonces el médico dijo,

- "Oye amiga, tú que cantas maravillosamente, canta algo." -

- "Ah," - dijo la mujer, - "ya ahora no canto bien. En mis días jóvenes en efecto que lo hacía muy bien, pero esos tiempos ya pasaron." -

- "No importa, ven, canta alguna pequeña canción." -

Entonces la mujer empezó a improvisar,

- "Ahora he enviado a mi marido,
a la Colina de Ckerli en Italia." -

A lo que el médico replicó,

- "Y espero que tarde más de un año,
y no le pediría el saquito de laurel
y no volverá a ver a su yegüita." -

Entonces el comerciante que estaba al fondo comenzó a cantar, (pero antes les recordaré que el campesino se llamaba Hildebrand),

- "¿Qué estás haciendo, mi querido Hildebrand,
allí en el banco tan cerca de la estufa?" -

Y el campesino cantó dentro de la canasta,

- "De ahora en adelante odiaré toda canción,
y en este cesto no me quedaré más." -

Y salió de la canasta, y con una golpiza sacó al médico de la casa.

¿Y que pasó después? Que algún vecino te lo cuente.

Enseñanza:

En toda asociación o amistad, nunca debe de usarse la traición.



111-Los Tres Lenguajes



Había una vez un anciano que vivía en cierto país, quién tenía a un único hijo, pero el cual era distraído, y parecía que no podría aprender nada. Entonces dijo el padre,

- "Escúchame hijo, no puedo conseguir que algo entre en tu cabeza, así que intentaré otra cosa. Debes salir de aquí, te pondré al cuidado de un maestro famoso, que verá lo que él puede hacer por ti." -

El joven fue enviado a una ciudad extraña, y permaneció un año entero con el maestro. Al final de este tiempo, él vino a su casa otra vez, y su padre preguntó,

- "Ahora, mi hijo, ¿qué has aprendido?" -

- "Padre, he aprendido lo que los perros dicen cuando ellos ladran y a hablar con ellos." -

- "¡El señor tenga misericordia de nosotros!", gritó el padre; "¿es eso todo lo que has aprendido? Te enviaré a otra ciudad, a otro maestro." -

El joven fue enviado allá, e igualmente se quedó un año con este maestro. Cuando él volvió a casa, el padre otra vez preguntó,

- "Mi hijo, ¿qué es lo que has aprendido?" -

Él contestó,

- "Padre, he aprendido lo que las aves dicen y a hablar con ellas." -

Entonces el padre se puso furioso y dijo,

- "Ah, tú, hombre perdido, gastaste el tiempo precioso y no aprendiste nada; ¿No te da vergüenza presentarte ante mis ojos? Te enviaré a un tercer maestro, pero si tú no aprendes nada esta vez también, ya no seré más tu padre." -

El joven permaneció un año entero con el tercer maestro también, y cuando él vino a casa otra vez, y su padre preguntó,

- "Mi hijo, ¿qué has aprendido ahora?" - , él contestó,

- "Querido padre, he aprendido este año lo que las ranas graznan y a hablar con ellas." -

Entonces el padre cayó en una cólera más furiosa, y olvidando toda moral y buenos sentimientos se levantó, llamó a sus servidores, y dijo,

- "Este joven ya no es mi hijo, lo saco ahora mismo de aquí, y les ordeno que lo lleven al bosque, y lo dejen allí, donde no pueda volver." -

Ellos lo llevaron al bosque, lo dejaron allí, y regresaron rápidamente para que no pudiera ver el camino de regreso. El joven caminó sin rumbo, y después de algún tiempo llegó a una fortaleza donde él pidió alojamiento por una noche.

- "Sí", dijo el señor del castillo, - "si aceptas pasar la noche allí abajo, en la vieja torre, ve allá; pero te advierto, estaría en peligro tu vida, ya que está lleno de perros salvajes, que ladran y aúllan sin parar, y a ciertas horas tienen que darles un hombre, que ellos inmediatamente devoran." -

El pueblo entero estaba en pena y consternación debido a eso, y aún nadie había podido hacer nada para parar este mal. El joven, sin embargo, no tuvo miedo, y dijo,

- "Sólo déjeme bajar a donde están los perros que ladran, y denme algo que pueda lanzarles; ellos no harán nada para dañarme." -

Cuando ya le dieron algún alimento para echar a los animales salvajes, lo condujeron abajo a la torre. Una vez adentro, los perros no le ladraron, y más bien menearon sus colas completamente cordiales alrededor de él, y comieron lo que él les puso ante ellos, y no le hicieron daño ni a un pelo de su cabeza. A la mañana siguiente, ante el asombro de todos, él salió seguro e ileso, y dijo al señor del castillo,

- "Los perros me han revelado, en su propia lengua, por qué es que ellos moran allí y traen el mal a esta tierra. Ellos están encantados, y están obligados a vigilar un gran tesoro que está abajo en la torre, y no pueden tener ningún descanso hasta que el tesoro sea sacado de allí, y he aprendido igualmente, de su información, como debe de ser sacado." -

Entonces todos quienes oyeron esto se alegraron, y el señor del castillo dijo que él lo adoptaría como un hijo si lo llevara a cabo con éxito. Él bajó otra vez, y como él sabía lo que tenía que hacer, lo hizo a cabalidad, y trajo un baúl lleno de oro con él. El aullido de los perros salvajes ya no fue oído más de aquí en adelante; los perros habían desaparecido, y el pueblo fue liberado del problema.

Después de algún tiempo se le metió en su cabeza que deseaba viajar a Roma. En el camino pasó por un pantano, en el cual varias ranas sentadas graznaban. Él las escuchó, y cuando se dio cuenta de lo que ellas decían, se puso muy pensativo y preocupado. Por fin llegó a Roma, donde el Papa acababa de morir, y había gran dificultad en cuanto a quien deberían designar como su sucesor. Los cardenales, con mucho detalle estuvieron de acuerdo en que la persona que debería ser elegida como Papa, debería ser distinguido por

alguna señal divina y milagrosa. Y cuando esto era decidido así, en ese momento el joven entraba a la iglesia, y de repente dos palomas blancas como la nieve volaron a sus hombros y permanecieron sentadas allí.

Los eclesiásticos reconocieron allí la señal esperada, y le preguntaron de inmediato si aceptaría ser el Papa. Él estaba indeciso, y no sabía si fuera digno de dicho cargo, pero las palomas le aconsejaron hacerlo, y por fin él dijo que sí. Entonces fue ungido y bendecido, y así fue realizado lo que había oído de las ranas en su camino, que lo había afectado tanto, y es que él debería ser su Santidad el Papa. Entonces él tuvo que cantar una misa, y no sabía una palabra acerca de eso, pero las dos palomas permanecían sentadas continuamente en sus hombros, y le decían al oído todo lo que necesitaba hacer.

Enseñanza:

Muchas veces lo que pareciera que no es útil, puede llegar a ser algo grandioso.





112-La Doncella de Brakel

Una muchacha de Brakel fue una vez a la capilla de la santa de su devoción en el pie del Hinnenberg, y como ella quería tener un marido, y creyendo que no había nadie más en la capilla, cantó,

- "Oh Santa de mi devoción
Ayúdame pronto a encontrar un hombre.
Asegúrate que sea bueno,
Que siempre haga todo bien,
Que sea bien parecido,
Asegúrate que sea bueno." -

Sin embargo, el asistente de la capilla estaba de pie detrás del altar y la oyó. Entonces él gritó con una voz muy brusca,

- "¡No lo vas a tener, no lo tendrás!" -

La doncella pensó que el niño que la imagen de su santa sostenía en sus brazos era quien le gritaba, muy enojada gritó ella,

- "¡No te metas niño engreído! ¡Mejor cállate la boca y deja que sea tu madre la que hable!" -

Enseñanza:

A veces, cuando creemos que estamos solos, podría no ser así en realidad.
Siempre debemos ser cautelosos.





113-La Muchacha de los Gansos

Había una vez una anciana muy viejita, que vivía con su multitud de gansos en un lugar retirado entre las montañas, y allí tenía una pequeña casa. El sitio estaba rodeado por un gran bosque y largas praderas, y cada mañana la anciana tomaba su muleta y salía cojeando con ella. Allí, sin embargo, la dama era completamente activa, más que lo que cualquiera se pudiera imaginar considerando su edad, y recogía la hierba para sus gansos, tomaba toda la fruta silvestre que ella podía alcanzar, y llevaba todo eso a casa en su espalda. Cualquiera podría pensar que la pesada carga la habría tirado a tierra, pero ella siempre la traía bien a casa. Si alguien la encontrara, ella saludaba cortesmente,

- " Buen día, querido campesino, hoy es un día muy agradable. ¡Ah! usted se debe de preguntar sobre cómo puedo yo llevar toda esta hierba, pero es que cada cual debe tomar su carga en su propia espalda." -

Sin embargo, a la gente no le gustaba encontrarla si ellos pudieran ayudarla, y a causa de eso preferían tomar un camino diferente y más largo. Un día cuando un padre con sus muchachos pasaban junto a ella, él les susurró,

- "Cuídense de la anciana. Ella tiene garras bajo sus guantes; es una bruja." -

Una mañana, un hermoso hombre joven pasaba por el bosque. El sol brillaba, las aves cantaban, una brisa fresca se arrastraba por las hojas, y él se sentía lleno de gozo y alegría. Él no había encontrado aún a nadie, cuando de repente percibió a la anciana que se arrodillaba en la tierra cortando la hierba con una hoz. Ella había llenado ya una carga entera en su saco, y cerca de ahí estaban dos cestas, que estaban llenas de manzanas silvestres y peras.

- "Pero, madrecita buena," dijo él, "¿cómo puede usted llevarse todo esto?" -

- "Debo llevarlo, estimado señor," contestó ella, "los niños de la gente rica no tienen ninguna necesidad de hacer tales cosas, pero con la gente pobre el refrán dice, no mire hacia atrás pues usted sólo verá cuan torcida está su espalda. ¿Me ayudaría usted?" - le preguntó, mientras él permanecía a su lado. - "Usted tiene todavía una buena espalda y unas piernas fuertes, esto sería como un juego para usted. Además, mi casa no está tan lejos de aquí, está allí en el brezal detrás de la colina. Pronto llegaría allá." -

El hombre joven tuvo compasión de la anciana.

- "Mi padre no es en verdad ningún pobre", contestó él, "sino alguien rico, sin embargo, verá usted que no solamente los pobres pueden acarrear cosas, yo tomaré su bulto." -

- "Si usted lo intentara," - dijo ella, - "estaré muy contenta. Ciertamente que tendrá que andar aproximadamente durante una hora, pero ¿qué será eso para usted?; también deberá llevar las manzanas y las peras." -

Ahora le pareció al hombre joven todo aquello un poco serio cuando oyó del recorrido de una hora, pero la anciana no lo dejaría ir, y embolsó el bulto de zacate en su espalda, y le colgó las dos cestas en sus brazos.

- "Ve, es completamente liviano," - dijo ella.

- "No, no es liviano," - contestó el joven, y puso una cara pesarosa. - "En verdad que el bulto pesa como si estuviera lleno de piedras de adoquín, y las manzanas y las peras son tan pesadas como el plomo. Apenas puedo respirar." -

Él quiso dejar todo en el suelo otra vez, pero la anciana no lo permitiría.

- "Mira que cosa," - dijo ella en tono burlón, - "el joven señor no puede llevar lo que yo, una anciana, tan a menudo llevo. Usted usa palabras finas, pero cuando el asunto va en serio, ya quiere quitarse. ¿Por qué se queda ahí parado?" - siguió ella. - "Camine. Nadie le quitará el bulto." -

Mientras él anduvo por camino a nivel, era todavía soportable, pero cuando llegaron a la colina y tuvieron que subir, las piedras del camino golpeaban bajo sus pies como si estuvieran vivas, y todo eso superaba a sus fuerzas. Las gotas de sudor salían de su frente, y corrían también, caliente y frías, hacia abajo por su espalda.

- "Señora"-, dijo él, - "no puedo ir más lejos. Quiero descansar un poco." -

- "No aquí," - contestó la anciana, - "cuando hayamos llegado a nuestro destino, usted podrá descansar; pero ahora debe seguir adelante. No sabe usted cuánto bien todo esto puede hacerle" -

- "Anciana, ¡es usted una desvergonzada!" - dijo el muchacho,

y trató de tirar el bulto, pero fue en vano; estaba tan pegado a su espalda como si hubiera crecido allí. Él se movía y giraba, pero no podía deshacerse de él. La anciana se reía de aquello, y saltaba completamente feliz con su muleta.

- "No se enfade, estimado señor," - dijo ella, - "¡usted pone su cara tan roja como la cresta de un gallo o pavo! Lleve su bulto con paciencia. Le daré un buen presente cuando lleguemos a casa." -

Nada podía hacer él. Fue obligado a rendirse a su destino, y seguir pacientemente detrás de la anciana. Ella parecía ponerse cada vez más lista, y la carga de él todavía más pesada. De repente ella dio un salto y brincó sobre el bulto y se asentó en la cumbre; y sin embargo por delgadita que ella podía ser, era más pesada aún que la chica más joven de la región. Las rodillas del joven temblaban, y cuando él no continuaba, la anciana lo golpeaba sobre las piernas con una varilla con ortigas.

Gimiendo continuamente, subió la montaña, hasta que al fin llegó a la casa de la anciana, cuando ya estaba a punto de desfallecer. En cuanto los gansos percibieron a la anciana, agitaron sus alas, estiraron sus cuellos, y corrieron para encontrarla, graznando todo el rato. Detrás de los gansos, con palo en la mano, venía una fea mujer, fuerte y grande, pero horrible como una noche de tormenta.



- "Hola buena madre", dijo ella a la anciana, "¿le ha pasado algo?, ya que se ha atrasado tanto." -

- "De ningún modo, mi querida hija," - contestó ella, - "no me he encontrado con nada malo, al contrario, solamente con este señor amable, que me ha traído mi carga; y mira además, que hasta me cargó en su espalda cuando estuve cansada. El camino, también, no nos ha parecido largo; hemos sido alegres, y hemos estado gastando bromas el uno con el otro todo el tiempo." -

Por fin la anciana se deslizó hacia abajo, quitó el bulto de la espalda del hombre, y las cestas de su brazo, lo miró completamente amable, y dijo,

- "Ahora siéntese en el banco que está junto a la puerta, y descanse. Usted se ha ganado justamente su recompensa, y ella no debe de ser negada." -

Entonces ella dijo a la horrible muchacha de los gansos,

- "Entre a la casa, mi querida hija, no es conveniente para ti estar a solas con un señor joven; no hay que verter petróleo en el fuego, él podría enamorarse de ti." -

El joven no sabía si reír o llorar.

- "Tal bombón, como que," - pensaba él, - "no podría tocar mi corazón, aun si ella fuera treinta años más joven." -

Mientras tanto la anciana acarició y acarició a sus gansos como si ellos fueran niños, y luego entraron en la casa con su hija. El joven se sentó en el banco, bajo un manzano silvestre. El aire era agradable y suave; y todos los lados se veían rodeados por un prado verde, con abundantes primulas, tomillo salvaje, y otras mil flores; por el medio de la pradera corría un arroyo claro en el cual el sol centelleaba, y los gansos blancos caminaban hacia allá o hacia acá, o flotaban nadando en el agua.

- "Es completamente encantador aquí"-, dijo él, - "pero estoy tan cansado que no puedo mantener mis ojos abiertos; dormiré un poco. Siempre que una ráfaga de viento no venga y haga volar las piernas de mi cuerpo, ya que ellas están tan putrefactas como la yesca." -

Cuando él ya había dormido un poco, la anciana vino y lo sacudió hasta despertarlo.

- "Siéntese"-, dijo ella, - "usted no puede quedarse aquí; le he tratado ciertamente muy duro, de todos modos eso no le ha costado la vida. De dinero y de tierra sé que no tiene ninguna necesidad, aquí tengo algo más para usted." -

Con eso ella puso un pequeño joyero en su mano, que fue confeccionado de una sola esmeralda.

- "Cuídelo mucho", dijo ella, "le traerá una gran fortuna." -

El joven se levantó, y como sintió que estaba completamente fresco, y que había recuperado su vigor, agradeció a la anciana por su presente, y salió sin volver a ver hacia atrás a la misteriosa hija. Cuando ya había recorrido bastante el camino, todavía oía en la distancia el grito ruidoso de los gansos.

Durante tres días el muchacho tuvo que vagar en el páramo antes de que pudiera encontrar su salida. Entonces por fin llegó a una ciudad grande, y como nadie lo conocía, fue conducido al palacio real, donde el Rey y la Reina se sentaban en su trono. El joven se arrodilló, sacó el joyero de esmeralda de su bolsillo, y lo puso a los pies de la Reina. Ella le pidió levantarse y le dió el pequeño joyero en sus manos. Apenas en cuanto ella lo abrió, y miró allí, cayó desmayada a tierra. El joven fue agarrado por los criados del Rey, y estaba siendo conducido a prisión, cuando la Reina abrió sus ojos, y ordenó que lo liberaran, y que todos debían salir, pues deseaba hablar con él en privado. Cuando la Reina quedó sola con él, comenzó a llorar amargamente, y dijo,

- "De que valen para mí todos los esplendores y honores de los cuales estoy rodeada si cada mañana despierto en dolor y pena. Yo tenía tres hijas, la más joven de ellas era tan hermosa que el mundo entero la consideró como una maravilla. Ella era tierna como la primavera, tan atractiva como la flor de manzana, y su pelo tan radiante como diamantes al sol. Cuando ella lloraba, no eran lágrimas lo que caía de sus ojos, sino sólo perlas y joyas. Cuando ella cumplió quince años, el Rey convocó a las tres hermanas para venir ante su trono. ¡Usted debería haber visto cómo toda la gente miraba fijamente cuando la más joven entró, era justo como si el sol se elevara!" -

Entonces el Rey habló,

- "Mis hijas, como no sé cuando mi día final pueda llegar; decidiré hoy lo que cada una recibirá en mi muerte. Sé que todas ustedes me aman, pero la de ustedes que me indique mejor cómo me ama, tendrá lo mejor." -

Cada una de ellas dijo que era ella quien lo amaba mejor.

- "¿Podrían expresarlo?", dijo el Rey, "¿Cómo, en qué forma me aman realmente?, y así veré lo que quieren decir." -

La mayor habló,

- "Amo a mi padre tanto como el azúcar más dulce." -

La segunda dijo,

- "Amo a mi padre tanto como mi vestido más bonito." -

Pero la más joven permanecía en silencio.

Entonces el padre dijo,

- "Y tú, mi niña más querida, ¿cómo me amas?" -

- "No sé, y no puedo comparar mi amor con nada." - contestó.

Pero su padre insistió que ella comparara con algo. Entonces dijo por fin,

- "El mejor alimento no me complace sin la sal, por lo tanto amo a mi padre como la sal." -

Como el Rey no esperaba una respuesta como esa, cuando el Rey la oyó, se enojó mucho, y dijo,

- "Si me amas como a la sal, tu amor también te será reembolsado con la sal." -

Entonces él dividió el reino entre las dos mayores, e hizo que un saco de sal fuera pegado al dorso de la más joven, y ordenó que ella fuera enviada a otra ciudad del otro lado del bosque a ganarse la vida vendiendo sal. Mas cuando iban de camino en medio del bosque, la hija se escapó de los que la acompañaban y se internó en lo profundo del bosque.

- "Cuando supimos lo sucedido, pedimos y rezamos por ella" -, dijo la Reina, - "pero la cólera del Rey no podía ser apaciguada. ¡Cómo lloraba ella cuando tuvo que abandonarnos! El camino entero quedó esparcido por las perlas que fluyeron de sus ojos. El Rey pronto después se arrepintió de su gran severidad, y hacía recorrer el bosque entero en busca de la pobre niña, pero nadie podría encontrarla. Cuando pienso que quizás las bestias salvajes la han devorado, no sé como contenerme de la pena; a menudo

me consuelo con la esperanza que ella está todavía viva, y puede haberse escondido en una cueva, o ha encontrado refugio con gente compasiva. Pero véalo usted mismo, cuando abrí su pequeño joyero de esmeralda, una perla estaba allí, de exactamente la misma clase que aquellas que solían caer de los ojos de mi hija; y luego también puede imaginarse cómo la vista de aquello conmovió mi corazón. Por favor, usted debe decirme como adquirió aquella perla." -

El joven le dijo que él lo había recibido de una anciana en el bosque, que le había parecido muy extraña, y que quizás podría ser una bruja, pero él no había visto ni oído nada acerca de la hija de la Reina. El Rey y la Reina resolvieron buscar a la anciana. Ellos pensaron que allí donde la perla había sido dada, obtendrían noticias de su hija. La anciana estaba sentada en aquel lugar solitario con su rueca, hilando. Ya anochecía, y un tronco que se quemaba en el hogar daba una luz escasa. De repente hubo un ruido afuera, los gansos regresaban a casa del pasto, y pronunciaban sus roncós gritos. Detrás de ellos la hija también entró. Pero la anciana apenas le agradeció, y sólo sacudió su cabeza un poco. La hija se sentó al lado de ella, tomó su rueca, y enroscó los hilos con tal agilidad como una muchacha joven. Así ambas se sentaron durante dos horas, y no intercambiaron ni una palabra. Por fin algo crujió en la ventana, y dos ojos encendidos miraron detenidamente hacia adentro. ¡Era un viejo búho, que gritaba, -"Úho"- tres veces! La anciana alzó la vista sólo un poco, y entonces dijo,

- "Ahora, mi pequeña hija, es tu momento para salir y hacer tu trabajo." -

La hija se levantó y salió, y ¿hacia adónde fue? A los prados en algún lugar del valle. Por fin llegó a un pozo, con tres viejos robles de pie al lado del pozo; mientras tanto la luna se había elevado grande por sobre la montaña, y todo estaba tan iluminado que uno podría haber encontrado una aguja sin dificultad.



Ella se quitó una fea máscara que cubría su cara, luego se inclinó al pozo, y comenzó a lavarse. Cuando había terminado, limpió también la máscara en el agua, y luego la puso en el prado, de modo que debiera blanquearse y secarse en la luz de la luna. ¡Pero cómo la doncella estaba ahora cambiada! ¡Tal cambio nunca había sido visto antes! Cuando se quitó la máscara gris, su pelo radiante se soltó, y a la luz de la luna brillaba como rayos de sol, y se extendió cubriendo su cuerpo. Sus ojos brillaron tan alegremente como las estrellas en el cielo, y sus mejillas se tornaron a un rojo suave como la flor de la manzana. Pero la bella doncella estaba triste. Ella se sentó y lloró amargamente. Una lágrima tras otra salía de sus ojos en forma de perlas, y rodaban a lo largo de su pelo hacia la tierra. Allí sentada hubiera permanecido por mucho tiempo, si no hubiera sido por un crujió y agrietamiento en las ramas del árbol vecino. Ella saltó como una cierva que ha estado siendo perseguida por un cazador. En ese momento la luna fue oscurecida por una nube, y

en un instante la doncella ya se había puesto la vieja máscara y había desaparecido, como una luz apagada por el viento.

Ella regresó a casa, temblando como hojas de álamo. La anciana estaba de pie en el umbral, y la muchacha estuvo a punto de relatar lo que le había acontecido, pero la anciana se rió amablemente, y dijo,

- "Ya lo sé todo." -

Ella la condujo dentro del cuarto y encendió un nuevo tronco. La anciana no se sentó a su hilado otra vez, sino que trajo una escoba y comenzó a barrer y fregar,

- "Todo debe estar limpio y agradable" -, dijo a la muchacha.

- "¿Pero, madre", dijo la doncella, "por qué comienza usted el trabajo a una hora tan tardía?" -

- "¿Qué esperas? ¿Sabes que hora es?" - preguntó la anciana.

- "Todavía no es la medianoche," contestó la doncella, "pero ya son pasadas las once." -

- "¿Ya no recuerdas, que fue hoy hace tres años que llegaste aquí? El tiempo ha terminado y ya no podemos seguir juntas." -

La muchacha se aterrorizó y dijo,

- "¡Ay! ¿querida madre, me echará usted lejos de aquí? ¿A dónde iré? No tengo amigos, y ninguna casa a la cual pueda ir. Yo siempre hice cuánto usted me pidió, y usted siempre estuvo satisfecha de mí; por favor no me despidas." -

La anciana no le diría a la doncella lo que estaba por llegar.

- "Mi permanencia aquí está terminada" -, le dijo ella, - "pero cuando me marche, la casa y el salón deben estar limpios: por lo tanto no me dificultes mi trabajo. No te preocupes por ti, tendrás un techo y refugio, y las recompensas que te daré también te satisfarán." -

- "Pero dígame que es lo que está a punto de pasar" -, la doncella siguió suplicando.

- "Te digo de nuevo que no me dificultes mi trabajo. No digas una palabra más, ve a tu cámara, quítate la máscara de tu cara, y ponte el vestido de seda que tenías cuando llegaste a mí, y luego espera en la cámara hasta que yo te llame." -

Pero debo volver a contar una vez más sobre el Rey y la Reina, que habían viajado con el joven a fin de buscar a la anciana en el páramo. El joven se había extraviado lejos de ellos en el bosque la noche anterior, y tuvo que seguir solo. Al día siguiente le pareció que él estaba en la pista correcta. Y siguió adelante, hasta que la oscuridad llegó de nuevo, y entonces subió a un árbol, teniendo la intención de pasar la noche allí, ya que él

temió que pudiera perder su camino. Cuando la luna iluminó el terreno circundante, él percibió una figura que bajaba la montaña. Ella no tenía ningún palo en su mano, sin embargo él podría ver que era la muchacha de los gansos, que él había visto antes en la casa de la anciana.

- "¡Ajá!", gritó él, - "allí viene ella, y si una vez me capturó una de las brujas, la otra no se me escapará!" -

Pero que sorprendido quedó, cuando ella fue al pozo, se quitó la máscara y se lavó, cuando su pelo reluciente cayó todo sobre ella, y ella era la más hermosa que alguna vez él hubiera visto en el mundo entero. Él apenas se atrevió a respirar, pero estiró su cabeza tanto como pudo por entre las hojas, y la contempló. Él se inclinó demasiado lejos, o independientemente de la causa que pudiera haber sido, la rama de repente se rajó, y en ese mismo momento la doncella se puso la máscara, saltó lejos como una cierva, y cuando la luna quedó de repente cubierta, ella desapareció de sus ojos.

Y apenas había ella desaparecido, el joven bajó del árbol, y se apresuró a ir detrás de ella con pasos ágiles. No había recorrido mucho trecho, cuando vio en la penumbra dos figuras que venían sobre el prado. Eran el Rey y la Reina, que habían percibido en la distancia la luz que brillaba en la pequeña casa de la anciana, y hacia allá iban. El joven les contó las maravillosas cosas que él había visto en el pozo, y ellos no dudaron que esa era su hija perdida. Todos siguieron adelante llenos de la alegría, y pronto llegaron a la pequeña casa. Los gansos se sentaban en todas partes alrededor, y habían empujado sus cabezas bajo sus alas y dormían, y ninguno se movía.

El Rey y la Reina miraron por la ventana, y la anciana estaba sentada allí, hilando silenciosamente, moviendo suavemente su cabeza y nunca mirando alrededor. El cuarto estaba absolutamente limpio, como si pequeños seres de niebla, que no llevan ningún polvo en sus pies, vivieran allí. A su hija, sin embargo, no la vieron. Ellos miraron serenamente todo esto durante mucho tiempo, pero por fin tomaron valor, y llamaron suavemente a la ventana. La anciana parecía haber estado esperándolos; ella se levantó, y llamó completamente amable,

- "Entren, sé quienes son." -

Cuando ellos habían entrado en el cuarto, la anciana dijo al Rey,

- "Usted podría haberse ahorrado este largo viaje, si hace tres años no hubiera ahuyentado injustamente a su hija, que está tan bien y adorable. Ningún daño le ha ocurrido; durante estos tres años ella ha tenido que atender los gansos; con ellos ella no ha aprendido ningún mal, y ha conservado su pureza del corazón. Usted, sin embargo, ha sido suficientemente castigado por la miseria moral en la cual ha tenido que vivir." -

Entonces ella fue a la cámara de la muchacha y llamó,

- "Sal, mi pequeña hija." -

Con eso la puerta se abrió, y la princesa salió en sus ropas de seda, con su pelo reluciente y sus ojos brillantes, y era como si un ángel del cielo hubiera entrado.

Ella se acercó a su padre y madre, se abrazó a sus cuellos y los besó; no había nada que hacer, todos ellos lloraron de la alegría. El joven estuvo de pie cerca de ellos, y cuando ella lo percibió, se ruborizó muchísimo, y ni ella misma sabía por qué. El Rey dijo,

- "Mi querida hija, he regalado mi reino, ¿qué podré darte?" -

- "Ella no necesita nada," - dijo la anciana.

"Le doy las lágrimas que ella ha llorado y que he guardado; son perlas preciosas, más finas que aquellos que son encontradas en el mar, y valen más que su reino entero, y le doy mi pequeña casa como pago por sus servicios." -

Cuando la anciana terminó de hablar, desapareció de la vista. Las paredes traquetearon un poco, y cuando todos miraron alrededor, la pequeña casa se había cambiado en un palacio espléndido, una mesa real había sido extendida, y los criados corrían aquí y allí. La historia va todavía adelante, pero mi abuela, que me la relató, había perdido en parte su memoria, y había olvidado el resto. Siempre creeré que la princesa hermosa se casó con el joven, y que ellos permanecieron juntos en el palacio, y vivieron allí en toda felicidad mientras que Dios les dio vida.

Si los gansos blancos como la nieve, que eran guardados cerca de la pequeña choza, eran en verdad doncellas jóvenes abandonadas, a quien la anciana había tomado en su protección, y si ellas ahora recibieron su forma humana otra vez, y se quedaron como criadas de la Reina joven, no lo sé exactamente, pero lo sospecho. De algo sí estoy bien seguro, que la anciana no era ninguna bruja, como la gente pensaba, sino una mujer sabia y bondadosa, que quiso siempre hacer el bien. Muy probablemente era ella la que, en el nacimiento de la princesa, le dio el regalo de las perlas llorosas en vez de lágrimas. Esto no pasa hoy día, o si no cualquiera se haría pronto rico.

Enseñanza:

Nunca se deben tomar decisiones importantes cuando se está enojado, pues siempre traen malas consecuencias.





114-Los Mensajeros de la Muerte

En la antigüedad un gigante viajaba una vez por un amplio camino, cuando de repente un hombre desconocido apareció ante él, y dijo,

- "¡Alto, ni un paso más lejos!" -

- "¿Qué?" -, gritó el gigante, - "¿una criatura que puedo aplastar entre mis dedos, quiere bloquear mi camino? ¿Quién eres tú para hablar tan vigorosamente?" -

- "Soy la Muerte," - contestó el otro. - "Nadie se resiste a mí, y tú también debes obedecer mis órdenes." -

Pero el gigante se negó, y comenzó a luchar con la Muerte. Fue una batalla larga, violenta, y por fin el gigante consiguió la ventaja, y abatió a la Muerte con su puño, de modo que ella cayó sobre una piedra.

El gigante siguió su camino, y la Muerte quedó allí vencida, y tan débil que no podía moverse otra vez.

- "¿Qué pasará ahora," - se dijo, - "si me quedo aquí yaciendo en el camino? Nadie morirá en el mundo, y se llenará tanto de gente que no tendrán espacio para estar de pie al lado uno del otro." -

Mientras tanto un hombre joven llegó por el camino, quién era fuerte y sano, cantando una canción, y echando un vistazo alrededor a cada lado. Cuando él vio a aquel medio desmayado, fue compasivamente y lo levantó, le dio una bebida fortificante de su cantimplora, y esperó a que se recuperara.

- "¿Sabes quien soy?" -, dijo el caído, mientras se incorporaba, - "¿y sabes quien es al que has ayudado a ponerse sobre sus pies de nuevo?" -

- "No, no lo sé" - contestó el joven.

- "Soy la Muerte," - dijo él. - "No discrimino a nadie, y no puedo hacer ninguna excepción contigo, pero para que veas que te estoy agradecido, te prometo que no vendré por ti de improviso, sino que te enviaré a mis mensajeros antes de que yo venga y te lleve." -

- "Bien" -, dijo el joven, - "es una gran ventaja saber cuando vendrás, y por lo menos estaré seguro de ti por mucho tiempo." -

Entonces él continuó su camino, y se mantuvo alegre, y se divirtió con excesos, y vivió sin preocupaciones. Pero la juventud y la salud no duraron mucho tiempo, pronto vinieron enfermedades y penas, que lo atormentaban durante el día, y le robaban el descanso de la noche.

- "No, no voy a morir"-, se dijo él, -"porque la Muerte enviará a sus mensajeros antes de eso, pero deseo realmente que estos días desgraciados de enfermedad terminen ya."-

Tan pronto como él se sintió bien otra vez, comenzó una vez más a vivir con derroches y desarreglos. Entonces un día alguien le dio un toque en el hombro. Él miró alrededor, y la Muerte estaba de pie detrás de él, y le dijo,

- "Sígueme, la hora de tu salida de este mundo ha llegado."-

- "¿Qué?"-, contestó al hombre, -"¿Vas a quebrantar tu palabra? ¿No me prometiste que me enviarías mensajeros antes de que vinieras por mí? ¿No he visto ninguno!"-

- "¡Silencio!" contestó la Muerte.

"¿No te he enviado a un mensajero uno después del otro? ¿No vino la fiebre y te golpeó, te abatió y te echó abajo? ¿No vino el mareo a aturdir tu cabeza? ¿No te ha calado la gota en todos tus miembros? ¿No te zumbaron los oídos? ¿No mordió el dolor de muelas tus mejillas? ¿No se te opacaban los ojos? ¿Y además de todo, cuando mi hermano el Sueño venía, no te acordabas de mí? ¿Y en las noches de dolor, no yacías como si estuvieras muerto?"-

El hombre no podría dar ninguna respuesta; entonces cedió a su destino, y se marchó junto con la Muerte.

Enseñanza:

Los mensajes de la vida hay que saber interpretarlos adecuadamente y no despreciar su información.





115-El Piojo y la Pulga

Un piojo y una pulga convivían juntos en una casa y elaboraban la sopa en una cáscara de huevo. Sucedió un día que el pequeño piojo se cayó adentro de la sopa y se quemó. Entonces la pulguita comenzó a llorar en voz alta.

La puertecita del cuarto preguntó a la pulguita,

- "Pulguita, ¿por qué estás llorando?" -

- "Porque el piojito se ha quemado y yo lo siento y lo lloro." -

Entonces la puertecita comenzó a crujir. Y una escobita que estaba en la esquina dijo,

- "¿Por qué estás crujiendo, puertecita?" -

- "Cómo no voy a tener razón para crujir, si el piojito que vivía con la pulguita se ha quemado, y la pulguita lo siente y lo llora." -

Y la escobita comenzó a barrer frenéticamente. Entonces un carrito que pasaba por ahí preguntó,

- "¿Por qué estás barriendo tanto, escobita?" -

- "¿Acaso no tengo razón para barrer así? El piojito que vivía con la pulguita se ha quemado, y la pulguita lo siente y lo llora, y la puertecita cruje y cruje." -

Entonces el carrito dijo,

- "Pues yo correré" -, y comenzó a correr como loco.

Y un fogoncito con carbones por donde él pasó preguntó,

- "Carrito, ¿por qué estás corriendo tanto?" -

- "¿Es que no tengo razón para correr? El piojito que vivía con la pulguita se ha quemado, la pulguita lo siente y lo llora, la puertecita cruje, la escobita barre y barre." -

El fogoncito con carbones dijo,

- "Entonces yo arderé furiosamente" -, y comenzó a quemarse en grandes llamas.

Un arbolito estaba de pie cerca del fogoncito con carbones y dijo,

- "Fogoncito con carbones, ¿por qué te estás quemando así?" -

- "¿Es que no tendré razón para quemarme? El piojito que vivía con la pulguita se ha quemado, la pulguita lo siente y lo llora, la puertecita cruje, la escobita barre, el carrito corre y corre." -

El arbolito dijo,

- "Entonces me sacudiré" -, y comenzó a sacudirse de modo que todas sus hojas caían;

Una muchachita que subía con su cántaro para llevar agua vio aquello, y dijo,

- "Arbolito, ¿por qué te estás sacudiendo?" -

- "Tengo razón para sacudirme: El piojito que vivía con la pulguita se ha quemado, la pulguita lo siente y lo llora, la puertecita cruje, la escobita barre, el carrito corre, el fogoncito con carbones se quema." -

Por todo esto la muchacha dijo,

- "Pues yo romperé mi cántaro para llevar agua," - y ella rompió su pequeño cántaro para llevar agua.

Entonces dijo la fuentecita de la cual tomaba el agua,

- "Muchachita, por qué estás rompiendo el cántaro que usas para llevar mi agua?" -

- "Es que tengo una gran razón para romper mi cántaro para llevar tu agua: El piojito que vivía con la pulguita se ha quemado, la pulguita lo siente y lo llora, la puertecita cruje, la escobita barre, el carrito corre, el fogoncito con carbones se quema, el arbolito se sacude." -

- "¡Ah, ah!" -, dijo la fuentecita, - "entonces comenzaré a fluir y fluir" -, y comenzó a fluir violentamente.

Y con tanta agua todo quedó inundado y ahogado, la muchachita, el arbolito, el fogoncito con carbones, el carrito, la escobita, la puertecita, la pulguita y el piojito, todos juntos.

Enseñanza:

Cuando tenemos que pasar por un triste acontecimiento, debemos ser fuertes y tener mucha serenidad para no convertirlo en una peor y también irreparable tragedia.





116-El ingenuo Hans

La madre de Hans le preguntó

- "¿Adónde vas, Hans?" -

Hans contestó,

- "Donde Grethel." -

- "Te comportas bien Hans" .-

- "Sí, me comportaré bien. Hasta la vista, madre." -

- "Hasta la vista, Hans." -

Hans llegó donde Grethel,

- "Buenos días, Grethel." -

- "Buenos días Hans, ¿que de bueno me traes?" -

- "No traigo nada, ¿que me quieres dar?" -

Grethel le da a Hans una aguja. Hans dice,

- "Hasta la vista, Grethel." -

- "Hasta la vista, Hans." -

Hans toma la aguja y la pega en un carro de heno, y lleva el carro a casa.

- "Buenas noches, madre." -

- "Buenas noches, Hans. ¿Dónde estuviste?" -

- "Con Grethel." -

- "¿Y que le llevaste?" -

- "No le llevé nada, pero sí me dio algo" -

- "¿Y que te dio Grethel?" -

- "Me dio una aguja." -

- "¿Y dónde tienes la aguja?" -

- "Pegada en el carro de heno." -

- "No está correcto Hans. Debiste haber pegado la aguja en tu manga" -

- "Está bien, lo haré mejor próxima vez." -

Al día siguiente:

La madre de Hans preguntó,

- "¿Adónde vas, Hans?" -

Hans contestó,

- "Donde Grethel." -

- "Te comportas bien Hans" .-

- "Sí, me comportaré bien. Hasta la vista, madre." -

- "Hasta la vista, Hans." -

Hans llegó donde Grethel,

- "Buenos días, Grethel." -

- "Buenos días Hans, ¿que de bueno me traes?" -

- "No traigo nada, ¿que me quieres dar?" -

Grethel le da a Hans un cuchillo. Hans dice,

- "Hasta la vista, Grethel." -

- "Hasta la vista, Hans." -

Hans toma el cuchillo y lo pega en su manga y regresa a casa.

- "Buenas noches, madre." -

- "Buenas noches, Hans. ¿Dónde estuviste hoy?" -

- "Con Grethel." -

- "¿Qué le llevaste?" -

- "No le llevé nada, pero ella me dio algo" -

- "¿Qué te dio Grethel?" -

- "Me dio un cuchillo." -

- "¿Dónde está el cuchillo, Hans?" -

- "Pegado en mi manga." -

- "Eso no es correcto Hans, debiste poner el cuchillo en tu bolso" -

- "Bien, lo haré mejor la próxima vez." -

Al siguiente día:

- "¿Adónde vas, Hans?" -

- "Donde Grethel, madre." -

- "Te comportas bien, Hans." -

- "Oh sí, me comportaré bien. Adiós, madre." -

- "Adiós, Hans." -

Hans llega donde Grethel.

- "Buenos días Grethel." -

- "Buenos días Hans. ¿Qué cosa buena me traes?"

- "No traigo nada, si quieres me das algo a mí." -

Grethel da a Hans una cabra joven.

- "Adiós, Grethel." -

- "Adiós, Hans." -

Hans toma la cabra, le ata sus piernas, y la pone en su bolso. Cuando llega a casa la pobre está casi asfixiada." -

- "Buenas noches, madre." -

- "Buenas noches, Hans. ¿Dónde has estado?" -

- "Con Grethel." -

- "¿Qué le diste?" -

- "No le dí nada, pero ella me dio algo." -

- "¿Qué te dio Grethel?" -

- "Ella me dio una cabra." -

- "¿Y dónde está la cabra, Hans?" -

- "La he puesto en mi bolso." -

- "Mal hecho Hans, debiste haberle puesto una soga en el cuello" -

- "Está bien, lo haré mejor la próxima vez." -



A la siguiente vez:

- "¿Adónde vas, Hans?" -

- "Donde Grethel, madre." -

- "Te comportas bien, Hans." -

- "Oh sí, me comportaré bien. Adiós, madre." -

- "Adiós, Hans." -

Hans llega donde Grethel.

- "Buenos días Grethel." -

- Buenos días Hans. ¿Qué cosa buena me traes?'

- "No traigo nada, si quieres me das algo a mí." -

Grethel entrega a Hans un pedazo de tocino.

- "Hasta luego, Grethel." -

- "Hasta luego, Hans." -

Hans toma el tocino, lo ata a una cuerda, y lo arrastra detrás de él. Los perros vienen atrás y devoran el tocino. Cuando él llega a casa, tiene la cuerda en su mano, pero ya no hay nada en su otro extremo.

- "Buenas noches, madre." -

- "Buenas noches, Hans. ¿Dónde estuviste?" -

- "Con Grethel." -

- "¿Y que le llevaste?" -

- "No le llevé nada, pero sí me dio algo" -

- "¿Y que te dio Grethel?" -

- "Me dio un poco de tocino." -

- "¿Dónde está el tocino, Hans?" -

- "Lo até a una cuerda, lo traía a casa, pero los perros lo tomaron." -

- "No fue correcto, Hans, debiste haberlo traído sobre tu cabeza." -

- "No importa, lo haré mejor la próxima vez." -

Otro día:

- "¿Adónde vas, Hans?" -

- "Donde Grethel, madre." -

- "Te comportas bien, Hans." -

- "Oh sí, me comportaré bien. Adiós, madre." -

- "Adiós, Hans." -

Hans llega donde Grethel.

- "Buenos días Grethel." -

- "Buenos días Hans. ¿Qué cosa buena me traes?" -

- "No traigo nada, si quieres darme algo a mí." -

Grethel le da a Hans un ternero.

- "Hasta la vista, Grethel." -

- "Hasta la vista, Hans." -

Hans toma al ternero, lo pone sobre su cabeza, y el ternero le da una patada en su cara.

- "Buenas noches, madre." -

- "Buenas noches, Hans." -

- "¿Dónde has estado?" -

- "Con Grethel." -

- "¿Qué cosa le diste?" -

- "No le di nada, pero ella me dio algo." -

- "¿Qué te dio Grethel?" -

- "Un ternero." -

- "¿Dónde está el ternero, Hans?" -

- "Lo puse en mi cabeza y él me dio una patada en mi cara." -

- "No fue correcto Hans, tenías que haberlo conducido amarrado, y llevarlo al establo." -

- "Bueno, lo haré mejor la próxima vez." -

La siguiente vez:

- "¿Adónde vas, Hans?"-

- "Donde Grethel, madre."-

- "Te comportas bien, Hans."-

- "Oh sí, me comportaré bien. Adiós, madre."-'

- "Adiós, Hans."-

Hans llega donde Grethel.

- "Buenos días Grethel."-

- "Buenos días Hans. ¿Qué cosa buena me traes?"

- "No traigo nada, si quieres me das algo a mí."-

Grethel dijo a Hans, "Iré contigo."

Hans toma a Grethel, la ata a una cuerda, la conduce al establo y la amarra rápido. Entonces Hans va donde su madre.

- "Buenas noches, madre."-

- "Buenas noches, Hans."-

- "¿Dónde has estado?"-

- "Con Grethel."-

- "¿Qué cosa le diste?"-

- "No le di nada, pero ella vino conmigo."-

- "¿Y dónde dejaste a Grethel?"-

- "La traje atada a una cuerda, la amarré en el establo, y llevé un poco de hierba para ella."-

- "Eso no estuvo bien Hans, debiste haberla tratado dulcemente."-

- "Está bien, lo corregiré" -

Entonces Hans entró a la casa, tomó la jarra de miel que estaba en la alacena, regresó al establo y lanzó toda la miel en la cara de Grethel. Entonces Grethel se enfadó, se soltó de la soga y se escapó.

Pero el cariño de Grethel por Hans fue más fuerte y tiempo después Grethel se hizo novia de Hans.

Enseñanza:

Las actuaciones que son buenas bajo determinadas circunstancias, no significa que también sean buenas bajo otras diferentes circunstancias. Cada caso debe ser valorado individualmente.





117-El Joven que no sabía asustarse

Un padre tenía dos hijos, el mayor de los cuales era inteligente y sensible, y podía hacerlo todo, pero el joven era estúpido y no podía aprender ni entender nada, y cuando la gente lo veía, decían,

- "¡Hay cierta persona que dará a su padre algunos problemas!"-

Cuando algo se tenía que hacer, siempre era el mayor quien se veía obligado a hacerlo, pero si su padre le mandaba a buscar cualquier cosa cuando ya era tarde, o en la noche, y el camino conducía a través de la iglesia, o cualquier otro lugar de meditación, él contestaba:

- "Oh, no, padre, yo no voy allí, eso me hace estremecer, me asusta, me da miedo!"- porque realmente sentía miedo.

O cuando en grupo se contaban historias junto al fuego en la noche que hacían poner la carne de gallina, los oyentes a veces decían:

- "¡Oh, eso nos asusta!"-

El hijo joven se sentaba en una esquina y escuchaba con el resto del grupo, y no podía imaginarse lo que aquello podría significar.

- "Siempre dicen ¡que eso me hace estremecer, me asusta! Pero a mi no me hace estremecer, no sé que significa 'me asusta' "-, pensó. - "Eso de asustarse también debe ser un arte del que no entiendo nada."-

Ahora bien, sucedió que su padre le dijo un día:

- "Óyeme tú, compañero en la esquina, tú que estás creciendo alto y fuerte, debes aprender algo con lo que puedas ganarte tu vida. Mira que tu hermano funciona, pero tú ni siquiera te ganas tu comida."-

- "Bueno, padre,"- contestó él, - "estoy dispuesto a aprender algo. De hecho, si se pudiera, me gustaría saber lo que es asustarse porque aún no entiendo lo que es eso."-

El hermano mayor sonrió al escuchar aquello, y pensó para sí:

- "¡Dios mío, qué tonto que es mi hermano! Nunca será bueno para cualquier cosa mientras él viva. El que quiere ser una hoz que se encurve primero." -

El padre suspiró y le contestó:

- "Pronto tú aprenderás lo que es asustarse, pero no podrás ganar tu pan con eso." -

Poco después el sacristán fue a la casa de visita, y el padre le explicó su problema, y le dijo que su hijo menor estaba tan atrasado en todos los aspectos que no sabía nada y no aprendía nada.

- "Sólo piensa" -, dijo, - "cuando le pregunté cómo iba a ganarse el pan, dijo que en realidad él quería aprender a asustarse." -

- "Si eso es todo" -, respondió el sacristán. - "podrá aprenderlo conmigo. Mándamelo, y pronto lo afinaré." -

El padre estaba contento de hacerlo, pues pensó:

- "Va a entrenar al chico un poco." -

El sacristán por lo tanto, lo llevó a su casa, y tenía que tocar la campana. Después de un día o dos, el sacristán lo despertó a media noche, y le mandó levantarse y subir a la torre de la iglesia y tocar la campana.

- "Pronto aprenderás lo que es asustarse" -, pensó.

Y en secreto se fue antes que él, y cuando el muchacho estaba en la parte superior de la torre y se dio vuelta, y estaba a punto de apoderarse de la cuerda de la campana, vio a una figura blanca de pie en las escaleras frente al agujero de resonancia.

- "¿Quién está allí?" - gritó. Pero la figura no respondió, ni se movió.

- "Dame una respuesta" -, exclamó el joven, - "o te sacaré, pues no tienes nada que hacer aquí en la noche." -

El sacristán, sin embargo, permaneció inmóvil de modo que el joven pudiera pensar que era un fantasma. El chico gritó por segunda vez,

- "¿Qué quieres aquí? Habla, si tú eres un hombre de bien, o te voy a tirar por las escaleras" -

El sacristán pensó:

- "Él no puede pretender ser tan malo como sus palabras," - y no pronunció ningún sonido y se quedó como si estuviera hecho de piedra.

Entonces el joven le llamó por tercera vez, y como también fue en vano, corrió contra él y empujó al fantasma por las escaleras, por lo que cayó diez gradas y quedó tendido en un rincón. Entonces tocó la campana, regresó a la casa, y sin decir una palabra fue a la cama y se durmió. La esposa del sacristán había esperado mucho tiempo por su marido, pero él no regresaba. Por fin, se inquietó y despertó al chico, y le preguntó:

- "¿No sabes dónde está mi esposo? Subió a la torre antes de que tú lo hicieras." -

- "No, yo no lo sé" -, respondió el muchacho, - "pero alguien estaba de pie por el agujero de resonancia al otro lado de la escalera, y como él no me daba una respuesta, ni se iba, lo empujé, y lo lancé escaleras abajo, sólo tiene que ir allí y verás si era él. Lamentaría si lo fuera." -

La mujer salió corriendo y encontró a su marido, que yacía gimiendo en la esquina, y a quien se le había roto una pierna. Ella lo llevó hacia abajo, y luego, con fuertes gritos se apresuró a increpar al padre del joven.

- "¡Su hijo" -, exclamó, - "ha sido la causa de una gran desgracia! Ha tirado a mi marido por las escaleras y le hizo romper su pierna. Llévate al bueno-para-nada de nuestra casa." -

El padre se asustó y corrió hasta allí y regañó al joven.

- "¿Qué trucos malos son estos?" - , dijo, - "el diablo debe de haber puesto esto en tu cabeza." -

- "Padre," - contestó él, - "escúchame. Yo soy inocente. Él estaba allí en la noche como quien tiene la intención de hacer algo malo. Yo no sabía quién era, y yo le rogué tres veces que hablara o que se fuera." -

- "Ah" -, dijo el padre, - "Estoy muy descontento contigo. Sal de mi vista. No quiero verte nunca más." -

- "Sí, padre, con verdadero interés esperaré a que sea de día. Entonces voy a seguir adelante y conoceré lo que es asustarse, y en algún momento aprenderé algún oficio que me de soporte para vivir." -

- "Aprende lo que quieras" -, habló el padre, - "todo es lo mismo para mí. Aquí están cincuenta duros para ti. Ve por el mundo, y a nadie digas de dónde vienes ni quién es tu padre, porque tengo razones para estar avergonzado de ti." -

- "Sí, padre, será como usted espera. Si usted no desea nada más que eso, puedo tenerlo en cuenta." -

Cuando amaneció, el chico se puso los cincuenta duros en el bolsillo, y salió a la gran carretera, y continuamente se decía a sí mismo:

- "¡Si pudiera asustarme, si yo pudiera tener miedo!" -

Entonces se le acercó un hombre que escuchó la conversación que el joven llevaba consigo, y cuando habían caminado un poco más lejos, desde donde se podía ver una horca, el hombre le dijo:

- "Mira, ahí está el árbol donde están siete hombres que se han casado con la hija del cordelero, y ahora están aprendiendo a volar. Siéntate debajo de él, y espera hasta que llegue la noche, y rápido aprenderás a asustarte." -

- "Si eso fuera todo" -, contestó el joven, - "es fácil de hacer, pero si llego a conocer lo que es el miedo tan rápido como eso, así de rápido que tendrás mis cincuenta duros. Ven de nuevo por mí por la mañana." -, terminó diciendo.

Entonces el joven se fue a la horca, se sentó debajo de ella, y esperó hasta que llegó la noche. Y como tenía frío, encendió un fuego, pero a media noche el viento soplaba tan fuerte que, a pesar de su fuego, no podía entrar en calor. Y como el viento golpeaba a los ahorcados entre sí, y se movían hacia atrás y hacia delante, pensó para sí:

- "Tú te calientas aquí abajo por el fuego, pero ¿cuánto se deben congelar y sufrir esos de arriba?" -

Y como él se compadeció de ellos, levantó la escalera, y subió, y desató uno después del otro, y bajó a los siete. Luego, atizó el fuego, sopló, y los puso a su alrededor para que entraran en calor. Sin embargo, se sentaron allí y no se movían, y el fuego prendió sus ropas. Y él dijo:

- "Tengan cuidado, no sea que los cuelgue de nuevo." -

Los muertos, sin embargo, no oían, y permanecían muy silenciosos, y sus ropas seguían quemándose. Por esto, se enojó, y dijo:

- "¡Si no actúan, yo no les puedo ayudar, y no voy a ser quemado con ustedes!" -, y los colgó de nuevo a cada uno en su puesto.

Luego se sentó junto al fuego y se quedó dormido, y a la mañana siguiente el hombre se acercó a él y quiso tener los cincuenta duros, y dijo:

- "Bueno, ¿sabes lo que es asustarse?" -

- "No"-, respondió, -"¿cómo iba a llegar a saberlo? Esos tipos que están arriba, no abrían la boca, y eran tan estúpidos que dejaron que los pocos trapos viejos que tenían en sus cuerpos se quemaran."-

Entonces el hombre vio que no iba a obtener los cincuenta duros ese día, y se alejó diciendo:

- "Nunca antes me había encontrado un tipo tan extraño como éste."-

El joven continuó su camino, y una vez más comenzó a murmurar para sí:

- "¡Ah, si pudiera asustarme!, ¡Ah, si yo pudiera tener miedo!"-

Un carretero que estaba caminando detrás de él lo escuchó y le preguntó:



- "¿Quién eres tú?"-

- "No sé"-, respondió el joven.

Entonces el carretero preguntó:

- "¿De dónde vienes?"-

- "No lo sé."-

- "¿Quién es tu padre?"-

- "No puedo decirte."-

"¿Qué es lo que tú estás siempre murmurando entre dientes?"-

- "¡Ah!"-, contestó el joven, -"deseo llegar a tener miedo, a asustarme, pero nadie me puede enseñar cómo hacerlo."-

- "Renuncia a tu cháchara tonta"-, dijo el carretero. - "Vamos, ven conmigo, tengo un lugar para ti."-

El joven se fue con el carretero, y por la tarde llegaron a una posada donde podían pasar la noche. A la entrada de la sala, el joven de nuevo, dijo en voz muy alta:

- "¡Si pudiera tener miedo, si yo pudiera asustarme!" -

El anfitrión, que oyó esto, se rió y dijo:

- "Si ese es su deseo, aquí hay una buena oportunidad para ti." -

- "¡Ah, cállate!" -, dijo la dueña de casa, - "tantas personas indiscretas ya han perdido la vida, que sería una pena y una vergüenza si unos ojos tan hermosos como estos no pudieran ver la luz del día de nuevo." -

Pero el joven dijo:

- "Por muy difícil que sea, voy a aprender y para eso es que he viajado tanto." -

Y no dejó al anfitrión tener descanso, hasta que éste le dijo que no lejos de allí había un castillo encantado donde cualquiera podría aprender con facilidad lo que era el miedo, pero si quería fuera a estarse allí durante tres noches.

El rey había prometido que el que se atreviera a hacerlo, tendría a su hija por esposa, y ella era la más hermosa doncella sobre la que el sol brillaba. Grandes tesoros también estaban en el castillo, que eran custodiados por espíritus malignos, y estos tesoros quedarían liberados, y convertirían a un hombre pobre en rico. Ya muchos hombres habían entrado en el castillo, pero hasta ahora ninguno había vuelto a salir. Entonces el joven se fue a la mañana siguiente donde el rey y le preguntó si le permitiría estar tres noches en el castillo encantado.

El rey lo miró, y como el joven le agradaba, dijo,

- "Bien puedes pedir tres cosas a tener en el castillo contigo, pero deben ser cosas sin vida." -

A lo que él respondió,

- "Entonces le pido un fuego, un torno y un tajo con un cuchillo." -

El rey le envió estas cosas al castillo para él durante el día. Cuando la noche llegaba, el joven se fue al castillo e hizo un brillante fuego en una de las habitaciones, colocó el tajo y el cuchillo al lado de él, y se sentó en el torno.

- "¡Ah, si pudiera tener miedo!" - , dijo, - "Pero yo no voy a conocerlo aquí tampoco." -

Hacia la media noche comenzó a atizar su fuego, y cuando lo estaba soplando, algo gritó de repente desde una esquina,

- "¡Au, miau! ¡Que fríos que estamos!" -

- "¡Ustedes tontos!"-, gritó, - "¿por qué se quejan? Si tienen frío, vengan y siéntense junto al fuego para que los caliente."-

Y cuando hubo dicho esto, dos gatos negros grandes llegaron con un tremendo salto y se sentaron a cada lado de él, y lo miraban salvajemente con sus ojos de fuego. Después de un corto período de tiempo, cuando se habían calentado, los gatos dijeron:

- "Camarada, ¿podríamos tener un juego a las cartas?"-

- "¿Por qué no?"- contestó, - "pero sólo me muestran las patas."-

Y extendieron sus garras.

- "¡Oh!"-, dijo, - "¡Que uñas tan largas que tienen! Esperen, primero se las tendré que cortar."-

Entonces él los agarró por las gargantas, los puso en el tajo y rápidamente les atornilló sus pies.

- "He visto sus dedos"-, dijo, - "y mi interés para jugar a las cartas se ha ido"-, y él los mató y los arrojó en el agua.

Sin embargo, cuando él había acabado con estos dos, y estaba a punto de volver a sentarse junto al fuego, desde todos los hoyos y esquinas salieron gatos y perros negros arrastrando cadenas rojas y cada vez más y más de ellos hasta que no cabían más, y gritaban horriblemente, y se acercaron al fuego, y lo tiraban en pedazos tratando de apagarlo. Él los miró por un rato en silencio, pero al final, cuando ya habían actuado demasiado, tomó su cuchillo de cortar, y gritó:

- "¡Fuera con vosotros, bichos!"-, y comenzó a cortarlos.

Parte de ellos escaparon, otros murieron y los arrojó al estanque.

Cuando regresó, avivó las brasas de la hoguera de nuevo y se calentaba. Y mientras tanto, sentado, sus ojos ya no se mantenían abiertos, y sintió un deseo de dormir. Miró a su alrededor y vio una gran cama en la esquina.

- "Esa es exactamente para mí"-, dijo, y se metió en ella.

Cuando estaba a punto de cerrar los ojos, sin embargo, la cama comenzó a moverse por su propia cuenta, y se fue recorriendo todo el castillo.

- "Eso está muy bien"-, dijo, - "pero ve más rápido."-

Entonces la cama corrió como si tuviera seis caballos enganchados a ella, hacia arriba y hacia abajo, en los umbrales y en los pasillos, pero de repente hop, hop, dio vuelta al

revés , y se posó sobre él como una montaña. Pero él lanzó edredones y almohadas en el aire, se levantó y dijo:

- "Ahora, cualquier persona que guste, puede conducirte"-, y se acostó junto al fuego, y se durmió hasta que se hizo de día.

Por la mañana, el Rey llegó, y cuando lo vio tirado en el suelo, pensó que los malos espíritus lo habían matado y que estaba muerto y dijo:

- "Después de todo, es una lástima, es un hombre guapo ... "-

El joven lo escuchó, se levantó y dijo:

- "No he llegado a saberlo todavía."-

Entonces el rey se sorprendió, pero muy alegre, y le preguntó cómo le había ido.

- "Muy bien"-, respondió, - "he pasado una noche, las otras dos recibirán más de lo mismo."-

Luego se dirigió al posadero, que abrió los ojos muy abiertos, y le dijo:

- "No esperaba verte vivo otra vez! ¿No has aprendido a asustarte ya?"-

- "No,"- dijo,- "todo es en vano. ¡Si alguien me lo pudiera enseñar!"-

La segunda noche fue de nuevo arriba al antiguo castillo, se sentó junto al fuego, y una vez más comenzó su vieja canción,

- "Si pudiera asustarme."-

Cuando llegó la medianoche, un gran alboroto y ruido de cosas cayendo se oyó. Al principio era bajo, pero cada vez se hacía más fuerte. Luego hubo silencio por un rato, y al final, con un fuerte grito, medio hombre bajó por la chimenea y cayó delante de él.

- "¡Hola!"- , gritó, - "La otra mitad pertenece a esta. Esto es muy poco!"-

Entonces el alboroto comenzó de nuevo, hubo un estruendo y más gritos, y la otra mitad cayó también.

- "Espera"-, dijo el joven, - "voy a atizar el fuego un poco para ti."-

Cuando hubo hecho eso, y miró a su alrededor una vez más, las dos piezas se unieron, y un hombre espantoso estaba sentado en su asiento.

- "Eso no es parte de nuestro trato"-, dijo el chico, - "el banco es mío."-

El hombre quería alejarlo, pero él, sin embargo, no permitiría eso, y echó al hombre afuera con todas sus fuerzas, y se sentó de nuevo en su lugar. Entonces todavía más hombres cayeron, uno tras otro, y traían las piernas de nueve hombres muertos y dos calaveras, y los armó y jugó a los bolos con ellos. El joven también quería jugar y dijo:

- "Oye tú, ¿puedo jugar?" -

- "Sí, si tienes dinero." -

- "Tengo dinero suficiente" -, respondió, - "pero las bolas no son muy redondas." -

Entonces tomó los cráneos y los puso en el torno y los pulió hasta que estuvieron redondos.

- "Ahora, se deslizarán mejor!" -, dijo. - "¡Hurra! ¡Ahora van bellamente!" -

Jugó con ellos y perdió algo de su dinero, pero cuando dieron las doce todo desapareció de su vista. Se acostó y se durmió tranquilamente. A la mañana siguiente el rey volvió a preguntar por él.

- "¿Cómo te ha ido esta vez?" -, preguntó.

- "He estado jugando a los bolos" -, respondió, - "y he perdido un par de monedas." -



- "¿No te asustaste entonces?" -

- "Eh, ¿qué?" -, dijo, - "pasé muy feliz. ¡Podría haber hecho de todo, menos saber que es asustarse!" -

La tercera noche se sentó de nuevo en su banco y se dijo muy tristemente:

- "Si pudiera asustarme." -

Cuando se hizo tarde, seis hombres muy altos entraron y traían un ataúd. Luego el joven dijo:

- "Ja, ja, ese es sin duda mi primo, que murió pocos días atrás" -, y le hizo señas con el dedo y gritó:

- "¡Ven, primo, ven."-

Pusieron el ataúd en el suelo, y el joven se acercó a él y abrió la cubierta, y un hombre muerto yacía en el mismo. Le palpó su rostro, pero estaba frío como el hielo.

- "Espera"-, dijo, -"yo te calentaré un poco"-, y fue hasta el fuego a calentar su mano y la puso en la cara del muerto, pero siguió frío.

Entonces él lo sacó, se sentó junto al fuego y lo puso sobre su pecho y le frotó los brazos para que la sangre pudiera circularle de nuevo. Pero como esto no sirvió de nada, pensó para sí:

- "Cuando dos personas se encuentran en la cama, se calientan entre sí"-, y lo llevó a la cama, lo cubrió más y se acostó a su lado.

Después de un corto período de tiempo el muerto se calentó demasiado, y comenzó a moverse. Entonces dijo el joven:

- "Mira, primo, ¿no te calientas?"-

El muerto, sin embargo, se levantó y gritó:

- "¡Ahora yo te estrangularé!"-

- "¡Qué!"- , dijo, -"¿es esa la manera en que tú me agradeces? Entrarás en tu ataúd de nuevo."-

Y él lo tomó, y lo arrojó adentro, y cerró la tapa. Luego vinieron los seis hombres y se lo llevaron de nuevo.

- "Aún no he aprendido a asustarme"-, dijo. - "Jamás lo aprenderé en toda mi vida."-

Entonces entró un hombre que era más alto que todos los demás, y se veía muy mal. Era viejo, y tenía una larga barba blanca.

- "Tú, miserable"-, exclamó, -"pronto aprenderás a asustarte, porque morirás."-

- "No tan rápido"-, contestó el joven. - "Si voy a morir, tengo algo que decir."-

- "Pronto te tomaré"-, dijo el extraño. –

- "Suave, suave, en voz baja, no hables tan alto. Estoy tan fuerte como tú, y tal vez aún más fuerte."- respondió el joven.

"Ya veremos"-, dijo el hombre. - "Si tú eres más fuerte, te dejaré ir. Ven, vamos a probarlo."-

Luego se lo llevó por pasillos oscuros hasta una herrería, tomó un mazo, y con un solo golpe hundió un yunque en el suelo.

- "Puedo hacerlo mejor" -, dijo el joven, y se fue a otro yunque.

El viejo se colocó cerca y quería mirar, y su barba blanca le colgaba. Entonces el joven tomó el mazo, partió el yunque de un solo golpe, y amarró la barba del viejo con ella.

- "Ahora ya te tengo" -, dijo el joven. - "Ahora eres tú quien tiene que morir." -

Luego cogió una barra de hierro y golpeó al anciano hasta que este quejándose le suplicaba que se detuviera, y él le daría grandes riquezas. El joven paró de golpearlo y lo soltó. El viejo lo condujo de nuevo al castillo, y en un sótano le mostró tres cofres llenos de oro.

- "De ellos," - dijo, - "uno es para los pobres y otro para el rey, el tercero es tuyo." -

Mientras tanto, dieron las doce, y desapareció el espíritu. El joven, se quedó en la oscuridad.

- "Todavía puedo encontrar la salida" -, dijo, y con el tacto, encontró el camino a la sala, y durmió allí junto a su fuego.

A la mañana siguiente el rey se acercó y dijo:

- "Ahora tienes que haber aprendido lo que es asustarse." -

- "No," - respondió, - "mi primo muerto estuvo aquí, y un hombre de barba blanca se acercó y me mostró una gran cantidad de dinero allá debajo, pero nadie me dijo lo que es asustarse." -

- "Entonces" -, dijo el Rey, - "tú has librado al castillo, y te casarás con mi hija." -

- "Todo eso está muy bien" -, dijo, - "pero todavía no sé lo que es asustarme." -

Entonces el oro fue subido y se celebró la boda, pero independientemente de cuánto fuera lo mucho que el joven rey amara a su esposa, y siendo tan feliz como lo era, todavía decía:

- "Si pudiera tener miedo, si yo pudiera asustarme." -

Sin duda que la princesa estaba molesta por ello. Su doncella entonces le dijo:

"Voy a encontrar una cura para él, y pronto aprenderá lo que es asustarse."

Salió al riachuelo que fluía a través del jardín, y trajo un cubo entero lleno de gobios. Por la noche, cuando el joven rey estaba dormido, su esposa fue a sacar la ropa de él y le vació el cubo de agua fría conteniendo los gobios, de modo que los peces pequeños saltaban sobre todo su cuerpo. Una vez hecho esto, se despertó asustado y gritó:

- "¡Oh, oh! ¿Qué es lo que me está asustando? ¿Qué es lo que me asusta, querida esposa?
¡Ah Sí!, por fin ya sé lo que es asustarse."

Enseñanza:

Muchas veces cosas simples o sencillas son más poderosas que las complejas.





118-La Señora Trude

Había una vez una niña que era muy obstinada y curiosa, y cuando sus padres le pedían que hiciera algo, no los obedecía, así que ¿cómo podría ella estar bien?

Un día le dijo a sus padres:

"He oído hablar mucho de la señora Trude, quiero ir donde ella algún día. La gente dice que todo en ella parece tan extraño, y que hay tantas cosas extrañas en su casa, que yo estoy llena de curiosidad."

Sus padres se lo prohibieron absolutamente, y le dijeron:

"La señora Trude es una mala mujer, que hace cosas malas, y si vas donde ella no obtendrás nada bueno, hija."

Pero la joven no se dejó ser desviada por la prohibición de sus padres, y siempre fue donde Frau Trude.

Y cuando llegó donde ella, Frau Trude le dijo,

"¿Por qué estás tan pálida?"

"¡Ah!", respondió ella, y todo su cuerpo temblaba, "He estado tan aterrorizada por lo que he visto."

"¿Qué has visto?"

"Vi a un hombre negro parado en sus gradas a la entrada."

"Ese era un minero."

- "Luego vi a un hombre verde." -

- "Ese era un cazador." -

- "Después vi a un hombre de color rojo como la sangre." -

- "Ese era un carnicero." -

- "Ah, señora Trude, yo estaba aterrorizada, miré por la ventana y no la ví a usted, pero, yo creo que verdaderamente era el mismo diablo con una cabeza de fuego." -

- "¡Oh!" -, dijo, - "Entonces has visto a la bruja en su traje adecuado. He estado esperando por ti, y deseando tu llegada desde hace mucho tiempo. Tú me darás un poco de luz." -

De inmediato convirtió a la niña en un tronco de madera, y la arrojó al fuego. Y cuando estaba en plena luz, se sentó cerca del fuego, y calentándose dijo:

- "Este brillo fulgurante será sólo por esta vez." -

Enseñanza:

Siempre hay que obedecer y seguir los buenos consejos de padre y madre.



119-El amado Rolando



Había una vez, hace muchos años, una mujer que era una bruja de verdad y tenía en su casa dos chicas, una fea y mala, a quien ella amaba porque era su propia hija, y la otra era hermosa y buena, pero a ésta la odiaba, porque era su hijastra. La hijastra una vez tenía un delantal muy bonito que la otra deseaba tanto que su deseo se convirtió en envidia, y le dijo a su madre que ella debería de tener y que tendría que llegar a tener ese delantal tan hermoso.

"Cállate, hija mía," dijo la madre, "tú lo tendrás. Tu hermanastra recibirá una sorpresa inesperada. Esta noche cuando esté dormida: Yo iré y la convertiré en un horrible pájaro. Sólo ten cuidado de que tú estés en el otro lado de la cama, y la empujas al frente."

Todo hubiera salido así con la pobre muchacha si ella no hubiera estado justo en ese momento en un rincón, y oído todo. Durante todo el día no se atrevió a salir de casa, y cuando llegó el momento de ir a la cama, la hija de la bruja se metió de primera, con el fin de estar en el otro lado, pero cuando ella estaba dormida, la otra la empujó suavemente hacia el frente, y tomó para sí el lugar en la parte trasera, cerca de la pared. En la noche, la anciana entró sosteniendo su varita mágica en su mano derecha, y tocando con la mano la izquierda para ver si alguien estaba acostado en el lado exterior. Entonces ella movió su varita y convirtió en un horrible pájaro lleno de espantosas plumas a su propia hija.



Cuando ella se había ido, la joven se levantó y se fue donde su novio, quien era llamado Rolando, y llamó a su puerta. Cuando salió, le dijo:

"Óyeme, querido Rolando, debemos irnos a toda prisa, mi madrastra me quería transformar, pero lo ha hecho con su propia hija. Cuando la luz del día venga y vea lo que ha hecho, estaríamos perdidos."

"Pero", dijo Rolando, "Yo te aconsejo que primero le quites su varita mágica, o no podríamos escapar si nos persigue."

La muchacha trajo la varita mágica, y tomó del horrible pájaro tres plumas que dejó caer una al frente de la cama, otra en la cocina, y la otra en la escalera.

Entonces ella se alejó con su novio. Cuando la vieja bruja se levantó en la mañana siguiente, llamó a su hija, y quería darle el delantal, pero ella no vino. Entonces la bruja gritó:

- "¿Dónde estás?" -

- "Aquí, en la escalera, estoy barriendo" -, respondió la primera pluma.

La anciana salió, pero no vio a nadie en las escaleras y gritó de nuevo:

- "¿Dónde estás?" -

- "Aquí en la cocina, me estoy calentando", exclamó la segunda pluma.

Ella fue a la cocina, pero no encontró a nadie. Luego volvió a gritar,

- "¿Dónde estás?" -

- "Ah, aquí en la cama, durmiendo." -, gritó la tercera pluma.

Entró en la habitación y ¿Qué vio allí?

A su propia hija, convertida en el horrible pájaro que ella había creado. La bruja cayó en una gran pasión, saltó a la ventana, y como ella podía mirar hasta muy largo en el mundo, percibió a su hijastra corriendo lejos con su amado Rolando.

- "Eso no te servirá" -, exclamó, - "incluso si ya han recorrido un largo camino, no se me escapan todavía." -

Se puso sus botas de pasos de muchas leguas, y lo que era una hora de marcha, lo hacía en un solo paso, y no pasó mucho tiempo antes de que ella se les acercara. La joven, sin embargo, cuando vio a la anciana acercándose hacia ellos, como tenía la varita mágica, convirtió a su novio Rolando en un lago, y ella misma se transformó en un pato nadando en sus aguas.

La bruja se colocó a la orilla, arrojó migas de pan, e hizo todo lo posible para atraer al pato, pero el pato no se dejó seducir, y la anciana tuvo que irse a su casa por la noche tal como había llegado. En esto, la chica y su novio Rolando reanudaron sus formas naturales de nuevo, y caminaron toda la noche hasta el amanecer. Entonces la doncella se transformó en una hermosa flor que estaba en medio de un seto de brezo, y su novio Rolando en un músico.

No pasó mucho tiempo antes de que la bruja llegara a grandes zancadas hacia ellos, y le dijo al músico:

- "Querido músico, podría yo arrancar esa flor hermosa para mí?" -

- "Oh, sí"-, respondió: - "Voy a tocar para usted mientras lo hace." -



A medida que rápidamente ella se introducía en la cobertura y estaba a punto de coger la flor, porque bien sabía que la joven era la flor, Rolando comenzó a tocar, y ella, queriéndolo o no, se vio obligada a bailar, porque era una danza mágica. Entre más rápido él tocaba, más grandes los saltos que tenía que dar, y los espinos rasgaban sus vestidos de su cuerpo, y se pinchó y se hirió hasta sangrar, y como él no se detenía, ella tuvo que bailar hasta que cayó exhausta en el suelo, perdiendo todas sus capacidades de bruja.

Cuando se sintieron liberados, Rolando dijo:

- "Ahora iré donde mi padre y haré los arreglos para la boda." -

- "Entonces, mientras tanto, me quedaré aquí esperando por ti," - dijo la joven - "y para que nadie me pueda reconocer, voy a cambiarme a mí misma en una piedra de color rojo sobresaliente de la tierra." -

Entonces Rolando se fue, y la chica era una piedra de color rojo sobresaliente en el campo y así esperaba a su amado. Sin embargo, cuando Rolando llegó a su casa, cayó en las trampas de otra joven, que prevaleció en él tanto que se olvidó de la primera doncella. La pobre muchacha, en forma de piedra, se quedó allí mucho tiempo, pero al final, como Rolando no volvió del todo, estaba triste, y se cambió a sí misma en una flor, y pensó:

- "Alguien vendrá seguramente por este camino, y me pisoteará." -

Sucedió, sin embargo, que un pastor guardaba sus ovejas en el campo, y vio la flor, y como era tan bonita, la arrancó, se la llevó y la puso en un cofre. A partir de ese momento en adelante, cosas extrañas sucedieron en la casa del pastor. Cuando se levantaba por la mañana, todo el trabajo ya estaba hecho, la habitación estaba barrida, la mesa y los bancos de trabajo limpios, el fuego en la chimenea estaba encendido, y el agua había sido traída, y al mediodía, cuando llegaba a casa, la mesa estaba servida con un buen almuerzo.

Él no podía concebir cómo esto sucedía, ya que nunca vio a un ser humano en su casa, y nadie pudo haberse escondido en ella. Estaba contento sin duda con esta buena

asistencia, pero aún así, estaba tan asustado que fue a ver a una mujer sabia y le pidió su consejo. La mujer sabia dijo:

- "Hay algo de magia detrás de todo eso, observa muy temprano, una mañana, si algo se está moviendo en la habitación, y si ves algo diferente, sea lo que sea, tírale una tela blanca encima, y así la magia se detendrá." -

El pastor hizo lo que se le había mandado, y a la mañana siguiente, justo cuando amaneció, vio el cofre abierto, y salir a la flor. Rápidamente saltó hacia ella, y le lanzó un paño blanco. Instantáneamente, la transformación llegó a su fin, y una hermosa muchacha estaba ante él, quien le dijo que ella había sido la flor, y que hasta ese momento había asistido a su limpieza. Ella le contó su historia, y como ella le gustaba, le preguntó si se casaría con él, pero ella respondió:

- "No," - porque ella quería seguir siendo fiel a su amor de Rolando, a pesar de que la había abandonado, pero prometió que no se iría sin razón alguna, y mantendría siempre preparada la casa del pastor mientras ella estuviera allí.

Y ahora se acercaba el tiempo cuando la boda de Rolando con la otra joven se iba a celebrar, y entonces, de acuerdo con una antigua costumbre en el país, se anunció que todas las jóvenes iban a estar presentes en la boda, y cantarían en honor de los novios. Cuando la doncella fiel oyó hablar de esto, ella se puso tan triste que pensaba que su corazón se rompería, y no iría allá, pero las otras chicas se acercaron y la llevaron. Cuando llegó su turno para cantar, ella dio un paso atrás, hasta que por fin fue la única que quedó, y entonces no podía negarse. Pero cuando ella comenzó su canción, y llegó a oídos de Rolando, él se levantó y gritó:

- "¡Conozco esa voz, es mi verdadera novia, no tendré a ninguna otra!" -

Todo lo que había olvidado, y que había desaparecido de su mente, de repente volvió a su corazón. A continuación, la fiel novia celebró su boda con su novio Rolando, y el dolor llegó a su fin y comenzó la alegría.

Enseñanza:

Lo que bien se arraiga, no se pierde fácilmente.





120-El abuelo y su nieto

Había una vez un hombre muy anciano, cuyos ojos no veían claro, sus oídos oían débilmente, le temblaban las rodillas, y cuando se sentaba a la mesa apenas podía sostener la cuchara, y derramaba el caldo sobre el mantel, o se le caía de su boca. Su hijo y la esposa de su hijo estaban disgustados por esto, por lo que el abuelo al fin tuvo que sentarse en un rincón detrás de la estufa, y le daban su comida en un cuenco de barro, y ni siquiera contenía lo suficiente. Y él solía mirar hacia la mesa con los ojos llenos de lágrimas. Una vez también, sus manos temblorosas no pudieron sostener la taza, y cayó al suelo y se rompió. La joven esposa lo regañó, pero el anciano no dijo nada y sólo suspiró. Entonces le compraron un feo plato de madera por unos pocos céntimos, en el cual él tenía que comer.

Un día en que se encontraban todos sentados junto con el nieto de cuatro años de edad, éste empezó a reunir algunos pedazos de madera en el suelo.

- "¿Qué estás haciendo?" - preguntó el padre.

- "Estoy guardando pedacitos de madera" -, respondió el niño, - "para cuando yo sea grande, tener en que darles de comer a mi padre y a mi madre." -

El hombre y su esposa se miraron por un tiempo, y finalmente se echaron a llorar. Luego se llevaron al abuelo a la mesa, y en adelante siempre siguió comiendo con ellos, e igualmente no volvieron a recriminarlo si derramaba un poco de algo.

Enseñanza:

El respeto, comprensión y cariño hacia los mayores tiene que ser parte indispensable de nuestro diario vivir.





121-La niña desobediente

Érase una vez una niña que era muy desobediente, y que no seguía los consejos de su madre. Por esta razón ella no se desarrollaba bien, y poco a poco se fue enfermando, y ningún médico podía ayudarla, y en poco tiempo ella cayó sobre el lecho de muerte.

Cuando había bajado a su tumba, y la tierra había sido extendida sobre su cuerpo, de pronto su brazo volvió a salir, y se estiró hacia arriba. Y aún cuando se le ponía más tierra fresca sobre ella, todo era en vano, pues el brazo siempre volvía a salir.

Entonces la madre se vio obligada a ir a la tumba, y acarició el brazo con sus manos, pidiéndole con mucho cariño guardarlo. Una vez hecho esto, y retornado el brazo bajo tierra, por fin la niña obedeció y tuvo el descanso que necesitaba.

Enseñanza:

La obediencia a padre y madre es de la mayor importancia en todo momento, así como agradecer todo el cariño y amor que de ellos se recibe.





122-Federico y Catalina

Había una vez un hombre que se llamaba Federico y una mujer llamada Catalina, que se habían casado entre sí y vivían juntos como es lo usual entre personas casadas. Un día, Federico dijo:

- "Ahora voy a ir a arar, Catalina, cuando vuelva, por favor tenme un poco de carne asada en la mesa para comer, y una bebida fresca para beber." -

- "Vete tranquilo, Federico" -, respondió Kate, - "ve a tu trabajo que voy a tener todo listo para ti." -

Por lo tanto, cuando la hora de la cena se acercó, ella tomó una salchicha del estante, la puso en la sartén, le agregó un poco de mantequilla, y la puso al fuego. La salchicha empezó a freírse y a silbar, Catalina se puso al lado y sostuvo el mango de la sartén, y tenía sus propios pensamientos, mientras lo estaba haciendo. Entonces se le ocurrió:

- "Mientras la salchicha se está friendo podría ir a la bodega y traer cerveza." -

Así que puso la sartén al fuego con seguridad, tomó una jarra, y bajó a la bodega para traer la cerveza. El barril de la cerveza llenaba la jarra y Kate observaba, pero entonces pensó:

- "¡Oh, Dios mío! El perro de arriba no está amarrado, puede ser que alcance la salchicha de la sartén. Bien pensado." -

Y en un instante subió las escaleras de nuevo, pero el perro ya tenía la salchicha en la boca, y la arrastraba por todo el suelo. Pero Catalina, que no era lerda, corrió detrás de él, y lo persiguió por un largo camino en el campo. El perro, sin embargo, era más rápido que Catalina y no dejaba el viaje de las salchichas con facilidad, y saltaba sobre los surcos con ellas.

- "¡Lo que se ha ido se ha ido!" -, dijo Kate, y se regresó, y como había corrido hasta cansarse, caminó tranquila y cómodamente, y se refrescó.

Durante este tiempo, la cerveza del barril aún estaba llenando la jarra, pues Kate no había cerrado el grifo. Y cuando la jarra estuvo llena y no había más espacio para la cerveza,

esta se esparció por todo el sótano y no paró hasta que el barril estuvo vacío. Tan pronto como Kate llegó a las escaleras y vio el gran problema, exclamó:

- "¡Dios mío! ¿Qué haré ahora para evitar que Federico lo sepa!" -

Ella pensó por un momento, y por último, recordó que en la buhardilla de arriba aún quedaba en pie un saco de la más fina harina de trigo de la última feria, y que la traería para abajo y la esparciría sobre la cerveza.

- "Sí" -, dijo, - "quien guarda una cosa cuando debe, la tiene después, cuando la necesita." -

Y subió a la buhardilla y llevó la bolsa abajo, y esparció la harina sobre la cerveza regada, volcando de paso a la jarra, y la bebida, que estaba lista para Federico, nadó también en el sótano.

- "Está bien" -, dijo Kate, - "donde está uno también debe de estar el otro" -, y esparció la harina en el sótano entero.

Cuando todo estuvo hecho, ella se sintió de todo corazón encantada con su trabajo, y se dijo:

- "¡Qué limpio y sano se ve todo aquí!" -

Al medio día llegó a casa Federico:

- "Ahora, esposa, ¿que tienes preparado para mí?" -

- "¡Ah, Freddy!" -, respondió ella, - "Yo estaba friendo una salchicha para ti, pero mientras tanto yo iba a traer la cerveza para que bebieras con ella, el perro se llevó la salchicha fuera de la sartén, y mientras yo estaba corriendo detrás del perro, toda la la cerveza se regó, y mientras yo estaba secando la cerveza con la harina, se me volcó la jarra también, pero tranquilo, la bodega está bastante seca otra vez." -

Federico dijo:

- "¡Kate, Kate, no deberías haber hecho eso! ¡Que el perro se llevara la salchicha, dejar que la cerveza se regara, y tirar toda nuestra harina en el piso!" -

- "De hecho, Federico, yo no sabía eso, deberías habérmelo dicho" -, respondió Kate.

El hombre pensó:

- "Si mi esposa es así, tengo que cuidar más las cosas." -

Ahora él había reunido un buen número de ducados que había cambiado por oro, y le dijo a Catalina:

- "Mira, esto amarillo son piezas para usar en juegos, voy a ponerlas en una olla y las enterraré en el establo bajo el pesebre de la vaca, pero mantente lejos de ellas, o no será bueno para ti."

Dijo ella,

- "Oh, no, Federico, ciertamente no iré allá."-

Y cuando Federico se había ido, algunos vendedores ambulantes llegaron a la aldea quienes traían cuencos y ollas de arcilla, y preguntó a la joven si no había nada que pudiera negociar con ellos.

- "Oh, queridos"-, dijo Catalina, - "no tengo dinero y no puedo comprar nada, pero si usted tiene alguna utilidad para unas piezas para juegos de color amarillo podría comprarles algo."-

- "¿Piezas para juegos de color amarillo? ¿Por qué no? Pero vamos a verlas primero."- dijeron.

- "Entonces vayan al establo y caven bajo el pesebre de la vaca, y encontraran las piezas de color amarillo. No se me permite a mí ir allí."-, les indicó Kate.

Los pícaros fueron allá, cavaron y encontraron oro puro. A continuación, se apoderaron de él, salieron corriendo, y dejaron sus ollas y cuencos detrás de la casa. Catalina pensó que ella debería usar sus cosas nuevas, y como ya a ella no le hacía falta nada más en la cocina, golpeó la parte inferior de cada bote, y los colocó como ornamentos en la valla que rodeaba a la casa.

Cuando Federico llegó y vio las nuevas decoraciones, dijo,

- "Catalina, ¿qué has hecho?"-

- "Yo los he comprado, Federico, con las piezas para juegos que estaban bajo el pesebre de la vaca. No fui yo hasta allá, sino los vendedores ambulantes tuvieron que cavar ellos mismos para tomarlos."-

- "Ah, esposa"-, dijo Federico, - "¿Qué has hecho? Aquellos no eran piezas para juegos, sino oro puro, y era toda nuestra riqueza. No debiste haber hecho eso."-

- "De hecho, Federico"-, dijo ella, - "Yo no sabía eso, me hubieras avisado de previo."-

Catalina se quedó quieta por un rato y meditó. Luego dijo:

- "Mira, Federico, pronto conseguiremos el oro de nuevo, vamos a correr detrás de los ladrones."-

- "Ven, pues," - dijo Federico, - "vamos a intentarlo. Pero trae contigo un poco de mantequilla y queso para que tengamos algo que comer en el camino" -

- "Sí, Federico, los traeré" - respondió.

Salieron, y como Federico era el mejor caminante, Catalina le siguió y pensó:

- "Esto es a mi favor, cuando regresemos yo estaré adelante." -

Luego ella llegó a una colina donde había surcos profundos de carreta a ambos lados de la carretera.

- "Aquí uno puede ver" -, se dijo Catalina, - "cómo se ha roto y maltratado la pobre tierra, nunca se recuperará de nuevo." -

Y en la compasión de su corazón tomó la mantequilla y la untó sobre los surcos marcados por las carretas, a la derecha y a la izquierda, para que no pudieran ser tan maltratados por las ruedas, y en la medida a como ella era afectada en su caridad, uno de los quesos salió de su bolso y rodó por la colina. Se dijo entonces Catalina,

- "Lo he hecho a mi manera al llegar hasta aquí, no voy a volver a bajar, pero otro queso sí podría bajar y traer al anterior de regreso de nuevo." -

Así que ella tomó otro queso y lo rodó hacia abajo. Sin embargo, los quesos no regresaron, por lo que hizo rodar al tercero, pensando:

- "Tal vez estén esperando por compañía, y no les gusta andar solos." -

Como los tres quesos se mantuvieron lejos, pensó,

- "No sé lo que pudiera significar, pero tal vez pueda ser que el tercero no ha encontrado el camino y se ha enrumado mal, por lo que voy a enviar al cuarto para que lo llame." -

Pero el cuarto no lo hizo mejor que el tercero. Entonces Catalina se enojó, y lanzó el quinto y el sexto, y así, estos fueron sus últimos. Ella permaneció de pie durante algún tiempo observando en espera de su llegada, pero como no llegaban dijo,

- "Oh, ustedes son buena gente para ir en busca de la muerte. ¡Quédense bastante tiempo bien lejos! ¿Creen que voy a esperar más por ustedes? Yo seguiré mi camino, y pueden seguirme, tienen las piernas más jóvenes que las mías." -

Catalina siguió y encontró a Federico, quien estaba esperándola porque quería algo de comer.

- "Ahora por fin vamos a tener lo que has traído contigo" -, dijo él.

Ella le dio el pan seco.

- "¿Dónde están la mantequilla y los quesos?" - preguntó el hombre.

- "Ah, Freddy"-, dijo Catalina, -"yo unté los surcos que hacen las ruedas de las carretas con la mantequilla y los quesos llegarán pronto. Uno se me escapó, así que envié a los otros para que lo llamaran de regreso."-

Federico dijo:

- "¡No deberías haber hecho eso, Catalina, untar a la mantequilla en el camino, y dejar que los quesos rodaran abajo por la colina!" -

- "En realidad, Federico, que deberías habérmelo dicho." - contestó ella.

Luego, juntos comieron el pan seco, y Federico dijo:

- "Catalina, ¿dejaste asegurada la casa cuando saliste?" -

- "No, Federico, debiste haberme avisado antes que lo hiciera." -

- "Entonces ve a casa de nuevo, y revisa que la casa quede segura antes de que vayamos más lejos, y trae otra vez algo para comer. Voy a esperar aquí por ti" -, le dijo.

Catalina regresó y pensaba:

- "Federico querrá algo más que comer, no le gustará la mantequilla y el queso, así que voy a llevar conmigo un pañuelo lleno de peras secas y una jarra de vino para que beba." -

Luego cerró firmemente la mitad superior de la puerta, pero arrancó la parte inferior, y se la echó sobre su espalda, y se fue consciente de que ya que ella había colocado firmemente el cerrojo superior en la puerta de la casa, y esta iría a estar bien segura.



Catalina se tomó su tiempo por el camino, y pensaba:

- "Federico descansará bastante tiempo." -

Una vez que lo alcanzó, le dijo,

- "Aquí tienes la puerta de la casa, Federico, y ahora puedes cuidar por ti mismo de la casa."-

- "¡Oh, cielos!"-, respondió, - "¡Que astuta mujer que tengo! Ella desprende la puerta inferior de las bisagras, y cierra firmemente la superior. Ahora es demasiado tarde para volver a casa, pero ya que has traído la puerta hasta aquí, deberás llevarla un poco más lejos."-

- "Sí, voy a llevar la puerta, Federico, pero como las peras secas y el vino serán demasiado peso para mí, voy a colgar todo en la puerta, y ella entonces podrá llevarlos"-, le dijo.

Y enseguida ingresaron al bosque, y buscaron a los pícaros, pero no los encontraron. Al fin, como se hizo de noche, subieron a un árbol y decidieron pasar la noche allí. Apenas, sin embargo, se habían sentado en la parte superior del árbol, los pillos llegaron allá también llevando con ellos lo que no debían llevar. Se sentaron bajo el mismo árbol en el que Federico y Catalina estaban sentados arriba, encendieron un fuego, y estaban listos para compartir su botín. Federico bajó por el otro lado y recogió algunas piedras. Luego volvió a subir con ellas, y quiso tirarlas a los ladrones y golpearlos. Las piedras, sin embargo, no los golpearon, y los bribones gritaron,

- "Pronto amanecerá, pues el viento está sacudiendo y tirando los frutos de los abetos."-

Catalina todavía llevaba la puerta sobre su espalda, y como la presionaba fuertemente, ella pensó que era culpa de las peras secas, y dijo:

- "Federico, tengo que tirar las peras hacia abajo."-

- "No, Catalina, no ahora"-, respondió, "eso nos puede traicionar."-

- "¡Oh!, pero Federico, ¡debo hacerlo! ¡Me pesan demasiado!"-, le dijo.

- "Si lo haces, entonces, estaremos atrapados."- replicó él.

Luego las peras secas rodaron por entre las ramas, y los pillos a continuación dijeron:

- "Están cayendo hojas."-

Poco tiempo después, cuando la puerta aún se sentía más pesada, Catalina dijo:

- "Ah, Federico, debo verter el vino."-

- "No, Catalina, no debes, eso puede traicionarnos."-

- "¡Ah, pero Federico, sí debo, pues me pesa demasiado!"-

- "Luego de hacerlo seremos entonces atrapados!" -

Así que siempre vació el vino, y salpicados los ladrones, dijeron entre sí:

- "El rocío ya está cayendo." -

Al fin, Catalina pensó:

- "¿Puede realmente ser la puerta la que me pesa tanto?" - , y dijo: -

- "Federico, tengo que tirar la puerta abajo." -

- "No, ahora no, Catalina, eso puede descubrirnos." -

- "¡Oh, pero Federico, tengo que hacerlo. Me pesa demasiado!" -

- "¡Oh, no, Catalina, sostenla fuertemente!"

- "¡Ah, Federico, ya la estoy dejando caer!" -

- "Que se vaya, entonces, en nombre del diablo." -

Entonces la puerta cayó con un violento estrépito , y los pillos a continuación exclamaron:

- "¡El diablo viene bajando del árbol!" - y huyeron dejando abandonado todo detrás de ellos.

A la mañana siguiente, temprano, cuando los dos bajaron, encontraron todo el oro de nuevo, y lo llevaron a casa. Cuando estuvieron una vez más en casa, Federico dijo:

- "Y ahora, Catalina, tú también, debes ser diligente y trabajar." -

- "Sí, Federico, pronto voy a hacer eso, voy a ir al campo y cortaré el maíz." -

Cuando Catalina se metió en el campo, se dijo:

- "¿Debo comer antes de cortar, o debo dormir antes de que corte? ¡Oh, voy a comer primero!" -

Entonces Catalina comió y eso le hizo sentir sueño, y sin embargo empezó a cortar, y a mitad del sueño empezó a cortar toda su ropa en pedazos, su delantal, su vestido, y su abrigo. Cuando Catalina volvió a despertar después de su sueño, vio que ella estaba allí medio desnuda, y se dijo para sí:

- "¿Soy yo, o no soy yo? Por desgracia, no soy yo" -

Mientras tanto, la noche llegó, y Catalina fue al pueblo, llamó a la ventana de su esposo, y gritó,

- "¡Federico!"

- "¿Cuál es el problema?"- respondió él.

- "Me gustaría mucho saber si Catalina se encuentra adentro"-, preguntó ella.

- "Sí, sí"-, respondió Federico, -"debe de estar adentro durmiendo."-

- "Está bien, entonces ya estoy en casa"- contestó Kate, y salió corriendo.

Catalina, estando afuera, se encontró con algunos vagabundos que iban a robar. Luego se acercó a ellos y les dijo:

- "Yo les ayudaré a robar."-

Los bribones pensaron que ella conocía bien la situación del lugar, y estuvieron dispuestos. Catalina se fue al frente de las casas, y gritó,

- "Hola buena gente, ¿Tienen algo ahí? ¡Queremos robar!"-

Los ladrones pensaron:

- "Esa es una rara manera de hacer las cosas"-, y desearon entonces deshacerse de Catalina.

Entonces le dijeron:

- "Allá afuera de esta aldea, el pastor tiene algunos nabos en el campo. Ve allí y traénos un poco de nabos para nosotros."-

Catalina fue al campo y comenzó a tirar de los nabos, pero era tan inútil que no los podía reunir. Entonces un hombre se le acercó, la vio con su ropa roída y se detuvo, y pensó que era el diablo que se estaba enraizando entre los nabos. Entonce él corrió hacia el pueblo donde el pastor, y dijo:

- "Sr. Pastor, el diablo está en su cultivo de nabos, enraizándose en ellos."-

- "Ah, cielos"-, contestó el pastor -"Tengo un pie cojo, por lo que no puedo salir y obligarlo a irse."-

Dijo el hombre:

- "Entonces, yo te llevaré en mi espalda"-, y lo llevó sobre su espalda.

Cuando llegaron al sembradío, Catalina se levantó y se puso de pie en toda su altura.

- "¡Ah, es el diablo!" - exclamó el pastor, y los dos huyeron a toda prisa, y en su gran susto el pastor podía correr mejor con su pie cojo, que el hombre que lo había llevado en su espalda.

Luego Catalina, despertando de su mal sueño, regresó a su casa y silenciosamente ingresó a ella sin despertar a Federico.

Enseñanza:

La falta de preparación y de conocimientos conduce a actuar sin sentido. Para actuar correctamente en nuestra vida, debemos estudiar con dedicación y cariño.





123-La estufa de hierro

En los días en que los deseos aún tenían alguna utilidad, un hijo de un rey había sido hechizado por una bruja, y encerrado en una estufa de hierro en un bosque. Allí pasó muchos años, y nadie le podía ayudar. Un día, la hija de otro rey entró en el bosque y se perdió, y no podía encontrar el camino de regreso al reino de su padre. Después de que ella había estado perdida en el bosque unos nueve días, al fin llegó a la estufa de hierro. Entonces una voz salió de ella y le preguntó:

- "¿De dónde vienes y adónde vas?" -

Ella respondió:

- "He perdido el camino de regreso al reino de mi padre, y no puedo volver a casa otra vez." -

La voz dentro de la estufa de hierro dijo,

- "Yo te ayudaré a llegar a casa otra vez, y efectivamente y con gran rapidez, si me prometes hacer lo que te pediré. Yo soy el hijo de un rey mucho más grande que tu padre, y te pido ser mi esposa." -

Ella sintió temor, y pensó:

- "¡Dios mío! ¿Qué puedo hacer con una estufa de hierro?" -

Pero como ella deseaba tanto llegar a casa de su padre, se comprometió a hacer lo que pidiera. La voz en la estufa dijo,

- "Tú volverás aquí, y traerás un cuchillo, y rasparás un agujero en el hierro." -

Entonces él le dio un compañero para que caminara cerca de ella, pero no hablaba, y en dos horas la llevó a su casa. Hubo gran gozo en el castillo cuando la hija del rey regresó, y el viejo rey la abrazó y la besó con gran cariño.

Ella, sin embargo, estaba muy preocupada, y le dijo:

- "Querido padre, ¿vieras lo que he sufrido! Nunca hubiera podido llegar a casa de nuevo desde el gran bosque, si yo no hubiera llegado donde estaba una estufa de hierro, en la que estaba encerrado el hijo de un rey, con quien me vi obligada a darle mi palabra de que voy a volver allá, liberarlo y casarme con él."-

Entonces el viejo rey se sintió tan asustado que casi se desmaya, porque no tenía más que esta hija. Por lo tanto, resolvieron que enviarían en su lugar, a la hija del molinero, que era muy hermosa. Le dieron un cuchillo y le dijeron que era para raspar en la estufa de hierro y la llevaron allá. Ella raspó durante veinticuatro horas, pero no pudo sacarle ni el más pequeño trozo al metal. Cuando amaneció, una voz en la estufa, dijo,

- "Me parece que ya es de día."-

Entonces ella respondió:

- "A mí también me parece, y me imagino oír el ruido del molino de mi padre."-

- "¡Así que eres la hija de un molinero. Entonces vete de una vez, y que sea la hija del rey quien venga acá!"- dijo la voz

Inmediatamente ella regresó, y le dijo al viejo rey que el hombre en la estufa no quería saber nada de ella, sino que él quería que llegara la hija del rey. Ellos, sin embargo, todavía contaban con una hija del criador de una manada de cerdos-, que era incluso más bella que la hija del molinero, y decidieron darle un pedazo de oro para que fuera a la estufa de hierro en vez de la hija del rey. Así que fue llevada allí, y también tuvo que raspar con el cuchillo por veinticuatro horas. Pero tampoco pudo sacar nada del metal de la estufa. Al amanecer, una voz dentro de la estufa gritó:

- "Me parece que ya es de día."-

Entonces ella respondió:

- "A mí también me parece, y me imagino que oigo el cuerno de mi padre, cuando él sopla".-

- "Entonces tú eres hija de un criador de una manada de cerdos ¡Vete de una vez, y dile a la hija del rey que venga, y que debe cumplir con todo lo prometido, y si ella no viene, todo en el reino se arruinará y destruirá, y no quedará una piedra sobre otra en pie!"- advirtió la voz.

Cuando la hija del rey escuchó aquello, comenzó a llorar, pero ahora no había nada más que hacer, sino cumplir su promesa. Así se despidió de su padre, se puso un cuchillo en el bolsillo, y salió hacia la estufa de hierro en el bosque. Cuando llegó, comenzó a raspar, y el hierro cedió, y en dos horas más, ya había hecho un pequeño agujero.

Entonces se asomó adentro, y vio a un joven tan apuesto y con brillantes de oro y piedras preciosas, que su alma estaba encantada. Ahora, por lo tanto, se puso a raspar con gran entusiasmo, e hizo el agujero tan grande que el joven fue capaz de salir. Y él dijo:

- "Tú ahora eres mía, y yo soy tuyo, tú eres mi novia, y me has puesto en libertad." -

Quería llevársela con él a su reino, pero ella le suplicó que la dejara ir una vez más a su padre y el hijo del rey le permitió hacerlo, pero que no debía decirle a su padre más de tres palabras, y regresar de nuevo con él. Así que se fue a su casa, pero habló más de tres palabras, y al instante desapareció la estufa de hierro, que fue llevada lejos, por las montañas de cristal y espadas punzantes, pero el hijo del rey estaba en libertad, y no encerrado en ella.

Después de despedirse de su padre, tomó un poco de dinero con ella, pero no mucho, y volvió a la gran selva, y buscó la estufa de hierro, pero no había nada que encontrar. Durante nueve días la buscó, y luego su hambre creció tanto que no sabía qué hacer, y sentía que ya no podría vivir. Al atardecer, se subió y se sentó en un pequeño árbol, y decidió pasar la noche allí, ya que tenía miedo de las bestias salvajes. Cuando se acercaba la media noche vio a lo lejos una pequeña luz, y pensó:

- "¡Ah, esto podría salvarme!" -

Bajó del árbol, y se dirigió hacia la luz, y en el camino rezaba. Entonces llegó a una vieja casita, donde mucha hierba había crecido alrededor de ella, y un pequeño montón de madera estaba al frente. Ella pensó:

- "Ah, ¿a dónde habré llegado?" -

Y se asomó por la ventana, pero no vio nada excepto unos sapos, pequeños y grandes, y también una mesa bien cubierta con vino y carne asada, y los platos y vasos eran de plata. Entonces ella se armó de valor y llamó a la puerta. El sapo más gordo gritó:



- "Pequeña verde doncella,
Camarera con la pata coja,
Pequeño perro con la pata coja,
Tac tac de aquí para allá,
Y mira pronto quien está allí." -

y una pequeña sapa llegó caminando y abrió la puerta para ella. Cuando entró, todos le dieron la bienvenida, y fue invitada a sentarse. Le preguntaron:

- "¿De dónde has venido, y hacia donde vas?" -

Entonces contó todo lo que le había sucedido, y cómo, por haber transgredido la orden que le había sido dada de no decir más de tres palabras al saludar a su padre, la estufa y el hijo del rey habían desaparecido, y ahora estaba a punto de buscarlo por montes y valles hasta encontrarlo. Entonces el viejo sapo gordo dijo:

- "Pequeña verde doncella,
Camarera con la pata coja,
Pequeño perro con la pata coja,
Tac tac de aquí para allá,
Tráeme la caja grande." -

Y la pequeña fue y trajo la caja. Después de esto, a la joven le dieron comida y bebida, y la llevaron a una cama bien hecha, que se sentía como seda y terciopelo, y se acomodó en ella, dio gracias a Dios, y se durmió. Cuando llegó la mañana se levantó, y el viejo sapo le dio tres agujas de la caja grande, las que debería llevar con ella, ya que podría necesitarlas, pues tendría que atravesar una montaña de cristal muy alta, y pasar sobre tres espadas punzantes, y por un gran lago. Si ella pasaba todo esto, iba a llegar donde su prometido una vez más. Entonces él le dio en total tres cosas, que ella iba a llevar con el mayor cuidado, y estas eran, las tres agujas grandes, una rueda de arado, y tres nueces.

Con todo eso ella partió, y cuando llegó a la montaña de cristal que estaba muy resbaladiza, sacó las tres agujas y las puso primero detrás de sus pies y luego delante de ellos, y así superó la montaña, y cuando estuvo sobre ella, las escondió en un lugar que marcó con mucho cuidado. Luego llegó a las tres espadas punzantes, y se sentó sobre la rueda de arado, y viajó rodando sobre ella. Por fin llegó frente a un gran lago, y cuando lo había cruzado, llegó a un castillo grande y hermoso. Ella pidió hospedaje diciendo que era una muchacha pobre, y que le gustaría ser contratada para trabajar. Sabía, sin embargo, que el hijo del rey a quien había liberado de la estufa de hierro en el gran bosque estaba en el castillo. Entonces ella fue contratada para la lavandería con salario bajo. Sin embargo, ya el hijo del rey había encontrado a otra doncella a su lado con quien esperaba casarse, pues pensaba que la prometida princesa del bosque hacía mucho tiempo que habría muerto.

Al anoecer, cuando ella había terminado su trabajo en la lavandería, tocó su bolsillo y encontró las tres nueces que el sapo le había dado. Abrió una con sus dientes, y se iba a comer el núcleo cuando he aquí que había una prenda real, señorial, en ella. Pero cuando la novia supo de esto, se le acercó y le preguntó por el vestido, y lo quiso comprar, por lo que le dijo:

- "No es un vestido para una criada." -

Pero ella dijo que no, que no lo vendería, pero si la novia le concedía una cosa entonces sí podría obtenerlo, y era que la dejara dormir una noche en la habitación de su novio. La

novia le dio permiso porque el vestido era tan bonito, y nunca había tenido uno así. Cuando llegó la noche le dijo a su novio,

- "Esa chica tonta a dormir en tu habitación." -

- "Si estás de acuerdo, yo también", dijo él.

Ella, sin embargo, le dio una copa de vino en el que había vertido un somnífero. Así que el novio y la supuesta criada, se fueron a dormir a la habitación y él dormía tan profundamente que no tuvo forma de despertarlo.

Ella lloró toda la noche y gritaba:

- "¡Yo te liberé cuando estabas en la estufa de hierro en el bosque salvaje, te he buscado, pasé por una montaña de cristal y tres espadas afiladas, y por un gran lago antes de encontrarte, y sin embargo no me has oído!" -

Los siervos que se sentaban junto a la puerta de la cámara oyeron cómo ella lo lloró toda esa noche, y a la mañana siguiente se lo dijeron a su señor. Y a la noche siguiente, cuando la princesa había terminado su labor en la lavandería, abrió la segunda nuez y un vestido mucho más bonito estaba dentro, y cuando la novia lo vio, quiso comprarlo también. Pero la chica no tomó el dinero, y le pidió de nuevo que si ella volvía a dormir en la habitación del novio, podría obtener el vestido.

La novia aceptó, y otra vez le dio al príncipe el vino con el somnífero, y durmió tan profundamente que no podía oír nada. Y por ello, la supuesta criada lloró toda la noche, exclamando:

- "¡Yo te liberé cuando estabas en la estufa de hierro en el bosque salvaje, te he buscado, pasé por una montaña de cristal y tres espadas afiladas, y por un gran lago antes de encontrarte, y sin embargo no me has oído!" -

Los siervos que se sentaban junto a la puerta de la cámara oyeron cómo ella volvió a llorar toda la noche, y a la mañana siguiente se lo dijeron de nuevo a su señor. Y a la siguiente noche, cuando ella había lavado todo, abrió la tercera nuez, y dentro de ella había un vestido aún más bello que estaba decorado con oro puro.

Cuando la novia lo vio, también quiso tenerlo, pero la joven sólo aceptó con la condición de que pudiera, por tercera vez, dormir en el apartamento del novio. El hijo del rey, sin embargo, ya avisado y en guardia, disimuladamente desechó el somnífero. Ahora, por lo tanto, cuando ella comenzó a llorar y a gritar:

- "Querido amor, ¡Yo te liberé cuando estabas en la estufa de hierro en el bosque salvaje..." -

Y entonces saltó el hijo del rey y le dijo:

- "¡Tú eres la verdadera, tú eres mía, y yo soy tuyo!" -

Y mientras aún era de noche, se metió en un coche con ella, y yendo donde la programada novia le quitaron los vestuarios para que no pudiera levantarse.

Y siguieron adelante por el camino, y cuando llegaron al gran lago, navegaron a través de él, y al llegar a las tres afiladas espadas los dos se sentaron en la rueda del arado, y cuando llegaron a la montaña de cristal insertaron las tres agujas en ella, y así por fin llegaron a la vieja casita. Pero cuando entraron en ella vieron que se trataba de un gran castillo, y los sapos estaban desencantados, y eran los niños de un rey llenos de felicidad. A continuación se celebró la boda, y el príncipe y la princesa permanecieron en el castillo, que era mucho más grande que los castillos de sus padres. Sin embargo, como el viejo rey se sentía afligido por estar solo, lo llevaron a vivir con ellos, y así tuvieron dos reinos, y vivieron en feliz matrimonio.

Un ratón ha saltado, y esta historia se ha acabado.

Enseñanza:

Tener bien clara una meta a conseguir, y perseverar en su conquista, es una actitud totalmente positiva.





124-El hueso cantante

En cierto país lejano había una vez gran lamentación por un jabalí que arrasaba los campos de los agricultores, mataba el ganado y destrozaba los cuerpos de las personas con sus colmillos. El Rey prometió una gran recompensa a cualquiera que quisiera liberar su tierra de esta plaga, pero la bestia era tan grande y fuerte que nadie se atrevía a acercarse al bosque en el cual él vivía. Por fin, el rey dio aviso de que todo aquel que capturara o matara al jabalí tendría a su única hija por esposa.

Vivían en ese entonces en el país dos hermanos, hijos de un pobre hombre, que se declararon dispuestos a acometer la peligrosa empresa. El mayor era astuto, sagaz, y orgulloso. El más joven era sencillo e ingenuo, de gran corazón. El rey dijo:

- "A fin de que ustedes puedan tener más seguridad de encontrar a la bestia, entrarán al bosque por lados opuestos." -

Así entró el mayor por el lado oeste, y el más joven por el este. En cuanto el más joven había avanzado un poco, un pequeño hombre se acercó a él. Tenía en la mano una lanza negra y le dijo:

- "Te doy esta lanza, porque tu corazón es puro y bueno; con esto podrás atacar con valentía al jabalí, y no te hará ningún daño." -

Dio las gracias al pequeño hombre, cargó con la lanza, y continuó sin miedo. En poco tiempo vio a la bestia, que se abalanzó sobre él, pero él apuntó la lanza hacia el jabalí, y éste, en su furia ciega corrió con tanta rapidez en su contra que su corazón quedó partido en dos por la lanza. Luego el joven montó al monstruo en la espalda e inició su regreso donde el rey.

Al salir al otro lado del bosque, encontró a la entrada una casa donde la gente estaba haciendo fiesta con vino y baile. Su hermano mayor, que se había quedado allí pensando que después de todo, el jabalí no se alejaría, iba a beber hasta sentirse exhausto. Pero cuando vio a su hermano menor que salía del bosque con su carga, su envidioso y mal corazón no le dio paz. Él le gritó:

- "¡Ven, querido hermano, descansa y refréscate con una copa de vino!" -



El joven, quien no sospechaba nada malo, fue y le contó acerca del pequeño hombre que le había dado la lanza con la que había dado muerte al jabalí.

El hermano mayor lo mantuvo allí hasta la noche, y después se marcharon juntos. Cuando en la oscuridad, llegaron a un puente sobre un arroyo, el hermano mayor dejó que el otro fuera de primero, y cuando estaban a mitad del puente le dio un fuerte golpe por detrás dejándolo muerto. Lo enterró bajo el puente, tomó al jabalí, y lo llevó al rey, fingiendo que él lo había matado, con lo cual obtuvo a la hija del rey en el matrimonio. Y como su hermano menor no regresaba, dijo,

- "El jabalí debe haberlo matado"-, y todo el mundo lo creyó.

Pero como nada permanece oculto ante Dios, este malvado hecho también iba a venir a la luz.

Años después, un pastor que conducía su rebaño a través del puente, vio abajo sobre la arena, un pequeño hueso blanco como la nieve. Pensó que sería una buena boquilla, por lo que bajó, lo recogió, e hizo con él una boquilla para su cuerno. Pero sucedió que cuando sopló a través de él por primera vez, para gran sorpresa suya, el hueso inició por su cuenta a cantar:

- "¡Ah, amigo, tú soplaste sobre mi hueso!
Por largo tiempo he permanecido junto al agua;
Mi hermano me mató por el jabalí,
Y tomó por esposa a la joven hija del rey."-

- "¡Que cuerno tan maravilloso"-, dijo el pastor, - "que canta por sí mismo, tengo que llevarlo a mi señor el rey!"-

Y cuando llegó con él al rey, el cuerno de nuevo comenzó a cantar su canción. El rey lo entendió todo, y mandó a mover la tierra bajo el puente para ser investigado todo, y entonces el esqueleto del hombre asesinado salió a la luz. El perverso hermano no podía negar el hecho, y fue encarcelado varios años, y luego expulsado del reino sin más haber que lo que tenía puesto encima. Su matrimonio fue anulado y la hija del rey casó de nuevo con un magnífico príncipe vecino. Y los huesos del hombre asesinado fueron sepultados en una tumba hermosa en el cementerio.

Enseñanza:

Cuando la envidia y la maldad se mezclan, su desdichado producto, tarde o temprano, saldrá a luz y será certeramente juzgado y castigado.





125-La anciana mendigante

Hubo una vez una anciana mendigante.

¿Pero has visto tú realmente a una anciana mendigante hacerte una petición antes de ahora?

Esta mujer pedía de la misma forma, y cuando recibía algo, decía:

- "Que Dios os recompense." -

La mendiga llegó a una puerta, y cerca del fuego del hogar estaba un joven calentándose. El muchacho le dijo amablemente a la pobre vieja que estaba temblando mucho por el frío:

- "Ven, abuela, y caliéntate aquí." -

Ella entró, pero se acercó tanto al fuego, que su ropa vieja comenzó a arder, y ella no se daba cuenta. El muchacho se levantó y vio aquello, y decidió que debería apagar las llamas.

¿Y no es cierto que era eso lo que debería haber hecho?

Y como no había nada de agua, entonces lloró todo el agua de su cuerpo por sus ojos, que se convirtieron en dos grandes fuentes con las cuales pudo apagar la vieja ropa de la anciana.

Enseñanza:

Siempre se debe ayudar y ser cariñoso y amable con los ancianos.

